Remedios Zafra

Frágiles

Cartas sobre
la ansiedad y la esperanza
en la nueva cultura

ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Remedios Zafra

Frágiles

Cartas sobre
la ansiedad y la esperanza
en la nueva cultura

ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Índice

Portada
PREFACIO 1. Sobre la fragilidad y la nueva cultura
PREFACIO 2. Quinientas sábanas
I. Primeras cartas (sobre la lentitud de una respuesta)
II. Cartas sobre las vidas cuando son trabajo (el hacer creativo)
III. Cartas sobre hiperproducción e impostura (ser máquina)
IV. Cartas desde el cuerpo adjunto (frágiles y productivos)
V. Cartas sobre el futuro y la esperanza (quien sueña espera más)
Créditos
Notas

Sé que tras mi sonrisa congelada pocos advertirán esta ansiedad esclerotizada cuando me duele aquí, aquí y aquí, pero cada despertar me paseo por el alambre buscando una excusa que me haga caer y me obligue a frenar, porque yo no puedo.

LAURA BEY,
Mi vida en la primera IP

Los nuevos lenguajes afectivos de la economía global contemporánea (...) son lenguajes de la ansiedad, la contingencia y la precariedad, ocupando el espacio que el sacrificio, la movilidad ascendente y la meritocracia usaban. ¿Qué le sucede al optimismo cuando el futuro se astilla como un accesorio pasando por la vida? ¿Qué sucede cuando una mayor ambivalencia sobre la seguridad (...) se encuentra con un destacamento más nuevo de ella (todo es contingente)? ¿Cómo se entiende esta emergencia como una crisis objetiva y percibida?

LAUREN BERLANT,
El optimismo cruel

La esperanza, situada sobre el miedo, no es pasiva como este, ni, menos aún, está encerrada en un anonadamiento (...). No soporta una vida de perro, que solo se siente pasivamente arrojada en el ente, en un ente incomprendido, o incluso lastimosamente reconocido. El trabajo contra la angustia vital y los manejos del miedo es un trabajo contra quienes los causan, en su mayoría muy identificables, y busca en el mundo mismo lo que sirve de ayuda al mundo: algo que es susceptible de ser encontrado.

ERNST BLOCH,
El principio esperanza

PREFACIO 1
Sobre la fragilidad y la nueva cultura

La primera vez que de niñas mi hermana y yo fuimos a la ciudad, ella se quedó mirando a un mendigo derrotado en la calle y yo me quedé mirando cómo miraba mi hermana. Atónitas porque ese hombre tirado entre una iglesia y un jardín de flores pasara desapercibido ante quienes por allí transitaban, se nos nublaron los ojos, a ella mirándolo directamente y a mí mirándolo en ella. Mi padre nos agarró de las manos y sin hablar nos dijo: «Dejad de mirar.» Nosotras no podíamos y le interpelábamos a él y a todos los transeúntes, reclamándoles: «¿No lo veis?»

En la confluencia de los recuerdos que vuelven y las lecturas donde ponemos el foco hay encajes que acontecen mágicamente, como si entre ellos llevaran tiempo buscándose. Así, escribiendo estas páginas y pensando en esta escena, llegó a mi correo un texto iluminado de Deleuze[1] sobre la película *Europa '51* de Rossellini, donde el filósofo narra la escena en que la protagonista, mirando una fábrica y a quienes trabajan en ella, es atravesada por una suerte de revelación que le hacía pasar de una percepción «sensorio-motriz» a otra «óptico-sonora». El tránsito es descrito como «un sonido demasiado violento», como «un rayo visual demasiado fuerte», algo que estaba allí sin que antes ella lo hubiera visto y de pronto a su juicio se convertía en «lo intolerable, lo insoportable». Inevitablemente, estas palabras llevan para mí la imagen de los ojos de mi hermana frente a aquel hombre y ese nudo entre párpados y alma que te abofetea y te cambia cuando de pronto lo normalizado se nos hace luminosamente perceptible e incómodo.

Lo que quiero compartir con usted en este ensayo tiene que ver con la epifanía de algo similar a esta *revelación* o *extrañamiento* que de pronto nos ayuda a *ver*, me refiero al *ver* que viene con daño. Un ejercicio inverso a la *normalización* por la que el mundo se nos vuelve un fondo acostumbrado que en nada pellizca y mínimamente perturba. Este trance es difícil, pues en los últimos tiempos las pantallas nos han endurecido los ojos y, saturados de imágenes, pocas cosas nos sorprenden, y hasta un niño conectado a sus

máquinas miraría hoy casi sin parpadear la muerte evitable, la desigualdad de las vidas o el sufrimiento de los otros. Sin embargo, hay momentos, a veces de dimensiones planetarias, donde todo se frena y el párpado antes endurecido se ablanda y se enrolla como una persiana y vuelve la percepción *óptica*. Ha pasado en estos tiempos, cuando ansiosos y cansados nos hemos asomado a las ventanas materiales y olorosas de nuestro patio de vecinos sintiéndonos más vulnerables. Desde allí hemos visto morir o enfermar inesperadamente a los que viven al lado, recuperando la mirada que incomoda en la conciencia de nuestra fragilidad como humanos. Porque ¡qué fácil es morir!, ¡qué insignificante ese aliento que se ralentiza y sucumbe paralizando la exclusiva combinación de vida obstinada en el ser hasta que los cuerpos claudican! Y aunque es fino ese aliento, en él puede diferenciarse el ritmo mantenido del aire domesticado por los pulmones y dibujado en una gráfica de montañas que quien sucumbe no podrá visitar, frente al valle muerto de una línea derrotada que solo sabe emitir un sonido, un pitido al que sigue el silencio estático que convierte el cuerpo en cosa.

En la fragilidad que esta conciencia despierta cabe la tentación de protegerse en el agujero de la habitación conectada, arropados de estímulos y pantallas, evitar tocar o que te toquen, caer o que algo te caiga, infectar o que te infecten, pero es la socialidad lo que hace humana la vida, una socialidad con cuerpos adjuntos y frágiles, que enferman o padecen y necesitan la mano y la espalda del otro. Es en la necesidad solidaria de los otros donde la fragilidad se hace costura comunitaria, en la vulnerabilidad reconocida que el sujeto se obliga a frenar y a sostenerse en los que están cerca.

Pero también en la contingencia y alta probabilidad de morir cada día sucede que la vida puede llenarse de un inmenso valor mientras dura. Sobre todo se nos hace intensa cuando determinados sorbos y prácticas son vividos con conciencia y en ocasiones con pasión, haciéndonos desear, ¿no podría yo dar mayor sentido a lo que hago en este tiempo de vida breve? Es decir, ¿no podría evitar el desdibujamiento de la vida cuando nos mantenemos enceguecidos en la corriente del hacer y acumular como engranaje y rutina, en dejarnos llevar como un dejarse morir, bien porque la dificultad cansa, duele o resigna, o quizá porque la vida con *sentido* se ve torpedeada a cada rato?

Cuando comencé a escribir este libro, la fragilidad que me punzaba

oscilaba del lado de la vulnerabilidad psíquica, de la ansiedad y las presiones de la rutina hipnótica del trabajo y las pantallas. Una *nueva cultura*[2] venía naciendo calladamente. El zarandeo planetario vivido con la pandemia ha precipitado otros giros, recordándonos que las vidas y los trabajos penden de un hilo, que tenemos cuerpos sujetados a los otros por las yemas de los dedos, fragilísimas combinaciones de microorganismos y órganos de piel y carne que «temporalmente» han sido despojados del roce mutuo de apretarse entre los brazos y de lamerse el rostro. Más solitarios y conectados que nunca, la presión antigua sigue estando, pero la conciencia de la materialidad y la socialidad del sujeto crece, y, como efecto ante el tozudo martilleo de su flaqueza, la pregunta por el sentido de lo que hacemos vuelve como manotazo entre nuestras formas de vida, entre el exceso de producción e impostura cuando la ansiedad se naturaliza como lente opaca ante la conciencia de un ver que duele. Una ansiedad que se tolera como daño colateral del privilegio de quien al menos vive y trabaja y mejor se calla ante la pobreza y mayor vulnerabilidad de los otros.

PREFACIO 2
Quinientas sábanas

¿Qué tiene que decir una sábana o muchas sábanas de los sujetos frágiles y ansiosos que habitan y conforman la nueva cultura de la que aquí quiero hablarle? A simple vista una sábana es algo liviano, una meseta, una isla, una tela que puede ser testigo en las habitaciones conectadas donde vivimos, como también protagonizar las historias furtivas de quienes logran amarse entre piel y saliva, las historias cotidianas de quienes caen rendidos en sábanas de camas sin hacer, también las de quienes enfermos se acurrucan doloridos bajo la tela, respetando el pacto de que la sábana debe cerrarles el paso en su voluntad de levantarse y seguir activos. Hay sábanas que son un muro, pero lo son más para quienes, frágiles y con miedo, atrincherados, creen que la tela les protegerá de sus fantasmas nocturnos. Y entre todas ellas, hay sábanas a las que vuelven diaria y repetidamente quienes limpian y cuidan, lavan y planchan, doblan y estiran sábanas donde durmieron otros. Dicha materialidad nos vendrá bien para entrenar la mirada en la parte no enfocada de nuestras vidas como trabajadores con cuerpos en espacios íntimos pero conectados, asunto que atravesará las reflexiones que siguen. Pero, antes de hacerlo, le pediría un mínimo descanso de la literalidad y que otorgue a las *quinientas sábanas* que dan título a este prefacio la posibilidad de no ser sábanas al uso y a este libro la oportunidad de ser iniciado por un *cuento*. Pese a lo que se espera de alguien que afirma estar escribiendo un ensayo, soy desleal con la expectativa ilustrada que excluye la imaginación y el cuerpo embarrado en subjetividad de la escritura que busca ser pensativa. Es más, las palabras conviven por mucho tiempo entre teclas y dedos, a veces se nos caen de las manos, algunas maduran y muchas se van, por lo que cabe incluso la posibilidad de que un libro vaya cambiando conforme se va haciendo. Porque nunca la escritura supone una imposición de la forma de expresar la experiencia o materia vivida. La escritura siempre vendrá de ese lado de lo inacabado y abierto capaz de desbordarse hasta que una decide poner un

punto final, sabiendo que, si no morimos, para quien escribe siempre será punto y seguido.

El cuento al que me refiero nació de un sueño y se amuralló en estas páginas como zaguán de la arquitectura de este libro. Se trata de una historia sencilla y sin ornamento, del tipo «érase una vez» un protagonista apasionado, tal vez fuera artista o escritor, en una habitación conectada. Pero fíjese que en este relato lo amado que da sentido no tiene cuerpo, sino que es, más bien, una *práctica* emocionante, un «estoy leyendo, escribiendo, investigando, besando el crear», quiero decir, «amando un hacer, una música».

Este era desde luego un sujeto de su tiempo, con un cuerpo alejado de los otros, pero hiperconectado, un sujeto de carne y hueso que tenía frío pero que no tenía sábana. Fue la razón por la que aceptó una sábana que cayó del cielo y pudo taparse. Apenas le daba calor porque la habitación estaba abierta o abriéndose, expuesta a la intemperie. Al poco tiempo cayó otra sábana y a lo largo de la noche otra y otra más sobre otra. A veces caían de tres en tres, o de siete en siete y casi consecutivas. Cuando comenzó a ver la luz del sol en un horizonte de suelo sin pared, sintió que cientos de sábanas lo sepultaban. Lo que notaba no era protección ni calor, sino angustia.

Cada día la escena volvía a repetirse. Se veía boca arriba aceptando las sábanas con resignación y con la sonrisa forzada, como si la sábana de abajo le hiciera de *photocall*. Mientras las veía venir ya iba diciendo: «sí». ¿Por qué decía «sí» si lo que quería decir era «no»? ¿Por qué decía «sí» cuando tenía ya suficientes sábanas? ¿Temía que al estar la habitación abierta se volaran como otras veces y volviera a quedar desprotegido? ¿Temía ofender a quien le daba la sábana? ¿Le preocupaba que si decía «no», no cayeran más sábanas?

Con seguridad le hubiera gustado disponer de una tupida manta de lana de oveja y de una habitación que no fuera en sí misma toda ventana, pero lo único que recibía eran sábanas entre mensajes luminosos de «oportunidad». Inofensivas sábanas ligeras, de poliéster y estampados, con sus cenefillas en gamas cromáticas frías y cálidas, rayadas o con flores, cuyo plural amplificado se convertía en una losa sobre su dolorido cuerpo, salvo cuando había tormenta. Entonces se volaban todas y el sujeto quedaba al descubierto. Si esto pasaba, sentía su piel erizada como si recordara el

hambre y el frío de su linaje cercano, de manera que reforzaba que su decisión era la adecuada y que mejor seguir diciendo «sí» a lo que caiga.

En la cueva que bajo las telas ha logrado construir entra el aire suficiente para vivir. Una vida *vivible* o mínimamente *vivible* en la que recibe mensajes que le recuerdan lo afortunado que es por tener tantas sábanas a las que podría llamar (y no llamar) *trabajo*. Allí debajo pasa el tiempo aparentemente protegido y conectado, juraría que *trabajando* y emitiendo desde su cuarto, también haciendo cálculos sobre cuándo recuperará aquella música que amaba y cómo resistir el peso de las quinientas sábanas. Para ello coloca objetos cercanos como columnas y apoyos que suavicen la presión en estómago, hombros y pulmones y le ayuden a respirar. En la cueva de láminas de su habitación abierta entra poco aire, viene de una ciudad que pasea sus tubos de escape como penes en eyaculación permanente.

Con frecuencia el sujeto sepultado intenta recomponerse entre el peso de estos *leves* gestionando los altibajos de su ansiedad con pastillas o botones. No está claro si, cuando está *arriba* anímicamente o cuando está *abajo*, piensa que en algún lugar interior seguirá protegido lo que ama y que en un futuro cercano podrá recuperarlo. Algunas noches de frío le salva sacar lentamente una pierna desnuda debajo de la pila de sábanas para tener el placer de volverla a cubrir. Y con estas sensaciones va tirando.

Junto a la cama, en la habitación expuesta, hay un par de armarios. Rebosan de ropa barata y objetos diversos que acumula, pero no usa. Entran y salen de la habitación porque en su cama conectada tiene aplicaciones para comprar y vender y el sujeto sepultado compra y vende sin necesidad de salir a la calle. Siempre hay un botón para sentir una ganancia mínima pero instantánea. También compra comida o envases donde pone «comida». La traen a la habitación jóvenes y supersónicos mensajeros pobres con la disponibilidad de un «24 horas». Mientras, los residuos se acumulan junto a los edificios de habitaciones abiertas de un mundo-vertedero ávido de aquí y ahora –no vayamos a morir de pronto–. Aunque lo que el sujeto percibe en su pantalla «no huele» y la mayor parte del tiempo siente que bastante tiene con soportar solo el peso de las quinientas sábanas pensando que, a todas luces, él mismo las ha aceptado.

Algunos instantes recuerda que bajo el espesor de sus capas guarda un tesoro de sentido que podría abrir agujeros de lava entre los estratos de

carne endurecida, recordándole que en su fragilidad también descansa la obcecación y perseverancia de su ser aspirando a vivir de otras maneras, a recuperar la intensidad de ese sentido, de un posible *hacer* con sentido. Pero necesita atreverse a que ese tesoro salga como un periscopio del *ver,* pero necesita a los otros.

I. Primeras cartas (sobre la lentitud de una respuesta)

Lo que hoy le escribo no es una respuesta a su carta, quizá la respuesta sea la carta que escriba mañana, tal vez lo sea la de pasado mañana. Mi forma de corresponder no es, desde luego, chiflada en sí misma, sino exactamente tan chiflada como mi actual forma de vivir, la cual puede que le describa alguna vez.

FRANZ KAFKA, *Cartas a Felice*

EL MALESTAR (AMAR –ACEPTAR, SUFRIR, DISFRUTAR, ESPERAR, SER– UN TRABAJO)

¿Qué me sujeta a este *hacer* que amo?, ¿qué me sujeta a este *hacer* que se proyecta ampliado en mi búsqueda de una vida mejorada?, ¿por qué lo que llamo trabajo explotó en obligaciones dispersas que sepultan y reducen el sentido que me motiva a un brote ínfimo entre burocracias, bases de datos y hojarasca? Me vienen a la mente palabras que parecen responder a otra pregunta: basura, baba, amor, pastilla, mentiroso... O quizá tengan aquí su lugar, porque toda proyección de futuro, personal o colectiva, movida por una aspiración vital hacia *lo bueno* o la vida mejorada siempre está atada por el lazo corto del sustento, la vulnerabilidad de los cuerpos, los hijos o los viejos padres enfermos, un techo y un trabajo. También las aspiraciones intelectuales y abstractas terminan por descubrirse sujetadas a la tierra en la salud y en la baba, en la basura y en la máscara, en el hambre y el amor.

Las personas soñamos con un tiempo liberador, en el que el trabajo, si lo hay, no implique explotación ni se apropie de la totalidad de la vida. Las personas también deseamos que nos quieran. A veces incluso amamos nuestros trabajos. La vida transcurre entre roces y agrados que buscan sostenerla, ganar afectos, resolver conflictos, pero últimamente muchos pasan la vida transcurre agotados y ansiosos, en riesgo de estar sobremedicados, descansando solo para volver a trabajar, afrontándola como una carrera marcada por los plazos, las pantallas y los números.

La escritura de este libro, que es también una carta, o un conjunto de cartas, está motivada por una voz anónima de estas últimas, alguien con quien compartí una charla telefónica cuyas reflexiones continuaron posteriormente con otras personas y en estas páginas. Era una mujer *damnificada,* escritora. Trabajaba en condiciones precarias como periodista y ese trabajo fue nuestro vínculo. No llegué a verla. Me llamó para hacerme unas preguntas sobre mi ensayo *El entusiasmo*. La noté algo molesta desde el inicio de nuestra charla y al final estalló reclamando mi responsabilidad después de haber descrito una *vida-trabajo* que se parecía a la suya, una

vida que, mirada desde las similitudes narradas, le parecía conflictiva y menos vivible.

Entre lo dicho y lo que la voz delata deduje que había también una apelación respecto a un estado de ansiedad que la mujer estaba empezando a convertir en su casa, al que estaba habituándose, y que aún cargado de taras le permitía la familiaridad y referencia de *lo acostumbrado*. Los marcos que habitamos son en gran medida los que vamos encontrando y nos acogen mientras buscamos otros. Solo hace falta apropiarlos con un «mi» y tal vez poner unas macetas de geranios en la entrada. Mantener viva la sensación de temporalidad y «hasta que encuentre algo mejor» nos va valiendo para esa relación compleja y de falsa provisionalidad cuando, desencantados, vida y trabajo se funden, pero paradójicamente no encajan.

¿Cómo no iba a sentirme interpelada por la quiebra de su tranquila infelicidad? La mujer me reclamaba con esa tonalidad que nace del estómago, debatiéndose entre contenerse y derramarse. Pero estaba ya desvestida de pose, su desahogo vino dado. Y si su impulsivo tono, que me pareció tiernamente apasionado para un mundo donde predomina el fingidor, me causó herida, fue porque enfrentando lo dicho como sensación y no como argumento, se me hizo comúnmente familiar por percibirlo en otras personas cercanas y a ratos en mí misma. Su dolor nacía de una vida no ya de *desempleada*, sino de precaria actividad *incesante*, que en lo importante (para ella su pasión y su futuro emancipado, pero también su vida política) sentía neutralizada. Por ello, la mujer me reprochaba haberla incomodado sin ofrecerle a cambio una alternativa concreta y tranquilizadora. Y yo pensaba: ¿no es acaso *ese* el malestar necesario del que deriva toda toma de conciencia?

Aun cuando cupiese poner reparos a su enfado, en sus palabras dibujaba la base contradictoria de una incomodidad que se hace habitual en nuestros días. Ese trabajo que ella amaba y le nació de una pasión creativa la hacía feliz e infeliz al mismo tiempo. Una mujer formada, para muchos una *privilegiada* con acceso a trabajos temporales sin razones para sentirse angustiada. Como si el ritmo de sus prácticas cubriera una inestabilidad en riesgo de cronificarse, escondiendo la alta expectativa derivada del sacrificio, la motivación y la formación previas. Pero, también, junto al aparente privilegio de llevar a gala su vocación como escritora, estaba el correlato de su instrumentalización y suficiencia. Quiero decir que, puesto

que disfrutaba (o había disfrutado) escribiendo, muchos interpretaban que en su ejercicio visibilizado ya iba la ganancia, y en el acaparamiento de su tiempo la contrapartida de una pasión, como tal, voluntaria.

Tal razón era usada para hacerla responsable de una suerte de *autoexplotación* por la que respondía dócilmente a todo lo que le llegaba («sí, acepto, por supuesto»). Suponiendo que la *levedad* de una nueva colaboración no le haría mal. ¿Cómo negarse si en ella quizá se escondía la semilla de nuevos contactos o proyectos hacia un futuro trabajo mejor y más estable, un trabajo que le permitiera recuperar el control sobre su tiempo propio mientras, paradójicamente, lo iba perdiendo? Además, ¿cómo negarse si quien la invita es casi siempre un trabajador precario tan sumamente parecido a ella?

Es fácil pasar por alto que el trabajo creativo no es como el trabajo de venta de frutas o de reparación de neumáticos. Cuando se escribe o se diseña, cuando se canta o se piensa, nosotros vamos adjuntos, y la crítica que todos creen poder hacer sobre nuestra obra se cierne implacable como la mayor causa de daño para quien crea. Nada hace sentir más frágil a un trabajador creativo que exponerse en su trabajo y hacerlo, como hoy, en escaparates tecnológicos sin párpados, esos que nunca descansan. *A priori*, no extraña entonces que esas vidas-trabajo sostenidas en la sobreexposición estallen en una ansiedad normalizada.

Claro que entendí su enojo entre las cenizas de ilusiones quemadas, el resquemor de su demanda. Pero en la intemperie de la incertidumbre yo no podía falsear la complejidad del asunto engañándola con tranquilizadores mensajes sobre un bello futuro, ni tampoco pasar de largo por lo que me reclamaba, pues esta mujer tenía toda la razón en algo. Cuando se empuja el telón para dejar ver el bucle del carrusel como aparente callejón sin salida, una necesita un agarre, una grieta para que pase la luz. Por ella me preguntaba con insistencia: «¿Dónde queda la esperanza?, ¿dónde queda la esperanza?»

En nuestra conversación telefónica la pregunta no fue resuelta y se disolvió entre ideas torpes que la merodeaban sin afrontarla de veras. Comencé a pensarla entonces y, después de más de tres años, este ensayo es algo parecido a una contestación. Comprenda, lector, que a partir de ahora hablándole a usted le hable a ella.

Madrid, Sevilla, Zuheros, Londres, Cádiz, Barcelona,

trenes y aeropuertos, 2018-2019-2020

Querida amiga:

En primer lugar, le pido disculpas porque esta contestación narrada haya tardado tanto tiempo en llegarle. Pero también le diré que desconfío de quien tiene las respuestas a punta de lengua, que me agota el efectismo sin interioridad. A ello habría de sumar que, en lo posible y con gran esfuerzo entre las mil cosas que salpican nuestros días, he decidido aquí practicar la lentitud como herramienta. Me parece imprescindible para la escritura que se diga pensativa, porque hay asuntos que no pueden ser despachados en el momento y requieren la pausa de reflexionarlos despacio, de volver sobre ellos desde abajo y desde los lados, con otros ojos, cuando están casi dormidos o pueden ser espiados sin la presión de un plazo de entrega. En segundo lugar, no evado la responsabilidad de que lo dicho tiene sus repercusiones. Y dado que usted me participa las cuestiones que tanto le perturbaron en *El entusiasmo*, me siento obligada a profundizar en ellas. No le importará que en el intento aprovechemos para dialogar con quienes en este tiempo han convertido mi buzón de correo en una cálida mesa con enaguas y estufa, dejándome sobre ella sus experiencias, preocupaciones e historias laborales y privadas como si de pronto, descubriéndose en una multitud de entusiastas que callaban sobre lo íntimo, necesitaran autonarrarse y hacerlo circular. Igual que usted acepta ser mi interlocutora para pensarnos en la escritura, yo lo he aceptado con ellos. Creo que hay luz política en lo que busca compartir conciencia. Y, en cierta manera, pienso que en la capacidad de contagio de esas historias nace *su*, llamémosla *nuestra*, esperanza.

No olvide, sin embargo, que la esperanza canta hermosamente pero también perturbadoramente. Supondrá por ello, y queda advertida, la posibilidad de que lo escrito aquí le inquiete aún más. Aunque le ruego que no abandone sin darnos una oportunidad, que no se anticipe blindándose ante lo que molesta, porque esa incomodidad derivada del pensarnos no debiera en ningún caso confundirse con la sensación insostenible de la *desesperanza*. No hay transformación que no comience con desazón ante la interrupción de lo que consideramos habitual o costumbre. La desesperanza es otra cosa, inmovilizadora y resignada se vale del miedo y se opone a que busquemos desempañar las lentes, entender anclajes, especular respuestas.

Como verá, mi propósito no es grande pero tampoco es pequeño, porque, más allá de una pretensión funcional, me gustaría *acompañar* reflexivamente a quienes, como usted, Sibila[3] como máscara les permitió despojarse de la propia, descubrirse en otros muchos llamativamente parecidos. Con este *acompañar* me refiero al gesto de sentirnos cerca y a la práctica de hablarnos y escucharnos, importunando la resignación y sin escabullirnos del dolor necesario para pensar y actuar, bajando del tiovivo de la rutina.

Porque *acompañar* también supone sabernos comunidad en lo que nos identifica, cuidando un lazo solidario. ¿Y se ha fijado que a nuestro alrededor hay metáforas y ejemplos que podrían ayudarnos a extrapolar e ilustrar mejor esta cuestión? Lo digo a la par que le prevengo de mi aparente divergencia al hablarle de un martilleo que sobre el tema viene a mi mente. Se trata de una investigación[4] reciente sobre perros y lobos tan figuradamente alejada de nuestra conversación como lo estaría el relato sobre un canguro o sobre un topo, pero me pareció afinada la vinculación que se sugería en ella: que los perros han ido perdiendo «el sentido de la solidaridad» a medida que se han ido «domesticando». ¿No cree que hay en esta afirmación algo que nos resulta útil como analogía y como temor para los humanos? Tengo la impresión de que la domesticación y la solidaridad están profundamente relacionadas también en nuestro caso, y que no es casual que la ansiedad avivada por las economías de mercado favorezca una docilización del sujeto frente a poderes explícitos, la tecnología de un lado, y quienes tienen la posición y el dinero para contratarlos de otro. Tampoco es anecdótico que esto acontezca reforzando un individualismo necesariamente competitivo. De muchas maneras, la sumisión que implica sentirnos domesticados es posible porque se debilitan las formas de solidaridad entre nosotros.

Desde este acompañamiento y volviendo a los asuntos que están en el suelo de sus quejas y preguntas, observe cómo tratan sobre algo que podríamos describir como vidas y trabajos tan entreverados que nos cuesta diferenciar dónde empiezan y terminan. No me refiero solamente al hecho de que nuestro trabajo, al ser creativo, haya sido en algún momento también vocación y que no dejemos de ser escritoras cuando soñamos dormidas o cuando comemos. Me refiero a una cuestión de época, al empuje silencioso y persistente hacia formas que algunos han definido como *autoexplotación*.

Empuje que pienso, e intentaré argumentarlo aquí, crece favorecido por la materialidad con que los cuerpos se entrelazan con la tecnología y por las nuevas versiones de la economía de mercado.

Tal vez entonces debamos comenzar acotando esta materia, advirtiendo que el trabajo para muchos sujetos del siglo XXI ha dejado de ser esa práctica tipificable y remunerada, fácilmente enunciable con una o dos palabras y definida de manera concreta como algo susceptible de formar parte de un contrato. El trabajo en una cultura-red capitalista se está convirtiendo en una *práctica de prácticas* indefinidas que trascienden aquella actividad central que buscaba disciplinarnos y describirnos socialmente («¿qué eres?»), para en su lugar *derramarse* y desbordarnos. Hoy el trabajo se hace de una lluvia de tareas mediadas por tecnología y tejidas con comunicación y números, actividades dispersas que van cambiando y que combinan gestiones que se describen con los lenguajes afectivos de la nueva cultura, ya sabe, *ansiedad, contingencia y precariedad*, expandiéndose líquidas de forma que el trabajo no siempre lo parece.

Las inscritas en los marcos de trabajo creativo e intelectual, donde usted y yo nos movemos, conllevan además tareas relacionadas con la visibilidad y la autopromoción. Siendo ambiguas en su definición y pago, son claras en tener al sujeto creativo como protagonista. Sujetos que tienen la sensación de estar todo el día ocupados con independencia de que logren avanzar o no en sus trabajos. Paralelamente se aumentan las tareas de autogestión y administración y se normaliza la vigilancia tecnológica desde un hacer operacionalizado, archivado, contado y siempre evaluado.

Pero también con demasiada frecuencia los trabajos creativos llegan como colaboraciones en formatos livianos que se concatenan («participa, súmate, evalúa, únete, envía...»). Las lógicas del mercado animan a que todos hagamos y hablemos al mismo tiempo, a producir por defecto, proponiéndonos *más* entre nosotros mismos, contribuyendo a que la máquina nunca se enfríe. Aunque no está del todo claro, ¿qué incentiva al sujeto a seguir y aceptar, a implicar a otros, atando un favor y una deuda?, ¿qué suerte de agrado moviliza y qué miedo paraliza? ¿Qué novedad se esconde en esta presión del sujeto a cargarse las espaldas, a sacrificar su tiempo por un *hacer* o quizá por un capital simbólico caduco?

Puestas a experimentar preguntas, pensemos en esa «aceptación por

defecto» y en qué pasaría si *menos* tareas pudieran ser abordadas con *mayor profundidad*, menos apariencia y más sentido. Quizá entonces podríamos aportar algo valioso, sea lo que sea lo que las personas hagan. ¿De qué tenemos miedo? En sintonía con las aplicaciones tecnológicas que buscan la aceptación y el agrado, muchas personas aceptan porque de esa suma de colaboraciones depende su supervivencia laboral, pero en la mayoría de los casos se trata de un viento que empuja. ¿Qué pasa si usted y yo, dóciles, aceptamos por defecto y suministramos texto rápido, titular, producción precaria, *papers* al peso, atención contabilizada, clases sin vida, impostura, porque todos lo hacen, porque confusamente sentimos que «no podemos frenar»? Al sistema económico le beneficia, pero no al valor y sentido de lo que hacemos. Si esa rueda gira, el mundo seguirá replicándose, pasando por el mismo surco como la aguja de un tocadiscos estropeado. Evidenciando que al sistema no le preocupa ese sentido sino su *espejismo*, garantizando la actividad de la maquinaria, el uso, las ganancias desiguales de una obra tan precaria como el trabajo que la genera.

A mí me parece que si todas las personas precarias que conozco, pero también todas las no precarias que de diferentes formas colaboramos en la precarización de otros, si todas las que tuvieron el deseo de trabajar con sentido sin convertir su vida en una competición, si pudieran dedicar sus tiempos a las investigaciones, clases, obras y proyectos que las movilizan, sin que su desglose burocrático, despliegue preparatorio, duplicación acomplejada, contrato precario, silencio administrativo o anuncio impostado ocupen la totalidad de sus vidas, ¿cuántos descubrimientos habríamos tenido, cuánta producción valiosa frente a los sucedáneos de obras rápidas y vacías que se amontonan?, ¿cuánta ansiedad aliviada? Si hubieran reunido todas sus lecturas e ideas, todo lo reflexionado sobre igualdad, salud, clima, alimentación, virus, migración, fronteras, enfermedad o política, dando a su tiempo el mejor empleo posible, frente al que ahora llenan de pose y fingimiento, ¿se imagina? Es una mera especulación, pero ¿no cree que la época no puede aguantar más sobreproducción ligera, más residuo y práctica caduca, más abaratamiento sostenido en la esclavitud de la invisible y clasista producción primera, más fragmentación y exceso, más desplazamiento contaminante, más entretenimiento en la impostura perdiendo intimidad y vida política?

Con afecto, R.

«LA VIDA EN ELLO» (IRRACIONALIDADES DEL *HACER)*

La vida humana, distinta de su existencia jurídica, y tal como tiene lugar, de hecho, sobre un globo aislado en el espacio celeste, en cualquier momento y lugar, no puede quedar, en ningún caso, limitada a los sistemas que se le asignan en las concepciones racionales. El inmenso trabajo de abandono, de desbordamiento y de tempestad que la constituye podría ser expresado diciendo que la vida humana no comienza más que con la quiebra de tales sistemas.

GEORGES Bataille,
La parte maldita

Querida amiga:

Moriré cruzando un paso de peatones. Será a las siete menos ocho minutos de la tarde de un viernes o un sábado, entre la estación de autobuses de Córdoba y la de trenes. El autobús siempre llega tarde y a su entrada se ralentiza vaiveneándose al intentar enhebrar su mole en la justísima dársena del andén veintidós. Alguna memorable vez ha entrado a las seis y media, pero lo habitual es que lo haga pasadas las siete menos cuarto. El insignificante margen entre su llegada y la salida del tren que me lleva a casa, que sale puntualmente a las siete menos seis minutos, y se detiene en la estación apenas trescientos impecables segundos de aliento, terminará por matarme. Lo sé. Es una cuestión numérica, tan concreta como la que se dirime en esos problemas de física que buscan predecir en qué momento se cruzarán dos trenes que salen de A y de B a una velocidad determinada. Mi muerte será también matemática.

Sé que es un riesgo comprar con antelación el billete para este tren si dependes de la llegada de ese autobús que pasa zigzagueando por todos los pueblos entre origen y destino y que cada día está expuesto a múltiples retrasos. Suelo comprarlo por teléfono cuando ya estoy dentro del autobús a mitad de camino. Hago cálculos estimatorios valorando quién conduce ese día, el número de pasajeros o el clima. Los hago solo para sentirme

falsamente activa en el asunto, pues sé que voy a intentarlo de todas maneras.

Hay además otras razones no numéricas que me llevan a sospechar que moriré en ese pequeño tramo que le digo. Corro casi sin ver, y lo prefiero a la vergüenza de aceptar que lo he vuelto a hacer, que he vuelto a comprar ese billete sin apenas margen. Y esta es la razón que rezará en el epitafio después de mi posible atropellamiento: «Lo hizo sabiendo que había otro tren a las siete y media.» No suavizará mi sentencia jurar ahora que no volveré a poner en riesgo mi vida cruzando temeraria ese paso de peatones con los coches que vuelven a casa del trabajo o de la compra, enfilados y rugiendo con la agresividad del cansado y preparados para embestir. Siempre me prometo que no volveré a hacerlo, pero claramente me miento.

Un par de veces he perdido el tren habiendo comprado el billete y se me han saltado las lágrimas. No debiera ser para tanto, pero me costaría explicar a quien se sorprenda de que llore que esto suele ocurrir en viernes o en sábado y que el lunes previo pasé varias horas en otro tren a la ciudad X (le digo X aunque podría ser Y o Z), viajaba para una reunión de trabajo el lunes y para un seminario de varias horas el martes. Al finalizarlos regresé también en tren, acomodándome como en la ida en el primer asiento de ventana del vagón-silencio, con la normalidad con la que algunos se sientan en sus mullidos sillones frente a la tele. En ambos trayectos anduve conectada todo el tiempo, avanzando en trámites administrativos, buscando concentrarme en una entrega comprometida y contestando mensajes pendientes. Es probable que a gran parte de estas tareas hubiera podido decir que no, pero no lo hice. También es posible que no pudiera y que solo lo piense para sentirme más libre y siempre productiva tal como me alientan. El miércoles me esperaban gestiones en el banco –poca cosa, sellar impresos para poder cobrar lo adelantado en el viaje–, pero me quedé bloqueada en la interfaz de la máquina que daba los números a la entrada porque olvidé la lupa y no paraba de confundir la O con la P, y la cola, con prisa y cuchicheos, aumentaba. Fue entonces cuando me faltó el aire. A veces me cuesta respirar y tengo que abrir la boca e inclinar un poco la cabeza hacia atrás. Tardé unos segundos en recuperar el aliento, los mismos que las personas de la cola en enseñarme su reloj. Opté por intentarlo otro día y me marché a la tienda de audífonos que hay en la misma calle. Allí esperé mi turno para que me devolvieran arreglado el que no funcionaba.

Recuperar el sentido de algunas palabras me alegró y entristeció al mismo tiempo. Replegarme en mi mundo interior es algo que en cierta forma me relaja. La no comprensión de lo que me dicen me congela la sonrisa como si fuera boba y me desplaza de las conversaciones, pero también me ayuda a comprometerme menos con nuevos trabajos que no debiera aceptar. En cuanto tuve el audífono, me fui al campus de las afueras donde debía participar en un curso que comenzaba a las doce y media. Como buena entusiasta, salí por la tarde con tres propuestas para colaborar en una revista emergente, evaluar un par de artículos y dar una charla en una asociación vecinal. Llegué a casa al atardecer y hasta la madrugada anduve varias horas intentando actualizar una base de datos con los últimos méritos y evaluaciones, de los que saldrá un número útil quizá para alguna otra aplicación informática. Entre desplegables e índices de impacto recordé con «cariño colosal» a quien diseñó la aplicación con letra gris sobre fondo blanco y me hizo leer con lupa cada palabra. El jueves a primera hora había acordado dos tutorías en el despacho y a las doce una cita con la rehabilitadora y el técnico para que pudieran valorar si cumplía cierto grado de sordoceguera y qué nueva lupa me viene mejor. Nada más terminar debía viajar a mi pueblo para acompañar a mis padres en su cita con el médico al día siguiente. Tomé un taxi hasta la estación, un tren a las tres y cuarenta y cinco hasta Córdoba, deambulé unos veinte minutos entre estaciones, cruzando el paso de peatones donde moriré, y a las cinco tomé el autobús que llega hacia las siete menos cuarto de la tarde a Zuheros. Allí no hay estación ni puesto identificable de información o venta de billetes, solo un banco con techado y un tablón con los horarios de autobuses junto a la llamada Casa Grande, lindando con las afueras. Las calles del pueblo son demasiado pequeñas para que el autobús pase y solo puede asomarse a esta zona, descargar pasajeros y dar marcha atrás para volver a salir. Nadie salvo los viejos y yo solemos coger este autobús, porque la mayoría de las personas que viajan tienen coches que rugen. Desde allí caminé por las calles oscuras pero memorizadas hasta la casa triste donde viven mis padres tristes con una adorable perrilla que noto que hace por ellos mucho más que yo y que cualquier otro ser humano. En la casa callamos y hablamos con hartazgo y ternura de enfermedades que ya se han pasado y de las que ahora tienen. Enseguida se hizo de noche, pero siempre es de noche desde que llego a la casa familiar, y es curioso que siéndolo nunca logre dormir allí

más de una hora seguida. El frío suele ser polar fuera y dentro de mi cuerpo, pero siempre amanece. Y amanece cuando el viernes por la mañana la taxista del pueblo nos lleva a la ciudad y nos deja en la puerta de las consultas externas del hospital provincial. Al terminar nos acercamos a comprar un móvil con cámara para que mis padres puedan verme al hablarnos, pero también enviarme fotos de cartas y radiografías que me evitarán algunos viajes. De vuelta, y conforme paso las horas del mediodía en la casa familiar esperando el último autobús que sale a las cinco menos cinco, me voy apagando, y durante un tiempo que quiero recordar como segundos el amor y la paciencia sucumben y deseo, sé que también ellos, que muramos todos al mismo tiempo. Cuando subo al autobús, voy recuperando cierta ilusión. La focalizo en el tiempo de escritura que me espera y pongo todo mi entusiasmo en la hora de llegada, en el regalo que será entrar en casa un poco antes. Tal como lo veo, tengo dos opciones: correr a mi salida para intentar subirme en el tren más rápido de las siete menos seis minutos o esperar y salir en el más lento de las siete y media. Llegar cuarenta y cinco minutos antes me permitiría tumbarme en el sofá por vez primera en lo que va de semana, apagar las luces y relajar los ojos antes de, por fin, poder leer y escribir un rato. ¿Lo entiende? En ese paso de peatones noto que mi vida no vale tanto como ese pequeño tiempo que me espera y que siento que da sentido a todo lo demás.

A menudo pienso que escribo y me esfuerzo por sacar horas a los días no tanto porque la vida me permita escribir, sino porque la vida «no» me anima a escribir y me lo dificulta a cada rato. Pero, entre tantas cosas que no elijo, esta la deseo y en esos momentos noto que «me va la vida en ello». Y quizá porque me resulta difícil verbalizar lo que para mí supone esta expresión sin acudir a escenas concretas y porque en ella desemboco cuando me siento cercada por determinadas presiones cotidianas, pruebo ahora a deshilarla con usted porque quiero entenderla e intuyo que, no solo en las sintonías cómplices, sino más allá, usted quiere entenderme. Cuando me interpela por la esperanza que nos sujeta en nuestras vidastrabajo, no puedo contestar dónde la encuentro, pero sí identificar lo que me ata a ella, incluso cuando parece esconder claves no claramente racionales. «Ir la vida en ello» no parece una expresión rigurosa ni literal, pero lo que la moviliza es

profundamente sincero, pues todo goce afilado por una práctica busca repetirse, entrenarse, vivir en ella y en tanto *vivir* con sentido, no morir. Como si la vida nos fuera en ello.

Sabemos que esas prácticas creativas que a usted y a mí nos cogieron por las piernas y nos removieron el alma hasta desajustarla de su mundo anterior, no suelen protagonizar nuestros días. En su lugar, otras, para nosotras más prosaicas, pero para quienes nos contratan sostén de nuestra productividad, se encadenan como parte de nuestros trabajos pagados o como tareas derivadas de la vida contemporánea y de los cuidados. Aunque, bien mirado, no me negará que en la aceptación de estas prácticas que en muchos casos se nos presentan como elegibles también sentimos una variante *ansiosa* del «irnos la vida en ello». Entrenadas en la responsabilidad y el miedo, las vidas-trabajo que hemos configurado parecen, al mismo tiempo, ser fruto de nuestras elecciones asustadizas y ser impedimento para nuestras elecciones emancipadoras.

Es como si en las cosas que nos presionan encontráramos una obligatoriedad implícita y educada, algo que en su pronunciación rememora todas las escenas similares que en nuestra vida hemos presenciado y que culminan aceptando. Se me hacen intensas las de las mujeres de mi familia respecto a la propia familia. Mujeres tan serviciales y sumisas que se subordinaban a la petición y el deseo de los otros (habitualmente padres, hijos y marido). Pero también escenas donde las personas, ante la petición de «más trabajo», sienten que no pueden negarse, por muy duros que sean o a destiempo que estas propuestas lleguen.

Puede entonces que ese agachar la cabeza sea una tendencia servil de una educación como mujeres en contextos humildes, una perfecta combinación de docilidad y agrado que nos lleva, cuando no hay premeditado freno o límite, a aceptar y agrandar las espaldas. Usted con seguridad tendrá sus propios ejemplos, sus propias presiones.

Mirando la historia cultural cercana y pasada es fácil advertir que las mujeres han estado privadas de ventaja política, que nuestra historia libre es corta, y que ese techo o muro que las limitaba iba acompañado de una supremacía moral que estaba en el centro de los clichés de sumisión y del mantenimiento de pagos simbólicos en lo que hacían. Así, en tanto se dificultaba la conciencia política, el pago inmaterial se aceptaba como pago *suficiente*. ¿Quién duda de que en la configuración de nuestra idea de futuro

y esperanza puede actuar el miedo educado en función del género y la clase social?

La filosofía ha teorizado largamente las relaciones entre amos y esclavos desde el momento mismo en que las personas que se presentan y encuentran *se miran* y unas sienten tener más cosas que perder que otras. Hegel[5] sugiere que quien tiene miedo a la muerte tiende a convertirse en esclavo frente al que la desprecia, que termina dominando. De ahí que la suerte del esclavo en su sumisión, miedo y voluntad de agrado siempre le coloca sometido a quien nada teme, al menos hasta que más tarde llega «la conciencia desgarrada»,[6] pero entonces los protagonistas se han convertido en otros. Sería razonable pensar, bajo esta perspectiva, si quienes se construyen sintiendo que tienen a otros a su cargo se hacen más *vulnerables*, puesto que asumen que ante un riesgo tienen más vidas que perder. Habiéndose proyectado en las mujeres el cuidado de niños y ancianos, cabría pensar que ellas pudieran tener más miedo a la muerte por cuanto su vida ayudaba a proteger a los dependientes. Frente a ellas, aquellos que se hacen fuertes y *autónomos* sin dependencias explícitas serían menos frágiles, pues no tienen miedo a perder, como tampoco parecen tenerlo a morir. ¿No le parece que en la sumisión y el agrado del que ahora hablamos también habita un miedo a que a uno le hagan daño, en cuerpo propio o en los de las personas dependientes?

En diversas leyendas y relatos de distintas culturas, pero también en imaginarios fílmicos y literarios recientes, suele posicionarse al que está dispuesto a morir como el líder o el héroe. El ímpetu bélico, pero en la cultura occidental también el valor *cristiano* de quien «está dispuesto a dar la vida», lleva tiempo posicionándose como cualidad de idealización y autoridad. Sobre este asunto, recuerdo una novela de Stanisław Lem donde se habla de un grupo filosófico que para concluir los debates enquistados utilizaban un método llamativo, amenazando con suicidarse como señal de convicción extrema en lo que se defiende. Daban así máximo poder a lo ofrecido por el valor de aquello a lo que estaban dispuestos a renunciar. Claro que dicho gesto era fácilmente pervertible, por cuanto podía culminar dando la razón a quien menos aprecio tenía a su vida, pero puede sospechar que igualar una ofrenda de ese tipo, la propia vida, resultaba un gesto solo superable por otro similar y, en consecuencia, por el desencadenamiento de la guerra. Los resultados de quienes sin miedo a morir guerrean son de

sobra conocidos, como también sus mitologías de idealizados héroes. No conocer el umbral de lo que se está dispuesto a hacer o a perder cuando el carácter de lo hecho parece no estar regido por la racionalidad resulta estremecedor.

Con materializaciones distintas advertimos tensiones similares como rasgo observado en diferentes grupos humanos. Quiero decir que no podemos dar por hecho que resulta algo propio de la cultura occidental, ni que son exclusivos los aquí dispuestos a la extenuación por no fallar o no fallarnos en lo interiorizado. Vienen a mi mente ejemplos de otras culturas que podríamos identificar como prácticas de autoexplotación en cuanto formas de *trabajo* que sobrecargan y a simple vista dañan, voluntaria e irracionalmente, al sujeto que las realiza. Reviso alguno de los ejemplos que se describen en la antropología política y económica al narrar comportamientos no regidos por la utilidad, los cálculos o la racionalidad, sino por fuerzas simbólicas y gasto que parece «improductivo». Como quien busca mantener o lograr un *nombre*, un prestigio, un crédito, o quien antepone un valor moral a una racionalidad económica o logro material.

En estos ejemplos que le refiero abundan estudios sobre sujetos y comunidades que buscan diferenciarse de otros o posicionarse frente a otros, no ya mediante claras estrategias de dominación, sino valiéndose de lógicas que evidencian «lo que están dispuestos a perder» desde el sacrificio, el derroche, la extenuación o la exhibición pública. El caso del *Ongka*[7] de Papúa Nueva Guinea mostrado en un documental de los años setenta me parece, contextualizado desde su diferencia cultural y distancia, ilustrativo. En él se cuenta el ritual de un *big man* que debe acumular una importante cantidad de cerdos y bienes para presentar a través de un ceremonial *moka* a otra tribu. Los esfuerzos del protagonista y de su familia por realizar esta tarea los ponen al límite de la ruina, pero el hombre se mantiene firme en su propósito interiorizado como *obligación* extrema. Su entrega obsesiva al proyecto es explicada en términos de búsqueda de estatus y prestigio para su tribu y para él mismo, situando las ganancias simbólicas por encima de cualquier ganancia material, que en este caso parece no existir. Al contrario, su empeño está a punto de terminar con su salud y con sus posesiones.

El barro y los cerdos frente al cuarto propio conectado no pueden hacerle pasar por alto las sintonías que este ejemplo comparte con la

autoexplotación que caracteriza al trabajador *creativo* contemporáneo. De un lado, lo que se identifica es la aparente irracionalidad de una práctica que daña la vida (ansiedad, pérdida material y de salud...). De otro, la manera en que opera una presión negativa. Una presión deducida de «no puedo dejar de hacerlo». Ambas cuestiones están presentes en las vidas-trabajo de la cultura actual. También en ellas, la negación y el rechazo pueden generar enemistades visibles, mala publicidad y tensión allí donde la vida contemporánea y conectada está constantemente sometida al escrutinio del escaparate público.

La mujer del *Ongka* lo tiene claro, y cuando le preguntan por qué se entrega también a la aparente locura del *moka* del marido dedicando su tiempo y energía, ella afirma: «Si no trabajase como trabajo, ¿qué no diría de mí la gente?» Cuando la coerción *material*, por distintas razones, no es posible en una sociedad, cabe pensar cómo actúan y se instauran formas de coerción moral por parte del grupo («dar la cara, hacerlo por honor, mantener un nombre, tener la conciencia tranquila»). No obstante, creo que existen otros matices añadidos, y quizá no le extrañe que en un sistema capitalista caracterizado justamente por la pérdida de *vínculo moral* en los intercambios que definen las transacciones entre las personas, esta presión esté siendo utilizada en aquellos ámbitos y sectores más precarios y feminizados, a cuya fuerza de trabajo se le puede sacar mayor partido con menos inversión, me refiero tanto al trabajo temporal y más vulnerable como al trabajo afectivo y de cuidados.

Sin embargo, estas ideas tratarían del «irnos la vida en ello» cuando sentimos que algo que importa se pone en juego en nuestro trabajo porque lo que proporciona es valioso para nuestra *vida social*, pero pasaría de puntillas por ese otro «enganche» a una práctica que nos apasiona con una intensidad íntima. Este otro caso que usted y yo experimentamos nos lleva a sentir que sin esa práctica la vida se vuelve apática y desapasionada. Por ello, a quienes nos dedicamos a la creación, cuando creamos pareciera que nos va la vida en ello. Y tal vez por esa sensación, cuando logramos disponer de un contexto para crear, notamos que la vida recupera un sentido que el resto del tiempo encontramos torpedeado e impedido.

Combinadas y movilizadas ambas inercias cuando hay una pasión creativa, ¿no cree que hoy nos sale al paso la presión del trabajo sumiso en el que hemos sido educados, generando la tensión de vivir una vida que no

nos pertenece? Como si nuestras pretensiones y deseos estuvieran desencajados respecto a lo que se espera de nosotros (repetir una vida obediente), sintiendo que cuando las cosas nos van bien es que hay un error en el sistema y que solo se explica porque debemos ser unos estafadores, tal como hace años se teorizó en el *síndrome del impostor*.[8] La vida sería mejor sin esa sensación que empuja a demostrar que uno ha superado la expectativa de vida sumisa (como mujer o como pobre), pero queriendo hacerlo se topa con la dificultad de las otras expectativas, las derivadas de la educación y el sacrificio –«quien estudia y se esfuerza logra sus propósitos»–, desencajadas de la vida laboral –«el trabajo ha mutado, no hay trabajo estable para todos, el nuevo trabajo es crudamente precario».

Con afecto, R.

LA ESPERANZA Y EL ASCENSOR SOCIAL («SALIR DE AQUÍ» O LA *NOBLEZA* DEL ADOLESCENTE)

A eso que está al otro lado de este cartel lo llamamos: el otro lado. A lo que está más cerca, lo llamamos Aquí. Y no, no existe la posibilidad de que todo sea una alucinación de quienes queremos irnos. Ese cartel existe y es mi lugar favorito (...). Está a las afueras y dice: Allí, 538 Kilómetros.

BLOW, citado en *Notas. Cartas a Sibila*

Querida amiga:

Usted y yo tenemos años contados en décadas, tantos como para notar, cada vez más a menudo, el cansancio de quien trabaja y envejece como si hubiéramos concentrado años en meses. A cambio, en muchas cosas mantenemos un espíritu adolescente. Quizá la más evidente sea el deseo renovado de escapar, de cambiar de aires, de trabajo, de vida cuando esta oprime. ¿Recuerda? Comenzamos a sentir algo similar hace tiempo, cuando soñábamos con salir del barrio, del pueblo o de la casa familiar.

Cuando yo era adolescente, dedicaba horas a pintar. Solía dibujar casas sin puertas ni ventanas. Las pintaba con carboncillo y óleo como bloques de

piedra y tejado sin abertura alguna. Después las enseñaba a la familia, traduciendo en la imagen lo que por timidez o introversión era incapaz de verbalizar («mirad cómo me siento, mirad mi cárcel»). Cuando el cuadro volvía a mi habitación, dibujaba en aquellas herméticas casas una puerta y una ventana. Lo hacía con un lápiz duro que apenas dejaba rastro visible a media distancia, pero a poco que alguien lo observara de cerca lo apreciaría. Era mi esperanza hilvanada sobre la piedra, el trazo de un lápiz de grafito que apenas se sujetaba a la pintura de aceite. No es que la esperanza fuera pequeña y por ello no utilizara un pincel para fijar la puerta, es que una casa abierta no tiene nada significativo que contar, es lo que cabe esperar de una casa. Solo la ausencia podía hacer de boca y de grito en un pueblo pequeño al que solo llegaban algunos autobuses y donde solo había una pequeña iglesia y una pequeña pero grandiosa biblioteca. El lápiz dejaba claro, al menos a mí, que la piedra de la casa no podía con las ventanas de mi cabeza, que la salida proyectada era lo menos visible, pero en su estar en riesgo lo más importante.

La sensación de cárcel siempre estuvo presente en mi adolescencia. El miedo a que todo hacer libre en el pueblo interfiriera en la vida familiar era un lazo muy tenso que terminaba por esconder a muchos en el desván, como si fueran mudos o estuvieran locos. «No salgas, no hagas, no vayas, cuidado con...» Aunque había veces que solo bastaba con reiterar la pregunta que nos desviaba del «quienes somos». Me refiero a esa que proyecta un futuro socialmente tranquilizador: «¿Qué queremos ser?» En su trampa la pregunta estaba seguida de un listado de respuestas que se repetían sugiriendo lo que de ti se esperaba. Las profesiones eran las que ya existían, las que organizaban los libros de una estantería, los muñecos de una juguetería o los personajes de las ficciones televisivas de moda. Raramente los niños ensayaban para estos trabajos indefinidos y desdibujados a los que en el ámbito creativo y cultural muchos se dedican ahora. Al menos, no quienes jugaban a esas cosas concretas a las que apuntaban hace años los trabajos posibles.

En cierta manera creo que no fue el modelo cercano que teníamos (y que en muchos casos operó más bien como rechazo a lo que «no queríamos ser»), sino la presión interna que nos animaba a esas prácticas creativas y para el mundo cercano «inútiles», pero que sin embargo sí se parecen a la multitud de tareas indefinidas que ahora hacemos y que curiosamente son

bienvenidas para el capitalismo, manteniéndonos siempre activos. De hecho, el *modo artístico* parece haberse convertido en el patrón del nuevo modelo económico y de esas a las que nos referimos como formas de autoexplotación. Le dejo esta idea hilvanada para volver a ella más adelante.

Antes, preciso retomar esas preguntas sobre la proyección de futuro que se interiorizan y reiteran. Lo hacen desde que, impertinentes, nos golpean en la niñez, continúan en la adolescencia y se hacen obstinadas en la juventud cosméticamente ampliada de ahora. Cuando, por mucho que se estudie y trabaje, todos alrededor parecen esperar «un trabajo de veras», y se preguntan «¿era esto?». Ese trabajo que usted vislumbra cuando habla de esperanza es un trabajo que ya tenía en mente de joven, y es difícil dibujarlo porque es inquieto y se mueve, pero de manera distinta a lo que ahora tiene. En lo esencial buscaría dotar de sentido su práctica, no se comería la vida, estaría bien pagado y respondería a una idea de justicia social. Pero, de haberlo verbalizado entonces, la habrían llamado «ingenua» o se habrían reído en su cara. No nos reímos nosotras y quizá lo escondimos para guardarlo del vapuleo de quienes «no sueñan».

Creo que toda vida infantil y adolescente esconde la nobleza de imaginar el futuro como algo bueno no solo para uno mismo. Y confiando en ese futuro, también en la proyección de una vida libre que despierta y se proyecta en el trabajo, como vía para crecer y salir de un lugar que *aprieta*. Es tan sencillo y cardinal como la base de una educación pública, que el hijo de un pobre no esté sentenciado a seguir siendo pobre. Y cuando se logra, puede que la amenaza de *no volver*, de mantener lo que se ha logrado, también empuje a *no parar* ante el miedo a la reversibilidad de la marcha. Cierto que las condiciones de ahora difieren de las de otras épocas, pero este fondo que le comento me parece que es propio de las personas en cualquier momento y lugar.

El alma se agita cuando se vive en periferias decrépitas, en pueblos que menguan o en algún sur del sur empobrecido, sintiendo con intensidad una molestia interior que lleva a peregrinar por los andenes, esperando que un autobús, un barco o un tren ayude en la escapada, que la escuela o la universidad tiren de quien se marcha y le permitan un anclaje para escapar y construir algo *propio* en otro sitio. Sería hermoso pensar que quienes lo logran podrán volver, pero habiendo vivido, pudiendo elegir. Siempre me ha

interesado ese dilema subvertido en tres o más opciones: salir y marcharse definitivamente, irse temporalmente pero regresar en el futuro, o estar y no estar al mismo tiempo, ese ir y volver de quienes no pueden marcharse del todo. En cualquiera de las situaciones se precisa un moverse y tomar distancia que permita ejercitar la libertad. Sobre ello quise especular en un libro de relatos que escribí hace años. Se titulaba *Lo mejor (no) es que te vayas* y trataba sobre mujeres y mundo rural. Incluso los mayores detractores del uso de paréntesis en un título estarán de acuerdo en que dicha sentencia precisa acotar y hacer pensativo ese «no» para que exista *libertad* en quien se queda, en quien opta por marcharse o en quien voluntariamente opta por vivir en el *tránsito* de estar y no estar al mismo tiempo.

La motivación para salir es que un trabajo espera en algún lugar después de años de formación. Un trabajo es la manera socialmente establecida que tiene el sujeto de escapar de un mundo sentenciado o miserable. Salir de la casa de los padres, del pueblo o del país, y para muchos hoy también del hambre o de la guerra, revolver la sentencia de repetirnos en lo mismo, nos agita y el trabajo parece la llave. Lo que abre, deseamos, una vida más autónoma.

Las personas proyectamos un *allí* que idealizamos y nos moviliza, a ese *allí* se va con la esperanza de la que usted me habla, pero sucumbimos a cada rato. Tal vez por ello no dejamos de dar vueltas a lo mismo y el camino se nos hace bucle entre trompicones y oscuridad. Los colores de *allí* han cambiado en épocas y culturas, pero hoy un niño solo tiene que encender una pantalla y mirar el mundo que otros viven, normalmente más arriba, más al norte. Porque desde hace tiempo, y más en el tiempo capitalista, el abajo acoge a quienes más deseo acumulan de *salir*. La mirada global del deseo del pobre está fuertemente desacompasada de la política local del rico. Pero el mundo antes fue distinto y con seguridad lo será en el futuro. Los abuelos y nietos de los que cierran fronteras migraron o lo harán. Las historias de los seres humanos se construyen sobre movimientos de personas que *escapan* o *buscan*. Solo la carencia (trabajo, seguridad, clima...) cambia con el tiempo.

Con un ¡oh! superlativo imaginamos quedar asombrados al ver materialmente lo que *existe* allí, donde todo parece más hermoso y hay mayores dosis de autonomía, ¿cómo no «imaginarnos como ellos»

encendiendo el deseo de escapar? No sorprende que las migraciones se hayan activado con las pantallas, no solo por un «huir de» sino por un «llegar a», como imprescindible intento de vida mejorada. La educación siempre ha sido un motor, pero la pantalla es ya el mayor estímulo. Ver otros estilos de vida vinculados a un lugar activa el deseo de *salir* y encontrarlos como oportunidad de nueva vida.

Quien quiere *escapar* lleva un adolescente dentro. Porque de adolescentes la vida está construida con un *mañana,* muy probablemente acompañado de una banda sonora que enciende los sueños de futuro, con gente aún indefinida y proyectos motivadores. Una imagen que va cambiando conforme llenamos la vida de experiencia e imaginario, escuchamos otras músicas, encontramos a otras personas o leemos otros libros.

El proyecto de escapar desde que somos jóvenes moviliza la *esperanza*. Escapar supone salir de un estado de malestar *opresivo* a otro tipo de malestar *propositivo* que conlleva incertidumbre, ¿y ahora qué? Hay personas que se orientan a este propósito toda su vida. Y no sé cómo lo verá usted, pero últimamente, en sintonía con los trabajos fragmentados y temporales que proliferan, la forma de construir la escapada implica comenzar a cada rato nuevos caminos, transitar por ideas que no germinan ni maduran, llenar la vida de comienzos de historias no claramente elegidos, viviendo como en un «entretanto».

No es minucioso lo que nos mueve en la vida, es un ímpetu que funciona como germen de otras motivaciones, larvas de proyectos que hoy se engarzan con un sistema económico al que le viene muy bien esta tendencia a «comenzar cosas». Un sistema que saca partido a lo contingente, que lo incentiva incluso, donde todo dura poco para de nuevo ensayar otro inicio, habitualmente a través de algún producto o servicio que implique comprar, consumir o calentar la máquina. No extraña que categorías como *contingencia* y *precariedad* estén implícitas en la mayoría de las prácticas laborales contemporáneas, porque lo están en el sustrato que alimenta un estado normalizado de ansiedad y retorno.

Y ciertamente es indefinido, me refiero al momento en que los sueños de emancipación derivados de la educación y de las expectativas propias y ajenas empiezan a torcerse. Ahora en la indefinición se dan cita las historias personales en combinación con las fuerzas neoliberales que atraviesan

actividad y época. Cuando los trabajos temporales que enlazan formación a vida adulta y trabajo remunerado comienzan a ser lo habitual y la ilusión de emanciparse se desvanece o se aplaza, es previsible que el sujeto se frustre, que la confianza decaiga. Puede que incluso se piensen formas de descrédito o hasta de *venganza* frente al sistema educativo que auspicia este desencanto. Pero también frente a la sociedad, por haber alimentado la expectativa mientras se seguían las reglas para toparse a cada rato con la pared y la trampa de estar siendo engañados.

No encontrar la puerta que permite seguir hacia una *buena vida* es experimentado como injusticia cuando se pone en ello nuestra pasión y crédito, generando dolor, falta de suelo y cuestionamiento de normas. No debe extrañarle. Si en una comunidad se educa para asentar determinados valores y para promover maneras de enlazar trabajo y emancipación, ¿qué pasa cuando se descubre la impostura del acuerdo, cuando advertimos que no hay oportunidades para todos y que solo unos pocos podrán trabajar con garantías y estabilidad? El adolescente que llevamos dentro corre el riesgo de envilecerse, especialmente si la sociedad no le explica lo que pasa, si da por hecho que las cosas funcionan injustamente sin hablarlo con ellos; sin *disculparse* y razonar la dificultad y las alternativas que la sociedad está trabajando. ¿Qué se está haciendo para enfrentar ese lastre? La nobleza sin coraza del adolescente enseguida se endurece y cae como molde a medida en el individualismo competitivo. Un engranaje perfecto para que nada importante cambie.

Sin embargo, de una forma que intentaré desgranar en otras cartas, esta nobleza me parece valiosa si hablamos de esperanza. Lo es cuando no es instrumentalizada por el sistema para mantenernos sumisamente activos, sino cuando se trata a las personas como seres inteligentes capaces de afrontar un futuro complejo sin necesidad de falsearlo. Porque, conscientes de la dificultad, necesitamos creer que será posible aquello que se sueña o desea de manera *justa* y sin dañar a los otros, sin que su logro suponga el fracaso de los otros. Y creo que esta nobleza que a menudo nos presentan como *debilidad* es algo que merece ser detenido y pensado, porque en ella aún creemos que las personas se ayudan y se equivocan, pero crean lazos de solidaridad como base política, que su voluntad puede ser una voluntad *buena*.

Con afecto, R.

Futuro y revancha. La explicación necesaria

Querida amiga:

Usted dice que le duele cuando hablo de «futuro postergado», que no tiene por qué ser un mecanismo tramposo que favorezca la resignación. Y cierto que en el futuro proyectamos nuestra esperanza, pero en el aplazamiento por defecto se evita reconocer lo que está viciado, lo que duele afrontar. ¿Y cómo no señalarlo cuando nos descubrimos viviendo en una letanía de «cuandos» con la que autojustificamos no enfrentar la conciencia o la oportunidad de hacer con sentido? Hacer allí donde nunca se nos presentan condiciones de estabilidad, sino planes boicoteados o maquillados que posponen nuestros proyectos (cuando logre ese trabajo, cuando tenga casa propia, cuando vuelva, cuando pierda peso, cuando mis hijos se marchen de casa, cuando me asiente...).

Doy unos pasos atrás y retomo que bajo la presión del nunca se dan las condiciones ideales, agarrarse al trabajo alienante puede ser algo previsible ante el miedo, no solo a no lograr avanzar sino a retornar al punto de partida. Pero no olvide que, si antes la movilidad ascendente era viable con sacrificio, ahora nos recuerdan a cada rato que la posibilidad de mejorar de vida no está garantizada y pareciera que el trabajo anduviera haciéndole un ovillo entre círculos de ansiedad. Trabajar más ya no es garantía de progreso o promoción, sino de mantenerse activo en la rueda. Sin embargo, ¿cómo privarnos de la oportunidad de imaginar un «trabajar distinto»?

Su pregunta «¿y la esperanza?» se me hace eco a cada rato, porque me inquieta que no la demos por imprescindible para quien sueña, aunque seamos críticos con las formas en que nos torpedeamos esos sueños. Sobre este asunto, pienso en el *principio esperanza*[9] de Bloch, cuando afirma que quien aspira a conseguir algo «vive hacia el futuro», donde habita lo que asusta y lo que se espera. Y reitero que algo se cierne sobre ella como motor de revancha o de parálisis si aparece la frustración después de cargarse de expectativa. Este asunto siempre nos frena como obstáculo que si no se afronta se agranda. ¿No cree que debiera ser hablado, explicado y abordado como forma de comprometer a la sociedad en un cambio?

Porque inevitablemente las personas se frustran cuando se sienten engañadas, cuando el sistema educativo y social estimula y después defrauda. El riesgo no puede pasarse por alto, pues implica cuestionar y

denostar la educación pública donde suele alimentarse la expectativa para encontrarse después con un «sálvese quien pueda», o incluso un «vengarse», difamando dicho sistema. Una jugada perfecta para los poderes conservadores que se afanan en cuestionar lo público y los derechos ganados. Y claro que la clase económica parapetada y controladora del capital se guarda de, en este trance, no estar expuesta, alentando este cuestionamiento, alimentando la duda sobre lo obsoleto de los sistemas formativos cuando son públicos, reivindicando en las empresas tecnológicas el sostén de un modelo educativo más flexible y barato, más preparado para crisis y trabajos en casa, más liberal, convirtiendo la consigna «hazlo tú mismo» en «hazte tú mismo». Pero mienten quienes consideran que ese peso en el «uno mismo» no es más bien un «deja que te eduquemos nosotros». El riesgo se cierne sobre el más valioso corazón de las democracias avanzadas, la garantía de un sistema de educación universal y público no cedido al capital.

Como escenario y ante la dificultad de hacer convivir frustración y esperanza, la época y sus poderes e industrias –desde mecanismos de intervención simbólica y social que decoran como cuadros nuestros salones y cocinas– ofrecen, y con frecuencia aceptamos, sustituirlas por ansiolíticos y autoengaño. Así, cuando damos por perdido un sueño, decepcionándonos con el modelo social y público en el que confiábamos, el futuro corre el riesgo de enfrentarse con frivolidad, llevando a la parálisis, la desconfianza y el conformismo, a la claudicación ante el dejarse ser engranaje de la máquina y sujetos desapasionados, sujetos que fingen sonreír solo porque advierten que cerca hay una cámara, sujetos que «van a lo suyo».

Con afecto, R.

AMBIVALENCIAS DE LA *AUTOEXPLOTACIÓN* («EL TRABAJO ES MI VIDA»)

Tal que no sería la decisión sino la articulación de un sistema que crea expectativa y atraviesa las cosas educando a los sometidos desde sus cuerpos y vidas en esperar de sí mismos y de los otros determinadas cosas.

Querida amiga:

A todo esto, ¿cómo temerme a mí misma? Si, como usted, lleno mis horas de trabajo, ¿nada importa que sienta que me va la vida en ello como para dar por hecho que el peligro está en mi interior? El miedo ante un riesgo («explotación», decimos) nos hace sentir alerta, pero si lo genero yo misma me hace sentir *culpable*, imbécil incluso. Me resisto a pensar que soy la única responsable. Entre otras cosas, porque si pienso en usted y en su trabajo o en las personas que tengo cerca, si observo a estudiantes y compañeros, a los amigos y conocidos que trabajan en este fluido ámbito de la cultura y el conocimiento, descubro que en este asunto nos asemejamos, que nuestras vidas se parecen llamativamente. Conectados la mayor parte del tiempo nuestra cotidianidad gira en torno al trabajo que atraviesa cada parcela de nuestra vida. Quiero decir que no sería justo pasar por alto que algo en la coyuntura contemporánea beneficia y ampara esta tendencia nuestra hasta darla por sentada.

Cuando pienso en mis vivencias o me habla de su actividad como un encadenamiento de trabajos temporales o fragmentados que se apropian de sus tiempos, me resulta más improcedente aún limitarnos a ver la autoexplotación como un asunto de *responsabilidad propia*. Sería profundamente injusto claudicar en el análisis que pone el acento en quien protagoniza una práctica viéndose perjudicado, en tanto se normaliza y apoya. Una práctica que asumimos voluntariamente pero sintiendo no tener alternativa, y en ello descansa el corazón del desasosiego y la angustia vital. Algo clama en este apunte, y es que si usted se autoexplota y yo también, y esto se repite en muchos otros, somos un «nosotros» enredados en la época, no lo olvidemos.

Y se detiene. El vuelco que enfatiza a quien trabaja como eje de su propia explotación se detiene, abruptamente diría, al descubrir que aquí existe un paralelismo persuasivo con el patriarcado. Porque con rotundidad también ahí están las formas que tradicionalmente han predicado y convertido a las mujeres en agentes mantenedoras de su propia subordinación, reproduciendo y vigilando las normas de un sistema que las oprimía. Observe, están en las primeras capas, apenas es necesario escarbar un poco para encontrar ejemplos de base en el patriarcado. Entre ellos, alimentar la

enemistad entre las mujeres (como ahora se alimenta la rivalidad entre trabajadores), recluirlas en los espacios privados (como ahora nos aislamos en nuestras habitaciones frente a las pantallas), convertirlas en carceleras de una moral mucho más restrictiva para ellas (como ahora sentimos que «nos va la vida» en el trabajo), presentar como feliz y elegible una forma de vida familiar y subordinada que ha sido una imposición social (como ahora se resaltan las bondades en la entrega laboral del «hacerse uno mismo»), estigmatizar a quienes rompían esos destinos, antes malas madres que ahora son también malos hijos. Vincularlas con un destino que se aventuraba desdichado por el empeño de identificar el necesario «malestar» de la conciencia crítica con la infelicidad, allí donde justamente ha sido (y sigue siendo) resorte de autonomía y emancipación.

Se trataría de algunas de las muchas sintonías existentes entre capitalismo y patriarcado y que probablemente nos ayuden como recurso argumental. Entre otras cosas, porque nos facilitan identificar una urdimbre de poderes que repite patrones. Le propongo no prescindir de esta analogía, pues la esperanza de la que hablamos requiere ejemplos. Y creo que en el feminismo podemos encontrar algunos que incluso nos lleven a estrategias posibles, a puntos de anclaje que nos permitan extrapolar e imaginar maneras de intervenir en lo material y en lo simbólico, también desde la práctica.

Permítame, sin embargo, volver al elemento que antecede esta *palabra*, ese «auto». Me refiero a lo que edulcora la explotación porque sugiere ser voluntaria o consentida, haciéndonos responsables de un autosometimiento, como una cesión a la que damos nuestra aprobación. No se extrañe si incluso usted lo ha firmado. En la red siempre estamos firmando y aceptando. Lo hacemos a pesar de desconocer con claridad lo que aceptamos y confiando en un resumen verbal que se evapora. Nos gustaría confiar más, pero esa letra que miniaturiza a una hormiga debiera cambiar la firma junto al «estoy de acuerdo» por otra junto a «sigo una inercia mezquina».

Sería tan grande, tan de agradecer, que alguien nos pensara en contexto sin buscar aprovecharse. Porque ¿cómo puedo rechazar lo que me pregunta dándome ya por decidida? Esa sensación que empuja a aceptar y hacer allí donde la desfachatez de una firma, consentimiento o aceptación sin lectura, casi intimidatoria, evita el tiempo para pensar las cosas, es vivida como una

obligación implícita, aun pareciendo voluntaria. O, lo que es peor, se convierte en algo vivenciado como una rutina mecánica. «Todos lo hacen», como si renunciáramos a nuestra subjetividad y no pudiéramos detenernos y tomar partido consciente, como si la pausa estuviera previamente obstaculizada. Sin sorpresa, late amplificada la advertencia sugerida hace décadas por Ernst Bloch[10] de que para llevar a cabo los negocios capitalistas es necesario «adormecer a las víctimas», entretenerlos en «las horas de solaz».

Si bien es cierto que los consentimientos que median los trabajos que llenan sus días están mediados por otra forma de aceptación, aunque también prime la positividad presupuesta de la contestación. En la mayoría de esos casos las propuestas interpelan al reconocimiento, al afecto o al favor, como suele pasar cuando se implica a otros trabajadores precarios. Entonces la aceptación adquiere forma de tramposa solidaridad recíproca. Recuerdo nuestra conversación telefónica y su alusión a un buzón de correo lleno de peticiones de colaboración que en su recepción le proporcionaron cierta alegría. Lo sé, esa grata sensación de reconocimiento seguida de una petición: «He pensado en ti para este proyecto, solo tienes que enviarme un texto, ven y habla de tu trabajo, solo tienes que participar un par de días, habla de lo que tengas, pásanos cualquier cosa, nos gustaría contar contigo, envíanos algo, solo tienes que colaborar una vez al mes, necesitamos que evalúes este artículo, este proyecto, concursa, adáptalo al nuevo formulario, haz una versión, participa, solicita, colabora, acepta...» En este tipo de aceptación media siempre un tono amable de puesta en valor, la satisfacción vanidosa de que alguien haya pensado en usted junto a la presión de colaborar con aquellos a quienes se tiene aprecio o cuya motivación política o social es compartida. Pero poco tarda en ser sustituida por la ansiedad de un mundo saturado de *hacer* que en su exceso se autobloquea y hace ilegible, y al que también *aceptando* se contribuye a mantener como mundo precario.

Con seguridad se habrá fijado en que quienes la invitan no responden a la ejemplificación de un *poder* asimétrico y explotador explícito, sino que son precisamente trabajadores como usted, y que usted también lo ha hecho con ellos. Trabajadores en muchos casos precarios, igualmente sometidos a la presión de *hacer* para justificar su práctica. Muy probablemente a final de mes deban presentar exhaustivos informes de actividades que avalen un

contrato temporal sostenido en la cantidad de eventos y en la repercusión de lo hecho a través de los números que lo avalan. Hacer mucho y llegar a muchos mantiene los ritmos de autoexplotación bajo la presión de búsqueda de mayores audiencias a menor precio. Pero puede que en este actuar comunitario haya una acepción del elemento «auto» que nos dé la clave de su poder de contagio, porque en gran medida son los propios trabajadores precarios y autoexplotados los que se invitan y proponen sin descanso, neutralizando sus tiempos bajo la impresión de que es uno mismo el que se autosomete, mientras también se autoexplota el colectivo. Punza como una daga descubrir que en la multiplicación de hilos de colaboración con otros iguales descansa una fuerza neutralizadora que puede agotar y apagar la tensión política. Pero no perdamos el foco, pues no es la colaboración en sí, sino el exceso de *sábanas* lo que puede aplastar al sujeto y al sentido de su hacer.

En los últimos tiempos rara vez se presume de «hacer poco o despacio» o de «llegar adentro», de resultar transformador. Malos tiempos para las vidas introspectivas, el silencio o los proyectos lentos, a no ser que seas rico y, sin necesidad de trabajar, dispongas de ese gran valor que es el *tiempo*. Yo se lo digo en voz baja. Como también que hablo desde el malestar y la autocrítica de quien hizo, aceptó y produjo bajo presión hiperproductiva durante mucho tiempo, y todavía recientemente cuando desprevenida me he dejado llevar. Algo falla cuando nuestros peores y más rápidos escritos pueden ser por ejemplo los mejor valorados en una oposición, porque están encajados en el formato adecuado y disciplinado de determinada revista. O que aquellos méritos sin alma en los apartados forzados de un currículum sean más apreciados que las aportaciones más profundas, invisibilizadas en ese cajón de sastre llamado «otros méritos». Le participo mi deseo periódico de quemar la mayoría de los textos y trabajos producidos bajo esa presión de *hacer* y *encaje*. El encadenamiento precario es oxígeno para esta manera de trabajar que prima la acumulación productiva de números contrarreloj, y que necesitamos repensar como freno a un mundo recalentado que nos agota y en algún momento nos apaga.

Usted también me habla de sus encargos. Me dice que para «escribir sobre el tema X», como no tiene tiempo para documentarse pues debe entregar en unas horas, solo puede leer sobre X lo más leído en internet. De forma que sobre ello vuelve a preguntar lo ya preguntado, pero en lo

posible buscando titulares más acerados para facilitar que su trabajo «sea visto» y sus jefes le feliciten por la audiencia. Me dice que el matiz y el titubeo no funcionan. Sabemos que ni las personas entrevistadas ni quienes entrevistan pueden tener las cosas tan claras para reducirlas a una sentencia, pero es lo que le piden, lo que se espera. Como hay menos personal para revisar, lo que usted propone sin apenas tiempo se publica. Así, en la boca del escaparate normalizado los titulares hacen de veredicto. Y usted se queja de que dedica la mayor parte del tiempo a elaborar sucedáneos que resumen y simplifican, porque ni usted ni los lectores tienen tiempo de leer los originales. Libros reducidos a contraportadas, contraportadas ampliadas a artículos, artículos reducidos a titulares y en un futuro radical quizá podados de palabras y, como pasa en muchas redes, concentrados en imagen. Con razón usted resopla.

En lo que aceptamos sin querer puede reptar la responsabilidad ante un trabajo, la sumisión que viene de la precariedad, el impulso de agrado o el miedo a decir «no» y a quedarse en la intemperie. No es fácil romper un vínculo que puede ser necesario cuando desaparecen los contratos estables. La negativa es un reto para la emancipación, pero también un abismo para quien es pobre o tiene miedo. No nos manejamos bien ante ella («no quiero», o «no puedo»). Todo alienta a formas de aprobación y complacencia, perdiendo de vista que contribuir a un mundo excedentario en reiteración, parche, ruido y pastiche eclipsa lo que busca aportar sentido, nos empuja a ese fracaso social de resignarnos a que las cosas no pueden ser de otra manera.

Observe que en esta línea existe otra semejanza en lo que enlaza capitalismo y patriarcado. La segmentación del trabajo creativo desde la aceptación privada llega a ser tan invisible como las tareas domésticas solo presentes si «no están hechas». En ambos casos desembocan en el agotamiento y en la clandestinidad de los espacios propios. Así sucede cuando los trabajos se fragmentan en diversas tareas a cada una de las cuales hay que dedicar la misma energía, los mismos trámites, contar lo que se va a hacer en varios formatos, activar las correspondientes actividades de difusión y las posteriores de evaluación. Y, dado que cada colaboración suele llevar a cuestas la fragilidad de exponerse en la palestra, no extraña que la sensación de cansancio se haga crónica. Una sensación que internamente pesa pero que el exterior infravalora, como durante tanto

tiempo ha pasado con el trabajo psíquico y material de las tareas domésticas y de cuidado. «¿De qué te quejas, mujer?»

Muchos se esfuerzan por vender las bondades de estas formas de trabajo segmentado, argumentando que permiten gran autonomía, mayor flexibilidad de horarios y espacio, pasando por alto que en este fraccionamiento casi siempre se multiplican la energía preparatoria, los viajes, las burocracias, y que los pagos (de haberlos) exigen tramitación diferenciada. Recibir 100 euros por un proyecto le llevará un papeleo similar a recibir 1.000, y usted se queja de que en el banco la conocen por ir mucho a cobrar poco.

Tampoco la energía y gestiones equivalen necesariamente a la exigencia intelectual que cada colaboración requiere. A no ser que se responda con superficialidad y urgencia, saturando la cultura de sucedáneos, seminarios por currículum, evaluaciones superficiales y producción de usar y tirar hecha con la ansiedad con que comemos comida rápida. Una cultura que en lo material tiene su equivalente en la explotación radical de un planeta excedido donde nadie frena y la producción enriquece al más rico.

Con afecto, R.

GANAR EL TIEMPO (ESTA CARTA NECESITA UN ÁRBOL)

Prefiero lo ridículo de escribir poemas a lo ridículo de no escribirlos.

WISŁAWA SZYMBORSKA, *Gente en el puente*

Querida amiga:

Un árbol de gigantesca copa de infinitos verdes comienza a entrar por mi ventana. No es mi ventana habitual, pero ojalá lo fuera, porque esa copa de ese árbol me produce gran alegría. Cuando al amanecer despierto, la encuentro rompiendo el marco de fantasía que es todo ordenador o ventana. Hace años que transito por viviendas temporales estando aquí y pensando cómo podría estar allí, trabajando como respuesta. Envidio algo de este árbol, porque mi cuerpo está cansado y quisiera parar un tiempo al menos. Últimamente me emociona todo horizonte pausado. El árbol se duplica en

la imagen que contemplo, pues puse su foto como fondo de pantalla en mi ordenador. En los últimos días, antes de escribirle siempre lo miro descansando los ojos en ese lentísimo tiempo vegetal que contrasta con la vivencia del tiempo electrónico y de las estancias que por trabajo hago aquí o allí.

Entienda que le traiga a colación este árbol. Creo que me vendrá bien como fuga y como escalera para salir y entrar de esta ventana. Ya sabe, liberarme de mi cueva de sábanas. Sin embargo, no le hablo de este árbol como una metáfora profunda, no es un *Arbor Scientiae*, ni siquiera un árbol singular, es un árbol común y sin pretensiones humanas. Solo quiero un rato cada día perder el tiempo bobamente en su copa, mirando los pajarillos e insectos que en él habiten, oliendo sus hojas u oteando lo anodino de una calle y, de frente, observar mi ventana desde fuera de mi ventana. No me negará el grandísimo placer de estas pequeñas cosas si, como es el caso, pretendo practicar la lentitud como respuesta. Creo que una carta como esta necesita días y meses... y un árbol. Si usara todo mi tiempo en el trabajo cuando es *hacer*, estaría siempre mirando desde el mismo lado, y me parece que para esta respuesta es preciso cambiar y distanciarme a ratos.

Lejos de lo que pueda parecer, perder el tiempo en el árbol me ayuda además a dejar que las cosas reposen y a evitar la impulsividad de la idea preconcebida. Es por ello por lo que, antes de abandonarme en sus ramas, me obligo a dejar sobre la mesa las ideas y preguntas que necesitan airearse a temperatura ambiente, fuera de los frigoríficos y envases que hoy conservan y archivan lo que nos nace cuando solo acaban de brotar de una burbuja de baba. Aireadas, le comunico estas primeras reflexiones con antelación mientras las vamos dejando crecer. Entiéndalas como esbozos que buscarán integrarse más adelante en la utilidad de la narración pausada de estas cartas y de la compañía.

Voy apuntando que quisiera abordar la relación entre vida y trabajo desde el *hacer* intelectual y creativo, desde sus peculiares placeres y presiones, sus modos económicos, tiempos y prisas, desde el riesgo tecnológico de prescindir de la negatividad y la narrativa, y del desarrollo de vidas-trabajo como algo *líquido* en la esfera público-privada siempre conectada, que se nos dibuja más extrema en formas de digitalización y aislamiento.

Tampoco paso por alto que estas cartas hunden sus raíces en mi libro *El entusiasmo* y desde los indicadores de precariedad que en él identifiqué

(crisis de la academia y operacionalización del conocimiento, velocidad y exceso y ruptura de vínculos entre iguales). Percibo que el malestar de la conciencia al enfrentarse a la propia supervivencia psíquica del sujeto en este escenario encuentra un primer escollo en la *impostura*, entrenada y alimentada, que lleva a mantener el ritmo de producción bajo la apariencia de un *hacer* que desgasta sus energías justo en eso, *aparentar*. Nada transformador puede lograr un trabajador desapasionado que acumula, finge y se desentiende de lo social.

Habría que, igualmente, relacionar esta cuestión con la hiperproducción y la contingencia. La copa de un árbol urbano es un buen sitio para observar que nos hemos habituado a comprar y generar basura, comprar y vender, acumular, hacer, almacenar ropa, tener, acelerar la máquina, no parar. El «más» es un mantra que se adhiere a las yemas de los dedos y nunca se encuentra satisfecho. Siempre se puede tener más, ganar más, acumular más, tirar más, hacer más. El trabajo no ha sido excluido de esta lógica y es empujado por las fuerzas productivas y de autosuperación que ponen el acento en la responsabilidad *personal* frente a la *social* y colectiva. Cada sujeto carga sus espaldas *haciendo*. Pero el hacer que predomina es un hacer ansioso y precario, como los dobladillos de la ropa de ahora, pegados solo para unas horas, pocas veces cosido, pocas veces advertido en las formas de explotación que le preceden.

En lo que hemos hablado me preocupa cómo naturalizamos la pose como clave vital que permite vivir con la angustia de no poder parar girando sobre «uno mismo» y convirtiendo la exhibición y la colaboración en una rutina publicitaria que alimenta la llamada *Gig economy,* «economía del bolo». Esto acontece paralelamente a la racionalización de nuestro *hacer* y *ser* en la red donde todo es digitalizado. Anoto entonces la necesidad de hablar sobre cómo la base algorítmica y tecnológica, que sustenta nuestra nueva cultura, parece aliada y mantenedora de un sistema que perjudica al sujeto libre, y que entre las ventajas que supone automatizar procesos y rutinas descuida el riesgo de delegar juicio y decisiones, promoviendo nuestra indiferencia como sujetos sociales. Advierto aquí que hay un doble problema. De un lado, extraviar la pasión creativa o convertirla en un disfraz cuando se dificulta la curiosidad y la concentración. De otro, la *domesticación* que implica perder el sentido de la solidaridad entre iguales a favor de la subordinación a un trabajo o una promesa de mejor trabajo.

Como respuesta, el mundo se arriesga a *oscilar* al otro extremo de la visceralidad emotiva, allí donde el cansancio ante la estrategia tecnológica de vivir en la pose y «en venta» pueda vengarse en el exabrupto populista y en una versión renovada del riesgo fascista. Parece que en ese riesgo habitan las voces más altas del capitalismo patriarcal cuando, aprovechando el desahogo, evidencian su temor a estar perdiendo privilegios. Frente a la oscilación que viene, cabe anticipar que seamos capaces de no caer rendidos pendular e irreflexivamente al otro extremo. Porque de un tiempo a esta parte se advierte cómo el hartazgo ante la impostura del marketing estratégico de las relaciones y la política contemporáneas da alas a quienes vociferan sin filtro y con bilis con el aplauso de los hastiados de la pose. Dichos extremos se polarizan, retroalimentan y nos perjudican. Pero son daños a menudo no advertidos porque los sujetos están tan enganchados como los cuerpos adjuntos. Esos de carne dolorida y sentada, habitualmente solos, como rezando, a la luz de sus pantallas.

Dejaré el futuro y lo que esperamos para el final porque confío en que estos primeros asuntos dibujen primero la escena sobre la que *soñar*. Una vez situados, me gustaría recuperar la esperanza por la que tan sentidamente usted me pregunta. En mi reflexión he pensado que puede sernos de utilidad recoger respuestas posibles desechadas por la época: *negatividad, lentitud, profundidad, imaginación ociosa, solidaridad*. Bajo la sensación de que la ansiedad que generan, por cuanto son respuestas que dificultan el ritmo de producción pero favorecen la conciencia, da tiempo y ejemplifica la alteridad renovadora de los más críticos y desleales con esta neutralización que sugiero. Porque se trataría de buscar maneras de hacer la vida no solo «vivible», sino emancipada y autónoma. No olvidemos que la esperanza implica «algo susceptible de ser encontrado».

Antes de entrar en todo ello, he elevado las rodillas y levantado los pies, casi todas las sábanas han caído al suelo y me han permitido levantarme. No importa que sea madrugada. Mucho mejor para no escandalizar a los vecinos cuando salgamos por la ventana para *ganar* tiempo mirando el árbol desde la cornisa. Quizá nos ocurra como otras veces, que las ideas que más pueden ayudarnos llegan justo cuando pensábamos «no hacer nada», mientras estábamos tumbadas en la copa de este árbol y nos cosquilleaban sus hojas entre las luces anaranjadas de las farolas de la plaza. Aquí pronto amanecerá y, para seguir mirando, ya me despido.

Con afecto, R.

II. Cartas sobre las vidas cuando son trabajo
(el *hacer* creativo)

Concebimos el trabajo bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al hombre. Una araña ejecuta operaciones que se asemejan a las del tejedor, y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de su panal, a más de un maestro albañil. Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha construido la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera. Al final del proceso de trabajo brota un resultado que antes de comenzar aquel existía ya en la mente del obrero, es decir, idealmente. El obrero no solo efectúa un cambio de forma de lo real, sino que, al mismo tiempo, realiza en lo natural su propio objetivo, objetivo que él sabe que determina, como una ley, el modo y manera de su actuar, y al cual debe subordinar su voluntad.

KARL MARX, *El capital*

(...) hay una perspectiva mucho más interesante: la política del campo del arte como lugar de trabajo. Simplemente mira lo que hace, no lo que muestra.

HITO STEYERL,
Politics of Art: Contemporary Art and the Transition to Post-Democracy

ENTRE CARENCIAS Y EXCESOS

–Más, más, un poco más.
–Pero rebosa, me ahogo. Ya es suficiente.
–Un poco más. Tú no sabes lo que es el hambre.

Notas. Cartas a Sibila

Querida amiga:

Mi madre se jacta de que «siempre debe sobrar». Cuando prepara la comida, incondicionalmente, hace más cantidad de la necesaria. Después de servir a todos siempre queda un resto importante. Todo se guarda, nada se tira. En casa, cuando era niña, podía haber carencias como el tiempo de estufa, el termo, las luces o la tele. Todos ellos bienes con los que contenerse. Pero era intolerable que no hubiera comida. También cuando me marché a la universidad y me enviaban algún paquete de comida a la ciudad, mis padres mandaban más de lo necesario. Lo notaba mi espalda cuando las maletas y bolsos carecían de ruedas. La imagen de que cualquier desgracia posible –aumentada por la imaginación que explotaba con la distancia– se hacía llevadera si al menos había comida, siempre precedía la escena de meter la pesada bolsa en el maletero del autobús. Especialmente en lo relativo a la comida, mis padres han considerado intolerable que pudieran quedarse cortos.

Cuando ahora comemos, sin embargo, sus conversaciones suelen tratar sobre la carencia de comida y el hambre que pasaron de niños en la posguerra. Mi padre dice haber comido hasta basura, haber rapiñado lo que podía y que un trozo de tierra donde plantar es la mejor inversión para una persona. Mi madre cuenta que en el campo y en los cortijos siempre había algo para comer, aunque fuera lo mismo. El problema era que, como comían de la olla y los trabajadores mayores tenían la prerrogativa de su envergadura y autoridad, los niños comían lo que quedaba y solían quedarse

con ganas de más. Lleva toda su vida recordando que la comida importa y que no está garantizada. Ellos mismos reconocen que su gusto por comer de ahora tiene su origen en esta privación. De pasar hambre a hacer comida en exceso hay una línea recta. Pero ¿puede que la carencia dote de valor aquello que no se tuvo para colocarlo en el centro de la vida y hacerlo florecer, multiplicado y excesivo sobre el mantel y en la despensa?

Muchos de quienes vivieron años de hambre y posguerra están ahora gordos. Su obsesión con la comida después de no tenerla, ahora que las cantidades, grasas y azúcares se exceden, me parece un peculiar retrato de época. Mis padres y quizá los suyos o sus abuelos estaban ahí. Quien ha pasado hambre sabe que tirar comida es una ofensa grave, que prefieren comerla hasta la indigestión antes que algo se desperdicie. La gordura de los viejos de ahora esconde a niños famélicos dentro.

Pienso si acaso el ansia contemporánea por trabajar como un producir sin descanso tiene un mínimo parecido con la vivencia de nuestros padres. No le propongo una extrapolación literal de comida por trabajo, sino acercarnos a nuestras historias sin deshacernos de los efectos de las historias que hemos conocido y también de sus miedos (en parte nuestros). Como si fuéramos fruto de la redundancia educada sobre lo fácil que es convertirse en pobre y no tener, y el insulto que supone para quien lo ha sido o lo es rechazar o derrochar bienes y comida, pero también oportunidad de trabajo.

Lo hacemos y nos lo decimos, pero cuando trabajamos usted me participa que imagina a sus padres valorando las virtudes del trabajo servil y criticando a los sospechosos de ser vagos u ociosos. Muchas personas entusiastas tenemos en nuestros padres sumisos el modelo de una entrega excesiva de la que parece fácil abusar.

Mantendré la tensión ya merodeada de que pobres y mujeres siguen llevando consigo una peculiar carga extra con estos miedos y sus correspondientes expectativas e inseguridades. Sin duda, la teorización que mejor congrega las presiones para ambos sería el ya citado *síndrome del impostor*, protagonizado por quienes (especialmente mujeres), viniendo de contextos humildes y ajenos a los ámbitos donde desarrollan su profesión, ven sus logros y a sí mismos siempre en conflicto, sin poder asumirlos del todo.

Es difícil liberarse de las presiones silenciosas heredadas. Lo es para la mayoría. Pero me parece que a la cuestión subjetiva y familiar que a cada

biografía condiciona en este asunto, se suman otras nuevas fuerzas calladas y sociales engarzadas en la cultura-red y en las lógicas capitalistas. Fuerzas productivas que contribuyen a pegarnos los dedos a las teclas y derivadas de quienes sacan partido económico a la coyuntura social y tecnológica de ahora, lucrándose de la ansiedad que provoca la temporalidad y la voluntad de trabajar desde el miedo enraizado que la inspira al deseo de prosperar en la vida.

Con afecto, R.

MALESTAR Y SALVACIÓN EN EL TRABAJO VOCACIONAL. LOS PROCESOS

> (...) y trabajo
> como aire mintiendo, trabajo y
> me poso en la sangre, la incubo pergeño intestino sogueando
> el café en su mota y al bebé en su pequeño
> pulgar mutilado.
> me mantiene
> hiriente y sepulta, racionada
> con un sueño escaso que apenas reclama ya viene la culpa. y cada milímetro
> sabe comportarse como llaman ventana
> al muro de cristal. (...)
>
> AZAHARA PALOMEQUE, *Currículum*

Querida amiga:

Amar un hacer como usted y yo amamos la escritura. Y en la viva fantasía, espléndida de sacudidas y emociones, nos proyectamos en el proceso sabiendo que tanto nos hiere como nos salva. Entretanto estamos de lleno en la consecución de ese *hacer* que nos motiva, encontramos placer, pero no solo, pues la mayor parte del tiempo nos cuesta y sufrimos en la autoexigencia. Esto acontece en el trabajo vocacional, donde la dedicación tensionada y diligente, la atención cuidadosa a lo que hacemos, recrea íntimamente a la par que requiere esfuerzo y conflicto. Pienso en los

últimos ensayos previos al estreno de una obra, el montaje de la película, las revisiones finales de un poema... Sin embargo, también la sensación del «deber cumplido» gusta. ¿Qué los diferencia entonces?

No contengo un recuerdo que viene a mi mente. Ese cansancio con el que llegaba mi padre hace años después de haber respondido a las demandas diarias de los vecinos del pueblo para atender pequeños arreglos y encargos: ese grifo, esa puerta, esa lápida, ese porte. En el agotamiento que transmitía había satisfacción por el trabajo hecho y por los vínculos cuidados, pero era diferente a cuando esa práctica suponía por ejemplo que el amanecer le pillara cuidando los plantones de olivo, echando abono o rebuscando lo que el campo proporcionaba según su particular calendario, habitualmente setas, espárragos, higos o almendras. Estas prácticas en el campo, para él cargadas de motivación, no solo le satisfacían cuando las veía culminadas, sino que en sí mismas, en su *proceso*, le hacían sentir ese placer al que se refiere al decir que hay *haceres* que «no se pueden explicar con palabras».

En la inefabilidad de la sensación que acompaña un trabajo motivacional hay voluntad y enganche, exigencia y placer. Un goce que se hace extensivo al *proceso* de trabajo y no solo a su finalización. Pocas cosas convierten la vida en algo tan satisfactorio o nos ayudan a sobrevivir como esas prácticas elegidas, no por su fruto sino por lo que en su *hacer* suponen, sea escribir, sembrar o fabricar un mueble.

¿A qué negárselo? Me emociona que en un tiempo que todo lo racionaliza y lo mide, la pasión que se esconde tras una actividad vocacional siga siendo difícil de explicar con palabras y que para algunos habite en el límite de lo narrable. Pero, como contrapartida, me parece que también ahí descansa la forma en que el capitalismo le saca partido a muchos trabajos creativos que surgen como trabajos vocacionales, valiéndose de esta pulsión como algo *difuso*, solo accesible *sentimentalmente*. Entre otras cosas, porque la ambigüedad es bienvenida para quien se ve beneficiado por no llamarlos «trabajo». De una manera que intentaré desglosar en estas páginas, considero que en esa tribulación comienza a tejerse el entramado de la autoexplotación. Usted conoce este cuento y sabe que, cuando los trabajos están enredados en el hacer que nos motiva, es fácil dejar de verlos como empleos y caer rendidos a dedicarles horas. Es la razón por la que en su indefinición descansaría parte de su vulnerabilidad. Porque, convertidas en trabajo, todas las prácticas están

atadas no solo a la maldición y la angustia, sino a una retribución exigible; cosa distinta es el limbo de lo difuso.

Los trabajos se sostienen en el esfuerzo humano orientado a lograr dinero o a crear riqueza, a veces también placer, pero eso es coyuntura y no condición. Es algo sabido que las lógicas capitalistas saben sacar gran partido económico a la capacidad productiva del trabajador vocacional y a la suficiencia educada, es decir, que ese proceso que conlleva un hacer que gusta es ya un valor (feliz e inefable) que puede rebajar su exigencia de contraprestaciones. Pero el trance es gradual, quiero decir, el paso del trabajo vocacional a la secuencia de tareas que a usted ahora la sepultan, con la expectativa de que en la faena se conseguirán tiempos futuros para concentrarse y profundizar, pronto le revela que en esa ansiedad el trabajo vocacional es, justamente, «lo que casi siempre se aplaza». Para él querríamos las mejores condiciones de atención, tranquilidad y silencio, ese «más adelante».

Cuando cargamos con las quinientas sábanas, pasamos a otro tipo de tareas donde lo que se hace adictivo no es el placer del proceso, como en el trabajo vocacional, sino el placer de «terminar» lo comprometido, de finalizar lo que se nos presenta en su versión impositiva. Como si el inicio viniera de una motivación pero esta solo fuera la treta para seducir y sumarse a un proceso de enganche. Un proceso articulado desde la fragmentación de actividades que aumentará a un plural la sensación de «trabajos hechos», de logro y misión cumplida, acompañando cada tarea-esfuerzo del premio de sentir y afirmar: «Por fin he terminado.»

A diferencia del disfrute del *hacer* como un *proceso* exento de la ansiedad por liquidarlo, *finalizar* es un placer puntual y productivo, un suspiro, casi como un bufido, un espejismo antes de comenzar la siguiente tarea de la lista. En conjunto, este *finalizar* tareas moviliza la autoexplotación capitalista, en absoluta sintonía con el exceso, la contingencia y la precariedad que describen la cultura contemporánea. Cuántas veces usted y yo hemos escuchado o pronunciado aquello de: «lo que quiero es acabarlo», «quitarme esta losa», «cerrar y pasar página», «entregarlo por fin», manteniendo el encadenamiento de proyectos que satisfacen solo por cerrarlos después del tiempo y la energía empleados.

Es como si la vida se viera *interrumpida* por prácticas que, en tanto enganchan, exigen una suerte de lealtad, como si pidieran volver a cada

rato. Un volver que no nos sorprende con el disfrute de esa otra interrupción de un «vuelvo porque me gustas o porque encuentro sentido», sino que genera resoplido y alivio, «por fin», vuelvo para intentar que esto acabe y si me sobrepasa lo acabaré como pueda, mecánica y superficialmente. El alma tiende a resguardarse incomodada por el hacer precario.

Con afecto, R.

LA CULTURA ANSIOSA. TIEMPO Y SENTIDO

Es un golpe porque me quitará tiempo y yo necesito todo el tiempo y mil veces más, con preferencia todo el tiempo que exista para pensar en ti, para respirar en ti.

FRANZ KAFKA, *Cartas a Milena*

Querida amiga:

Querríamos todo el tiempo para lo que amamos. Y rotundamente usted y yo sabemos que no siempre lo que amamos tiene un cuerpo. Amamos también lo que intelectualmente nos atrae y nos atrapa, tener autonomía sobre ello. Perdemos el equilibro solo imaginando una vida con más tiempo para ese *hacer*. Alguna vez lo escuchamos en otros y entonces lo envidiamos y mordemos el palo, ¿por qué nosotros no? Con facilidad resbalamos por los escalones autocompadeciéndonos, imaginando que los otros a los que miramos siempre viven mejor y tienen más oportunidades, que trabajan en proyectos y ciudades que eligen y que pueden dedicar su energía a lo que saben y quieren, sin andar ofuscados en las nuevas bases de datos o en sus evaluaciones para esta tarde. Siempre ocurre que, en lo que no tenemos, los otros se nos hacen más visibles. Les pasa lo mismo a ellos con nosotros.

Casi siempre lo cotidiano en el trabajo intelectual y creativo pasa por habitar el conflicto entre lo que nos da el sueldo y lo que nos da sentido. Este era uno de los puntos de partida cuando hablábamos del entusiasmo que moviliza a estos trabajadores. Entusiasmo del que se valen las lógicas

capitalistas, rentabilizando su pasión gratuita o vanidosa y manteniendo interesadamente el desajuste entre las herencias de la actividad creativa, antes exclusividad de unos pocos, y la necesaria revolución laboral derivada de la explosión de los trabajos creativos en la actual economía tecnológica. Los protagonistas de este desajuste serían quienes tienen formación, motivación creativa, actividad en las redes, trabajos habitualmente temporales, siempre andan activos, y en muchos casos viven en el alambre de la incertidumbre económica o, directamente, siguen siendo pobres. Y usted me pregunta: ¿qué los distingue de otros trabajadores?

Comparemos, por ejemplo, la precariedad de los trabajos creativos e intelectuales con la de otros como cajera, bedel u operadora. Es decir, con el mar de trabajos temporales que protagonizan las ofertas de empleo que en este lugar del mundo se prodigan. Trabajos por los que suelen pasar aspirantes formados en otros ámbitos y que los afrontan como un «entretanto», mientras se espera una oportunidad futura y estable en algo más vinculado con sus intereses y con su formación.

Le propongo mirar a nuestro alrededor. Por ejemplo, observar a esas dos cajeras del supermercado. Una de mediana edad lleva años en ese puesto, los clientes la conocen y la saludan por su nombre. Con algunos habla sobre sus hijos y sus proyectos para las vacaciones. La otra es algo más joven y no habla con nadie. Lleva pocas semanas en el puesto. Cuando paso a su lado veo el rostro de muchos estudiantes que podrían ser ella porque lo están siendo en algún otro supermercado, cafetería o tienda de ropa.

Bajo una primera impresión, el rostro de provisionalidad y de frustración cuando la temporalidad se dilata crea una semblanza de diferencia clara. Yo lo llamaría la semblanza de la *expectativa*. Un mohín de disconformidad que distingue a la cajera 2 de la cajera 1, es decir, a quien viene de años concatenando estudios y formación, de quien no pudo o decidió no estudiar. En gran medida es el fracaso del sacrificio y la meritocracia filtrados por la precariedad lo que lleva al escepticismo de la ciénaga laboral, también un sistema educativo que orienta a la mayoría de los adolescentes a la universidad por defecto, marginando otros tipos de educación relacionada con la formación profesional, que debiera acoger no pocos trabajos creativos o que debieran serlo.

Pero el asunto tiene más matices y no cabe esquivarlo. Porque puede que un trabajo de camarera, cajera, dependienta o bedel sea visto como algo

temporal por quien tiene otras expectativas, entretanto logra algo mejor. Pero ocurre que, consiguiendo, por ejemplo, un puesto como docente interino en la universidad o un contrato temporal como periodista, pasado un tiempo, esa persona íntimamente reconoce sus dudas sobre si volver a trabajar como bedel. Y he aquí la paradoja. Porque el trabajo intelectual al que aspiraba está ahora precarizado en varios sentidos, no solo por estar más expuesto que antes a la inestabilidad, sino por verse apretado de tareas burocráticas, competitivas y de autopromoción que se derraman y extienden, ansiosas, a los tiempos propios, dificultando la posibilidad de trabajar con concentración y autonomía en la que supuestamente era la base intelectual o creativa de dicho empleo. Algo que probablemente sí permitan esos otros trabajos como bedel o vendedor en una tienda, que ceñidos a un horario y no vinculados con su práctica motivacional favorecen desconectar de ellos al «volver a casa», sintiendo que una vez los terminas puedes disponer de libertad y tiempo propio. A esta idea apuntaba el irónico proyecto de «Frutería Filosofía» que esbocé como uno de los finales alternativos de *El entusiasmo*.

Así, le confieso que siento algo confuso y doloroso cuando veo a estas cajeras, porque entiendo cuando usted impulsivamente me dice que las envidia en su trabajo concreto y mal pagado, mientras que el suyo, siendo también mal pagado, es además un trabajo difuso e interminable. Como balance, si trabajara de dependienta, al menos podría tener un «tiempo limpio» y libre al terminar el trabajo con sueldo y comenzar en casa su trabajo creativo.

En este punto de la especulación, verá que resulta del todo perverso que la deriva vital para muchos trabajadores creativos se plantee como una elección entre precariedad «con o sin tiempo» para crear o investigar, sin que nos recorra un escalofrío, como si solo quedaran las sutiles maniobras de las que habla Kafka para sobrevivir entre el desastre de *lo encontrado* y *lo deseado*.

Pareciera que, huyendo de la discrecionalidad con la que antes se contrataba al familiar o al amigo para trabajos estables, esa desoladora cultura del «dedo», hubiéramos caído rendidos en el que parece el extremo opuesto, el meritaje hipercompetitivo, aunque curiosamente siga teniendo resultados similares, como si solo resistieran los mejor asesorados por quienes ya lo lograron, o los que durante años pueden invertir su tiempo en

un trabajo poco remunerado porque tienen otros apoyos económicos. Pero observe que el proceso de consecución de estos trabajos estables, especialmente académicos o de investigación, suele ser «tan largo y exigente» que muchos ya se dan por satisfechos habiendo superado sus distintas fases y acreditaciones. Y, rodeados de otros igual de precarios que ellos, tienden a normalizar que «es lo que hay», que no queda otra alternativa, que suficiente laurel ha sido quedar el número seis entre cuarenta.

Enfrentar esta naturalización no debiera verse con pudor de privilegiado. No cabe invalidar la necesidad de crítica que este escenario laboral precisa. Usted, como estos otros, reclama un «buen trabajo», no triunfo ni riqueza, un trabajo estable, remunerado y justo que no se coma todo nuestro tiempo. Un trabajo que la haga sentir sin esas palpitaciones de no llegar, de dudar si la ansiedad la hará explotar por la cabeza o por el estómago. Si todo anima a «elegir entre la vida y el proyecto»,[11] ¿no es acaso esa una vida que no queremos?

Con afecto, R.

EL TRABAJO CREATIVO

Hoy en día la creatividad aparece a la vez como el lenguaje de la autonomía y como el lenguaje de la dominación.

MARTHA ROSLER, *Clase cultural*

Querida amiga:

No encuentro palabra que más me haya perseguido como sombra o que haya buscado para llevar en los bolsillos, como esos abuelos que siempre tienen caramelos de menta para ofrecer en una sala de espera. La creatividad ha estado en mi vocabulario, motivaciones y trabajos desde que recuerdo, incluso cuando se me hacía confusa. En cierta forma que usted entenderá, lograba funcionarme como un asidero del fuego, como un cuenco para el agua, como una sábana convertida en alforja de objetos conceptualmente distantes, como un cerco portátil ante la inefabilidad que me proporcionaba escribir, dibujar, combinar historias y objetos. ¿Cómo

agrupar y entender aquellas prácticas? Porque su hacer a veces quemaba, a veces era líquido, y casi siempre me costaba expresar por qué esas prácticas, o esos versos, demandaban «más» y me llamaban a «volver». De niña no sabía cómo referirme a aquella pulsión, pero conforme fui creciendo entenderlo como un *hacer creativo* me ayudaba.

Cuesta definir lo que seduce en esas islas de autonomía, pero el espíritu cae embobado por la sensibilidad que permite materializar sensaciones en imágenes, objetos, movimientos, música, palabras... De hecho, hasta donde puedo acordarme, la creatividad ha sido un imán para volver la cabeza y orientar mis pasos y también para abandonar estudios cuando intuía que estaban privados de ella.

Me aventuro a suponer que usted y yo coincidimos en que, cuando algo es creativo, entendemos que en ello confluye lo que siendo *original* tiene *sentido*. No basta con un mero ornamento. La creatividad no es el lazo del envoltorio ni necesariamente el exabrupto improvisado, y nunca lo domesticado aunque sea bello. Siendo uno de esos términos que explota en varias definiciones posibles, mirando también a distintas dimensiones humanas, le propongo referirnos al *hacer creativo* como a una práctica que precisa *imaginación, sentido* y *autonomía*.

Sin embargo, aunque como palabra la creatividad nos ha sido útil a muchas personas, no olvido que también ha servido para definir la economía de esta época desde un manoseado uso capitalista. Y permítame insistir en la importancia del asunto si tenemos en cuenta que para el mundo de ahora es difícil que los sueños difieran de los escaparates, que lo que se sueña no sea solo una posesión o un edulcorante. Y es en este escenario donde muchos experimentamos la contradictoria sensación de que, pudiendo ayudarnos a que no haya que elegir entre «pobreza con tiempo» o «trabajo sin vida», la creatividad es usada también como zanahoria ante el caballo para meternos en la noria del consumo como destino y de la autoexplotación como camino. Hay entonces que arriesgar, no conformarse con una monótona vida de repetición y obediencia disfrazada con luminosos carteles que parpadean una creatividad *citada* pero ausente.

Porque no puedo obviar que la creatividad es, como añadido, esa palabra con la que livianamente muchos aderezan hoy programas, proyectos, obras, procesos y tareas, como la sal y la pimienta del trabajo o como las hierbas ornamentales. Desde hace años la creatividad ha sido apropiada para dotar

de valor la práctica educativa y laboral y para diferenciar actividades que requieren una mayor implicación intelectual y estética. Se demandan personas creativas, reclamamos textos creativos, regalamos juguetes creativos, buscamos formas de vida más creativas, accedemos a ofertas laborales para empleos creativos y queremos que nuestro trabajo también lo sea. Hasta tal punto empuja la expectativa de esta palabra fetiche que pido a mis estudiantes que sean creativos a pesar de que el contexto boicotea esto a lo que les incito. De hecho, el sistema educativo nos provee de pormenorizadas guías, protocolos y pautas de evaluación que amenazan con apagar su subjetividad (y con ella imaginación y autonomía) pidiendo encajar sus trabajos en estructuras encorsetadas, con una bibliografía que corresponda y retroalimente expresamente un área concreta, con un número determinado de caracteres, recolectando y pegando citas de un campo, amaestradas según una normativa de citación específica, con exactamente unos apartados predeterminados y presentando lo más relevante en diez minutos, ciñéndose a determinados criterios de evaluación que permitan cuantificar un grado de saber vomitado y despojado de sujeto. Sí, nos piden y pedimos a los estudiantes que sean creativos.

Algo falla cuando reclamamos creatividad como lenguaje de autonomía mientras proporcionamos un mínimo margen para que las personas puedan desarrollarla, huyendo de las zonas de indefinición, vacío y libertad que toda creatividad precisa. Y claro que resulta sospechoso que prodigar la palabra sea paralelo a dificultar su desarrollo, como si la mera presencia formal bastara como plusvalía de un sello. Como si en su pronunciación se compensara su corazón ausente, las condiciones de libertad y posicionamiento que requiere. Cierto que decir «soy azul» no implica serlo, pero en tiempos sostenidos en la celeridad y la apariencia algo queda cuando repito que «soy azul».

Si un catalogador de trabajos nos analizara a usted y a mí podrían ubicarnos como trabajadoras de las industrias intelectuales y creativas, como miembros de una *clase cultural*[12] o *clase creativa*.[13] Porque en las sociedades contemporáneas la creatividad es utilizada también para referirse a esa industria que congrega a trabajadores a los que se les presupone imaginación y autonomía en sus prácticas, trabajadores diversos de la ciencia y el conocimiento, del entretenimiento y la comunicación, del imaginario y la cultura. Hacedores en gran medida de trabajo inmaterial y

candidatos idóneos para el teletrabajo que construye o participa de la creación y mediación de mundos en las pantallas. Así, cada vez está más presente que la creatividad identifica las más emergentes prácticas laborales que nacen en torno al marco de fantasía de una cultura digital y donde se conformarán trabajos en ciernes y futuros. En su polivalencia como instrumento de dominación y de autonomía cabe no perderla de vista.

En el sentido más liberador, percibo que su cuerpo se relaja cuando hablamos de un hacer creativo, que es como recuperar nuestra lengua después de hablar en otro idioma. Como si fuera de esas personas afortunadas por haber logrado una reciprocidad en lo que usted entrega a este hacer y lo que le proporciona, como si, en forma de pasión, viviera en su interior y allí hubiera encontrado el mejor acomodo entre vísceras, neuronas, sueños y arterias. Piensa que la creación la orienta y empuja, ayudándola a caminar inclinada y a subir por las paredes, a flotar en algunos casos, y que mientras logra un contexto favorecedor para ella en su interior anda protegida. Sí, usted baja el tono cuando se recuerda creando, y noto que quiere que cambiemos de tema, no vayamos a dañar algo que le importa demasiado ahora que está convaleciente.

Evitaré de momento hablar de ella ejemplificando en usted. Lo haré pensando en lo que observo y reflexiono desde mi propia experiencia, advirtiendo cómo el adjetivo creativo mas. En conjunto, bajo el paraguas de clase creativa acogería el amplio espectro de «trabajadores con estudios» orientados a profesiones no sustituibles por máquinas y que requieren altas dosis de autonomía e imaginación. es usado con frecuencia para diferenciar, por ejemplo, trabajos que no están siendo sustituidos por máquinas. Pero también que su uso se prodiga hoy en diferentes campos profesionales ávidos de trabajadores motivados y vocacionales a quienes importa el capital simbólico. Trabajadores dispuestos a contemplar el sueldo como algo *secundario* si el trabajo gusta; entusiastas formados, con buenas maneras y buen trato, y cuyos ingresos no son lo más importante si pueden tener ese, llamémosle, estímulo creativo. Como recordará, la instrumentalización y explotación de estos trabajadores es asunto abordado en mi ensayo *El entusiasmo*. Y, a poco que observemos cómo en esos trabajos ponemos lo más valioso, el goce de practicarlos, no cabe extrañarse de que la economía de mercado busque sacar el máximo partido a esta querencia nuestra. Solo hay que apreciar que estos trabajos –en cuanto

motivacionales– suelen ser realizados no solo nos paguen justamente o no, sino tengamos tiempo o no. He ahí un primer desajuste entre riqueza interior y riqueza material que no debiéramos pasar por alto.

Pero avanzando en esta aproximación, identifico que esta *entrega* genera formas de subordinación donde el contexto incentiva a cargar de valor inmaterial un *hacer*, traduciendo una *forma voluntaria de hacer* que pueda compensar malas condiciones de pagos y tiempos en su plusvalía simbólica, generando un lazo de dependencia y responsabilidad entre el sujeto creativo y su obra, ambos habitualmente expuestos en internet. Dibujar como deseable para el sujeto un trabajo que anteponga creatividad a salario o tiempo es una estrategia impecable para quienes hoy se benefician y lucran de esta situación, mientras apuntan a quienes la sufren como *electores* de lo que tienen. Y lo hacen conscientes del creciente número de personas formadas y desempleadas con aspiraciones intelectuales y creativas. Con actualizada vigencia las palabras de Simone de Beauvoir hace décadas sirven de eco de esta idea, cuando advertía lo fácil que es «declarar dichosa una situación que se quiere imponer».[14]

No extraña que esta comunidad creciente formada por trabajadores de los imaginarios, la cultura, la ciencia y la comunicación que tienen las pantallas e internet como centro de operaciones sea un grupo esencial para la maquinaria capitalista y para alimentar las dinámicas de deseo y consumo de una cultura conectada. Al capitalismo le gustan los creativos, los alientan y les ofrecen patrocinio de bancos e instituciones. Allí donde muchos trabajos son ya realizados por máquinas, ellos siguen siendo clave para los negocios innovadores y los nuevos trabajos surgidos o surgiendo de la cultura tecnológica y de los imaginarios virtuales presentes y por venir. Con semejante expectativa, percibo que en el difuso marco en que estos trabajos se mueven, existen llamativas similitudes con formas concretas y de la misma familia creativa, me refiero a los *modos artísticos* de producción.

Con afecto, R.

El modo artístico como modo económico

Querida amiga:

Un gato maúlla, un gato ronronea, juega con el cordón del zapato y se

esconde tras el sofá para preparar el salto sobre alguna inanimada presa movida por el aire. Hace cosas de gato, y ni cuando duerme y entre espasmos mueve sus patas como si soñara ser un galgo, puede dejar de ser un gato. También en la práctica artística «se es artista todo el tiempo».

El modo artístico de producción, del que le hablaba en mi última carta, tendría que ver, de un lado, con una modalidad más abstracta de la economía actual que «sitúa a la cultura en el centro».[15] Añadiría que esa cultura ocupa el territorio de lo simbólico de una manera profundamente inmersiva, así como sentimos que no se deja de ser artista cuando se come o se duerme. De igual manera para el trabajador creativo la conexión le permite *ser* y *hacer* en internet, sin necesidad de acotar espacial ni temporalmente su trabajo y normalizando la conexión como algo permanente. Para ello se apoya en la disponibilidad de recursos y audiencia las veinticuatro horas del día. Como consecuencia, el trabajo creativo se refuerza en un hacer individual, autogestionado y adictivo frente a la pantalla.

Paralelamente al poder hacer todo el tiempo, podemos «firmar» lo hecho, es decir, regocijarnos y padecer llevando el *yo* adjunto a la obra. Porque siempre asusta dejar solo lo que hemos escrito, lo dibujado, lo dicho (la obra), como si fuera un trozo de dedo o de lengua, hemos de seguirle la pista por cuanto en ellos, también como nombres, nos vemos expuestos. Pero es ante todo la posibilidad de flexibilizar su gestión y exposición pública para que sean vistos lo que funciona como semilla de futuros trabajos o como impedimento, conscientes de que todo daño proyectado sobre nuestra obra pública es un daño también público que nos hiere. He aquí su potencia y su riesgo.

Estos trabajos contemporáneos se plantean como proyectos que enlazan disciplinas y métodos abiertos a la exploración dentro de las industrias creativas, donde las condiciones económicas de los trabajadores se parecen cada vez más a las de los contextos artísticos.[16] Entre otras razones, porque la *autoría* (y la vanidad que conlleva una firma) es parte activa de lo que moviliza el trabajo. No extraña entonces la naturalización del pago con visibilidad allí donde todo se proyecta online con el *yo* a cuestas, así como una obra de arte contemporáneo no puede desprenderse de su firma, incluso cuando es una máscara.

Bajo esta luz, el hacer creativo, como el artístico, también está rodeado

de difusas prácticas de investigación, creación y divulgación, que en gran medida suelen desarrollarse en casa, allí donde estando conectados disponemos de mayor concentración. Trabajos que enganchan y cuya vivencia temporal es conflictiva cuando los tiempos de trabajo se nos derraman y encadenan. Usted misma lo refería en nuestra conversación, cómo muchos soñamos con las vacaciones, no para descansar en ellas, sino como oportunidad silenciosa para recuperar ese otro trabajo que nos permita «ponernos al día», es decir, dedicarnos por fin a las obras que más nos interesan, leyendo los libros aplazados, escribiendo lo que pensamos, proyectando en ese tiempo lo más valioso que muy probablemente sentará las bases de lo que haremos el resto del año.

Cada verano usted espera con paciencia la sempiterna pregunta: «¿Y tú por qué no tienes vacaciones?» Y, aun siendo cansinamente habitual, sigue titubeando molesta en su contestación, como si respondiendo quisiera hacer efectiva una reclamación: «En teoría sí las tengo, pero si no las usara para ensayar, escribir, leer, practicar o investigar, difícilmente después podría hacer bien mi trabajo.» Es decir, ese «seguir haciendo» que parece voluntario se vive como algo necesario para que el excedente producido sirva de sustrato creativo a su práctica cotidiana. Y difícilmente usted se siente realizada en este proceso, al contrario, usted se describe ansiosa y, en ocasiones, se siente estúpida por no poder gestionar las cosas de otra manera, porque termina focalizando en usted la responsabilidad autoexplotadora de esta práctica que ha normalizado.

Si no se estudia ni se lee, si no se para la rueda productiva para subir a un árbol, una termina haciendo lo mismo, algo mecánico disfrazado de nuevo. La exigencia de trabajo intelectual obliga periódicamente a un *tiempo extra* de formación, distanciamiento e investigación que lleva implícita la actualización constante. Se sobrentiende que el trabajador ya buscará la manera (el tiempo) de lograr eso que se le presupone y que requiere esfuerzo, horas y atención. De forma que este plus de actualización que se aventura en el trabajador creativo requiere apropiarse de los tiempos libres y de descanso, ahora conectados, ahora mutando.

La flexibilidad y ubicuidad del trabajo inmaterial, viable desde un cuarto propio conectado, pero también el conocimiento más profundo de herramientas y recursos digitales les convierten en candidatos idóneos para las desdibujadas y dinámicas prácticas creativas en la cultura-red, a menudo

difíciles de acoger en fórmulas tradicionales acotadas, y potencialmente escindibles de los trabajos gestionados por máquinas de control de tiempos. Si tenemos en cuenta que los modos de producción no solo se refieren a las «fuerzas de producción» sino a sus relaciones, no extraña que la crisis colectiva acontece al entrar estas en conflicto, no solo por la ubicación de los trabajadores creativos en sus estudios y casas, sino por el carácter absorbente y competitivo de este escenario donde el trabajador se siente *artista*.

No paso por alto la cuestión material al pensar en este escenario, que los cuartos propios conectados donde usted y yo, como tantos trabajadores, habitamos y *hacemos*, suelen estar en las ciudades. El *allí* al que muchos adolescentes escaparon (y escapan) sigue siendo mayoritariamente un allí urbano, donde se alientan diversos cambios en barrios y zonas, antes marginales y ahora gentrificados e investidos del valor añadido de la práctica creativa como *estilo de vida*. Una deriva de «la apariencia como identidad»[17] que trasciende la red y modifica también el espacio antropológico (material y simbólico) de las ciudades y que quizá próximamente se extienda a los pueblos.

Entretanto, las viviendas urbanas son espacios que ante las exigencias del teletrabajo se han visto zarandeadas por no responder a las necesidades vitales de estos trabajadores. Estancias minúsculas donde conviven varias personas antes calladas y ahora hiperconectadas y hablando; estancias modernas, pero de pronto antiguas, que en muchos casos no estaban siquiera separadas por paredes o puertas, con carencia de luz natural o de una apertura mínima hacia un árbol o vista sin ladrillos. La nueva cultura del trabajo exigiría, por tanto, una transformación física y simbólica del espacio material que antes era espacio íntimo y privado y ahora se convierte en centro laboral de operaciones, en lugar de emisión y foco, singularmente áspero para nuestra intimidad.

Si en una economía en red los trabajos se apoyan en el funcionamiento simbólico, los trabajos creativos ganan protagonismo en la flexibilidad y reto de ser realizados desde casa y en su destino de ser generadores de deseo. La profesionalización de lo simbólico pasa a estar en el corazón de la economía, mientras la vanidad y la ansiedad lo están en el corazón afectivo de su ejercicio y de una amenazante devaluación laboral.

Con afecto, R.

El privilegio del artista

La creatividad no se limita a las personas que practican una de las formas tradicionales de arte, e incluso en el caso de los artistas, la creatividad no se limita al ejercicio de su arte. Cada uno de nosotros tiene un potencial creativo, que está oculto por la competitividad y el éxito-agresión. (...). La creación, ya sea una pintura, una escultura, una sinfonía o una novela, implica no solo talento, intuición, poderes de imaginación y aplicación, sino también la capacidad de dar forma a material que podría expandirse a otras esferas socialmente relevantes.

JOSEPH BEUYS, «Free International University for Creative and Interdisciplinary Research»

Querida amiga:

Pongamos una pregunta en el filo de nuestra práctica, ¿cómo puede la afinidad creativa ser usada en beneficio colectivo de los trabajadores y de la mejora social?, ¿cómo evitar que sea neutralizada por la radicalización de la economía de mercado? A mí me parece que las maneras en que esta resistencia corre el riesgo de apagarse llevan a ese filo la privación de tiempos propios, de descanso y de solidaridad con otros, pero también la presión derivada de la competición productiva y la amplificación de los trabajos de autogestión tecnológica y burocrática cuando se reducen las plantillas, conformando maneras precarias de hacer y reduciendo la expectativa creativa al espejismo de una palabra hueca.

Yo esperaría que la creatividad que moviliza a estos trabajadores actuase como resistencia y crítica, pero da la impresión de que bajo esas presiones lo previsible es que la mayoría se resigne a usar sus formas más epidérmicas. Es también la manera que el capitalismo alienta, usarla como base del marketing identitario contemporáneo de las vidas-trabajo. Una creatividad llevada a sus términos más escindidos de un mundo interior, desde formalizaciones que la reducen a papel de regalo o mero envoltorio.

Pero no perdamos de vista la pregunta que le sugería sobre la afinidad

creativa como beneficio colectivo. Fíjese que en el contexto sobre el que pensamos proliferan los trabajadores creativos amenazados por la neutralización precaria, donde pareciera que los artistas se diluyen como un subgrupo desdibujado. Mi impresión es que allí donde los artistas ya no tienen el privilegio de la producción de imagen o de lo simbólico como en otras épocas, tienen hoy la prerrogativa de la distancia crítica, o debieran tenerla. Y he aquí un núcleo de resistencia que toca poner en valor.

De hecho, el activismo político contemporáneo se nutre y retroalimenta del contexto artístico e intelectual, por cuanto allí donde hay imaginación y crítica hay necesariamente cuestionamiento y resistencia a formas injustas de poder y privilegios. Aunque ocurre hoy que, esquizofrénicamente, muchos trabajadores creativos pueden verse dando de comer al sistema como asalariados de sus industrias y enfrentándolas después en su trabajo más personal y libre. No se inquiete si en esa convivencia anidan algunas contradicciones, porque también en ellas pueden producirse trasvases críticos y transformaciones deducidas de la introducción de *alteridad* allí donde querríamos cambios.

Cierto que los artistas ya no tienen la ventaja de dominar en exclusiva las técnicas creativas, hoy accesibles a toda persona conectada con voluntad de aprender. Pero también es verdad que hace tiempo que los artistas (al menos los que llamamos contemporáneos) no se caracterizan necesariamente por su dominio formal de una técnica, sino porque han elegido maneras creativas frente a maneras domesticadoras.

Es al menos lo que muchos esperamos de esos lugares de autonomía intelectual como el arte y donde me aventuro a incluir el pensamiento filosófico más libre. A ellos miramos con exigencia y expectativa también cuando hablamos de la escuela y la universidad, esperando que reaccionen desde el acompañamiento reflexivo, brindando estrategias para subvertir la saturación y el ruido o la indiferencia, pero también creando condiciones que estimulen la experimentación crítica y la libertad.

Reparo en que de la creación y el pensamiento más comprometidos espero la pregunta incómoda, allí donde la cultura se hace más fragmentaria y precaria, el contrapoder para la infiltración pensativa y la transformación del mundo a través de los imaginarios que idean, los entornos que nos sugieren, las luces y sombras que proyectan y las ideas con las que pueden perturbarnos. Porque el pensamiento crítico, como la creatividad liberada,

parecen recibir el mandato de no quedarse en los efectos catárticos o estéticos del arte viejo, sino actuar para desordenar lo que tranquiliza mientras –paradójicamente– explota la sumisión de las personas. No haría falta para ello maneras creativas que enarbolen banderas de verdad alguna, sino que ayuden a mostrar las formas en que esas verdades están siendo armadas. No haría falta predicamento vacío, luminoso y publicitario que reitere «creatividad», sino favorecer sus condiciones de autonomía y su ejercicio sincero. Haría falta ser, dejar ser, por fin, osadamente libres en lo que creamos.

Con afecto, R. DE CUANDO EL TRABAJO DEJA DE TENER SOMBRAS

Sueño con una nueva era de la curiosidad.[18]

MICHEL FOUCAULT

A veces me despierto de madrugada, me levanto de la cama y retomo el trabajo. Algo está averiado. Es como si nunca fuera de noche en mi pantalla.

Notas. Cartas a Sibila

Querida amiga:

¿Podemos trabajar sin preguntarnos por qué trabajamos? Hacerlo implica extrañarse ante nuestras rutinas, ¿por qué el trabajo de ahora es líquido y parece que no se termina? ¿Qué me ha traído esta mañana a la mesa para escribir mientras desayuno o para planificar mentalmente un proyecto mientras hago la compra? ¿Qué moviliza la cadena de gestión, producción y divulgación de un trabajo, que pareciera que brazos articulados salen de los dispositivos y lo suben a nuestra espalda para poder integrarlo en nuestra propia sombra? Y usted, ¿por qué no deja de difundir todo cuanto hace en sus redes encadenando *hacer* a altavoz, altavoz a rutina y rutina a vuelta a empezar? ¿Dónde quedó su mirada perdida en la diagonal del techo o el suelo? No la veo en esa mirada frontal y mecánica de ojos rojos de ahora, como si no hubiera tiempos de tránsito entre sus prácticas.

Toda la desazón de no estar trabajando se asienta como el polvo sobre la mesa cuando no trabajamos. Y con pocas dudas algunos echamos de menos las viejas sombras de antes de usar las máquinas. Me refiero a cuando nuestra vida era también, especialmente, fuera de la pantalla conectada. Le parecerá contradictorio, y no escondo que lo es, que presente esta pérdida como añoranza, teniendo en cuenta que esa misma pantalla me permite por fin trabajar más tiempo en casa, y que en su forma contrastada de mostrar mundo mejora llamativamente mi precaria visión, ahora que el exterior se me hace profundamente borroso. Pero a qué negarle que entre estos márgenes oscilo, agradecida de que la máquina mejore un cuerpo enfermo y replegado, e identificando valores en aquellas sombras materiales, justamente ahora que la vida-trabajo está demasiado iluminada, demasiado expuesta, es demasiado intrusiva. Pareciera que el interruptor que nos apaga la luz para dormir o distanciarnos no funcionara.

Hay entonces algo excesivo que agota no solo en la apropiación del tiempo, sino en la hipervisibilidad que ofrece la vida conectada en tanto hábitat laboral y vital. Desde ella, me pregunto: ¿dónde residen las sombras cuando el sentido del *hacer* descansa en *ser visto* y para ello precisa *estar iluminado*? ¿Acaso están en las habitaciones con llave-contraseña, en los cuadernos manuscritos inaccesibles a una cámara, en lo que preguntamos a una aplicación pensándonos a solas...?

La luz tiene fama de alentadora, pero ¿no ha advertido cómo las cosas que importan suelen protegerse y necesitan de oscuridad? No se nos muestran con la nitidez de los aparatos de quirófano o del escaparate, sino que en cierta forma hay que extraerlas con algo de esfuerzo. Sucede con los secretos y con lo que no verbalizamos, porque, siendo valiosos, tememos que se nos resbalen y se rompan. Saber que lo que escondidamente amamos o lo que nos duele está protegido en algún lugar íntimo nos da cierto poder sobre la vida. Usted me sonríe y la siento especialmente cómplice en esta percepción.

Hoy la mayoría de las cosas que hacemos son captadas por una cámara o registradas en una máquina, sometidas a la atracción de ser enmarcadas, nosotros en ellas, grabados, localizados y expuestos. ¿Ha visto cuántos focos y cuánta luz? Vivimos sabiéndonos observados, también en la presión productiva. Que su nombre iluminado (aunque solo lo sea para usted) protagonice sus redes le hace sentir que no debe bajar la guardia, le dificulta

esconderse. A la pérdida de sombra, que es aquí una clara pérdida de *intimidad*, se suma que los tiempos de trabajo están entrelazados con la exposición pública. ¿No le parece entonces que lo que aquí acontece es ante todo una reconfiguración del mundo de las sombras? ¿Dónde están?, porque juraría que las necesitamos.

Un colega se refería recientemente a cómo en los últimos tiempos sus compañeros de departamento en la universidad afirmaban entre quejas que se sentían presionados para *producir* artículos y a ello se dedicaban, pero pocos tenían tiempo para *leer*. Aludía a ese tipo de lectura pausada y escondida que conlleva abordar una obra más allá de su referencia o citado, leyéndola en su extensión, evocación y negruras. Esa lectura se está convirtiendo en un lujo torpedeado. Usted (sé que está al otro lado) quizá sea una rareza.

Si la nueva cultura empuja a pronunciarnos y a producir, lo hace amparando el acceso y la acumulación, y en ambos casos primando una lógica *aditiva*,[19] fruto de la comparecencia acumulativa y no integradora o reflexiva. Producimos opinión, reunimos archivos, recogemos y guardamos, descargamos textos, pero no necesariamente los leemos, no necesariamente los componemos en nuestro pensamiento. Esto exigiría sombras, omisión, decisión, conflicto, es decir, más tiempo. Quizá porque en los trabajos más precarios no se pide ni se favorece integrar, basta con «activar la maquinaria».

La tecnología es cumplidora aliada ayudándonos a producir, compartir y recopilar en el inabarcable repositorio digital a nuestro alcance, a hacerlo sin horarios. Y si la tecnología viene con nosotros, cabe sobrentender que la posibilidad del trabajo también viene con nosotros. Allí donde estén nuestros aparatos conectados, allí trabajamos.

¿Y se ha percatado de que esta disponibilidad guarda similitudes con el trabajo feminizado de atención y cuidados? La más evidente sería que también se ha transversalizado en la vida, extendiéndose a la «totalidad del día». Por cuanto su logística es la *atención*, se basa en gestionar y estar pendiente de los otros *material* pero ante todo *mentalmente*. De manera

análoga, el trabajo en la cultura-red se deslocaliza y difícilmente se descansa. Aquí siempre es de día.

A mí me parece que, bajo determinadas condiciones, esta coyuntura que podemos ejemplificar en el teletrabajo podría ser liberadora, pero aún en muchos casos se limita a ser ilusoria. Lo es utilizada para invisibilizar desigualdades en la conciliación. El riesgo en este caso es que la movilidad tecnológica pueda usarse como excusa para facilitar que muchas mujeres sigan trabajando allí donde se espera de ellas que sigan cuidando.

Ocurre entonces que la movilidad, como una de las grandes oportunidades abierta por la tecnología digital, se enfrenta a ser instrumentalizada como acicate no de optimización sino de saturación sin sombras. La ansiedad brota inevitablemente cuando, movilizadas por la disponibilidad, las personas cargan con viejos y nuevos trabajos. Para enfrentar esta dificultad, tan necesarias son medidas políticas de conciliación real y gestión laboral flexible como medidas educativas y simbólicas que normalicen la no asignación de los trabajos (también de cuidados) a un género determinado.

Sin embargo, lo habitual hasta hace poco han sido contextos en los que ayudarnos a gestionar mejor nuestros tiempos no ha sido entendido en beneficio de la calidad de vida y del sentido dado al trabajo, de manera que las posibilidades de conexión y desubicación se han sumado (y no han sustituido ni mejorado) a las exigencias de presencialidad, duplicando tiempos y energía, exigiendo desplazamientos para hacer, o *simular* hacer, lo que con concentración solo podías hacer en tu cuarto propio conectado. Ha ocurrido, especialmente, en empresas y administraciones donde se tenía una visión acomplejada de que trabajo es antes «el lugar al que se va» que «una práctica que se ejerce». Y me parece que esta duplicidad se ha apoyado en sistemas de control y vigilancia propios de otras épocas, como efecto de la falta de confianza en los trabajadores, en la presuposición de un engaño posible que en muchos casos desembocaba en picaresca y desconfianza mutua y en otros tantos en cansancio e impostura. A todas luces, a mí me parece que estas dinámicas controladoras de tiempos en espacios físicos pero duplicadoras de tiempos de trabajo (en oficina y en casa), y sin duda también de contaminantes desplazamientos entre oficinas y casas, nunca mejorarán cualitativamente la productividad ni la calidad de

vida de los trabajadores, sino que mermarán, como ya lo han hecho, la responsabilidad y el sentido que los trabajadores dan a lo que hacen.

Porque ¡qué torpeza si pasáramos por alto el trabajo pospuesto para casa! De hecho, afirmaría que ha sido precisamente de ese del que usted no ha podido prescindir, pues era entonces y allí cuando podía lanzar un trapo sobre la atención (ya sabe que es criatura alada) y contar con ella un tiempo. Si no fuera por ese trabajo en casa, difícilmente habría tenido la situación controlada, más si cabe desde que la tecnología le permite autogestionarse en cada parcela de su vida-trabajo. Tareas que nadie mejor que usted puede hacer porque tratan de usted no solo haciendo-trabajando sino digitalizando y evaluando su hacer y dejando registro para su cotidiano control.

Cuando hace veinte años me postulaba con frecuencia como candidata a becas y primeros trabajos, entonces, la *versatilidad* y no la especialización ya comenzaba a ser un valor ponderado. ¿Cómo no iba a consolidarse en los procesos de privatización y precariedad cuando se espera que el personal temporal contratado (hoy la mayoría) pueda hacer «de todo» frente a su máquina? Y claro que una espera con tono propositivo una relación constructiva con la tecnología, pero es fácil caer en una relación *obsesiva*, en un sentirse coaccionado por la disponibilidad absoluta que nos ofrece de gestionarnos y, siempre, de «adelantar trabajo». Hacerlo bajo la ilusión de que es trabajo concreto y acotado, siendo más bien un flujo líquido que se va trasvasando, que la misma corriente de la red retroalimenta, que difícilmente se seca y solo escenificándolo, como en una obra de teatro, en un poema o una *performance*, puede finalizar y agotarse.

Con afecto, R.

El imperativo de la mala conciencia

El imperativo neoliberal del rendimiento transforma el tiempo en tiempo de trabajo. Totaliza el tiempo de trabajo. La pausa es solamente una fase del tiempo de trabajo. Hoy no tenemos otro tiempo que el tiempo de trabajo. Y así lo llevamos con nosotros también a las vacaciones e incluso al sueño.[20]

Querida amiga:

Algunos confían en que podremos ser más audaces en la actual deriva cultural, que podremos aproximarnos a la rareza devaluada de hacer menos con más sentido, protegiendo los tiempos propios sin convertirlos en fase o impulso del trabajo. Yo misma reitero con frecuencia esta idea y busco practicarla como entrenamiento.

Tiene que ver que en la nueva cultura se prodiga la idea de que tenemos una mayor libertad cuando, sin embargo, sentimos mayores exigencias y vigilancia. No me refiero a una coacción materializada como una *orden* explícita, muy al contrario. Hablo de esa fuerza silenciosa y eficiente de la *mala conciencia* cuando no estamos dedicados al trabajo pendiente. Esto acontece bajo la sensación de un escrutinio persistente allí donde vivimos en habitaciones de cristal.

Es probable que si usted pasa un tiempo en silencio en sus redes sociales reciba algún mensaje humano y con seguridad varios mensajes de robots que le reclamen: «Hace tiempo que no pasas por aquí, ¿va todo bien?» Ante los humanos nacerá una necesidad imperiosa de justificar que no está visible porque está trabajando, asunto que le hará advertir que, contradictoriamente, es la visibilidad la que en las redes sirve de mecanismo de control de su producción. O si alguien la descubriera dormida en el sofá al mediodía. No la imagino diciendo «estoy durmiendo o soñando, déjame tranquila», sino más bien «estoy cansada, tomo fuerzas y después sigo». El trabajo empieza a estar inscrito en la mala conciencia y casi todas nuestras razones lo acreditan y normalizan.

Si el trabajo se desplaza a los cuartos propios conectados donde supuestamente cada cual manda sobre sí mismo, a grandes rasgos parecemos responsables absolutos de nuestro tiempo, pero sin embargo afirma usted que siente no tener control sobre él. En este punto y, si lo he interpretado bien, no comparto el énfasis de Han al identificar esta opresión contemporánea no ya desde una clase dominante que explota a la multitud, sino como una autoexplotación donde cada cual considerándose en libertad «se explota a sí mismo»,[21] sintiéndose además realizado. No lo comparto por cuanto lo que llamamos autoexplotación es también inducido y normalizado, no eximiendo al sistema y a los poderes que entretejen las nuevas versiones de cultura saturada e hiperproductiva.

Con esto que le escribo no se trataría de anular nuestra responsabilidad,

pero sí de advertir que no puede descansar exclusivamente en quienes se ven también damnificados. Por ello, considero que en gran medida esta autoexplotación es una nueva máscara de viejas formas de dominación que tiene un claro modelo en el patriarcado. Para su ejercicio nos proporcionan las herramientas que nos permiten gestionarnos, ajustando los umbrales de una producción creciente, una comunicación constante, una red de flirteos ligeros y amables que derivan al agrado y a la aceptación, y a un entramado que favorece el crecimiento exponencial y naturalizado de los trabajos temporales como algo aplaudido y conveniente. Porque que sean precarios es lo que garantiza retroalimentar este sistema.

Con afecto, R.

EL AGRADO Y LA ANALOGÍA ENTRE CAPITALISMO Y PATRIARCADO

Percibo que el sexo femenino tiene desde antiguo, esto no es de hoy, el deber de agradar, y lo tiene incluso por encima de otros deberes, como sean la obediencia, el ser hacendoso, la limpieza, la pureza sexual o la abnegación. Y me parece que a medida que va perdiendo algunos de esos otros ancestrales deberes, no pierde sin embargo este.

AMELIA VALCÁRCEL,
«Opinión pública, medios de comunicación
e imagen. La ley del agrado»

Querida amiga:

Desde la incomodidad del rechazo que supone decir «no», el trabajador creativo se entrena en aceptar primero y en maldecir después la aceptación que le agota. Claramente parece una «aceptación educada». Una aceptación donde palpitan pulsiones de agrado. ¿Se ha fijado?, un agrado que acompaña tanto a la hiperproducción ansiosa como a la feminización precaria.

Antes que suavizarse, el asunto adquiere nuevos matices en internet, que es palmariamente un medio del agrado, donde predomina la positividad de

gustarse y compartirlo. Porque gustar no exige un pensamiento complejo, sino más bien un impulso afectivo, diría que un movimiento, casi mecánico, que se describe eficazmente en «pulsar un botón». Es en consecuencia fácilmente cuantificable, no requiere justificación y genera vínculo amable, agrada. Por el contrario, decir «no» puede romperlo. Extrapolemos esta lógica al trabajo.

El agrado suele ir dirigido a aquel que gusta, o con quien no se quiere enfrentamiento, o a aquel que tiene algún poder sobre nosotros. Dado que nuestro nombre como parte de nuestro trabajo está expuesto en el escaparate donde todos opinamos, agradar parece la pauta recomendada para evitar conflictos. Las industrias digitales lo saben y construyen sobre ello sus pasillos de socialidad archivada. Para quienes además están lastrados por la temporalidad precaria, el agrado es un recurso estratégico de cara a encontrar posibles contratadores (un poder concreto), pero también a posibles aliados para su visibilidad que suministren *likes* y posicionen una producción dependiente de los *ojos* acumulados. No extraña, bajo esta perspectiva, que la crítica en internet se vea dificultada por el riesgo recíproco que supone recibir detracciones públicas, morbosamente más visibles, y que, por el contrario, se asiente una cultura que fuerza el halago, participando en un juego que, sustentado en la celeridad y la contingencia, solo se hace vivible bajo el pacto implícito de la complacencia.

Si aplicamos un foco de luz a esta aceptación tan intuitiva como previsible, ¿no se le hace familiar a ese otro *agrado* fomentado por el patriarcado que sumaba a la obediencia de las mujeres la voluntad de agradar a los hombres, es decir, a quienes tenían el poder?

Cierto que existen diferencias claras, y comienzo por ellas. Por ejemplo, que frente a la búsqueda de un reconocimiento y éxito social derivado del trabajo en el contexto neoliberal («mirad lo que he conseguido»), en el caso de las mujeres el contexto patriarcal no ha sido aquel ante el que presumir de los logros obtenidos, sino el que disuadía y coaccionaba si no se mantenía la expectativa de trabajo diario doméstico y afectivo («que la gente no hable de mí»), de forma que la recompensa era la satisfacción de la reproducción del sistema, y también el pasar desapercibidas porque las tareas que se esperaban de ellas estaban puntualmente hechas. Mientras en la autoexplotación capitalista lo que moviliza es una idea de conciliación de

la pasión con el trabajo azuzada por la idea de *éxito*. Es decir, la vuelta a lo social se produciría evidenciando la recompensa capitalista en forma de promoción, ascenso, reconocimiento o mayor ganancia bajo el acicate de *triunfo individual*.

Sin embargo, es en la proyección de un rol social que en ambos casos insiste en hacerles responsables de su subordinación y en recursos de aceptación educada donde me parece que descansa el principal paralelismo. En el círculo de la repetición patriarcal es fácil identificar la cultura que ha alentado a las mujeres como carceleras morales de las otras mujeres, vigilando y siendo vigiladas. La reclusión en las casas facilitaba este control y dificultaba la red de contactos, la irrupción de una inconformidad solidaria. Obstaculizar la solidaridad entre iguales siempre ha sido un paso necesario para la domesticación de grupos sociales. Ahora también estamos materialmente más aislados en las casas conectadas, pero al mismo tiempo estamos hiperconectados con vínculos livianos. Está por ver hacia dónde derivamos. Y me parece que en este último caso la dominación viene de sentirnos ciegamente movilizados por la actividad y desarticulados en lo social, de manera que el entramado capitalista ayuda a crear un imaginario de recompensa para quien individualmente «se hace a sí mismo», enganchado al trabajo y la conexión.

Bajo la promesa de emancipación a través del trabajo, el agrado hoy se utiliza como nudo ligero entre los trabajadores, que, esperando el engarce entre pasión y empleo, acumulan trabajos temporales que aumentan su visibilidad y agrandan su biografía, aceptando todo aquello que sirva para mantenerlos activos, pero también evitando romper un posible lazo que tal vez enraíce en el futuro. Vínculos necesarios para quien se sabe en el mercado y expuesto a la contingencia de lo descartable.

Del modo menos superfluo, pienso en nosotras y se me antoja que existe otra similitud entre la autoexplotación y los trabajos feminizados que se me hace necesario compartir. Me refiero a cómo se fomenta la culpabilidad al ampliar los tiempos de descanso que nos permitimos, dando por hecho que un *buen trabajador* –como antes una *buena mujer*– debe ser hacendoso y celebrar su entrega. En ambos casos actúa la presión del agrado y el sentimiento de culpa, dando a entender que lo hacemos porque es lo que se espera de nosotras. Así como antes fueron «las buenas madres» o los «ángeles del hogar» que se sacrificaban en la familia hasta anularse, ahora

son entusiastas y «responsables trabajadores», dispuestos a quedarse un rato más, a llegar antes, a llevarse el trabajo a casa, o a hacer favores e implicarse humanamente en el contexto laboral, incluso cuando se llaman Jordi o Manuel.

Pero una sombra se me proyecta sobre esta idea. Le propongo detenernos unos instantes en esta apreciación que acabo de hacer considerándola feminizada. Porque con seguridad las personas que en los trances diarios nos han ayudado más allá de su responsabilidad en un trabajo, nos han facilitado la vida y se han sacrificado más allá de su cometido. He aquí la paradoja que me lleva a poner en valor que esa implicación es un contrapeso que humaniza la impostura predominante de quien finge y busca su único beneficio, a diferencia de quien realiza su trabajo sin despojarlo del cuidado del otro, quien ayuda y atiende con amabilidad al otro.

Nadie dudaría de que tratar a los demás como humanos debiera ser requisito *humano*, pero tristemente, salvo con trajes de sonrisa congelada, no es algo que prevalezca cuando los tiempos corren y el sistema oprime. Es más, el asunto se posiciona como foco de conflicto en los pobres que trabajan bajo exigencias laborales precarias, para cuyo cometido en plazo parecen tener que *blindarse* como humanos, viéndose recompensados económicamente por los números logrados, denostando la implicación sincera y solidaria como algo voluntario que acapara los tiempos y posiblemente les reste sueldo.

Si pudiéramos intervenir la cosa, frotarla para hacerla permeable o lograr su mirada, me gustaría recordarle que de toda atención que cuida del que tenemos al lado cabría esperar la contrapartida de ser considerados de igual manera, no solo por aquellos con quienes trabajan y conviven, sino también por quienes les contratan. Es decir, la normalización de un «cuidado mutuo» y generalizado, de una nobleza de cuidado compartido que prime frente a la rutina productiva.

Con afecto, R.

¿QUÉ SOSTIENE UNA NEGATIVA?

Es fácil, imposible, difícil, vale un intento. (...) Que no, un poco, mucho,

no pasa nada.

WISŁAWA SZYMBORSKA,
Gente en el puente

Querida amiga:

Llevo todo el día maldiciéndome por no haber sabido reaccionar a tiempo, por no haberle soltado un «no» de boca de sierra o de mano levantada. Hoy salí del dentista con una muela menos. Le juro que no quería ni necesitaba que me la quitaran, solo iba por las molestias de un empaste caído en un diente. Tras ver mi dentadura, el doctor, al que visitaba por primera vez y cuyo contacto localicé en una búsqueda rápida en internet, comenzó a hablar de la conveniencia de cambiar un puente de tres muelas por varios implantes, de la buena oportunidad que suponía cortarlo hoy mismo, de que no me causaría molestias, de las ventajas de pagar al inicio. La enfermera le daba la razón, él lo reforzaba... Juro que estaba nerviosa, tumbada y con la boca abierta. Quiero pensar que hice algún gesto que fue entendido como asentimiento, pero sinceramente no lo recuerdo, y me inquieta su rápida iniciativa sobre algo que me pertenece. Sonaba el aspirador de saliva, de pronto una pequeña sierra cortaba, mis ojos como los de una liebre ante los focos del coche y, al levantarme de la butaca, la lengua tocó un hueco entre las muelas, abajo a la derecha, ay.

Sí, llevo todo el día maldiciéndome por no haber sabido reaccionar a tiempo, por no haberle soltado un «no» de boca de sierra o de mano levantada, pero también debiera maldecir a los que no dan tiempo frente a quienes titubeamos y, en una clara posición de poder, te dejan sin muela o boicotean con sus reglas y su sierra tu capacidad de decidir. Los tímidos y lentos, como los entusiastas, somos carne de abuso y después de culpa.

Desearía que esta escena que le cuento y que en algo me ridiculiza le permita sentirse un poco más cómoda cuando me cuenta las muchas cosas en las que dice haberse implicado sintiéndose estúpida. Entre ellas, aceptar trabajos que le hacían llegar a la conclusión de que había dedicado su energía y concentración para que otros se beneficiaran, o que claramente había «pagado por trabajar». Y yo le pregunto: ¿se sintió incómodo quien la contrató o le hizo el encargo? Porque pareciera que al peso del trabajo se suma el del bochorno, como legitimando que el que lo sufre lo merece.

Le hablo de dientes y no solo de trabajo porque creo que hay en esta tendencia nuestra algo que excede la aceptación de trabajos que no tenemos claros o que quisiéramos rechazar, y tiene que ver con la sumisión educada y con cierto automatismo de *agrado*, aquello de lo que le hablaba en otra carta desembocando a cada rato en cómo el capitalismo patriarcal sabe sacarle partido, subordinando no solo al individuo sino al colectivo.

Porque en una relación de sometimiento donde un explotador abusa, por ejemplo, de un entusiasta sincero, el explotado tendrá que sufrir el atropello del trabajo hecho con mínima o nula contraprestación, junto al señalamiento de su consentimiento al dejarse mangonear. Como si quien ejerce un abuso no tuviera responsabilidad alguna y la exigencia recayera como doble cometido en quien trabaja: «trabaja y cuida de que no te exploten». En algo recuerda cuando se culpa a una chica de la agresión que sufre porque «llevaba determinado tipo de ropa», es decir, cuando ante un ejercicio de violencia se proyecta la culpabilidad en quien sufre un abuso y no en quien lo comete.

A mí me parece que en este asunto se esconden sujetos del discurso que siempre han ganado porque hasta hace poco solo ellos legislaban y mandaban. El mundo ha cambiado, el mundo tiene que estar cambiando, pero aún cuesta que quien tiene privilegios los comparta y sucumba a la empatía que ellos ven como debilidad, que quien tiende a someterse por inercia se resista a la repetición de un patrón de poder enquistado. Porque la vida empuja a modelos de docilidad educada que priman la diligencia en los trabajadores cuando, desde que optan a los escasos empleos estables, se convierten en competidores entre sus iguales y en sumisos agradadores expuestos en las redes, frente a quienes tienen el poder de crear contrato a menudo resguardados del escaparate y parapetados detrás de ejércitos de mediadores precarios que dan la cara y reciben las quejas. Fácilmente esa ansiedad deriva en autoexplotación, siendo la clave la misma: desviar la atención sobre la responsabilidad de que el trabajador es responsable de su propia servidumbre.

Lo sabemos, lo tenemos localizado y nos sentimos partícipes, pero no olvidemos que hay distintos lados en estos tratos y que, mirando con perspectiva, cabe interrogarse por quienes más se benefician de las aceptaciones rápidas, manteniendo una cultura de ansiedad normalizada, ese malestar no puntual y consciente sino crónico y paralizante. «Es

imposible no abusar de ti», dice quien se queda tan tranquilo de «abusar», cargando sobre el abusado la culpa de la simpleza y la ingenuidad, o a menudo tachando la amabilidad de una pátina de estulticia y credulidad necia.

Si nuestro tiempo está apretado de tareas y se nos urge a cada rato a tomar partido impaciente, no hay distancia reflexiva que permita valorarlas, solo confianza en que los interlocutores actuarán con buenas intenciones y la intuición de quien en el exceso precario espera la sorpresa de optar a «algo justo y mejor». Aunque habitualmente esto termina en el resoplido ante lo que por fin se acaba, para empezar otra cosa, tachando lo hecho como quien resiste un día más en la hostilidad de lo que solo puede ser temporal.

Pero no olvidamos que tan importante para nosotras ha sido decir «no» como escucharlo. ¿Y se ha fijado en lo poco que usted lo usa y, por lo que sugiere, en lo mucho que se lo dicen? Si bien es cierto que en sus intentos de lograr un trabajo mejor no le dijeron explícitamente que «no», sino que «no daba el perfil». Es muy probable que, dolida, hubiera preferido una negativa clara para construirse a partir de ella como el impulso de la prohibición o el cierre. Pero cuando solo se pasa de largo es como si ni siquiera la hubieran visto. La lección aprendida es que debe aparentar el perfil que buscaban. Muchas biografías están llenas de «no da usted el perfil» y de la esquizofrenia de *tantos* perfiles fingidos. Son de la misma familia, la presión contemporánea por aceptar y la lógica digital de acumular «más». Las criaturas que engendran son tupidos e interminables currículums. Usted me habla del suyo como un documento inabarcable, casi arqueológico.

Me pregunto qué pasaría si, en lugar de construirlo con los incombustibles méritos que pasaron sin huella por nuestras vidas, seleccionáramos lo que realmente nos resultó transformador, lo que aprendimos porque lo hicimos con interés o porque lo rechazamos, o tal vez porque «nos rechazaron». Tantas negativas que se convirtieron en impulso para lo que constructivamente después hemos hecho. Sin olvidar, porque las hay, las respuestas que alimentaron miedos, frustración y desquite. Porque el dolor que se genera en el rechazo palpita como fuerza claramente identificable. Soportar y gestionarlo es tarea complicada. Nuestra biografía seguramente está marcada por una lista que crece, y la historia se halla

repleta de ejemplos de *negativas* con letales consecuencias colectivas y bélicas.

Allí donde hemos rechazado o donde nos han rechazado suelen configurarse puntos sin retroceso posible, momentos que de maneras distintas nos cambian y nos hacen crecer. Allí se desvisten de adolescencia las personas. Pena que no siempre logren integrar la nobleza que de niños les movilizaba y mantenerla con ellos. A menudo la olvidan como parte cómplice de su expectativa frustrada. Pienso que es un error. Pocas cosas recuperaría de esa etapa, pero le confieso que a la experiencia y saber que dan los años sumaría aquella bondad implícita que esperaba de mí porque la presuponía con exigencia en los otros. Era como si al proyectarla en los demás se les reclamara la responsabilidad de practicarla, de ser *buenos* y corresponder a esa proyección sin abuso, sin explotación, sin condescendencia, sin sentenciarla como estupidez descartada.

Si a la proyección de correspondencia justa se responde abusando de la entrega y el trabajo de las personas, la confianza como valor social se desmorona. Es fácil entonces confundir esa nobleza que reivindico con la docilidad de dejarse subordinar servilmente por quien manda, o tiene poder, o contrata. Qué tentación entonces pasar de la credulidad a la frustración y el desagravio. Por ello se me hace que uno de los pocos mecanismos que poseen los trabajadores entretanto logramos transformar los pactos de confianza es la negativa, más valiosa si crece en el contagio colectivo y en la solidaridad comunitaria que apoya rechazar lo injusto para uno y para todos. En el rechazo a una situación injusta de hiperproducción neutralizadora se paraliza el sistema. Porque si estamos aislados y creemos el mantra capitalista de que una persona con esfuerzo y entusiasmo lo puede todo, caeremos rendidos en la autoexplotación de «síes» en un mundo hiperproductivo y ansioso desarticulado en lo social.

Imagino con angustia la vida de quien todo lo acepta. Esa es la vida de quien resiste debajo de las quinientas sábanas, de la resignación de quien tiene miedo y evita afrontar una negativa, o no sabe cómo gestionar la incertidumbre de lo ambiguo. Porque quizá tampoco ese sujeto diría un «no» explícito, sino un «no lo tengo claro». Es ahí donde podríamos hablar de experiencia en un sentido narrativo abierto a ensuciarse en lo contradictorio, lo liminal y lo oscuro. Sin ellos, difícilmente el espíritu piensa, a lo sumo repite como una grabadora, replica un eco, produce de

manera precaria, recuerda lo que otros dijeron, lo asume como propio sin pensarlo, aceptan o rechazan como sencilla lógica dual.

Es más que probable que mi gran torpeza ganaría a la de cualquiera cuando lleno mi vida de aceptación y rápidamente se me convierte en ruido y ansiedad. Lo que se hace rápido se hace de cualquier manera. No hay mayor complicidad con la precariedad y la contingencia como topografías del tiempo actual. Para habitar un mundo borroso hay que ralentizarse, escuchar con más atención, moverse más despacio, leer varias veces, dar más tiempo a cada cosa, no confiar en el golpe de vista, bajar el párpado, decir «no» más a menudo o poner un obstáculo en esa rueda, cambiar un juego sesgado.

Incluso más allá de las lógicas del trabajo, pienso en las formas que hoy vuelven a poner en escena modos y discursos fascistas que buscan reforzar privilegios de quienes no aceptaban un «no» por respuesta. Luchar contra el fascismo de ahora es luchar contra el patriarcado, la homofobia, el racismo y también la explotación en sus formas de implicación del trabajador como carcelero de sí mismo. Porque el fascismo contemporáneo se revuelve por miedo a ver tambalear las prerrogativas del poder (en su mayoría claramente identificable), cuando la sociedad más crítica e insatisfecha les dice «no» a seguir como siempre o a retroceder a un pasado de mayor desigualdad reclamando otras reglas de juego.

Con afecto, R.

LA IMPOSIBILIDAD DE UNA VIDA SIN PÁRPADOS[22]

Soy como un animal sin párpados, con ojos secos por mirarte sin descanso. Brillas hasta hipnotizarme.

Notas. Cartas a Sibila

Querida amiga:

Ayer por la noche dejé de trabajar un rato y estuve viendo la televisión. Apenas unos minutos más tarde, ya me había llevado el portátil al sofá. Fui a buscarlo, pero juraría que de tener patas de insecto, ave o mamífero, el portátil habría venido solo. Noto que la querencia es mutua. Siento que me

busca, que se comporta como un gato empalagoso que no tolera que lo dejen solo y que, habiendo manos en la habituación, no desperdicia la oportunidad de que puedan tocarle la panza. Lo instalé conmigo entre cojines y piernas y retomé algunas tareas. Ya sabe, responder mensajes, organizar archivos, actualizar programas, leer, planificar...

En algunas ocasiones, cuando concentro días consecutivos trabajando en casa, salgo a pasear. Saturada del ver de cerca y sin sacar rendimiento a la borrosidad del lejos, suelo dedicar tiempos a oler la plaza y los caminos de alrededor. Los tostados y avainillados, cítricos y licorados aromas que salen de la confitería de la esquina me despiertan la gula infantil y el deseo de tomar azúcares sin la mala conciencia de una mujer adulta con vida sedentaria. Pero, a poco que camine calle abajo, me vienen los olores del asador de leña en tensión con los aliños de los aperitivos del bar. Casi masticando los olores, me atraganto con el inesperado humo del vecino jubilado que fuma puros en su ventana. Parece matérica. Esa pesadez olfativa guerrea con los perfumes diferenciados de cada una de las tiendas de ropa enfiladas entre soportales. Cuando llego a la avenida principal, siempre transitada por coches que aceleran para vengarse de un semáforo paciente, es como si mi cuerpo oliente se negara a seguir. Sin interés alguno por los tubos de escape, el olor deja de ser objeto de interés externo y mi cuerpo se blinda. Automatizo pasos e itinerarios para replegarme hacia mi mundo interior. Es entonces cuando las preocupaciones sobre el trabajo vuelven para quedarse, y, siendo madeja enredada, pasearlas me ayuda a desanudarlas.

Sin saberlo ellas, muchas pequeñas calles laberínticas de Sevilla y otras diversas en anchura de Madrid por las que suelo transitar están señaladas con hilos laborales que van cayendo cuando salgo a trabajar *paseando*. Como imagino que también le pasará a usted, verá sin sorpresa que hasta cuando caminamos el trabajo tiene en nuestro interior un palco preferente. Le narro esta costumbre porque a la sensación de flexibilidad y adueñamiento laboral de mi espacio en las habitaciones donde vivo, se une la apropiación de esas otras minúsculas estancias *íntimas*, entre células y fluidos, que siempre vienen conmigo, que soy yo, diría incluso, donde aprendo a vivir con el trabajo casi como una materia orgánica.

Por contraste, se me hace forzado encajar el mundo de antes (de antes de internet) en el mundo de ahora. Me refiero a la esfera laboral como contexto

diferenciado de una esfera privada, pero también de una esfera o tiempo que llamaría íntimos. Pienso en los que aún pueden experimentarlos como mundos distintos.

«Voy al trabajo» o «llego a casa» tienen la concreción de quien entra o sale de un umbral que demarca, de quien puede permitirse, al cambiar de lugar, ser *otro* porque la totalidad del escenario difiere. Y así en este trance material es probable que la máscara caiga o se transforme. Ahora no siempre sabemos, no estamos entrenados en esa transición ya no material sino solo simbólica.

Las cortinas, la tele, el sofá, los habitantes de un hogar antes eran muy distintos a los de los lugares de trabajo, por lo general masculinos y externos a una casa. No pasa ahora sin embargo con nuestros mundos si nos dedicamos a esa suerte de trabajos inmateriales que solo precisan máquina y conexión. Hace mucho que sentimos que los espacios no son formalmente tan diferentes, porque podemos trabajar en casi cualquier lugar. También porque todo espacio se convierte en *fondo* tras la concreción de la ventana de píxeles. Y está pasando también con los *tiempos*, que entre pantallas y mundos enmarcados perdemos de vista si el sol se pone o si ya ha amanecido.

Habitamos pequeños apartamentos parecidos a oficinas en el contexto urbano, u oficinas decoradas blandamente como apartamentos, relacionándonos con personas con las que trabajamos y a las que también tenemos aprecio, como una suerte de familia ligera. El rito de abrir y cerrar una puerta para cambiar de «mundo» ya no existe sino como ilusión. Es más, el ordenador como centro de operaciones suele ser el mismo aquí y allí.

Las esferas pública y privada antes delimitadas se erosionan con internet, y la frontera entre aquí y allí se borra como un rastro de arena sobre la tierra después de la lluvia. Pero en la parte más profunda de ese *aquí* palpita, o palpitaba, el corazón subjetivo de la intimidad, que es uno de los vasos de tinta al que acudimos usted y yo para mojar la pluma en estas cartas, ¿qué ocurre con ella cuando vivimos y trabajamos permanentemente conectados? ¿Acaso está cazada al vuelo del anzuelo-red y resiste la tensión herida su garganta?, ¿o tal vez navega esquiva por corrientes inaccesibles y profundas?

Hay quien sitúa la crisis del sujeto contemporáneo en la disolución de las

esferas pública e íntima y en su fusión en el mar público-privado que conformamos con nuestros dispositivos conectados. A mí me parece que hay relación y siento que algo profundo y característico de todas las culturas que conozco se pone en cuestión en este trance. Me refiero a la protección de esa esfera íntima. Verá que ahora no solo no se resguarda, sino que se incentiva su exhibición y donación online. Y aunque las aristas son diversas, hay un punto de discontinuidad cultural e histórica en este asunto.

Aquí tengo que agarrarme de nuevo, volver al consenso teórico más reciente por el que una definición aceptada de estas tres esferas que le sugiero nos ha permitido entender la vida abiertamente accesible a los demás como «vida pública», la que conformamos con las personas que vivimos como «vida privada», y la que exclusivamente nos pertenece a cada uno como «vida íntima». Desnudamente, se trata de ámbitos que nos permiten construirnos como seres sociales y como individuos con agencia, para quienes es esencial mantener el control sobre algo que solo pertenece a cada uno de nosotros. Ese tesoro íntimo verdaderamente propio.

Viene a mi mente el ilustrativo abordaje que realiza Victoria Camps[23] al señalar esta inclusión o vínculo como *repliegues*. De forma que la vida privada se presentaría como un «repliegue de la pública» y la íntima como «repliegue de la privada». Dado que estarían sometidas a fuerzas externas, Camps considera que ambas –pública y privada– serían en cierto modo *tiránicas*. La pública estaría reglada desde fuera y la privada por fuerzas externas y también internas que dominan el contexto tradicionalmente afectivo y familiar. Por el contrario, Camps define la vida íntima por «no tener reglas», es decir, por ser algo que verdaderamente nos pertenece. No hay que dar explicaciones de lo que en ella sentimos o pensamos. Es la carencia de normas lo que la singulariza.

No sorprende que la era tecnológica dibuje un pico de intensidad con nuevas formulaciones sobre la intimidad cuando ámbitos de poder y relación se están viendo transformados. Ahora los repliegues de la vida pública y privada capaces de configurar intimidad tienen lecturas ambivalentes cuando hablamos de vida conectada y de trabajo infiltrado o solapado con la vida. Y aunque las tres esferas que delimito puedan ser conceptualmente distinguibles, sus lindes en la cultura-red se ven fusionadas o trastocadas a cada rato. Cuando la confusión predomina, es la

costumbre (orientada y repetida) la que crea conducta y significado. Imagínese, el poder de internet y el poder de «estar en casa». No solo estamos normalizando compartir públicamente vivencias y emociones, intimidad, relación y reconocimiento, sino su conversión en una nueva forma de capital al usarlo como base de intercambio público. El asunto que es claramente político lo es cada vez más también económico.

Renta que cada pared se haya convertido en ventana que a nosotros nos deja ver y a otros mirar. Claro que hay grados de transparencia y hay persianas. Y claro que renta de distinta manera atendiendo a quién tiene el control de apertura de esas ventanas. Nunca la ubicación de una cerradura y picaporte fue tan importante para valorar quién se atribuye el poder de abrir y cerrar desde dentro o desde fuera.

Desde que usted está conectada sabe que casi todo *se sabe*. No es una vigilancia explícita de quien nos observa con sus prismáticos desde la ventana de enfrente, usted o yo no interesamos expresamente. Solo interesa que participe del circuito de control global, que, al compartir lo que hace, la rueda gire, deje sus rastros, exija a otros pronunciarse, y así portar el poder de subordinarnos siendo parte activa de los modos de control. Pueden cambiar grados y máquinas, pero en esencia es algo que nos resulta familiar.

Sobre este énfasis, no sorprende que muchos se blinden en la máscara percibiendo la fragilidad de andar diseccionados, con el pudor de sentir que les miran *por dentro*. Le confieso que no tengo inconveniente en que mis capas de datos formen parte de estudios científicos para el conocimiento común y la mejora del mundo, pero no firmo ni consiento que lo sean para la mejora lucrativa de unos pocos. Y este límite está interesadamente borroso.

Ante la incomodidad por sentir mi intimidad usurpada, me ha dado de lleno la manía de mirar fijamente y con altanería humana la cámara de mi ordenador. La mayor parte del tiempo es odioso este cíclope. En las pantallas se digna al menos a dibujarse como cámara-ojo que podemos tapar cuando no la usamos, colocar un papel plegado como párpado que medie y relaje el rostro trabajando, cantando, bostezando o masturbándose.

Si por lo menos quien nos mira por dentro lo hiciera con nuestro permiso consciente e íntimo y porque buscara ayudarnos en lo que nos angustia. Pero lo que nos mira no suele venir con alma. De momento, recoge y

analiza datos, los racionaliza y devuelve como información, publicidad y pronóstico de humanos a los que catalogar en comunidades diversas (de aquí o de allí, de este u otro género, a favor o en contra de esto, enfermo de X e Y, no de Z, aficionado a, usuario de...) como parte de los «grandes números». Es del todo impertinente ceder a sabernos tan previsibles y pequeños, tan parte activa en el control colectivo. ¡Qué eficacia! Primero se orienta a exponerlo todo, se archiva silenciosamente, después se genera la ilusión de olvido bajo el recordatorio de contingencia y exceso, y luego se *recupera,* pudiendo juzgar lo guardado *indefinidamente*, cuando probablemente los sujetos ya sean otros.

En mi vida cotidiana encuentro que todos los aparatos vienen conectados y que sus compuertas están abiertas por defecto, testigos de dónde estoy y de dónde he estado, de qué elijo y qué descargo, con quién hablo y por quién pregunto, frente a qué me detengo, con quién comparto conversaciones creyéndome a solas. Si siempre me pilla desprevenida y con las compuertas desactivadas es que su «por defecto» quiere normalizarse, hacerlo común en usted y en mí. Porque ¿quién lee cada uno de los rapidísimos consentimientos de donación de intimidad y datos con sus infinitas y minúsculas palabras que como un ejército de hormigas nos salen al paso y nos reclaman *aceptar*? Que yo vea poco no me hace olvidar que la mayoría son miopes, precisan aceptar como trámite imprescindible para acceder a la información que buscaban, quizá aún piensan que algo tan rutinario no tiene consecuencias relevantes y quisieran poder *confiar*.

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Aceptar los términos

Y he aquí una cuestión cardinal para la ansiedad que marca nuestras vidas-trabajo, que ante la puesta en riesgo de la intimidad en un mundo expuesto, claramente, no es igual dirigir estas fuerzas de exposición desde dentro de uno mismo, por voluntad y decisión propia, que incentivadas desde el exterior. Es decir, no es lo mismo *dar* que *tomar*, ni siquiera *dar* que *consentir*. Y esto es clave en la exteriorización de la vida íntima coincidiendo con los vigentes modos de autoexplotación. De hecho, todo apunta a que la externalización de la intimidad es un motor rentabilizado por el poder económico, azuzado por el mercado que en ella encuentra la materia prima para gestionar, predecir y condicionar a las personas desde la tecnología. Me parece que la tensión estaría entonces en esta fuerza, en diferenciar cuándo es condicionada desde fuera y cuándo es movilizada desde el interior.

Porque conscientes del valor profundo que la intimidad supone, donarla o resignarse a dejar las compuertas abiertas es aceptar un infinito poder delegado en quien controla la tecnología. Un poder sobre uno mismo y sobre la comunidad, esa que de pronto se conforma integrando los miles de datos que crean semblanzas y mapas colectivos de nuestros mundos, prácticas y enfermedades, según el estrato de profundidad que seleccione. «Ver exterior, más adentro, un poco más, ¡pero duele!, más.»

Las puntas de los dedos no saben que las subjetividades modernas se construyeron mirando a un lugar interior. Y me sorprende observarlas teclear martilleando el muro que hace de límite, como si buscaran y sucumbieran a la contemporánea exteriorización del *yo* que favorece que las

personalidades se expongan y mercantilicen. Ocurre entonces que las técnicas de introversión que antes necesitábamos para acceder al mundo interior no son tan necesarias. Con menos esfuerzo y más algoritmos, las técnicas que ahora predominan son más *estratégicas*, observan y operan con lo publicado, las huellas y lo archivado, y se mueven dirigidas desde fuera. Me digo que tenemos suerte usted y yo de resistir estas tendencias desde la autonarración creativa y política, heredera de esas otras técnicas de introspección y pausa controladas por el propio sujeto.

Tampoco hemos de pasar por alto este vínculo que nos permite hablar de «nosotras» porque junto a la crisis de la intimidad convive la dificultad de los lazos solidarios y de ciudadanía en la nueva cultura. Esto acontece cuando los sujetos se mercantilizan como productos exhibidos, más individualistas y siempre competitivos, en una esfera pública proyectada como escaparate.

Recuerde que en los dos últimos siglos se ha ido asentando una transformación que posicionaba un sujeto libre que precisaba vida pública, vida privada y vida íntima, ahora no nos sorprende, aunque sí inquieta, que la revolución digital y el marco capitalista promuevan un escenario que reduce llamativamente los dos ámbitos que más han singularizado al sujeto humanista: el *íntimo* y el *público*, estimulando una nebulosa de espacio público-privado hipervisibilizado en la red y llamativamente azuzado por el mercado.

De cómo una época gestiona, promueve o dificulta la intimidad para unos y otros se derivan diferentes mundos de vida. Diría que distintos grados y espejismos de libertad. Desde que en la Modernidad llegamos a distinguir ámbitos en función del acceso que tienen los demás a nosotros y nosotros a ellos cuando las sociedades cambian y disponemos de mayor autonomía y de *tiempo propio*, han sido numerosos los cambios. El de ahora me parece un inigualable punto de inflexión humana para pensar sobre la intimidad y la tecnología. Y creo que en su mutación descansa el corazón ansioso de las vidas-trabajo.

Me despido por hoy, con afecto, R.

III. Cartas sobre hiperproducción e impostura (ser máquina)

La ansiedad con la que produce artículos es directamente proporcional a la ansiedad con la que acumula méritos y engrosa su CV de más de quinientas páginas. Parece tenerlo todo, lo ha hecho todo, aunque solo haya pasado por encima de todo.

Notas. Cartas a Sibila

En lugar de todos los sentidos físicos y mentales, (...), ha surgido el absoluto extrañamiento de todos estos sentidos, en el sentido de tener. El ser humano tuvo que ser reducido a esta pobreza absoluta para poder ceder su riqueza interna al mundo exterior.

LAUREN BERLANT, *El optimismo cruel*

LA ACUMULACIÓN COMO MOTOR Y EL EXCESO COMO MERMA

La información es acumulativa y aditiva, mientras que la verdad es exclusiva y selectiva.

BYUNG-CHUL HAN, *En el enjambre*

Querida amiga:

Hace unos años trabajé con un estudiante que memorizaba todo cuanto leía para recitarlo después en clase. Ante cada contenido dedicaba tiempo a retenerlo y ensayarlo, lo acompañaba de documentos maravillosamente maquetados, construidos como una cuidada y limpia estructura basada casi exclusivamente en la recopilación y sumatorio de citas. Podría afirmar que el sujeto quedaba escondido, que ni rastro había de si el estudiante tenía dudas o si el asunto sinceramente le interesaba, que la máscara no dejaba ver si era humano o era máquina, si realmente lo leído y citado le había hecho pensar o preguntarse cosas. En las evaluaciones académicas que se prodigan ahora, su presentación fue tan correcta y cargada de referencias a autores, tan ajustada a los tiempos y a los criterios como vacía de titubeo y de crítica. El tribunal le otorgó la máxima calificación. Me parece un ejemplo de triunfo de modos de hacer que priman la adición y la memoria como estrategias ponderadas, allí donde el tiempo de lectura se ha convertido en tiempo de extracción de datos y donde el *parecer* importa.

En la misma clase había otro estudiante muy distinto. Todo lo que leía (y era un ávido lector) lo quería entender, lo relacionaba con su mundo y con otras lecturas, escribía y tomaba notas a cada rato. Su trabajo era casi inabarcable en comentarios propios, dibujos y cuadernos, pero a la par contenía numerosas páginas en blanco, esquemas personales, tachones, preguntas sin respuesta y un mar de dudas. Llegado el momento de presentarlo, hubo de hacer un grandísimo esfuerzo por acotarlo al pequeño número de páginas que exigían los protocolos de evaluación y no lo logró.

Aunque también tenía buena memoria, su presentación no se basaba en lo dicho por otros, sino en lo que él pensaba. Estaba además cargada de líneas de fuga y de preguntas abiertas. En su defensa, el tribunal se impacientaba, y cuanto más inseguro se sentía, más tartamudeaba y más se alargaba. De carácter nervioso, con gran dificultad lograba terminar sus frases y palabras. En este caso, el tribunal discutió sobre su demora, su divergencia y su incapacidad para resumir, aunque la mayoría de los miembros quedaron deslumbrados por la rareza de esa luz de originalidad y espíritu tan infrecuente en estos actos académicos. Sin unanimidad, el estudiante también logró buena calificación.

Bajo todo punto de vista el trabajo de ambos estudiantes era muy desigual. Mientras uno se había disfrazado de otros sin que nada de lo leído le sacara un mínimo mohín de personalidad en su pose de plástico, memorizando para probablemente al poco tiempo olvidar, otro se había enfangado en las ideas, arriesgado en sus opiniones, había reflexionado en cuerpo propio sobre las preguntas de otros; lo trabajado le había permitido pensar y crear un discurso personal y valiente cargado de interrogantes y propuestas.

Es más que posible que, con las actuales formas de contratación académica, el primero se convierta en un magnífico *hombre fotocopiado*[24] que habite en los primeros puestos de las listas de aspirantes a trabajos docentes y de investigación. Al segundo sin embargo le pondrán todo tipo de dificultades para encajar su profundo y desbordante discurso cargado de imaginación y discrepancias en un sistema que valora la concreción, el resumen, la estrategia, el cumplimiento de unas normas, el sujeto anulado en un discurso estereotipado y un relato construido sobre el hilvanado de citas y la adición de méritos. No está claro si resistirá la presión de ceñirse a las categorías predeterminadas, si perderemos a un investigador original y superlativo que aborda con libertad el pensamiento y no se deja docilizar como tantos otros.

Comparto con usted estos recuerdos porque creo que en las formas de tratar el exceso que hoy distingue la producción creativa, no es lo mismo *unir* que *integrar*. Estos estudiantes son un ejemplo. Hacer un recopilatorio de datos o información no implica entender ni problematizar, pero puede valer a quien lee superficialmente en procesos condicionados por la prisa y la precariedad. La información, si es excesiva, atrofia y dificulta el

conocimiento. Para conocer hay que saber *prescindir*. Solo en lo que integra sombras y vacío puede generarse pensamiento. Raramente puede surgir de lo abigarrado que no respira ni de la mera acumulación repetitiva. Las ideas también necesitan aire, paso atrás, rechazo. Aunque lo que se refuta venga disfrazado de oportunidad única. *Sumar* no significa *integrar*.

Reflexionando esta idea recordé cómo en una fase temprana de los dibujos infantiles, la construcción de los rostros también suele ser aditiva. Cuando un niño comienza a garabatear y con práctica llega a controlarlos buscando dibujar un ser animado. Lo primero que hace es una forma circular, a la que irá sumando sencillas formas y líneas para, con el tiempo, hacer un rostro o un cuerpo como un huevo con puntos como ojos o estructuras que parecen soles de líneas. Igual pasa con otras figuras y con todo aquello que el niño quiera incluir. Sin embargo, cuando los niños aprenden a representar no lo que tienen en su cabeza sino lo que *ven*, la integración se hace más matizada y compleja, observan más, combinan colores y elementos pasando a una fase «de contorno» que les permite enfatizar las figuras como algo completo y no como una suma de partes. Más tarde, los que no han desistido de la práctica del dibujo, siguen mirando detenidamente el mundo y aprenden a trasladar lo que ven de manera relacional, realista, expresiva e, incluso, conceptual.

Algo característico en las vidas-trabajo contemporáneas es que predomina una forma acumulativa de gestionar lo que hacemos. Se aprecia claramente en redes y biografías profesionales y académicas. En ambos casos vamos sumando ítems, ampliando y llenando. Pero, retomando esta analogía de los dibujos, me pregunto hasta qué punto son consecuencia de un contexto que lo promueve buscando cantidad y operacionalizar datos, o más fruto de un *proces*o donde estamos aprendiendo a manejarnos entre lo que nos desborda. Es decir, una fase que precede a la conciencia sobre las consecuencias de las dinámicas acumulativas cuando la formación y los trabajos creativos parecían democratizarse y la meritocracia atrapada por la informática se nos quedó en *numérica*. Yo misma y tantos currículums como libros que debería haber dejado en una página y que sueño con quemar.

En todo caso, cuidado, no cabría confundir los repositorios aditivos y estructurados dominados por las lógicas racionales que predominan ahora, con el afán que palpita en los «cajones de sastre» o en los trasteros, donde

la acumulación sin criterio aparente permite la libertad de relacionar y narrar posteriormente desde categorías propias. En el primer caso las categorías vienen ya predeterminadas por otros y en el segundo la acumulación es fermento e inspiración de combinaciones posibles, normalmente poéticas o vivenciales y siempre subjetivas.

El ejemplo de los primeros trabajos de escritura de investigación sería también interesante si los valoramos como fase donde recopilamos ideas, que a fuerza de ser trabajadas se convertirán en texto integrado capaz de narrarlas y hacerlas conversar, sin limitarse a un mero sumatorio. En este sentido tendrían cosas en común con el «cajón de sastre». Comparto con usted estos pensamientos para diferenciar prácticas aditivas donde el sujeto está presente en la estructura y planificación y que, a su vez, pueden ser parte de un proceso, respecto a la predeterminación que hoy encontramos en las lógicas algorítmicas. No quiero sin embargo negar la capacidad de apropiación y cambio personal y colectivo, incluso cuando actúa (y predomina) una intencionalidad mercantilista de acción global como la del complejo escenario de un mundo digitalizado y conectado. No hay transformación que no venga antecedida de crítica y señalamiento.

Cierta inercia, o quizá más una pereza de bostezo, a la hora de realizar tareas ahora automatizadas me hace sentirme aludida, y me lleva a repasar qué consecuencias tiene el afán acumulativo bajo la primacía de las lógicas aditivas.[25] Una de ellas sería que este predominio nos lleva a delegar en la máquina para realizar procesos que antes hacíamos nosotros, limitando muchos de nuestros entrenamientos cognitivos y transformándonos a ese nivel. Otra, que esa deriva nos lleva a prescindir de la negatividad necesaria para entender lo que hacemos, para integrarlo y narrarlo incluso. Ya sabe, esa manera que usted y yo practicamos para comunicar, para afrontar el conflicto y para conocernos. Porque los procesos de integración, a diferencia, de los aditivos, siempre requieren una apropiación subjetiva, una puesta entre signos de interrogación, la exclusión y la definición de sombras.

Con afecto, R.

PRESIONES Y DISFRUTE DEL NO PARAR

La verdadera experiencia adictiva siempre es solitaria.

SUSAN SONTAG,
«Sobre Walter Benjamin»,
Bajo el signo de Saturno

Querida amiga:

La situación es compleja y los juegos de fuerzas están entreverados de presiones, pero también de disfrute. En el trabajo frente a la pantalla hay además un claro componente adictivo donde desmesura y dependencia se acaloran mutuamente.

Pienso en ello cuando uno de mis sobrinos me pregunta por qué lo primero que suelo hacer por las mañanas es encender el ordenador. Le digo que siempre hay trabajo pendiente, que es algo que «no se acaba». Él me mira altivo, imagino que pensando en la estupidez que supone *trabajar* cuando uno podría dedicarse a *jugar*, pero sin advertir que su enganche es similar al mío y que si le dejaran solo en casa andaría todo el día con el *Minecraft*. Es muy probable que él y yo diferenciemos más de la cuenta dos prácticas que en la pantalla tienen muchas similitudes, *trabajar* y *juga*r. Ambas producen placer y tensión al mismo tiempo y desde fuera se nos ve igualmente absortos en una pantalla.

Vuelvo después a mis palabras y pienso en por qué lo presento, o lo vivo, como una condena que advierto perpetua, puesto que «no se acabará nunca». Pero también en por qué resalto la obligatoriedad que siento frente al placer que me genera. No siempre, pero sí en muchos casos. Usted me entenderá. Cuando crecemos, aprendemos a avergonzarnos al reconocer que nos abandonamos al disfrute de una práctica y enfatizamos que «debemos hacerlo» –porque es trabajocuando también «queremos hacerlo» –porque nos proporciona placer y sentido–, como si esto último fuera más difícil de explicar y menos justificable para el contexto.

En nuestra cultura el tiempo de trabajo *sufrido* no será mal recibido, pero muchos entornarán los ojos condenando que podamos disfrutar trabajando. Enraizamos la cultura del sacrificio y la culpa, del deber cumplido como algo sumiso, evitando mostrar el deseo por miedo a que sea penalizado.

Porque el mundo tolera que trabajemos todo el tiempo, pero no que juguemos todo el rato.

Vuelvo a detenerme en usted y en mí. Me digo que, en líneas generales, «mi trabajo me gusta» (o gran parte de él me gusta), y tanto me provoca ansiedad cuando se me desborda como me enamora cuando le dedico concentración y tiempo. Puestos a comparar, juegos y trabajos creativos contemporáneos suelen estar mediados por máquinas y tengo la sensación de que ninguno se termina fácilmente. En ambos casos siguen con actualizaciones y demandas que convierten su ejercicio en comas o paréntesis, o a lo sumo un punto y seguido, haciéndonos olvidar si, acaso, podríamos cambiar sus reglas, demasiado concentrados en seguir «hacia delante».

Puede que lo que agote sea esa sensación dificultada de celebrar un cierre que apenas dura, porque el trabajo fluye y se renueva, rara vez termina. No hay final, el trabajo, como el juego, es hoy una práctica que genera nuevas tareas y dependencias, requiere estar a la última, está excedido, se multiplica cuando se realiza, no se termina como una bolsa de arroz, brota como una fuente.

La imagino trabajando, sus máquinas están cerca, revisa correo a cada rato, satisfecha y preocupada por una entrega, olvida por unos instantes que cada cosa que realiza genera una respuesta electrónica: la entrega de un texto, su corrección; el trabajo, su gestión; la administración, sus burocracias; la difusión, las respuestas; las respuestas, su evaluación; la publicación, nuevas demandas; las clases, sus correspondientes consultas; la investigación, sus informes. El trabajo se encadena y la tecnología tanto optimiza y posibilita lo antes insólito como multiplica las respuestas, acumulándolas.

Cierto que, mientras los clásicos trabajos administrativos permiten concretarse ajustados a un horario, y hasta hace poco a un lugar, para después volver a casa o terminar una jornada y descansar de ellos, van camino de ser gestionados por la tecnología. Sin embargo, los trabajos creativos, aunque no parecen expuestos al riesgo cercano de sustitución tecnológica, sí lo están al riesgo de desbordarnos en tiempos y espacios que ya lo son de vida-trabajo. Esto acontece desde la gestión del trabajo desde la máquina y de *uno mismo* en la máquina.

Fíjese en la demandante *autogestión del yo* que va acompañada de un

aumento de la producción derivado de la conversión de cada sujeto en empresa de sí mismo, presentando los trabajos como inversiones en visibilidad y posicionamiento en una creciente cultura del «bolo» normalizada en el trabajo creativo. Raramente uno logra distanciarse de aquello que le interpela públicamente llamándole por su propio nombre, anudándole un lazo que con cada gesto y pronunciamiento le hace visible como protagonista de su propia película o videojuego. Aunque solo uno mismo esté atento a su propia película o videojuego.

No olvido sin embargo que hay un punto en todo esto en el que el sujeto se siente superado, y no es un punto claro. Frente a la mayor estabilidad y permanencia que generarían los trabajos fijos y los grandes proyectos, los más habituales y pequeños en que se fragmentan las prácticas creativas contemporáneas favorecen la angustia y la sobreexposición. En conjunto, la suma de actividades que se sienten obligatorias desplaza y comprime el placer a mínimos momentos. Y le diré, en voz baja para que esté prevenida, que cuando esta presión se mueve por el cuerpo parece detenerse en el estómago y en la garganta. Es como una cadencia y usted lo llama ansiedad.

Siendo el «no parar» motivación de bloqueos y desasosiego de muchos trabajadores creativos, a ellos pueden sumarse como síntoma de desajuste de época que su trabajo sea infravalorado como no-empleo o desdibujado con pagos exclusivamente simbólicos. Pienso en actrices contratadas con rigurosa exigencia para una *performance* que decía estar pagada con experiencia y certificado, en bailarines requeridos como «voluntarios» para un acto cultural y deportivo donde los futbolistas cobraban pero no ellos. Debían ser cuerpos muy distintos, de oro y de barro, movimientos más distinguidos, entrenamientos diferentes los que sostienen a un deportista de bronce y una bailarina de tierra. Mundos pagados por la demanda y el callar la boca a quien cuestione la ley de las audiencias, la ley del fútbol.

Recuerdo sus palabras cuando usted me contaba que la invitaron a un seminario organizado para la fecha X en la ciudad Y, que le pidieron una conferencia que grabarían en vídeo y publicarían en internet, que querían también publicar su charla y que, para ello, le pedían el texto revisado y adaptado a las normas de la revista Z. Y que ya que estaba, podía dar una clase a los estudiantes. Por supuesto, decían, que si usted les presentaba los recibos, ellos le abonarían los gastos de billetes y alojamiento y harían difusión de su último proyecto. En ningún momento plantearon que el

trabajo creativo era algo que debía ser pagado. Porque frente a la opción del rechazo, solo le quedaba alguna de estas otras opciones:

> Opción 1. Usted prepara una conferencia ex profeso, material para el encuentro con estudiantes. Inversión de tiempo en conferencia específica (documentación, preparación, documento visual y ensayo): 20 horas.
>
> Opción 2: Usted adapta una conferencia ya impartida, prepara el material para estudiantes y ensaya. Inversión de tiempo en conferencia adaptada (edición y ensayo): 6 horas.
>
> En ambos casos: adaptación de conferencia a artículo (5 horas), viaje y estancia (48 horas), gestiones para cobrar el dinero adelantado para viaje y estancia, sellar documentos en banco, enviar recibos y mensajes (4 horas). Ganancias según opción 1 u opción 2: «menos 77» o «menos 63» horas invertidas; tiempo de espera para recuperar los 190 euros invertidos en viaje y hotel: 45 días. Gastos adelantados y no recuperados en viaje y alojamiento, menos 48 euros en dietas y taxis; honorarios cero; capital simbólico materializado en visibilidad: probablemente neutra, o en función del día y la ansiedad, negativa.
>
> Riesgos: usted no solo termina más pobre, y más cansada, alimentando un mar de actividades precarias como sucedáneos de temas por los que pasa superficialmente. Es muy probable que, si usted misma no se ocupa de la difusión, apenas asista público y se vea prácticamente sola en la sala. Y que ante la angustia que le produce la situación se ponga nerviosa, que la conferencia sea mediocre o un desastre, que quede grabada en vídeo y, como quienes la contratan ya no estarán en unos meses, aunque no haya dado consentimiento para subirla a la red, alguien la incluya en un proyecto de digitalización de archivos y la comparta más adelante. También puede ser que alguno de los asistentes haya grabado varios fragmentos y los publique descontextualizados. Lo que se supone era una colaboración e inversión de la que se desprendía un capital simbólico, solo logra mermar su autoestima y socavar su imagen pública.

La entiendo. Muchos hemos sentido la mirada condescendiente de los asistentes a una charla cuando la intervención ha sido un naufragio, cuando en los primeros minutos alguien se ha levantado para marcharse y usted y su voz se han reducido a un tercio de humano; o cuando los estudiantes del fondo se hacen fuertes subiendo su murmullo hasta torpedear el sentido de lo que se está diciendo, y perderlo, convirtiéndose en diana; el vacío enorme de ir finalizando y bloquearse mientras habla y no poder cerrar, y entrar en bucle y verse a sí misma con el tamaño de un guisante bajo una bota, preguntándose por qué acepta exponerse tanto, maldiciendo esa sábana.

Para quienes lo sienten, este malestar del alma en el cuerpo supera el de una herida física o el de una enfermedad. No hay empequeñecer tan profundo. Como tampoco hay contradicción mayor que bajo un impulso de obligación y agrado usted siga aceptando todo lo que le llega,

resguardándose en el miedo a quedarse sin nada y en un optar por andar siempre ocupada.

En los tiempos de crisis predomina la «cancelación» presencial, el riesgo no es solo la intemperie para muchos trabajadores creativos, sino la minusvaloración de su hacer, que en épocas de escasez es demandado como colaboración gratuita o solidaridad falseada para llenar audiencias online. Como si hubiera miedo al silencio. Y ocurre que bajo esas presiones, las obras corren el riesgo de volverse livianas, pastiche y ruido. Claramente, no solo los trabajadores, sino que también la producción se hace precaria. Es una lógica que se repite y extiende en cada parcela laboral y cotidiana expuesta a la producción acelerada y masiva, a la difusión de sucedáneos y copias. Quizá el ejemplo de la *fast fashion* resulte aquí ilustrativo, siendo de la misma familia. La producción y venta urgida de prendas de ropa casi de usar y tirar, fabricada *allí* donde los umbrales de sueldo y derechos se alejan de los estándares que exigimos *aquí*, escenifica esta cultura de la apariencia también en la producción cultural, cuando se sostiene en la precariedad, la ansiedad y la contingencia como lenguajes afectivos de la economía y de los trabajadores contemporáneos.

Con afecto, R.

LA LIBERTAD DE ELEGIR (A O B)

No conozco ninguna tecnología que haya radicalizado de manera tan extrema el concepto del yo como «elector».

EVA ILLOUZ, *Intimidades congeladas*

Querida amiga:

Mi vida no es pobre ni mezquina, mi vida es. Pero mi vida no es libre como dicen. Por mucho que para *acceder* me permitan elegir el camino verde o el púrpura, no me permiten obviarlos o ampliarlos para entrar, ¿no podrían al menos dejarme justificar mis categorías en lugar de vestirme de una u otra casilla? ¿No podrían acogerme sin sentenciarme? Se les ve por dentro.

Se me agolpa la respiración en las teclas porque quisiera narrar o

explicar, o simplemente avanzar donde me reclaman posicionarme y elegir, creer que el juego es abierto cuando no lo es. La vida se protocoliza y a cada paso le sigue la verificación con un número o una casilla. Cada proceso implica una opción a señalar determinando el trayecto y el destino. Por lo general, a los sujetos les recuerdan a menudo que son hermosamente *libres* para elegir, pero que se atengan a un mundo partido en dos, A o B, sí o no, a favor o en contra. Después, gran parte de sus tareas y con seguridad de sus elecciones estarán condicionadas por alguno de estos predeterminados caminos. Como si el mero hecho de optar incluso insulsamente ya les condicionara y *convirtiera*. La implicación desde muy temprano en una opción acotada les hace olvidar si pueden o no aceptar esta clasificación del mundo, si acaso la comparten.

Porque hay formas presentadas como libertad (el neoliberalismo sabe) que funcionan como eficaces mecanismos de control. Solo hay que dibujar los rieles de la vía y limitar los deseos a sus bifurcaciones, nunca al paisaje exterior. El tren va demasiado rápido y saltar no parece una opción viable. Disfrazados de elecciones los caminos suelen estar encauzados. Seguramente en algún momento las habrá «aceptado» sin leerlas.

Puede pasar que ante el exceso inabarcable que el mundo digital genera, las alternativas que la máquina le ofrece sean algo que muchas personas agradecen. Que la interpretación, clasificación y resumen sugeridos por la máquina sean bienvenidos porque andamos sin tiempo. A usted y a mí nos gustaría confiar en ella y en quienes la controlan y programan, pero esto sería así y sería justo si la programación digital del mundo (en sus estructuras, políticas y negocios) viniera acompañada de una ética sobre su *hacer,* de una gestión democrática y política no regida por el mercado, de una subordinación a derechos humanos globales, de una autocrítica sobre su poder homogéneo. Por mucho que la apariencia inocua de una aplicación nos haga presuponer neutralidad, en esas lentes para ver el mundo que aparentan ser espacio público se enfocan y asientan categorías que benefician a quienes las pagan, su mantenimiento, su poder, su invisibilidad, su normalización de la desigualdad que les patrocina.

Pienso en un sujeto frente a una superficie donde siente que puede verlo todo, acostumbrado hasta el punto de inmunizarse ante un mundo sin secretos, en el niño que cumple sus deseos a golpe de regalo, en quien cada pregunta le es respondida en milésimas de segundo por la máquina. Y esta

sensación de indiferencia normalizada me parece clave para las estrategias de las que hoy se valen quienes buscan facilitar las elecciones de forma maniquea, simplificando, pasando por alto la facilidad con que nos llegan cosas con apariencia real, noticias falsas o manipuladas que no podemos o no solemos comprobar, y opciones que ilusoriamente nos hacen sentir libres cuando vivimos como una *obligación* responder a los posicionamientos de algún otro, *legitimándolo*.

Pareciera cínico hablar de libertad de elección cuando en estas formas se hilan las más claras estrategias de control. Ahora es también el mundo de las cosas conectadas y sus aplicaciones el que se alía para hacer seguimiento a la par que orientan los caminos. En no pocos casos se alienta la impostura de quien busca ir encajando en las opciones prediseñadas para poder seguir avanzando en proyectos de vida (estudiar, trabajar, conocer, seguir...). En esos casos el *dos* se multiplica y pareciera que la cosa se hace más abierta, pero ¿no será que todo reparto no presentado como *convenido* termina por limitarnos en sus posibilidades de reconfiguración y *liminalidad*? Porque ¿no cree que la actual estructura algorítmica de las más comunes formas de inteligencia artificial parece un hábitat colonizado para endurecer los límites fluidos de la vida y el saber bajo estructuras de racionalidad excluyente?

Con afecto, R.

LA HUMANIDAD «ENTRE LA CARNE Y LAS MATEMÁTICAS»[26]

Una mera cosa, una piedra, no tiene en sí ninguna luz.

MARTIN HEIDEGGER,
Prolegómenos para una historia
del concepto de tiempo

Querida amiga:

La escritura no puede ser como esa piedra, un humano no puede ser como esa piedra. De sonar, la escritura interior sonaría orgánica, como esas ramas por las que se enfilan hormigas, como la uretra por la que pasa la orina cuando fluye tras la espera. Hay que tener paciencia con ese silencio o

con el martilleo de lo que reiteramos obsesivamente. Al menos, así me suena y me brilla a mí cuando antes de teclear, bajados los párpados, escribo mentalmente. A veces (es difícil, pero a veces) de nuestra carne salen palabras que punzan o preguntas como árboles agarrados al precipicio, nada que ver con la planicie con que todavía me contesta la máquina.

En ocasiones me cuesta resistir lo automático del gesto, cuando, tras las primeras letras escritas, la máquina busca terminar un adjetivo con el «adjetivo» que presupone y propone el correspondiente algoritmo. La autocorrección se sostiene en lo más veces escrito convertido en regla o sugerencia. Resisto. No traduzco las probabilidades cuando tecleo, pero sé que las matemáticas viven derramadas en mis rutinas. Pienso que si no sucumbo mansamente a ellas como a un dios que me predetermina, me ayudarán a vivir, a escribir, a aprender, a anticipar reflexivamente.

Cuando lo que nos hace ser sujetos complejos sea deducido, exportado y configurado en otros seres o máquinas, la vida humana cambiará radicalmente. Está cambiando ya, pero mientras escribo, la inteligencia artificial no es capaz de diferenciar que lo que mi teléfono inteligente etiqueta como «un día maravilloso» fue un día horrible con fotos posadas, o que ese «pequeño adorable» es una mujer de pelo corto, pequeña estatura y casi cincuenta años.

¿Se ha fijado que ya apenas memorizamos? El archivo es de momento la mejor ayuda que nos proporciona la tecnología cotidiana de nuestros ordenadores y teléfonos. Éric Sadin[27] se refiere a ellos como agentes informáticos empáticos y eficaces, advirtiendo del asentamiento en sus formas de control y administración tecnológica de la vida. A mí me parece que todo lo que se normaliza, en algún momento actúa suavemente y sin apenas ruido. Así la tecnología favorece una tranquila y más controlada convivencia desprovista de negatividad, haciéndonos delegar en ella en su respuesta rápida y estructurada, mermando nuestra implicación y capacidad de juicio.

Sabemos que ciencia y ficción, juntas y por separado, especulan sobre cómo y cuándo nuestro universo podrá ser traducido a número y algoritmo. El incentivo es lograrlo y en gran medida esto moviliza a la inteligencia artificial. Transgredir los límites ayuda a que las máquinas puedan ir ocupándose de tareas más complejas. Pero conforme la tecnología se hace

más sofisticada, muchos nos preguntamos hasta qué punto el sujeto moderno y humanista dibujado como ser libre, responsable y consciente de sus actos puede verse tambaleado. Preocupa que las herramientas que le permiten serlo (el pensamiento y la deliberación, comprometerse con lo que decide, la solidaridad o la conciencia) sean delegadas en estadística y matemática, en tanto facilitan operacionalizar la gestión personal y colectiva. Late el desafío de cuidar la parte íntima del sujeto en cuanto inviolable, nuestra autonomía de pensamiento. Toca escuchar el malestar de la escritura como alma de carne ante quienes naturalizan la sumisión como ventaja.

La tecnología aporta y la tecnología se apropia. Miremos a nuestro alrededor. Hace tiempo que empezó, pero en el futuro cercano la mayoría de los artefactos cotidianos bajo apariencia empática y amable estarán conectados. Lavadora, maleta, frigorífico, espejo, ducha, audífono, lentillas... No quisiera simplificar el asunto enfatizando su riesgo, pues claramente esa tecnología que le menciono nos facilita la vida. Pero todo apunta a que lo hace al tiempo que, cada vez más, proporcionarán un trasvase entre el sujeto y las matemáticas, información en tiempo real de un estado de relación integral de las personas con sus contextos, máquinas y hábitos. Pienso en mis audífonos próximamente conectados a determinadas máquinas sonoras de la casa que han desaparecido de mi rutina, y sonrío agradecida de poder comunicarme con aparatos que pueden proporcionarme señales que necesito. Pero me pregunto si, deslumbrada por el servicio prestado, pasaré por alto su infiltración y apropiación de costumbres e itinerarios, si en su necesidad de conexión periódica no camuflará bajo la apariencia de actualización y mantenimiento la transferencia de fragmentos de vida que me pertenecen. De ser así, qué caros mis audífonos y mis futuros electrodomésticos inteligentes, y qué barata yo.

Bajo una primera impresión parece que lo que las aplicaciones ensayan es solamente el bombardeo de ofertas publicitarias, de promociones y servicios personalizados por lo general molestos. Pero los datos nos anticipan, dirigen y dicen optimizar nuestras acciones, satisfaciendo necesidades que antes no existían, contribuyendo a predecir y a orientar. Es la nueva cultura que configura estratos invisibles y cotidianos de nuestras vidas-trabajo con la tecnología.

Y observe que ahí estamos nosotras, molestas y a ratos apasionadas. ¿No

cree usted que el malestar que nos perturba puede ser algo positivo si logra distorsionar la armonía deshumanizadora cuando se delega en la tecnología por defecto? Cuando la tecnología esquiva el conflicto y entorpece la facultad de juicio y la decisión propia, la convierte en mera elección mercantil derivada de la exposición de productos u opciones precatalogadas.

Inquieta que en estos asuntos se esté gestando algo más que un cambio económico, algo que siendo cambio cultural, está haciendo presupuesta la mercantilización absoluta de la vida. Y que, mientras el capitalismo en sus versiones más contemporáneas ofrece a los trabajadores creativos, emprendedores itinerantes y visionarios bondades igualitarias para conectarse y expandirse, esconde bajo esas posibilidades de conexión un intercambio asimétrico, las raíces de un poder global vestido de inocuo dedo pulgar alzado.

Pero también junto a la progresiva normalización de la donación implícita y gestión de datos no regulada por la política y regalada a las empresas digitales, algo paralelo acontece y perturba. Me refiero a cómo seremos capaces de enfrentar la indiferencia derivada de la visión estratégica que aquí predomina, al acomodarnos a que la tecnología decida por nosotros, presuponiendo que solo nos queda ceder, aceptar y beneficiarnos egoístamente en lo que podamos. El extrañamiento puede acontecer cuando de pronto el sujeto se ve señalado desde las categorías que las tecnologías deducen de sus derivas y huellas. Porque en su habitar la red el sujeto también se despliega explícita e implícitamente a partir de indicadores como gustos, opiniones, búsquedas, trabajos, consumo y perfiles. Encontramos ejemplos frecuentes en los lugares donde trabajamos, allí donde compramos, en los lugares donde buscamos amor y amistad, en los que visualizamos vídeos... En todos ellos nos prescriben atendiendo a nuestro perfil registrado, a las primeras cosas que hemos visto, buscado o comprado, pero también atendiendo a lo que quienes programan presuponen. Cabe sospechar de la retroalimentación de este funcionamiento, limitando la capacidad innovadora del sujeto, la posibilidad de dejar de ser previsible.

Porque la clasificación deducida de la máquina no es solo un *pasado* («estuve aquí»), sino que también condiciona un futuro («dado que estuviste aquí, volverás»). Y aunque las categorías son importantes para el

conocimiento y la vida, son sospechosas si los criterios siempre los marca el mercado. Las categorías desgranan y conforman los perfiles de quien es definido como consumidor o trabajador previsible. Y en el proceso de conversión del sujeto en datos acontece necesariamente eso que Eva Illouz denomina una «textualización de la subjetividad»,[28] apoyada en los algoritmos que estructuran las aplicaciones. Una textualización que operacionaliza a los sujetos en el alocado bombardeo mercantil donde se es tanto trabajador-usuario como objeto de transacción, al mismo tiempo.

Ninguna de nosotras pasaría por alto que no hay imparcialidad en la lógica algorítmica contemporánea y que las formas de orientar, pensar, planificar y presuponer los comportamientos tienen aún profundos sesgos. Si usted pudiera asomarse a los lugares de programación e ideación tecnológica como las tecnologías se asoman a nuestras habitaciones, tendría una primera semblanza con la escasa diversidad de quienes crean, programan e idean tecnología. Que en su mayoría sean hombres jóvenes de lugares muy localizados del mundo rico, empobrece la proyección matemática de los mundos en ciernes, y desequilibra el poder global hacia el mismo lado de siempre. Porque pasa, además, que si la ideación es homogénea en sus perfiles, también lo es en los perfiles de mujeres pobres que trabajan en el montaje, fabricación y ensamblaje tecnológico, tan localizado en países del Sudeste Asiático y Centroamérica.

No cabe acostumbrarse a la presuposición de neutralidad o a una indiferencia desapasionada a cambio de las ventajas que la tecnología proporciona. También aquí, o quizá aquí más que en otros lugares, el «bio-poder»[29] adquiere nuevos grados de complejidad en la influencia que el control algorítmico, estadístico y psicológico tiene como forma de autovigilancia. Incluso en sus fórmulas más eficaces de autocontrol y autoexplotación, los sujetos conocedores de la estrategia se valen de ella para lograr lo que quieren, pero como contrapartida dan por hecho que deben ceder y delegar en cada nueva tecnología, volviéndose más indiferentes, menos solidarios.

Con afecto, R.

Delegando en la máquina o el desamor de la indiferencia

Querida amiga:

Un algoritmo no ama, pero tampoco nosotros de vuelta de un mundo saturado. Porque ¿y si la angustia contemporánea se instala como parálisis desapasionada y no como golpe en el corazón? También la indiferencia es una forma de desamor. Como cuando el amante 1 escribe al amante 2 y no recibe respuesta. Y 2 desearía mover telepáticamente sus manos o su boca para que 1 escriba lo que podría despertarle del letargo, pero nada logra y la indiferencia se instala. Los mensajes tardan en llegar hasta que un día desaparecen. Y quizá recuerden cuando los silencios entre las conversaciones apasionadas eran capaces de contenerlo todo, de que las teclas mojaran los dedos sin que mediara saliva o agua.

Ahora hasta la carne busca parecerse a la imagen a través del algoritmo. Pero ya difícilmente nos sorprendemos. Los sujetos con carne y píxeles se han hecho más *estratégicos*. Conocemos muchos de los trucos, como el estudiante repetidor conoce la broma del profesor en el mismo punto y en el mismo tema. En la relación online todo nos resulta familiar, pero también el exceso de contenido nos ha acostumbrado a verlo todo, como sin párpados, a no inmutarnos. Ha sido tanto y en tan poco tiempo que el atracón de mundo digital difícilmente nos afecta ya. Indiferentes e instruidos, dominamos la estrategia digital orgullosos de nuestra destreza en el medio y de nuestra dureza frente a lo que vemos.

Me detengo un instante para apreciar que en la recopilación y uso de datos masivos algo me recuerda cómo en la historia de la antropología, narrando lo acontecido a finales del XIX en el estudio de los pueblos no occidentales, empezaban a dibujarse líneas de investigación diferenciadas y anticipatorias de las ciencias sociales del siglo XX. Mientras una de ellas optaba por primar la masiva recopilación y análisis de registros procedente de una gran cantidad de sujetos informantes de distintas comunidades, otra apostaba por la descripción *profunda* y singularizada de un pequeño número de sujetos de una misma comunidad. Ambas líneas de investigación estudiaban grupos humanos desde metodologías muy diferentes, pero la sociología pronto encontró un encaje idóneo con las sociedades globalizadas apoyándose en la estadística y en la informática. Así, esa clave que permite diferenciar una clara escisión entre los estudios de la sociología y la antropología engarzó nítidamente con el auge de la estadística como

ciencia y con la línea hegemónica de investigación social apoyada en *big data* que prima en la actualidad.

En aquel caso la contrapartida suponía sacrificar el matiz, la subjetividad y el contexto de un estudio en profundidad buscando compensar con una cantidad elevada de registros, capaces de suavizar las disonancias y de facilitar una más funcional gestión numérica. Como valor añadido, esta metodología era más productiva para las comunidades más numerosas y crecientes del siglo XX, que han derivado en la *global* conectada de ahora. En esta operacionalización, por muy sofisticadas que sean las formas actuales y por venir, hay mucho en juego. Y en su científica (sin dejar de parecer mágica) predictibilidad radica poder y tristeza, filosofía y matemática, ser inevitable estadística y sentirnos inevitable y necesaria subjetividad.

Hace tiempo que la tecnología ayuda al gobierno masivo, veloz y matemático de las personas. Le propongo que nos detengamos a observar que también la velocidad productiva se mantiene en ella. Porque no olvido que nuestro asunto primero se pregunta por las vidas convertidas en trabajo, por la angustia autoexplotadora como base que precariza y resigna en el bucle a los trabajadores, pero también por las formas de enfrentar lo que hacemos con esperanza. Sin embargo, se me hace que solo alejándonos podemos facilitar un ver en contexto sin pasar por alto las formas calladas en que el poder de digitalización nos afecta, no solo en el mundo al que accedemos a través de la red, sino en nuestra propia inclusión como registros en dicho mundo.

Usted compartió conmigo alguna experiencia al respecto. Llegamos a comentar cómo en la vida registrada en la red la ordenación temporal se desvanece y a golpe de vista y de búsqueda todo se hace sincrónico. Sus éxitos, sus fracasos, sus fiestas, hasta su muerte pueden coincidir sin orden temporal en sus primeros registros. La ansiedad del trabajador está también movilizada por la necesidad de aprender a vivir al lado de sí mismo, junto a sus registros y representaciones. Porque ahora la de muchos trabajadores sería una vida *precaria,* pero con una ansiedad de *famoso*, expuestos y autocontrolados en el escaparate digital. Como respuesta, las estrategias de supervivencia a las que empuja el medio estimulan el parapeto y la máscara. Más allá, donde empieza la carne, se naturalizan los ansiolíticos. ¿No es este el vínculo que enhebra ansiedad con indiferencia?

Con afecto, R.

LA IMPOSTURA NO TIENE INTERIORIDAD

Sin *interior* no hay corazón que palpite, ni estómago que duela.

LAURA BEY,
Mi vida en la segunda IP

Querida amiga:

Nos secaríamos. Un trabajo líquido y un interior seco. Si sucumbiéramos sin resistencia a la indiferencia ante lo que hacemos cuando nuestras vidas-trabajo desplazan lo que en algún momento nos interesaba sinceramente, excluyéndolo de las tareas cotidianas, siendo lo común *hacer, aceptar, acumular, seguir*... La desafección con los trabajos alienantes nos hace sentir más robots que las máquinas con las que trabajamos. Pero también influye la impotencia ante la visualización de un mundo sobre el que sentimos no poder intervenir o cuyas injusticias se nos hacen tristemente *normales*, inmunizados ante el dolor de los otros cuando la justicia es poco visible. Y lo es, entre otras cosas, porque se le presupone menos audiencia, no comparable a la del escándalo, el insulto o la voz más alta.

Con ese temor intento recuperar sensaciones amenazadas por mi forma de vida. Lo hago con pequeñas cosas que con seguridad le parecerán insignificantes, desde oliendo las calles en un paseo, sentada en una cornisa mirando un árbol, o leyendo poesía en el autobús que va a mi pueblo. Hace años que no organizo huelgas estudiantiles, ni por las tardes acompaño a ancianos que están solos en sus casas, tampoco recojo firmas para una mejora social. Mi aportación explícita ahora es miserablemente pequeña en comparación con la de una activista, un médico o una ingeniera, que inventan o salvan. Y le confieso que no hay cosa que me aterrorice más que llegue un momento en que, parapetada ante lo que hago y lo que veo, no sienta nada; que una piel de piedra me contenga y avance hasta el interior, endureciéndose en los intentos por controlarla, como un orgasmo bloqueado. ¿Podría tener lista la descripción del dolor de los otros como la

del dolor propio, la pelea a golpes de mi padre, la piedra con la que un niño aplastó unas crías de gato, la muerte de mi hermana, los suicidios en los días de calor, la ambivalencia del crepúsculo, el roce con el cuerpo de aquel amigo, el bello precipicio, la escritura derrotando los estultos mediodías de verano? ¿Acaso podría ponerlos sobre mi pecho y presionar eléctricamente para impedir que el alma se endurezca detrás de la blandura de mi carne?

Quizá nos escondimos demasiado, tanto como para que la coraza se apropiara de nosotros. Y cuando esto pasa el sujeto esconde su pasión, se vuelve estratégico y se limita a buscar «lo suyo», prefiere no pensar demasiado ni meterse en líos, centrarse en los trabajos líquidos que se funden con la vida y evitar el riesgo de afrontar contradicciones. Aunque seguramente muchos crean que todo aquello que les movilizaba en su vida sigue guardado en la parte viva, protegido de su práctica ordinaria, de las bases de datos, de los robots que les medían, de las aplicaciones que les localizan, de sus rutinas temporales renovadas cada día. Quizá por eso no tengan lástima de sí mismos ni sientan la pérdida, porque consideran que en cualquier momento pueden recuperarlo. Sin embargo, no está claro que ese proceso sea *reversible*.

En esta inercia que le esbozo habita el embrión de un *sujeto desapasionado* que cuando nace o muta, orienta su energía a crear apariencia de verdad, a escribir informes con lo que se supone debiera estar haciendo, a *traducir* el trabajo esencial fagocitado por la gestión y las tareas más vigiladas por quienes le pagan y las aplicaciones que le controlan, a no parar. En su mutación sueña ese sujeto desapasionado que algún día podrá descansar de su rutina hipnótica, liberarse de los trabajos burocráticos y de autogestión, de la impostura del entusiasmo fingido. No puede sospechar que, al llegar ese día, esclerotizada el alma, tal vez ya no sienta nada, que la vuelta sea tan amarga que llegue a dudar si está despierto o si está vivo. Como si los años encajando comienzos y colaboraciones, conceptos en casillas, viajes y vidas nómadas, hubieran matado una parte de su vida interior, justo la que le ayudaba a emocionarse con un poema o a obsesionarse con una idea. Qué pérdida que esa parte haya muerto o enfermado. Quizá se le ha blindado o simplemente ya no está. Si eso ocurre, las cosas le resbalarán con la desafección con que nos acompañan las tragedias televisadas de los otros mientras cenamos sin pestañear.

Y, como si el adolescente que le vivía dentro con su nobleza y energía

envueltas en papel de plata estuviera amordazado, no se sorprenderá si ni una gota sale de su cuerpo como de plástico, ni sudor, ni lágrima. Inmunizado y curtido en el desapego, nada diferencia al sujeto desapasionado de un artefacto no humano. Se equivocaban quienes advertían del riesgo de que los robots se convirtieran en humanos, cuando los humanos ya iban tan adelantados en esto de ser «como máquinas».

Verificando no ser un robot, R.

La sonrisa congelada y el sujeto desapasionado

Querida amiga:

Cuando un fingidor se convierte en un sujeto desapasionado, es probable que sienta el cuerpo como sólido por dentro. Que arterias e intestinos se presenten con el interior condensado como cemento. Y, como nada siente, no apreciará que la náusea sabe a podredumbre y muerte, y que el dolor se extiende por todos los –antes vivos– tubos entre cuello y genitales, palpitando en la zona abdominal izquierda. Quizá recordará con nostalgia cuando el aire y la sangre se sentían vivos por dentro. Cuando, como un renovado circuito vacío probado con agua, la sangre se movilizaba y el aire entraba y salía. Pero desde que anda mutando y resignado ya nada le perturba, ni frío ni calor le molestan, se limita a trabajar y a sonreír, a aceptar. Ve sus películas desde la capa de piel externa que aún le permite ensayar emociones en algunos gestos enlatados, pero nada le pincha.

Asumiría que dejarse llevar por la impostura como estrategia conlleva la ventaja y el riesgo de convertirla en la casa, de blindarse ante lo que duele, de huir del malestar que activa la conciencia. Así como a los agricultores se les endurecen las manos del trabajo en el campo, al sujeto desapasionado se le queda la sonrisa estirada, como sujeta por un hilo invisible desde la nuca. Todos sabemos que las sonrisas forzadas no llevan luces en los ojos, que se produce un desajuste entre lo que la sonrisa dice y lo que la mirada narra, como vueltos para dentro, hastiados pero obedientes. Así los desapasionados aman el entusiasmo fingido. A lo sumo, si algo aún les vive en su interior, querrán guiñar con complicidad a los otros: «Miradme, estoy aquí adentro, sacadme.» Una cara puede disfrazarse de gestos, pero

difícilmente (quizá los mejores actores pueden) unos ojos pueden blindarse ante la impostura cuando todavía late un conflicto en su interior.

Y me parece que en el trance en que la vida privada se hace pública y expuesta, y la vida profesional se identifica con «la vida», solo la pasión sincera salva de caer en una rutina desapasionada como manera de resistir dicha identificación. Y aunque la vida de quien «finge y trabaja» cuando se dice a sí mismo «soy» con conflicto parezca similar a la de quien se parapeta en la impostura permanente, el conflicto es la *conciencia* y casi siempre es lo que también moviliza a mantener esa pasión. Cierto que es muy distinto de quien vive con orgullo una identificación con el hacer que ama porque es rico o puede permitirse ser valiente, pero debe haber alternativas para quienes no atesoran riqueza ni valentía educada. Pienso en usted cuando baja la voz al decir «soy escritora» y en su alegría de voz expandida como el eco de un teatro cuando logra sentirse «escritora».

Entretanto, muchos trabajadores hoy necesitan aparentar para vivir en el escaparate del mundo, es decir, para estar en venta en la red. Y esta máscara se alimenta como algo propio de las construcciones subjetivas contemporáneas, un envoltorio capaz de convertirnos en productos atractivos para el escenario online. Pasa entonces que el sujeto desapasionado tiende a dejarse llevar por lo ya testado, desentrenado en decidir y acostumbrado a la impresión rápida, sin argumento para esto o lo otro, es fácil que opte por lo que le identifica por ser de aquí o por ser de los nuestros. Y ante la dificultad social de evacuar el exceso de impostura desde la educación, la reflexión acompañada o la solidaridad social, los sujetos pueden derivar a espacios de desahogo y anonimato, donde poder salir, más si cabe, fortalecidos en su máscara. Así, la red también acoge a los sujetos desapasionados en sus puntuales ataques de náusea. Como si rebosando pose necesitaran soltar lastre y caer en el lado opuesto, donde pueden darse cita alivio, bufidos y venganza. Los extremos de este gradiente son los más visibles en internet. Por una parte, modelos posproducidos y editados para mostrarse en la foto, y por otra, estallido visceral, mentiras como verdades juradas, huidas hacia delante, agitadores que fanfarronean y afirman saberlo todo y que, a veces, incluso tienen poder político.

Sin embargo, le diré que hay quienes, temiendo convertirse en desapasionados, sienten que es absolutamente insoportable fingir más tiempo ni limitarse al muro de los exabruptos o al confesionario del

anonimato sin poder transformador, solo catártico. Y cuando en casa se deshacen de las máscaras, notan que la sonrisa se les cae y la cara se les ablanda, que envejecen diez años en un minuto, que el cuerpo les pesa, que varias veces al día prenderían fuego a la máquina y con las cenizas harían un verso o compost para las plantas.

Con afecto, R.

Contra la calificación radical. Evaluados por defecto

«Murió y ya no está con nosotros. Pero le recordaremos por no haber bajado del 8.»

(...)

«Si no me pone usted un 10, no me lo tendrán en cuenta», reclama el teleoperador al otro lado.

Notas. Cartas a Sibila

Querida amiga:

Como un acto reflejo, me pasa últimamente que, cuando termino de hablar por teléfono con algún familiar o compañero, mi cuerpo queda en alerta por si un robot me llama a continuación, como tantas otras veces, para pedirme que puntúe la conversación o para evaluarme por ella. «¿Está satisfecha con la respuesta dada por su madre?, ¿volvería a llamar a su amigo?, ¿cambiaría la contestación dada a Carlos?, ¿recomendaría a sus compañeros que hablen con Ruth?» No recuerdo si me pasó después de nuestra charla telefónica, es altamente probable.

No termino de habituarme a esta práctica de consulta y puntuación que inunda la vida acompañando cada consulta, informe, hacer o movimiento. Me cuesta pensar que cada empresa o institución no esté valorando el conjunto de las vidas más allá de la evaluación puntual que nos piden, sin contextualizar que lo que nos piden se concatena a reiteradas peticiones más en la cotidianidad de los días. Actividades y hábitos adquieren homogeneidad de vida-trabajo porque sus prácticas *mediadas* vienen seguidas de evaluación explícita.

¿Será que el trabajo es lo que hay en los intersticios de este proceso

amplificado y radical que nos lleva a puntuarlo todo? Cierto, la evaluación importa, supone una respuesta a una tarea realizada, una valoración junto a una oportunidad de aprendizaje, pero ¿en qué momento fue subvertida por exceso, imposibilitada con sentido, reducida a calificación para viajar más rápido, llevada a cada pequeña parcela, a cada artículo, proyecto, interlocutor, plataforma o servicio como algo preferiblemente numérico y siempre puntuable?

Pienso en el creciente número de encuestas y evaluaciones que llegan periódicamente a mi buzón reclamando datos para sus estudios. Tengo la sensación de que la sobreproducción que alimenta la maquinaria neoliberal del conocimiento corre el riesgo de no garantizar ya el sentido, solo la apariencia de un método. Lo afirmo porque es excesiva la demanda, precaria la base laboral que la soporta, y porque, de manera más personal, pero utilizando lo *personal* como lo *común* puesto que somos comunes y es sincero, me cuesta identificarme en lo que me preguntan o finalmente señalo cuando alguien estresado me solicita participar en una encuesta que solo durará tres minutos. Ciertamente, para garantizar el sentido está y necesitamos la ciencia más exigente y responsable, la no precaria.

También ocurre con las aplicaciones cotidianas que buscan medir nuestra satisfacción respecto a un servicio, una práctica o unas instalaciones. ¿Cómo negar la cara sonriente al trabajador precario, cómo hacerlo cuando usted también la espera de quienes le evalúan? Un sistema de automatización y reciprocidad silenciosa se normaliza haciendo inútil la consulta.

Como dibujo de una deriva amenazante, en una de las películas distópicas de *Black Mirror* («Nosedive» o «Caída en picado»), la protagonista es llevada al límite de una vida forzada donde los ciudadanos están expuestos en todo momento a la puntuación ajena. Toda interacción humana, desde una sonrisa de buenos días a una atención telefónica es respondida con una puntuación en doble sentido. Cuando la protagonista busca adelantarse en ese juego de reciprocidad dando la máxima nota porque también la espera recibir, asume el riesgo de no obtenerla, de bajar la guardia, cometer un error, favorecer un malentendido y que alguien le puntúe bajo. Ese último número puede inspirar y desencadenar una calificación que la sitúe debajo de un determinado umbral numérico, aquí también identitario. Los números no son parte inocente del juego, sino

marco de las distintas comunidades, servicios y prestigio a los que en esa comunidad tienen acceso en función de la calificación obtenida. Como las puntuaciones son públicas afectan a la opinión preconcebida de los otros, que dan por hecho que los números bajos siempre corresponderán a peores trabajadores, personas menos interesantes o más conflictivas. Ante el prejuicio derivado de dicha información el sistema se retroalimenta e influye constantemente, de forma que los números bajos corren el riesgo de ser siempre puntuados «más bajo» y más alto los que ya están arriba, fortaleciendo un sistema de clases. La lucidez de la escenificación (creo que solo distópica en el *grado)* reside en que las puntuaciones no son, como parece, un *a posteriori* que «te evalúa», sino un condicionante que «te convierte» en la buena o mala expectativa que genera el número otorgado.

Atemoriza sucumbir a la evaluación reducida a un balance solo cuantitativo que termina por reforzar lo que otros antes han dictado. Pero ¿quiénes son esos *otros*?, ¿bajo qué criterio han puntuado?, ¿en qué contexto?, ¿se pueden hackear o comprar las calificaciones? Es del todo coincidente con las formas en que muchas personas en sus vidas-trabajo se obsesionan con aumentar su número de *likes* o de seguidores. ¿Acaso los números no funcionan como mecanismos de seguimiento y control de las clases bajas y medias más expuestas a la evaluación? Pareciera que solo quien no está sometido a esta anómala y obsesiva puntuación de ahora puede sentirse libre.

Lo digo consciente de que evaluar es una de las tareas más difíciles y exigentes y que en mi contexto laboral en la universidad he tenido distintas experiencias. Aunque, como supondrá por lo ya hablado, siento predilección por las reflexiones de autoevaluación y las historias de vida, por cuanto favorecen modos que permiten pensar sobre uno mismo como protagonista de lo evaluado. No son, sin embargo, herramientas habituales de esta época de la prisa, pues requieren tiempo y son complejas, pero permiten valorar a las personas en su contexto y favorecen la autocrítica. Implican, no obstante, varias dificultades. Así lo observo cuando encuentro a estudiantes jóvenes que después de un periodo de prácticas sustituyen la petición de una reflexión personal: «¿qué pienso y cómo valoro mi aprendizaje?» por «¿qué esperan de mí?, ¿cómo causar mejor impresión a quien va a evaluarme?». Vencer el engaño de mostrar lo que suponemos esperan de nosotros para obtener una nota y no lo que honestamente

pensamos es una afección de los tiempos que se extiende a otras facetas de la vida.

Cada año descubro el patrón reiterado de estudiantes que elaboran sus informes escritos de autoevaluación de prácticas atendiendo a una rutina común sin apenas contacto con el profesorado, forzando sensaciones positivas, destacando superficialmente lo mucho que han aprendido y lo valioso de su experiencia. Son informes despersonalizados, que podrían ser intercambiados en su extremo parecido, pero que se desmoronan en una reunión presencial. Lo escrito rara vez coincide con lo hablado en la tutoría para tratar el asunto. Al contexto de intimidad generado sin más testigos, se une la comunicación oral y no grabada frente a la escrita. En la confianza del encuentro cuando se saben sin la presión de una calificación numérica, los estudiantes se desahogan y comparten sus dificultades en el proceso, lo desorientados que han podido estar, sus altibajos y progresión, sus errores, avances y críticas. Permítame cuando menos cierta desconfianza ante la hegemonía del número cuando se aligera o desprovee de contexto.

Con afecto (no numerado), R.

«IMBÉCILES HIPERRACIONALES» Y SUJETOS DESAPASIONADOS

Me pregunto si el proceso que describí no tiene esa propiedad de convertirnos en tontos hiperracionales. Como traté de señalar, estamos cada vez más divididos entre una hiperracionalidad que mercantilizó y racionalizó el yo, y un mundo privado cada vez más dominado por fantasías autogeneradas.

EVA ILLOUZ, *Intimidades congeladas*

Ahora nos empachamos de series empalmando capítulos con ansia. Hay quien duplica la velocidad de reproducción para sentir que ve más en menos tiempo. Nada entiende, pero el ansia de pasar por ello y terminar le moviliza como en tantas cosas de su vida.

Querida amiga:

Tan quietas, aquí sentadas, y qué fácil perderse. A un lado, el exceso de racionalidad que nos mercantiliza y exhibe, donados a la vida pública. A otro, protegidos entre paredes transparentes con ventanas-pantalla donde nuestras fantasías se encauzan en ficciones encadenadas, videojuegos y maratones de series. En los últimos tiempos ya no esperamos al jueves para ver una película, alternando ficción y espera. Muchos hoy pasan del trabajo absorbente a las ficciones y de las ficciones al sueño, hilvanando estos mundos sin apenas transición entre ellos.

Ahora que somos habitantes de las pantallas y cada vez más teletrabajamos, las ficciones parecen compensar lo que en la vida no podemos controlar. Vivirnos en otros, enlazando trabajo propio, historias ajenas y sueños mezclados, compensando vidas-trabajo que parecen reducir la desconexión laboral a un cambio de canal. De la red en abierto pasamos a la película o la serie. También en nuestras relaciones online conocemos las estrategias que nos permiten saltar los procesos, trances y cortejos, como si menospreciáramos el camino, el entretanto, reduciéndolo a un principio y final, a un deseo y su consecución. Así, entrenados y versados en las tácticas de la vida digital y cada vez más desvinculados de lo social, cabe preguntarse si acomodados al engarce tecnológico es posible recuperar el goce emocional pausado.

Reparo en que en este asunto de la reversibilidad en la estrategia digital podrían sernos de utilidad los análisis de Eva Illouz. Para ella, los capitalismos anteriores favorecían un «yo dividido» capaz de pasar «del egoísmo a la cooperación», «de lo estratégico a las interacciones domésticas»,[30] mientras el actual incorpora el registro mercantil en todas las interacciones, como si no fuera posible (o fuera ya muy difícil) pasar «de lo estratégico a lo emocional», una vez que hemos racionalizado al sujeto pasando de lo emocional a lo estratégico. Y me parece que en esta inversión neutralizada se advierte una clara dificultad cultural para el sujeto.

Cierto que la reflexión de Illouz está orientada a la estrategia derivada de la racionalización del sujeto en webs de citas afectivas a través de aplicaciones informáticas, pero me parece que son procesos extrapolables a la operacionalización digital del sujeto en otros ámbitos. Trasvasarnos y

digitalizarnos a partir de categorías que nos describen proporciona conocimiento sobre qué es lo que en determinado contexto se pone en valor y por tanto, permite estratégicamente amoldarnos a lo que se espera de nosotros, conformando nuestros perfiles en plataformas de contactos, comerciales u orientadas a la búsqueda o gestión de trabajo.

Es fácil caer en ella, pero no creo que lo sea vivir una vida cargada de estrategia, especialmente para quien valora la libertad creativa. El exceso de racionalidad coarta la espontaneidad y la imaginación. No hay fertilidad para la fantasía ni para la innovación. Así como tampoco en el amor es fácil dejarse llevar por la espontaneidad cuando se ven venir las estrategias. Hay pocas cosas menos atractivas.

Este es el camino implícito cuando el yo se convierte en una marca. Entonces se sobrentiende el contenido y sin resistencia tendemos a pasar de largo por lo interior cuando se busca mostrar la versión concentrada en la etiqueta. Verá que, en muchos casos, el nombre puede convertirse en condena de uno mismo, en una cárcel. La cárcel de ser/hacer y decir lo que de ti se espera. La lógica mercadotécnica y publicitaria se hace extensiva a la vida porque siempre estamos conectados y *en escena*. Pena de mí si no pudiera salir de mi nombre. Pena si tampoco pudiera salir de mis números.

Sobre este asunto, ¿se ha fijado en cómo las ciencias que animaron al autoconocimiento y a educarnos a nivel emocional han contribuido también a que las relaciones se vuelvan «entidades cuantificables y fungibles»?[31] De hecho, me parece que la primacía de ciencias como la psicología y la estadística han tenido mucho que ver y son en gran medida responsables de una intrusión autoritaria en la esfera privada. No es inocente su buen encaje con las dinámicas capitalistas, para las que ambas son útiles herramientas capaces de servir a la estructura mercantil y matematizada de la cultura-red.

Pero ¿cómo podemos favorecer entonces los procesos de emancipación en esta inmersión entre procesos de racionalización? Tal vez podríamos verlos en términos de ambivalencia e indeterminación, sujetos a un desigual juego de fuerzas cuando el nervio capitalista nos orienta a un único lado de la balanza. Creo que esta dificultad caracteriza hoy al sujeto desapasionado al que, conocedor de las tácticas de las que debe valerse en sus relaciones personales y profesionales, le resulta problemático recuperar su lado emocional, o mejor dicho recuperar determinadas emociones positivas que antes le movilizaban en su trabajo creativo y en la nobleza con que «en

algún momento» se enfrentó al mundo. Aquí radicaría la vulnerabilidad de la impostura del sujeto desapasionado, el resorte sobre el que actuar, en la reversibilidad de este trance. Me refiero a una reversibilidad con efectos, a un «volver» cargado de experiencia y que supondría un «volver siendo distinto».

Porque la estrategia en su acaparar la vida-trabajo corre el riesgo de sepultar o desproveer de pasión nuestra práctica, hiperracionalizando y visibilizando como dócil aceptación de las nuevas formas de orden (y de control). El riesgo es el empobrecimiento de la vida personal sustituida por la vida pública como escaparate cuantificador, el descreimiento y, muy especialmente, el abandono de la vida colectiva y solidaria, de la alianza con los otros.

Con afecto, R.

Un fingidor y una cosa de verdad

Había que cambiar el cuerpo para parecerse a la imagen.

Notas. Cartas a Sibila

Querida amiga:

Pienso en una comida de verdad, en un abrazo de verdad, en una foto borrosa e imperfecta, en una persona titubeante, en una manzana de verdad detrás del bello envoltorio que dice «manzana de verdad». Cuando todo el esfuerzo se pone en el nombre o en la marca cabe sospechar si se intenta compensar con imagen lo que dicho envoltorio esconde, la ausencia. Acontece, en la era del marketing y de la exhibición del sujeto, que la energía se orienta a generar la apariencia, corriendo el riesgo de diluir o perder lo que se pone sobre la mesa, lo que allí se cuenta o se contiene, el sentido de lo que se pone en juego.

Es difícil resistir, porque cuando convertimos las cosas en marca y producto, «ser visto» aumenta la posibilidad de «ser elegido». Pero nadie puede vivir sonriendo todo el tiempo. Pienso en esa etiqueta ilustrada de comida envasada que al destaparla no parece serlo, en esa firma que eclipsa

el interés de lo que se dice, en esa camiseta con el lema «Emancipación» cosido por explotados o por esclavos.

Disculpe la oscilación, pero los ejemplos en este caso son también claramente materiales y concretos. Como cuando de pronto en una comida descubrimos que un tomate sabe a tomate, que al abrirlo está el tomate que usted probó cuando era niña y sabe que existe, que tiene pulpa húmeda y semillas. Lejos de esos otros que solo lo parecen y lo parecen tanto que por fuera incluso brillan más, pero al abrirlos todo se desmorona como un decorado, insípidos y de interior casi sólido, el nombre es un exceso que no merecen. En la cultura de la apariencia, el interior siempre se descuida. Eso que llamaríamos una fruta de verdad es como una vida de verdad. Sabemos a lo que nos referimos justamente cuando es algo *distinto* a lo que nos están ofreciendo.

Lo manipulado como sucedáneo busca normalizarse rentando lo que antes era cotidiano. De manera que el mercado comercializa como *normales* los productos de peor calidad, sumando un valor (y precio) añadido a los orgánicos y ecológicos que antes fueron los normales y de verdad. El neoliberalismo es experto en transversalizar y sacar beneficio de esta dinámica de vida y consumo.

A otros niveles, pienso en mis cosas de verdad. Porque hay infinitas cosas que siento auténticas, ese amigo y este amor, el trabajo con sentido, la emoción ante algunas ideas, o, de manera palpable, las manos de mi padre con dedos grandes como muñecas de niño, tan fuertes que tendría suerte si le aprieta su mano en una sala de hospital. Pienso en esta conversación que usted y yo mantenemos, muy especialmente, en las vivencias que en voz baja hemos compartido. Pienso en la verdad de las cartas (algunas son más mensajes, pero permítame llamarlos en conjunto «cartas») escritas por personas identificadas con Sibila. Siento que no hay mayor verdad que la contada a un desconocido, la que de pronto empatiza con el dolor propio que descubrimos como un dolor *común*.

No esquivo que ese valor dado a lo que sentimos emocionalmente auténtico está también en el corazón del populismo contemporáneo. Es arriesgado, lo sé. Porque cuanto más se cuestionan las lógicas de racionalidad e impostura del mundo excedido de marketing y estadística, el impulso y la visceralidad parecieran aire fresco. Sin embargo, hay en ese extremo un giro de tuerca del que se valen las voces más altas que buscan

proclamar verdades que son «sensaciones de verdades». Quizá en ese punto la cuestión inquieta si, agotados de *parecer*, caemos a ese otro lado de la entraña y la impulsividad irreflexiva, sin corsés, dejados llevar por el contraste y el hartazgo. Cuidado. Algunos buscan aprovecharse del malestar y de esta oscilación para abanderar una *verdad* apropiada dogmáticamente. No esta ahí, nunca puede estar ahí, lo auténtico que moviliza cuando la conciencia sigue encendida y alerta. Lo auténtico a lo que nos referimos tiene sentido, es racional y sensible, y es valioso pero «no es simple». Así ocurre con el corazón creativo que nos movilizó como enganche primero en las prácticas que ahora realizamos, mascullando con los dientes apretados y a silenciosos gritos por dentro que es «nuestro trabajo».

Con afecto, R.

¿DÓNDE TERMINA UNA MISMA? (TRABAJO Y REPRESENTACIÓN)

¿Por qué muevo la boca y no suenan las palabras? ¡Que alguien me despierte!

Notas. Cartas a Sibila

Querida amiga:

El uso de máscaras no supondrá para usted problema alguno en lo que quiero contarle. Con seguridad, una escritora está familiarizada con esos sustitutos que ponemos en escena para vernos desde fuera y aislar lo que la vida entremezcla y dificulta observar. Porque se me hace insuficiente reflexionar sobre los grados en que un trabajo puede acaparar la vida sin abordar aquellos capaces de infiltrarse en los recovecos de la intimidad, bajo la presión de un «buen hacer» y el prurito de entregarnos a un oficio. Como se sabe, los oficios son como máscaras. Pero ¿qué pasa si la máscara no deja pasar el aire?, ¿qué ocurre si queda *pegada* a la carne?

Descubrí al personaje del que quiero hablarle en esta carta cuando escribía mi libro *Despacio*.[32] Es posible que lugar y protagonista se llamaran de otra manera, pero reiteraré que podemos referirnos al lugar como Aquí y a la mujer como Grey. Si bien es cierto que este nombre no

importa tanto como aquel por el que era conocida en la comunidad, donde todos la llamaban «Laquestapeor». Cuando conocí su historia, supuse que este apodo era como otros habituales en los pueblos para diferenciar a quienes tenemos nombres comunes o apellidos ordinarios en el grupo y que, como tal, aludiría a su personalidad o a su mala suerte. No era absurdo pensarlo, pues en todo lo que podía saberse de la señora Grey las cosas le iban bastante mal.

Por razones que a continuación le detallaré, los habitantes del lugar desconocían que esa expresión que la nombraba definía literalmente el *trabajo* que la mujer debía desempeñar. Es decir, que la profesión de Grey consistía en *representar* «ser la más desgraciada». Como peculiaridad, este trabajo de interpretación carecía de marco escénico pactado y a todas luces parecía su vida. Claro está que ese era su cometido, para cuya eficacia se le exigía absoluta discreción sobre el tema. Así quedaba claro en el contrato de confidencialidad que la actriz hubo de firmar antes de llegar al pueblo.

Sin sospechar de ello, la gente identificaba a Laquestapeor como vagabunda, como puta, como enferma, como suicida, como desahuciada, como inmigrante, como desempleada de larga duración, como aquella a quien agreden los violentos o como fruto de la crítica y de la lástima. Nadie se detenía a pensar por qué era habitual verla cada día en la puerta del hospital o en el mercado, compartiendo conversación y alguna lágrima junto a quien andaba pasando un mal momento. Situar cualquier vivencia al lado de las padecidas por Laquestapeor hacía relativizar el sufrimiento de quienes lo pasaban mal, pero «no tanto» como ella. El desgraciado siempre resultaría ser más afortunado por comparación. «Estoy mejor que ella, ¿de qué me quejo?»

Aun cuando Grey contaba con unos atributos idóneos para la pena, no estaba claro cuánto venía con ella y cuánto era fruto de su talento interpretativo. De apariencia frágil, cuerpo cheposo, asimétrico en formas y en maneras de caminar, de aspecto enfermizo y expresión mustia, como a punto de sucumbir, como obligada a disculparse por tanta tristeza. Ayudaba también la larga lista de enfermedades que decía padecer, inversamente proporcional a la vacía lista de amigos y familiares. Grey afirmaba estar sola en el mundo.

Pero si, sabiendo lo que sabemos, tuviera que destacarle algo, sería su dedicación incansable, vivencial y apasionada a su trabajo, quiero decir a su

personaje, por el que había aceptado pasar frío, dolor y hambre y poner en riesgo su vida. Por mucho tiempo el orgullo que sintió en su ejercicio extremo de interpretación fue vivido como el más importante pago inmaterial para una profesional de la actuación, un pago que sentía que la compensaba más incluso que el sueldo que recibía. Entre otras cosas, porque gastar dicho sueldo no era posible. Por un lado, restaría credibilidad a una trabajadora Laquestapeor. Pero también porque lo ganado seguía su curso económico bajo la asesoría de sus contratadores, que le propusieron invertirlo en un banco de su propiedad como plan de pensiones y en otras inversiones que le impedían disponer de él a corto plazo.

Como bien supone, «ser la que está peor» no es un trabajo sindicado y, en este caso, formaba parte de esos nuevos trabajos surgidos con el cambio de siglo, en los que te pagan periódicamente por mostrar en público algo que parece ser «tu vida». En este caso, una vida desdichada bajo apariencia extrema de verdad, algo parecido –pero inversamente– a lo que acontece en algunas redes sociales. Mantener la farsa de que el nombre describía lo que le pasaba y no a qué se dedicaba para ganar dinero era esencial para la estabilidad comunitaria. Piense que si alguien descubría el engaño, otras personas pasarían a ser las que están peor «siéndolo realmente».

No sé cómo lo verá usted, pero a mí se me antoja que cuando advertimos que el umbral de tolerancia a determinadas desgracias es mayor y es soportable, no solo aprendemos sobre las capacidades de los seres humanos, sino que también corremos el riesgo de reajustar un nuevo límite de tolerancia al abuso, de normalizar la injusticia y la desigualdad, adormeciendo la crítica y la rebeldía. La estrategia es sencilla y solo requiere visibilizar las desgracias de otros para reiterar lo afortunados que somos de estar algo mejor que ellos.

Como consecuencia de la entrega laboral de Grey, parecía esperarse un efecto estabilizador para la vida comunitaria, contrarrestando y coincidiendo con la hiperpresencia mediática de jovencísimos triunfadores, moderadamente ingeniosos pero siempre guapísimos y sanos, sonrientes aquí y allí y ricos por mostrarse, haciendo sentir a los de aquel lugar más pobres y más gordos, más viejos y desafortunados. Lo que no quedaba claro es si todos aquellos de las pantallas eran, como Grey, también contratados para mostrar sus triunfos vestidos de marcas e ideología.

No sabría decirle cómo ni cuándo Laquestapeor comenzó su trabajo.

Supongo que todo fue gestionado con eficacia y clandestinidad online. Ella parecía no desconfiar de aquel empleo, en primer lugar, porque le ingresaban puntualmente su nómina, pero también porque su interlocución con los contratadores era frecuente y eso la hacía sentir motivada. No era para menos, pues diariamente recibía cálidos mensajes animándola y agradeciendo su magnífica labor como una impecable Laquestapeor. En esos mensajes afectivos también le proporcionaban datos digitales íntimos comercializados por empresas y que le ayudaban a identificar el sufrimiento de las personas cercanas. Ya sabe, esos que vienen de todo aquello que se busca cuando pensamos que nadie nos ve, es decir, lo que las aplicaciones informáticas recogen cuando buscamos en la red cosas que nos preocupan, creyéndonos sin testigos: «cómo abortar», «empleo fijo», «alquileres baratos», «bulto en el cuello», «pérdida de memoria», «residencia de ancianos», «trasplante de riñón», «dejar las drogas», «cómo esconder la anorexia», «ganar dinero», «formas de morir sin dolor»...

Sospechará con acierto que la autoexigencia de Grey por ser perfecta en su trabajo le impedía descansar, pero es que la deriva de ojeras crecientes siempre iba a favor de su máscara, como también lo hacían la inquietud de la noche y sus pesadillas. Porque dado que sus sueños estaban relacionados con sus vivencias laborales, cuando despertaba esto le provocaba gran angustia y la imposibilidad de responder a la pregunta «si hasta mis sueños tratan sobre mi trabajo, ¿dónde empieza mi vida?, ¿dónde termina lo representado?». En esos momentos de lucidez sentía con claridad que el trabajo había invadido ya los lugares más íntimos y, aunque esto le brindaba grandes momentos a su interpretación, llegó un momento en que comenzó a sobrepasarle.

Ya no estaba claro si las periódicas crisis de ansiedad que sufría eran animadas por su celo interpretativo o fruto de una vida anulada cedida a la excelencia representativa. Bien pensado, a Grey solo le quedaban como propios algunos momentos de intimidad alejados de la mirada de los demás y de los dispositivos que la supervisaban. Sin embargo, por mucho que procurara agarrarse a sus intimidades mínimas para no olvidar el origen de aquel trabajo, esos momentos fueron diluyéndose, como si el vacío que le permitía pasar de la vivencia propia a la ejecución de su encargo se hubiera cerrado y las costuras no fueran visibles.

Qué bien le habrían venido amigos para ayudarla en este trance, pero la

excelencia laboral a la que había dedicado años la convirtió realmente en la mujer más solitaria del mundo. Para entonces ya había empezado a tomar y a excederse con la medicación que el centro de salud mental le proporcionaba a su personaje. Su angustia la llevó incluso a compartir con otras personas la realidad de su trabajo, queriendo hacer explotar aquella farsa. Pero cuando llegó a desvelar el trasfondo de su nombre-trabajo, diagnosticada y medicada, su credibilidad interpretativa convertida en enfermedad hacía increíble su testimonio. Lo que parecía un delirio no hacía sino reforzar la desgracia de ser Laquestapeor, ahora también paranoica.

No crea que tengo claro hasta qué punto la historia de Grey puede ayudarnos en esta misiva que le escribo, pero, justamente por las preguntas que me genera, intuyo que de ella podemos extraer contradicciones y fugas propias de la complejidad de las vidas-trabajo de las que tratamos. Pienso que en ellas se corre el riesgo de, como Grey, tejer al mismo tiempo su propia cárcel en la más magistral y acaparadora de sus interpretaciones laborales.

Con afecto, R.

AIRE (para que no se pudra en la máscara)

Querida amiga:

Ya sabe que hay máscaras de aire, de agua, de tela... Quiero decir, hay sábanas de hilo y sábanas de seda, de poliéster, ásperas y acartonadas, recién sacadas de la bolsa o desgastadas por el uso, agujereadas incluso, en ese caso suaves y preferidas, amables en el roce... Ninguna sábana acepta calificativo cuando viene pegada a otras o a la piel. Separada y jugada podría ser un disfraz de fantasma, una tela para dibujar, sin embargo, acumuladas como un bloque excesivo, pongamos quinientas, ningún perfil es reconocible, se acalla la palabra con o sin sentido. Pero también sin aire cuando la tela se pega a la piel, la sábana y con ella la carne se pudre.

Con afecto, le dejo este regalo de aire, R.

IV. Cartas desde el cuerpo adjunto (frágiles y productivos)

Los cuerpos necesitan alimento y vivienda, protección contra daños y violencia, libertad de movimiento, de trabajo, de acceso a servicios de salud; los cuerpos necesitan la asistencia de otros cuerpos para sobrevivir. Es importante, por supuesto, la edad que estos cuerpos tienen, y si están en buenas condiciones físicas, ya que bajo cualquier forma de dependencia, los cuerpos requieren no solo de otra persona, sino de complejos sistemas sociales de asistencia humanos y técnicos.

JUDITH BUTLER, «Nosotros, el pueblo»

Algo ajeno me vive entre pecho y estómago. Bloquea el aire y golpea mi corazón, aumenta el ritmo cardíaco, enfría mi cuerpo y escupe el aire que no me llega. Ay, este vivir a medias con un cuerpo de escombros.

Notas. Cartas a Sibila

¿A QUÉ TRABAJADOR ELIGE UNA ENFERMEDAD?

Querida amiga:

Usted sonríe para la foto, pero a solas me confiesa que su trabajo la enferma. Le duelen cuello y espalda; en días alternos, el estómago. Su colesterol crece como su cuerpo se ensancha, duerme mal, se irrita fácilmente y toma pastillas para sus dolencias. La ansiedad cae como un hilo de menstruación bajo su pantalón. Es transparente y los demás no la ven, pero para usted esa pérdida lo impregna todo.

Entra en bucle pensando que el desasosiego empeora su salud, y se hunde y flota, y da las gracias por la sanidad pública donde la atienden y querría besar a las enfermeras que la cuidan. ¿Se imagina haber nacido hace cincuenta años o ahora donde no existen estos modernos hospitales y esos variados compuestos químicos prescritos con recetas? «Es una fortuna haber nacido aquí y ahora», se dice. Solo basta comparar nuestra vida con la de nuestros padres y abuelos. Muy probablemente, de haber nacido algo más al sur de este sur, o algo antes, unas décadas antes, esta conversación ni siquiera habría sucedido. Es muy posible que ni usted ni yo hubiéramos sucedido con estas inquietudes que nos vinculan.

Con seguridad habrá observado cómo la lista de patologías se nos agranda de manera proporcional a nuestra ansiedad e inquietudes, y al conocimiento de nuevas enfermedades. Pero casi todos los cuerpos ahora dañados están medicados y nos permiten no solo seguir viviendo, sino trabajar y seguir enfermando. Por mucho que manden señales y quieran dirigirse a la cama, siempre hay una fuerza mayor que empuja para dirigirnos a la mesa de trabajo. De hecho, su cuerpo puede estar arropado y tratado como el de un enfermo, pero su cabeza y manos siguen tecleando. Es como si los cuerpos tuvieran los pies al revés y caminaran hacia atrás, mirando el rostro hacia el otro lado. Aunque no se trataría tanto de un exquisito *angelus novus* vuelto de espaldas, sino más bien de aquella aparentemente vulgar criatura que salía en uno de los cuentos que mi hermana y yo inventamos de pequeñas, imaginándola y describiéndola al

mismo tiempo. De actualizarla ahora para usted diría que de cintura para arriba estaba hecha de cartón y de cintura para abajo tenía el cuerpo de una gallina. Patas de gallina, plumas y barriga de gallina se fundían con pecho prolongado en cuello y cabeza de cartulina plegada. No está claro que la forma superior correspondiera a ese u otro animal, pues esa parte del cuerpo la imaginábamos de cartoncillo gris doblado, de pliegues arrepentidos y picos irregulares y, si girabas desde distintos ángulos, la cabeza podía ser de ave, reptil o mamífero. En nuestra historia, esta criatura aparecía a las afueras del pueblo, desaparecía un tiempo y luego volvía a aparecer, cada vez más alejada y más escuálida. Parecía que sus patas la llevaban a buscar comida de gallina y su boca de cartón se negaba a comer como venganza por no caminar a donde hubiera papeles, tijeras y pegamento para poder ponerse unos brazos y construir todo lo que esa cabeza de cartón y boli imaginaba. En ese juego de fuerzas transcurría nuestro cuento hasta que mi hermana y yo decidimos dejar de hablar del conflicto en plural como si la criatura fueran dos y empezamos a tratarla como a una.

Al pensar en la dualidad cartesiana desde la ansiedad de nuestras vidas-trabajo que piden hacer y parar al mismo tiempo, tensionando las fuerzas entre lo que el cuerpo necesita y lo que ansía como si estuviera en permanente conflicto, siempre recuerdo este cuento. Yo que desconozco cómo es su cuerpo, imagino en sus palabras sus puntos de conflicto y dolor cuando se sienta ante la pantalla con el teléfono y el café siempre cerca, cuando escribe y se encorva y se reclina después sobre la silla buscando convertirla en cama. Desde esas imágenes podría visualizar los alimentos y bebidas que tiene cerca para aumentar el ritmo o para calmarse. Y pienso cuánta razón tenía William Osler al señalar que no se trataría de preguntar «¿qué enfermedad tiene una persona?», sino «¿a qué persona elige una enfermedad?». Diría yo: «¿A qué trabajador elige una enfermedad?»

Con afecto, R.

EL TRABAJO NECESITA UN CUERPO

(...) Porque solo tú sabes que hay música, jadeos, incendios, máquinas

que escupen verdades y mentiras a los cuatro vientos, vientos que te empujan al otro lado, a tu hueco en el vacío, a la informe felicidad del ojo ciego, del oído sordo, de la muda lengua, del muñón angélico.

BLANCA VARELA,
«Porque ya no eres un ángel
sino un hombre solo sobre dos...»

Querida amiga:

Hubo un tiempo en que mi esperanza tenía alas de libélula. Aunque quizá fueran de polilla, veo poco y con seguridad las confundiría. La polilla merodeaba alrededor sin alejarse demasiado, se excitaba con mi entusiasmo y no se apartaba de mí. En momentos de conciencia y hartazgo, debí lanzar un trapo sucio sobre ella para arrastrarla al suelo y evitar falsas ilusiones. Duró poco. No tardé en quitar el trapo y recomponerla. Y aunque sin apenas ver no es fácil arreglar solo con el tacto unas alas tan pequeñas, nadie ha determinado, decía Spinoza, «lo que puede un cuerpo».

Todo trabajo necesita un cuerpo. Todo cuerpo necesita un trabajo. Sentimos que hay trabajos que enferman los cuerpos y que los hay que los sanan. En mi caso, y aventuro que en el suyo, la escritura como trabajo en este tiempo ha sido un contraste que me ha proporcionado placer y, diría que también, emancipación. Así ocurre cuando sobre el trabajo creativo mantenemos cierto control. Esta suerte que usted y yo tenemos de amar una práctica como se ama a un amante con cuerpo es un sostén para muchas cosas. Pasa sin embargo que como ese trabajo que moviliza no suele ser el que nos permite vivir ni nos trae un sueldo, buscamos y hacemos otros para sostenernos en la vida. La suma de horas nos ha ido creando un agujero entre espalda y estómago y en ese trance vivimos con trabajos que nos dan la vida y trabajos que nos dan dinero. Los tiempos se cosen con tareas desprendidas de la rutina de usar máquinas para hablarnos y trabajar en los cuartos conectados, el cuidado de las personas que tenemos cerca, y casi siempre el cuidado de nuestro propio cuerpo, para seguir el ritmo, o para que habiendo cuerpo haya proyecto.

La entrega con la que muchos han caído en el trabajo les ha llevado al agotamiento, al hastío ante un contexto de ansiedad endurecida. El deseo de jubilación o de lograr un premio de lotería aumenta cuando para el mundo

aún son jóvenes y sienten haber concentrado años en días. La mayoría ni siquiera afirmarían haber logrado un trabajo estable cuando se sienten viejos y ya sueñan con retirarse. Simultáneamente, también crece la sensación de no poder estar a la altura en la exigencia de actualización, innovación y estudio que requieren los trabajos creativos e intelectuales de ahora.

Y aunque soñamos con salir del cuerpo, el cuerpo siempre está. Lo noto por cómo me lo agradece cuando bebo agua y por esa punzada en los riñones. Nos alimentamos mal, calentamos y comemos comida que lo parece, desarrollamos intolerancias, caminamos poco, deformamos la espalda, los ojos miopes se secan de apenas parpadear. Ningún cuerpo, prehistórico como el nuestro, resiste una vida sentados frente a la pantalla del siglo XXI. Los cuerpos propios dan señales de fallo a cada rato y reclaman nuestra atención, paralelamente a los cuidados de los que están al lado y en algún momento cercano se nos subieron a la espalda. Lo hicieron como niños que hemos y no hemos tenido, tan ajenos a los poderes que gobiernan y legislan. Como si ese poder siempre tuviera (y no le importara) a otros más pobres, más mujer y más del sur que limpiaran sus habitaciones mientras cuidan a sus hijos o a sus padres.

Y me pregunto: ¿cómo nos ayudaría problematizar el asunto de los cuerpos cuando se saben frágiles y atados a la rutina hipnótica de las vidas-trabajo y de los cuidados propios y cercanos? Porque de manera palmaria la ansiedad siempre viene con cuerpo adjunto y con ánimo de afinar desde la experiencia y sin miedo a embarrarme de intimidad caliente, creo que solo puedo reflexionar sobre este asunto narrando abiertamente desde la parcialidad de mi cuerpo enfermo y lo poco que usted me ha contado del suyo. No es baladí afirmarlo, pues la mayoría de las escrituras pensativas son capaces de quitárselo como una se quita una camisa, hasta el punto de haberlo convertido en característica de la escritura reflexiva y ensayística, que el yo aparezca solo en cierto grado, que no pase el umbral del vómito y de la contradicción íntima. Lo hacen porque la subjetividad siempre ha sido vista como un incordio para el mundo de las ideas. Ya se sabe, no se limita a flotar sobre los cuerpos de otros como si fuéramos ángeles, sino que viene con dolor de barriga y picor en los ojos, la subjetividad siempre lleva el cuerpo adjunto.

Yo no sé si en mi caso el trabajo solo pudo ser un empujón o mera

coyuntura para lo que dictaban los genes y la degeneración pronosticada, pero a menudo siento que mi cuerpo es de escombros. Hace tiempo que la mayor parte de la comida me sienta mal por defecto y siento frío glacial a cada rato, pero son molestias que llevo con discreción. No me pasa así, sin embargo, con los ojos y oídos. Comencé a perder visión hace años, aunque en los últimos tiempos la pérdida se ha acelerado sumándose a ella también la de oído. Le resultaría cómico verme cuando en las clases me cuesta identificar los rostros de los estudiantes y procuro ayudar a los ojos con los oídos y a los oídos con los ojos, pero el cuerpo se bloquea como si un ciego delegara el ver en otro ciego del que desconoce que lo es. O cuando en un pasillo de la universidad recibo con entusiasmo al que identifico como un amigo por su silueta y forma de caminar, para a los segundos enrojecer nerviosa al descubrir (ya abrazado) a un compañero del que hasta desconozco su nombre.

La complicación crece cuando una advierte la exclusión comunicativa a la que lleva la pérdida de *sentido* al no entender determinadas palabras, o presuponer lo dicho solo por el contexto. Estas confusiones pueden generar graves malentendidos para quien la mayor parte de su tiempo trabaja hablando y escuchando. Y aunque también a usted pueda parecerle más interesante la frase «la obra quiere una sumisión censal» frente a «la obra tiene una misión esencial», no es fácil mantener una conversación ilustrada si estás contestando a las preguntas que tú supones y no a las que realmente te han realizado. En casi todos los casos me di cuenta después. Es relativamente viable sobrevivir un tiempo sin escuchar bien, sonriendo, hablando por intuición o alimentando fama de ensimismada.

Podría afirmar que me voy acostumbrando y que sigo aprendiendo. Entenderá que prefiera la escritura y la pantalla. La tecnología ayuda a escuchar y las imágenes borrosas se han fijado como umbral de normalidad mientras se va numerando y creciendo ese otro umbral que la sociedad llama *discapacidad*. No obstante, ante la tentación de ceder a un repliegue total de aislamiento y mundo interior, cabía la opción de que el tiempo llegara de la imposibilidad, es decir, que la autopresión cesara por agotamiento o repliegue del cuerpo. Puestos a enfrentar lo que de momento no puede curarse, llegué a pensar que quizá este apagamiento tuviera algo bueno como detonante o señal para que los otros frenaran en sus demandas, y sobre todo yo misma frenara en la autoexigencia. Pero a las mermas

sensoriales les pasa como a la ansiedad, que no siempre son visibles, o será que ya no miramos más allá de la ráfaga veloz.

Valoro la ventaja que podría extraerse, para quien se dedica al pensamiento y la escritura en este lugar del mundo desde el que hablamos, recuperar desde el cuerpo enfermo ese tesoro hoy bombardeado que es la concentración, enfrentar el menoscabo de la capacidad de atención desprendida de nuestras vidas-trabajo y que algunos relacionan con la desintegración subjetiva y con la época. Pero de momento es solo una especulación y no lo he logrado. Se lo cuento más allá de la curiosidad que despierta poner piel a quien escribe, una historia que vulnerabiliza a quien escribe, porque mientras todo se nos queda en la superficialidad de la apariencia, no debiéramos desaprovechar cualquier tentativa para probar caminos que nos permiten entender por qué hacemos lo que hacemos, por qué sentimos lo que sentimos.

Desde el anclaje de mi cuerpo percibo cómo las formas de vida contemporáneas tienen una enfermedad de época parecida a la mía, pues a pesar de disponer de tecnologías que ofrecen impresionantes definiciones, algo dificulta enfocar y miramos las cosas como si marcháramos en un tren de alta velocidad, siempre acelerados, ráfaga desdibujada, golpe de vista. Sin embargo, mientras las patologías de los cuerpos son una cuestión ubicada en los ojos (un lugar), lo que le pasa al mundo pareciera tener más que ver con el tiempo, con la exaltación de una sensación de disponer de poco tiempo.

Como sea que lo que pensamos y sentimos se nos entremezcla en los sueños, y usted y yo hemos abierto un canal de intimidad de doble sentido, le diré que esta noche soñé con ello, o con algo que lo orbita. Soñé que tenía patio con huerto donde nacían seres delgados como hojas de papel de seda, de contornos irregulares y piel, sin más órganos, casi transparentes, seres livianos que de haber viento volarían. Se desplazaban con elegancia por la tierra, como infraleves trozos de ala de insecto. Cada uno de estos seres nacía con una raya que hacía como de boca. Conforme llegaban a la puerta de las casas, los niños salían y les pintaban dos puntos para que los seres livianos pudieran ver. Algunos niños mezclaban tierras y agua y dibujaban formas sobre estos seres. Como la piel era extremadamente delgada debían cuidarse de impregnar solo una ligera capa a modo de veladura. Si iban despacio y tenían paciencia, quizá más adelante podrían

impregnar otra, con suerte de otro color. Cuando esto ocurría y le dedicaban tiempo, los niños abrían sus ojos admirados al comprobar la belleza de aquellos seres que reflejaban las luces a través de las veladuras de distinto color, generando a su alrededor un espacio desigual y matizado, convirtiendo el lugar en muchos lugares. La sensación de felicidad que tenían los niños era similar a la de los pequeños seres que bailaban por el patio sin importarles la fragilidad de sus vidas. Nadie sabe qué vincula la belleza de esos colores al baile de los frágiles, pero sentirse hermosos les movilizaba. Sin embargo, en mi sueño muchos de estos seres morían sepultados por la tierra coloreada que los niños más impacientes les ponían encima como una losa sobre su leve cuerpo de hoja. Como la tierra les tapaba por completo, incluidos los ojos recién dibujados, el ser que ya sabía qué significaba ver y ahora no podía, se angustiaba, el peso le impedía respirar y terminaba por fundirse en la tierra. Cuando los niños experimentaban su muerte, pensaban en la manera de resetearlos buscando alguna vida extra, presionando ojos y boca, apretándolos con los dedos como botones de una pantalla, reclamando un efecto inmediato, pero nada podían. Alguno los pateaba cruelmente y lloraba hasta volver a intentarlo pintando sobre sus cadáveres. Al lado unos pocos aprendían, pero también había quien una y otra vez sepultaba de la misma manera, empecinado en que las cosas se hacen a golpe de deseo y no de concentración, proceso y paciencia. En el sueño, al igual que en casi todos los sueños, también yo, como niña y como hoja, corría el riesgo de morir, pero como suele pasar en los sueños si esperas lo necesario acabas por despertar.

Con afecto, R.

EL BASTÓN (SER VISIBLE ENTRE LAS RÁFAGAS)

Amiga querida:

¿Recuerda nuestras primeras cartas? Lamento su inquietud cuando afirmé que moriría cruzando un paso de peatones, que sería a las siete menos ocho minutos de la tarde de un viernes o un sábado entre la estación de autobuses y la de trenes, que era una cuestión numérica, tan concreta como la que se dirime en esos problemas de física que buscan predecir en qué momento se cruzarán dos trenes que salen de A y de B a una velocidad determinada, que

mi muerte sería también matemática. Comprendo que se inquietara y le agradezco la empatía. Sería altamente probable que esto pasara si siguiera corriendo casi sin ver, como antes, buscando ganar horas o minutos de escritura y concentración a los trayectos y al cansancio, pero en este tiempo hemos ido cambiando como también se nos transforma el mundo. A un nivel más íntimo le diré que en las últimas semanas y meses mi cuerpo se ha hecho más visible en los pasos de peatones, por la sencilla razón de que camino más despacio. El mérito no es solo mío. De pronto he encontrado médicos, enfermeras y rehabilitadores que me están ayudando.

De hecho, hoy ha sido mi última clase con el bastón. Me he maquillado para la ocasión, pero la razón primera es que me maquillo porque usted sí puede y elige si hacerlo o no. En mi caso, la dificultad de no verme empecina mi deseo y llena mi brocha de colorete. Es un gesto de resistencia que me convierte, estoy segura, en una imagen estrambótica y contrastada, de piel blanca y pómulos rojos, demasiado rojos. No importa, voy a mi guerra.

Lo primero que aprendí al sujetar el bastón es que mi sombra debía redibujarse pegando el brazo que lo lleva al cuerpo, apoyando la muñeca en el abdomen como si tapara el ombligo, convirtiendo el bastón en endurecido cordón umbilical, levemente apoyado en el suelo, recuperando la mirada frontal, irguiendo la espalda. Erguir la espalda, ay. Acostumbrada a doblarla y a mirar las baldosas, ha sido un renacimiento recuperar esa perspectiva del mundo. Puede que pensando yo que este gesto era algo adquirido de mis padres no fuera así. Y que los dos, como otros muchos padres, sufrieran de pequeños el mismo accidente mirando un ambivalente atardecer desde el mirador de la sierra. Puede que entonces un pinzamiento sincronizado justo en la vértebra número doce de la espina dorsal les hubiera dejado jorobados y mirando al suelo. En nada tuvo que ver el peso de la cosecha cargado desde niños o el gesto servil de asentir a los señoritos desde una vida pobre y sin escuelas. Sí, con seguridad fue la belleza irresistible que empezaba y se diluía con los colores púrpura que ardían hermosamente en el horizonte lo que les dejó encorvados como dos Quasimodos.

Que en este caso también yo anduviera algo encorvada podía tener varias explicaciones, pero la más probable es que, viendo poco, necesitara anclarme algo más al suelo buscando no tropezar. Y como no soy de esa

clase de personas que rinden tributo a las jorobas solo por ser heredadas o compartidas con un linaje, en ese mínimo gesto de levantar la cabeza y erguir la espalda me he sentido poderosa. Resulta que el mundo frontal es –lo había olvidado– un festivo pase de luces y formas que se mueven echándome su aliento en la cara, y me estimulan. Nada que ver con la monotonía gris de las baldosas y el pavimento, a lo sumo salpicados de chicles pegados junto a las zonas de espera.

Si usted me observa a cierta distancia verá que el bastón es un artilugio que sale de mi barriga como una lanza clavada y vencida, pero no me duele ni me avergüenza. Mi mano derecha lo sujeta de forma exigente, balanceando la muñeca y dibujando un arco en el suelo. Aprendo a sostenerlo mientras camino. De un lado, el pulgar, y de otro, bien extendido, el dedo índice. Diría que el bastón es como su prolongación y yo como un Nosferatu podado.

Intento sincronizar mis pasos para que me ayude y no se convierta en un obstáculo. La gente se aparta y la rehabilitadora me sigue detrás marcando un ritmo militar. Uno, dos, uno, dos... No siento pudor, este palo plegable me alivia. Aunque sigo pensando que aún no lo necesito como algo imprescindible en mi vida. El oftalmólogo se encoge de hombros y calla, a lo sumo indica que esto puede ser cosa de unos meses o de unos años, que ante cualquier escenario posible es bueno estar preparados y que me vendrá bien para situaciones concretas.

Es difícil vencer mi impulso de caminar sin ver, porque en los lugares cotidianos, si no cambian de pronto dos peldaños por uno o introducen una farola o señal imprevista, le aseguro que sería capaz de caminar e incluso de correr con los ojos cerrados. Solo se requiere práctica y un par de piernas. Llevo tiempo haciéndolo, y después de un par de tropiezos aprendes como perro ante el golpe de periódico dónde debes bajar el ritmo o agarrarte a la barandilla.

Dicen que de momento el bastón puede ayudarme en zonas de poca iluminación y en momentos determinados, especialmente para que los demás puedan identificarme y otorgarme la oportunidad de la paciencia. Que me vean. Es pensarlo y lo tengo claro. De hecho, ojalá lo hubiera tenido estos meses en los pasos de peatones borrosos o en las paradas de taxi, cuando a la espera de un gesto físico más evidente, un movimiento de brazo o unas palabras de confirmación de mayor volumen, el taxista suele

hacer un gesto sutil y reiterado que no soy capaz de apreciar y desemboca en su voz enojada por no hacerle caso y parar la cola. En esos momentos pienso: «¡Tranquilo, señor!, su cara es para mí, con la mejor de las luces, como un expresivo y chorreante retrato de Bacon. Una se pierde en las formas como en las nubes que parecen árboles y ovejas y su voz se mezcla con el ruido. En conjunto, usted se me hace paisaje y es difícil hablar a la globalidad de un bosque o de una montaña, ¿dónde ubico sus ojos para dirigirme a ellos?, ¿dónde está su boca y dónde suena?» Nunca me dejan explicarlo, o eso intuyo y ni lo intento. Solo le digo varias veces: «Disculpe, señor, veo poco y no oigo bien.»

Ni el taxista ni el de al lado saben que voy por la calle con un mínimo de ojos y oídos, ¿cómo iban a saberlo? Tampoco yo conozco sus limitaciones, y por lo general vivimos presuponiendo casi todo el rato. Y si una, como es mi caso, tiene la suerte de haber crecido viendo y oyendo la mayor parte de su vida –y me acerco a los cincuenta–, tendrá su porción de mundo memorizado. Conozco perfectamente mis caminos diarios y los hago rutinas e itinerarios mentales, «aquí subo la mano, aquí termina la escalera...». También he aprendido los inmensos logros de una sonrisa a tiempo, lo que sigue a determinada musicalidad en una pregunta, la expectativa de gestos que anteceden un enfado, el valor de la amabilidad de un «disculpe», o de un «por favor» que faciliten las cosas; la intuición de que lo que se ha caído lo has tirado, o que el malentendido sobre determinada conversación viene por tu parte. Estimo más el tiempo que gano que reforzar una imagen de torpe y ensimismada.

Usted lo habrá notado en sus trayectos rápidos entre entrevistas y pantallas. Que nadie aprecie lo que le pasa al de al lado es recíproco para el de al lado respecto a nadie. Parece que todos llevaran consigo una bomba que pone «prisa» y no pudieran detenerse del itinerario previsto. Hay que pasar por la farmacia, Correos cierra a las ocho, hay que ir al supermercado, bajar las bolsas a los cubos de reciclaje, responder los mensajes, recoger de la extraescolar a los niños, contar los últimos pasos a casa y encender el ordenador mientras te quitas los zapatos. A poco que te pares a compartir con alguien lo que te pasa, perderás la secuencia y te acostarás tarde encadenando retraso en todo lo demás.

Pienso que no me vendría mal verme la cara cuando, de pronto, raramente, me detengo con alguien en la calle o en algún pasillo y nos

preguntamos «¿cómo estas?». Porque a los pocos segundos noto que mi interlocutor se incomoda y me evita. Sé que me pongo un poco nerviosa y tengo la sensación de que mi cara sobreactúa abriendo excesivamente los ojos y haciendo muecas inconscientes, arqueando las cejas y puede que, incluso, azulando mi piel, como queriendo preparar al que me escucha para la representación facial de una secuencia de enfermedades para las que necesito un testigo y un empuje. Interactuar conmigo en estas situaciones es algo que hacía mi hermana hasta que murió. Tanto lo hacía que me habituó a inmiscuirse con verdadero afecto e impertinencia en mi vida y a detectar en mi cara que debía ir al médico o frenar de una vez. En algo, en estos meses, usted me hace sentirla como una hermana. Porque desde que nadie me lo decía le confieso que me faltaba el aire y sentía que me desbordaba hasta molestar a quien se interesaba solo por mera cortesía.

He tardado en darme cuenta de que debía evitar responder literalmente a la pregunta «¿Cómo estás?», y mucho más remontarme tan atrás para compartir lo que me pasaba. Como cuando mi sobrina tenía cinco años y respondía al habitual «¿Y tú de quién eres?» con otra pregunta: «¿Sabes que mi mamá se ha muerto?», narrando a continuación un batiburrillo de recuerdos que se le amontonaban y le hacían bola a cada rato. Así, también yo, angustiada por no poder o no saber aún gestionar lo que me dañaba, parecía querer remontarme al meteorito que acabó con los dinosaurios desde mi «érase una vez una mujer que...». Aprendí que esto incomodaba, y yo no quería restar tiempo a mis estresados interlocutores para ir a Correos o a recoger a sus hijos de las extraescolares. Con usted es otra cosa, escribir es otra cosa.

Cada cual tiene sus preocupaciones, y no he querido arriesgarme a ser excluida de cosas que me importan ante posibles prejuicios que me identifiquen como *inútil* desde viejas ideas sobre ciegos y sordos. Aunque es justo afirmar, y así lo siento, que en el afán de mantener mi replegamiento en secreto estaba llevándolo al límite. Solo cuando las pruebas diagnósticas descubrieron que estaba forzando la máquina pude bajar el ritmo en mi mascarada, pero como los demás no lo veían, sus expectativas han seguido siempre ahí.

Todo testigo ayuda a repartir la responsabilidad del cuidado mutuo, y si yo no era capaz de frenar sola, quizá alguien podría ayudarme. Por ello, le confieso que de muchas maneras me alivió ser descubierta y me alivia

ahora compartirlo con usted. En los últimos tiempos dejaba pistas, pero nadie reparaba en ellas, ya apenas nos miramos a la cara, media casi siempre una pantalla o una ráfaga de abrazo al vuelo, cogido levemente a un «ya nos vemos». Siempre hay razones y entregas para no intentarlo. Según el día, una convive con lo que perturba, o lo esconde debajo de quinientas sábanas. También puedes cambiar agua por tila, por vino o, si vas a compartirlo, por bebidas más sofisticadas. En determinadas circunstancias incluso puedes intentar lograr cierta imperturbabilidad del alma con lecturas y descanso, pero ¿cómo integrarlas en la rueda productiva del mundo que no para y te interpela a seguir? He convivido con este malestar durante años gracias a ansiolíticos y relajantes con los que resistía el emborronamiento de voces y de cuerpos, hablar a compañeros o a grupos de estudiantes en el trabajo que apenas veía y con dificultad cómica llegaba a escuchar. Sin embargo, llega un momento en que muy difícilmente esto bastaba ante una conversación desdibujada que no estaba entendiendo, ¿en qué idioma hablaban todos de pronto?

Descubiertas las mermas, cuantificadas incluso, llevo unos meses aprendiendo pequeñas cosas. Usar audífonos o caminar con el bastón son algunas de ellas, pero también gestionar de otras formas los lugares donde vivo, agarrar objetos sin tirarlos, identificar monedas y billetes con el tacto, leer con los dedos determinados botones y otras lecciones que se concentran en el mantra «orden y tiempo». Y yo diría que todo esto me exige parar de una vez, evitar viajar tanto y moverme a cada rato, anclarme a una habitación tranquila y apostar por la conversación a dos o por la pantalla, durante un tiempo al menos.

Verá que todo me empuja hacia este artefacto contradictorio desde el que le escribo. Un artefacto que suele mediar en todo cuanto me acelera, pero que también me espera como plácido y almohadillado sillón para mis ojos en la urna sagrada que es una habitación propia o una casa. Este artilugio ha podido hacerme olvidar que tenía un cuerpo averiado para ir por determinadas autopistas, pero absolutamente capaz cuando transitaba por los caminos que salen de la pantalla hasta otros. Sus botones para contrastar y agrandar la imagen son rotundamente ampliaciones que mi cuerpo reclama y que me permiten graduar el mundo, invertir colores, subir el volumen y recuperar los matices diferidos de las voces. Y, lo que es más importante, que esas voces vuelvan a decir cosas que tienen sentido. Es en

esa pérdida del hilo sobrentendido que une una palabra con su sentido o una imagen con su palabra donde puede derrumbarse o mantenerse el mundo para mí, donde replegándome como cuerpo podría por fin desplegar la maraña interior para ir más despacio, como quien observa con extrañeza los signos y aprende de nuevo a leer. Porque en la pantalla no soy menos que usted. No se imagina hasta qué punto esta combinación de pantalla y casa me igualan –y a veces hasta amplifican– respecto a los umbrales que marca su cuerpo.

En casa, para casi todo solo necesito un poco más de tiempo. Es por ello por lo que me vendría muy bien contar con un interior estable sin trenes ni autobuses. Quiero decir, habitar un espacio suficiente lleno de estantes y con un trabajo localizado allí mismo, en casa, exento de los viajes concatenados de ahora. Es la razón por la que en las próximas semanas tengo previsto regresar a mi piso de Madrid y, si los últimos trámites que faltan con sus firmas, sellos y publicación en el Boletín Oficial lo permiten, incorporarme pronto como investigadora a un trabajo que espero poder realizar también desde casa. Será tan distinto a mi forma de vida nómada de los últimos años, en habitaciones donde la maleta hace de armario y los libros se acumulan en colinas sobre el suelo, soñando con un futuro mágico que los encaje en estanterías no solo mentales: los que reviso, los que revisaré, los de amigos, los regalados, los de poesía, los que me perturban indescriptiblemente, los muy pesados, los otros. ¿Cómo no voy a entenderla cuando usted me habla del ansia de dejar de mudarse a cada rato y habitar un espacio más estable que le haga sentir un cuerpo más reposado frente al correr y hacer círculos alrededor del mismo lugar?

Ahora incluso las baldosas están cambiando. Antes fijaba mis ojos en ellas para guiarme y me ayudaban a no tropezar. Cuando con el bastón toco su irregularidad, se me hacen más obstáculo que guía porque me prestan resistencia. Incluso he aprendido que este tacto que dan los pies y los bastones es, entre otras cosas, algo cultural. Cada ciudad tiene una piel distinta difícil de percibir para las gruesas suelas de goma de mis zapatos. Hay variedad entre las más barrocas y las más lisas. Las hay pensadas para adornar y ser captadas por la foto desde el helicóptero o desde el balcón, o proyectadas para no ser vistas y caminar de frente y sin obstáculos, cuidando a quienes llevan prótesis o ruedas. En las zonas más rugosas e irregulares de la acera tengo la sensación de estar rascando la piel dura y

curtida de un ser dormido que nos sostiene y que el asunto es tocarlo suavemente y con la misma intensidad para que no se despierte.

No imagina qué descanso hoy al terminar el paseo con bastón por las calles cercanas, cuando la rehabilitadora y yo llegamos al suelo liso del edificio donde tenemos la mayor parte de las clases. Juro que sentí un flujo de felicidad desde mi muñeca entumecida hasta el hombro y que habría querido arrodillarme y rozar mi cara sobre el pulidísimo cutis de baldosas enormes y sencillas que hacían de suelo en el moderno edificio. No sabría explicarle, pero últimamente las cosas me piden tocarlas. Y, como un animal recién nacido que tiene que ir descubriendo para qué le vale ese cuerpo, a mí las cosas me piden llevármelas a la cara. Y cuando son palabras me piden pronunciarlas a mayor volumen para escucharme por dentro. De hecho, es lo que me pasa con la lectura, que desde hace un tiempo tiendo a hablarla, a recitarla en voz alta, subiendo el volumen para lograr escucharme más allá de esa voz interior que pulula indefinida como un abstracto entre ojos y nuca.

En casa no llevo audífonos y marco mi propio límite. Sé que ahora hablo más alto y me esfuerzo por bajar el volumen si voy acompañada. Con la rehabilitadora es distinto. Sagazmente advierte en mi expresión cuándo me he quedado sin pila en los aparatos y entonces vocaliza con mayor énfasis. La intensidad hace que ella y yo nos reguemos de gotitas minúsculas de saliva, pero a ninguna parece importarnos. El cuerpo se desborda por algún lado cuando algunos sentidos se apagan. Últimamente bromeo en el trabajo recordando que por mucho que me fallen vista y oído sigo teniendo buena voz, aunque como contrapartida viene con saliva. Pienso íntimamente, como lo piensa usted, que si me dejaran cultivar mi mundo interior esa voz podría tener algo razonable que decir.

La rehabilitadora es extremadamente paciente conmigo y hasta llegar a su despacho mantiene un mayor volumen. Una vez allí, lo acomoda a un espacio interior donde estamos cerca y enfrente, sentadas en una pequeña mesa circular. La última parte de la clase tiene que ver con «tocar las cosas», especialmente con tocar las manos. Me enseña algunas palabras sencillas poniendo sus manos sobre las mías. Afirma que tocar a los otros se abrirá como explosivo mundo de percepciones sumado a mi reforzada voz. Y le diré que salí de la clase de hoy con ganas de tocar a la gente, de romper el espacio íntimo para acercarme a sus bocas buscando entenderles mejor,

dispuesta a dejarme regar por futuros litros de gotitas de saliva y, si se dejaban, a abrazar sus manos.

No iban a dejarse. El mundo nuevo ha empezado hacia las ocho de la tarde de hoy jueves con los avisos de suspensión de clases y un inminente estado de alarma y confinamiento. Nadie podía imaginar que una vida tan drásticamente distinta comenzaría a una hora concreta de manera tan contundente y no de forma progresiva como nos suelen venir muchos cambios.

Dejé de ver y escuchar un mundo perfilado suavemente, como hay que hacer las cosas, poco a poco. Nunca antes lo inadvertido se me había mostrado con tanta contundencia. De lo aprendido hoy, de momento, solo va a valerme el arco de seguridad que marca el bastón, porque ahora todos me prohíben tocarles y les aterra que pueda regarles con mi saliva. Sin embargo, me obligan a cumplir mi sueño de frenar y de «estar en casa».

Cuídese, R.

LO INVISIBLE (UN CARACOL EN LA CABEZA)

Querida amiga:

Hacer cosas usuales en lugares usuales supone, por ejemplo, soñar en la cama con monstruos de tamaño humano o gigante, pero es difícil soñar con monstruos microscópicos o invisibles. Sin embargo, de microorganismos y grupos de microorganismos trataban nuestros sueños, y si no dormíamos, de ellos trataban las nebulosas proyectadas en la ventana y en la pared. Imaginaba que tanto usted como yo y otros organismos complejos estaríamos igualmente confusos recordando nuestro trasiego entrando y saliendo en aeropuertos, estaciones y habitaciones de hotel, besando a los virus con las manos, montándolos desde los pomos de las puertas, abrazándolos en la despedida, rozando nuestras mejillas hasta olerlos o frotarlos lascivamente con la nariz. Muchos no conocen o no habían reparado en estos microorganismos como ácidos y proteínas envueltos en grasa, helicoidales, icosaedros y confinados en células, tampoco como minusculísimos juguetes esféricos de aspecto infantil con armas camufladas de bocinas que hacen ¡mooc! mientras nos enferman despacio desde que alguien nos lame o nos salpica.

Los microorganismos viven desde siempre alojados en cuerpos más sofisticados, pero no era lo habitual reparar en ellos dentro de nosotros mismos. Eran lo que no se ve y lo que difícilmente podría matarnos en este lugar del mundo. La carne humana no se ve a sí misma como enjambre de microorganismos, se ve como carne y como humano. Es normal que los organismos complejos anden dando vueltas entre las sábanas y exhalando el aire, intentando soplar sus miedos hacia la ventana. Aunque alejen su vista del cuerpo y se distraigan mirando al edificio de enfrente, la carne se siente una y vinculada con otros cuerpos que se le parecen. No hay que ir muy lejos, pienso en los que como nosotras intentan dormir en las habitaciones de las casas contiguas, con sus mentes traspasando paredes, edificios, ciudades, atravesando la atmósfera, adelantando planetas y raramente cansándose porque viajan sin cuerpo adjunto, y si se detienen no es por pereza sino por curiosidad. Y a millones de kilómetros se dan la vuelta para mirar hacia donde sus cuerpos están tumbados, y no los ven. Así como nosotras quisiéramos ver las formas extraterrestres de una galaxia lejana que solo percibimos como una nube de crías de polvo.

Es distinta la sensación de lo invisible de las galaxias por lejanas de lo invisible por minúsculo, es una cuestión de escala y de conciencia respecto al cuerpo. De pronto, el desasosiego de ser aplastados por una fuerza exterior o climática es secundario respecto a la fragilidad invisible en nuestros cuerpos. Mi conciencia respecto al propio cuerpo ha cambiado en los últimos tiempos y siento que llevo un caracol en la cabeza que me marca escalas y ritmos en la vida. Lo imagino con caparazón rayado camuflado entre las raíces oscuras y la decoloración clara de mi pelo, pasando desapercibido como un remolino entre la ondulación y los rizos ahora que descanso de las planchas de alisado. No tengo motivos para quejarme de él, pues es aseado y disfruta con el agua y el champú. Imagino que sus ojos tentáculo sobresalen, pero son imperceptibles a mi vista y, según he comprobado, también a la ajena. Como ya le dije, intuyo que hace tiempo que nadie se detiene a mirarme de veras, y, salvo yo misma, ninguna otra persona lo ha advertido.

Amplificando su naturaleza, me parece un caracol extremadamente lento pero original en su enorme fuerza para ralentizarme. Como babosa mejorada se agarra a la cabeza y, acostumbrada yo a la inercia de acelerar el ritmo para llegar y entregar a tiempo, este caracol me frena. Tal como lo

recuerdo, aunque mi memoria es confusa, comencé a notarlo al poco de iniciar mis clases de rehabilitación con el bastón y desde entonces ahí sigue.

Cuando, como ahora, lo percibo arropado entre el pelo, visualizo la legendaria manzana que le rebotó a Newton en la cabeza y cuentan que le ayudó a encajar ideas. En mi caso, temo que algo le pueda caer encima y, lejos de ayudarnos con alguna teoría científica, cause un estropicio en el pequeño animal. Su caparazón parece duro, pero ya se sabe que la fragilidad es esa otra cara de la dureza. En la cabeza, además, esta combinación se me hace extremadamente sensible, quizá por ello me obligo a estar más alerta. Aunque mis temores últimamente hayan estado focalizados en los peligros que vienen del suelo que piso, nunca está clara la amenaza que por distintos flancos se cierne sobre un cuerpo expuesto al movimiento. Mejor caminar despacio.

Cosa distinta es la parálisis obligada de ahora. Es como si el miedo nos hubiera dejado congelados, pero con los ojos nerviosos de aquí para allá, dejando ver un interior impresionable que solo un cuerpo convertido en piedra puede equilibrar. En algún momento de todo esto emergió la sensación de fragilidad de un interior derramado que mojaba las quinientas sábanas convirtiéndolas en bloque y tirándolas al suelo, como un cuerpo fundido en un mundo que de pronto se descubre moribundo sin apenas haber tosido antes.

Le aseguro que despierta y consciente pero aún tumbada, durante varios segundos, la vida se me ha convertido en imagen fija y mi cuerpo no ha respirado. Aquí no hay nadie, por lo que supongo que de alguna manera mi caracol me ha golpeado el corazón para continuar activa y he buscado seguir amoldándome mecánicamente a las recomendaciones que marcan las noticias. Parece que va en serio, no se ven las costuras por ninguna parte. Nadie puede estar prevenido ante lo que ni siquiera se imagina. El límite de la fantasía ha estado limpiamente dibujado en mil distopías visualizadas en novelas y películas a las que hemos sobrevivido apagando la tele, cambiando de canal o marchándonos a dormir. Pero todos los canales dicen lo mismo, que no nos movamos de casa y que nos distanciemos de los otros. *Disociación*, dicen. No tiene gracia recibir este mensaje opuesto a lo interiorizado durante semanas en las clases de rehabilitación. ¿A quién voy a tocar las manos? Nos hablan de prohibiciones, cierres, vigilancia y control. Estaba entonces pensando en balde, no podía elegir si tocar o no.

Era claramente una orden, la libertad queda en cuarentena y la hipotética necesidad suspendida por un mandato sostenido en la responsabilidad social.

Bien pensado, no sería para mí un problema disociarme del resto y limitarme al teletrabajo, solo tendría que graduar un poco más el aislamiento al que los cuerpos averiados se orientan y adelantar mi vuelta a Madrid.

Lo sé, en las noticias repiten con insistencia que no viajemos, pero ¿qué significa para mí «quedarme en casa»? ¿Es mi casa el lugar donde más he estado? No creo que me dejen vivir en los andenes de la estación, que es donde he habitado más tiempo. Una casa solo puede ser ese lugar al que queremos «volver». Si hay que enfermar, mejor hacerlo en la ciudad y en la casa que una decide y considera su «casa», no importa si es un árbol o una madriguera. Y dado que, según los pronósticos que nos transmiten, parece que todos vamos a enfermar o a morir en estos meses, en mi casa es donde a mí me gustaría enfermar de veras, mi lugar elegido para encerrarme y no contagiar, para encerrarme y a ser posible escribir mientras no muero.

Tanto en términos logísticos como en términos simbólicos, regresar a Madrid me parece la mejor idea. Llevo más de un año esperando incorporarme al nuevo trabajo allí, pero más de veinte intentando sin éxito regresar de manera más estable. No sé si me admira lo perseverante que he podido llegar a ser o si me asquea lo sumisamente paciente e inútil que he sido para no haberme marchado antes.

Solo necesito que el lunes temprano me entreguen el bastón definitivo. La sincronía de la necesidad y de la obligación es curiosa y a veces perversa, pero asumo la desobediencia de que tendré que viajar al límite, aunque intenten disuadirme o multarme. Le aseguro que en casi todo soy una persona racional, pero en este asunto me cuesta. Decidida como estoy, si me prohibieran tomar el tren, me veo caminando por la autovía con mi bastón y mi caracol en la cabeza. Y ante la segura pregunta de las autoridades y fuerzas de seguridad: «Pero ¿de dónde viene usted, mujer?» O: «¿Adónde va?» Yo les diría que esas cuestiones profundísimamente filosóficas que me plantean son justamente las que me motivan en este viaje, sin embargo están en el límite de lo narrable. Y si extrañamente me miraran de veras y descubrieran que llevo un caracol en la cabeza y me preguntaran por él, les diría que viene conmigo y que se llama Newton.

Cuídese, R.

FRENAR, RECUPERAR LA CASA

Querida amiga:

Todos nuestros sueños estancados esperarán con paciencia. Claro que no es lo mismo frenar voluntariamente a hacerlo por imposición, pero en el reajuste de piezas surgen huecos y fisuras que permiten otros movimientos. Aquí y ahora me preparo para dejar esta casa. Le confieso que la respiración se me ha hecho irregular, que a veces se me acelera como si además de mi caracol llevara un saltamontes debajo de la piel del cuello y otras en el corazón, pasando de dar saltos a quedarse como muerto. Mi baile interior no es visible desde fuera y entre tics y espasmos decido meterme en la ducha para que el agua calme la ansiedad que palpita, ceder el ritmo a Newton y concentrarme en seguir.

Mi primer destino es muy concreto y está bastante cerca. Para caminar al supermercado no necesito ningún bastón. Sé muy bien cómo llegar, tengo ese suelo memorizado. Sin poder decirle el número exacto de pasos, sé que lo sé. También que podría caminar hasta allí incluso por la noche y sin farolas encendidas, girando la esquina en el mismo punto de la acera, alejándome del bache que hay junto al restaurante chino, evitando las baldosas rotas de la casa en obras; si es por la mañana oliendo en el portal de al lado el detergente de jabón Marsella de la vecina, el contenedor de basura junto a la cocina trasera del bar de tapas, el aceite caliente de la churrería y el humo impersonal y sin matices de la avenida principal donde está el supermercado, a escasos metros del paso de peatones.

Tampoco he podido practicar llevando un carrito en una mano y el bastón en la otra, y he dado por hecho que no sería hoy el mejor momento para andar ensayando. Entre otras cosas porque tengo la sensación de que justo ahora no debo ser identificada. Imagine que alguien diga, o piense sin decirlo, pero actúe: «¡Mira, ahí va una frágil!» Y puedan recriminarme ser un peligro para entorpecer a otros, ahora que las teles están pidiendo obediencia y eficacia casi militar. Justo ahora no podía arriesgarme a ser vista. Confiaba, y quizá era mucho esperar, en que presuponer y actuar con amabilidad siguiera siendo eficaz en esta rareza que lo inunda todo.

Sé ahora, cuando pasó el día, que no fue la mejor decisión, que sonreír y disculparme me sirvió de poco con una señora cuyo rostro no podría describirle pero que advertí de cuello infinito, alta y, por su pose y gestos, perteneciente a eso que antes llamaban «alcurnia». La mujer me insultó sin reparo señalando mi poca vergüenza al meterme con el carrito en el ascensor del supermercado y rozarle su sofisticada pierna de metro y medio cubierta por lo que imagino era un caro pantalón de andar por casa. La noté refunfuñar por arriba mientras me disculpaba desde abajo argumentando que veía poco. «Ponte unas gafas», increpó. Dude si contarle mi «érase una vez...» o si enseñarle mis renovados carnés de *discapacitada,* pero supuse que un cuello tan rígido no haría el mínimo esfuerzo por mirar hacia abajo. Agaché la cabeza y al salir del ascensor juraría que la mujer creció aceleradamente hasta golpearse con los tubos fluorescentes del techo y encorvarse como un cuadrúpedo, quedando sus piernas a modo de columnas en la zona de frutas y verduras, justo donde se golpean todos los carros que giran. Sé que debiera haberle plantado cara, pero son años de experiencia buscando ganar tiempo y evitar conflictos. Imaginar entonces y escribirlo ahora es la única reparación retroactiva que me ha resultado íntimamente eficaz.

Puede que fuera Newton quien tiró de mi cabeza hacia arriba y me hizo frenar, o que de pronto recordara el estado de alarma, la importancia de abandonar el piso y de lograr un billete para viajar a Madrid. No podía entretenerme ni pensar una lección propositiva para impedir que siempre se salgan con la suya esas voces más altas. Necesitaba comprar agua, lejía, guantes y algo de comida. Sabía dónde encontrarlos porque hasta ahora los supermercados se dividían en: lácteos, congelados, bebidas, higiene, legumbres, conservas, frutas, productos de limpieza, etc. Pero desde ayer por la noche parece que se dividen en estantes que se reponen, estantes sin interés, estantes con productos salteados y estantes vacíos. Fue en estos últimos donde recuperé a la señora de cuello infinito, exactamente en el pasillo donde antes estaban los productos de limpieza. Su cuello sobresalía entre la media de humanos que habitamos en este lugar. Congelada en su insolencia, reclamaba a la joven reponedora cómo era posible que no quedara papel higiénico del perrito ni de ninguna otra marca. Seguramente ella, como todos, tenía aún en su casa, y lo suficiente para varios días o semanas, pero llevada por la sorpresa de ver el estante completamente vacío

entró en pánico y lo deseó ávidamente. No es mucho suponerla imaginando que la suciedad la igualaría a la masa que tenía bajo la cabeza y que su hidratado y poscelulítico culo no resistiría. Reconozco que su sofoco me pareció un pago mínimo ante su impertinencia conmigo y con la reponedora. También yo me quedé sin guantes y sin lejía, pero desde lo de ayer he puesto a cero mi expectativa y procuro llevarlo con calma.

En la caja dudé unos segundos antes de pagar con tarjeta. Le confieso que hubiera querido poner en práctica lo aprendido sobre monedas con la rehabilitadora, evidenciar ante una de las jóvenes cajeras, que en estas últimas semanas tan cariñosamente me ha avisado cuando traían las galletas que me gustan, que he aprendido a diferenciar solo con el tacto la moneda de un euro y la de veinte céntimos con las que siempre me equivocaba. Que la de veinte tiene en su canto una estructura como de flor, que si la tocas con la uña combina una zona lisa y una leve hendidura, una lisa y una hendidura, como si fuera haciendo clic, clic, clic... En otra situación le habría gustado que se lo dijera, pero aquí solo sonreí y le deseé buen ánimo para la creciente cola de gente nerviosa que le esperaba.

Desde el mediodía las noticias daban por hecho que en horas se iniciaría el confinamiento, y esperé a la noche para volver a salir, esta vez a la farmacia. Tenía que intentarlo, aunque podía anticipar la imagen del estante vacío del papel higiénico en todos aquellos productos que cualquiera podría imaginar necesarios en los días que se avecinaban y que, sincronizados, nos convertían a todos en transparente estadística. Sin embargo, también una racional pesimista como yo tiene momentos de optimismo extremo y nunca se sabe si una mascarilla, un bote de alcohol o unos guantes pueden haberse caído entre la estantería y la pared y ser descubiertos justo cuando tú llegas. No fue el caso. Pero sí logré la última caja de toallitas con alcohol que no se imagina lo feliz que me hizo.

Como para todos, el día fue extraño, pero no sé si todos han podido sentir la paz y el miedo mezclados a partes iguales cuando han vuelto a sus casas ya de noche por las calles desiertas. Newton y yo volvimos de la farmacia muy despacio. No recuerdo haber vivido una sensación similar antes, las calles tan limpias en aire, tan vacías, tan suaves para caminar de haberlo querido completamente a ciegas. Nunca había olido un perfume a azahar tan destilado de humos, tan silencioso. Nunca había sentido tanta simpatía

por la ciudad que estaba a punto de abandonar. ¿Cómo no va a querer el virus vivir, y vivir con nosotros?

Sé que esto que le digo es una percepción acentuada por la explosión sensorial de una noche primaveral en Sevilla, pero cegados –que no ciegos– es como si solo el accidente nos hubiera permitido frenar, como si el suelo dormido que horas antes había rascado con el bastón hubiera sido descubierto en su mascarada de ir a toda prisa cuando no podía y le pasara como a mí, que le hubiera nacido un caracol en la cabeza.

Fue a la mañana del día siguiente cuando comenzamos a irnos. Silenciosamente, Newton y yo en el umbral del piso tercero A, arrastramos la maleta, cerramos la puerta y bajamos por el ascensor. Dejamos las llaves en el buzón con la cotidianidad de quien se ha despedido ya muchas veces y la inquietud del delincuente que sale a sabiendas a incumplir la ley. A las nueve en punto estábamos bajando del taxi y llamando al centro territorial de sordociegos. Debía recoger mi bastón nuevo, pero encontré el edificio cerrado. El bedel mantenía una pequeña ventana entreabierta por la que dejaba ver la soledad del patio central, tan lleno de sol como vacío de la actividad de un lunes. Llamé su atención para que se acercara. Decía que la tienda no abriría porque la chica responsable estaba en cuarentena. Suponiendo que él también veía poco y que empatizando conmigo sugeriría alguna posible solución, no me di por vencida e intenté transmitirle mi inquietud. Pero ya le dije que suelo narrar lo que me pasa comenzando por situar la historia desde un «era pequeña cuando...», es decir, más como lo haría un escritor y sin la concreción del dedo que señala la sangre en la herida o el «ay». El hombre lo advirtió y me vino bien, porque enseguida me interrumpió para llamar al encargado del centro. Apenas tardó unos minutos en bajar, tan ágilmente como quien tiene el espacio memorizado. Parecía el día de «déjese de preámbulos», porque sin intención de mediar preguntas o explicaciones metió su mano en el bolsillo de su gran abrigo y me dijo: «¿Te vale este?», sacando su propio bastón plegado similar al que yo tenía prescrito. Agradecí su generosidad con sonrisa amplia, luces en los ojos y movimientos de cabeza excesivos. Prometí devolvérselo cuando volviera a la ciudad.

Lo estrené camino de la parada de taxi donde por vez primera en el último año he evitado confusiones. La paciencia que he percibido en el trato de los taxistas ha engordado a mi caracol, pero también ha aligerado mi

peso. No está claro si la ansiedad de estos detalles leves y ordinarios pesa unos gramos o unos kilos cuando se nos reiteran. En mi caso la sensación ha sido como cuando te quitabas la mochila del instituto cargada con los voluminosos libros de física y de matemáticas y te sentías crecer un par de centímetros.

Nos dirigimos a la estación de tren. En el trayecto fantaseé con verla vacía del todo, con dar la vuelta al miedo que tengo sumando otra imagen inolvidable para compartirla si sobrevivimos o si podemos. Se lo digo no solo porque cada vez veo menos, sino porque sentí estar viviendo lo más parecido a un momento épico que quedará registrado como transición de época y epígrafe de muchos libros. Dentro de la angustia que me provocaba todo esto, la sensación de intensidad tenía algo masoquista y placentero, como quien logra ser testigo de una guerra y piensa que está lo suficientemente alejado del fuego como para sobrevivir y poder contarlo. Percibía que, estando asustados, había todavía algo de juego e incredulidad en nuestro comportamiento.

Sentada en el asiento trasero del coche con Newton enredado en mi pelo, imaginaba la sala central de la estación sin ningún organismo complejo, a lo sumo los gorriones que se cuelan por las ventanas y marcan los perímetros de los restaurantes del hall. Me recreé en esa imagen sin los otros e incluso sin mí. El mundo humano sin humanos recuperado por aves y en unas semanas de parálisis por la vegetación y fauna escondida en el subsuelo y en los campos cercanos. Pero lo que encontré no fue exactamente esto. El interior está salteado de personas que conforme caminaban iban encogiendo su tamaño buscando pasar desapercibidas ante la policía, haciéndose más visibles por su gesto forzado. No pude diferenciar sus caras, sin embargo, por su silueta y forma de caminar me parecían gente mayor. No se apreciaban los pasos ágiles esperables de jóvenes trabajadores, posiblemente aún trabajando, sino la tensión de quienes viajaban para cuidar a otros o para ser cuidados. Con seguridad, al igual que yo, se sentían culpables por estar allí incumpliendo las recomendaciones, pero era un gesto último de libertad que anticipaba una reclusión, decidir dónde queremos ser encerrados.

Los miembros de la tripulación de los trenes caminaban entre nosotros con actitud altiva, parecían recriminarnos que estuviéramos allí. Lo entiendo, pues el viaje es su trabajo y obligado para ellos, no se les

presuponía esta desobediencia carente de matices de quienes íbamos a subir al tren. Al hacerlo, encontré el vagón-silencio completamente vacío. Fue un gran alivio. Llevaba puestos unos guantes de plástico y allí donde había preguntado se rieron de mí al pedir mascarillas, la cercanía de otros obviamente me inquietaba. Unos minutos antes de la salida entró en el vagón una señora que por su voz superaba los sesenta. Hasta alguien como yo podía escuchar la conversación telefónica que mantenía con su madre anciana que le esperaba al final del trayecto.

Algo más nerviosa e intentando reacomodarme el asiento rompí el guante de mi mano izquierda. Imaginé a los virus penetrando entre la rebeca, el látex y la piel. Lo tiré y me prohibí tocarme con esa mano, pero como un niño ante la amenaza si se toca un objeto y la duda de creer que sobrevivirá, no dejaba de hacerlo. Si los virus pudieran pensar, habrían notado el miedo en mis mucosas. Los imaginaba aguantando la respiración bajo mis uñas hasta pasar a mi nariz, que tanto suelo tocar, y quedar alojados en esa cueva húmeda y caliente... También yo lo haría. Visualizo el proceso de la misma manera que una hipocondríaca imaginaría su muerte asfixiada antes de llegar a Madrid. Le aseguro que no lo habría hecho hace diez años, cuando las enfermedades eran un mero resfriado, pero desde entonces prefiero adelantar lo posible para, cuando reciba la sentencia, decir: «Bah, mañana ya se verá, hoy estoy viva.»

Estar viva, además, implica agarrarse a los detalles insignificantes mientras el planeta está en shock. Estar viva implica obsesionarse con que la mujer que hablaba por teléfono tenía exactamente la misma maleta que yo, regalo de un supermercado en la temporada posvacacional de excedentes del último verano. Lo sé porque me ha pedido ayudarla y la he tocado. Se lo advertí para distanciarlas y debió entenderlo como un intento para conversar con ella. No paraba de hablar, y a diferencia del elevado volumen que empleaba con su madre, conmigo lo hacía en voz baja. Evité contestar, pues no encontraba sentido a gran parte de lo que decía. Yo le sonreía y llevaba la mirada a mi ordenador intentando disuadirla de convertir el viaje en una conversación a uno. Al poco retomó la charla telefónica con su madre y el silencio quedó en ornamento inútil que describía el viejo destino de ese vagón.

A nuestra llegada a Madrid, muy pocas personas bajamos del tren. La estación estaba casi vacía. Entre las formas blandas de los viajeros advertí

siluetas oscuras y hieráticas que identifiqué como policías y personal de seguridad. Me asustó sacar el bastón porque pensé lo mismo que camino del supermercado, que quizá me reprocharían andar viajando y ser un riesgo para los demás. Es difícil estar preparado para la autonomía de los frágiles a los que se presupone siempre tutelados y agarrados a la mano de alguien.

La estación de Atocha es como una prolongación de los pasillos de las casas y hoteles en los que he vivido, tan familiar como si fuera parte de mi habitación propia. Sabía que si no habían bloqueado los itinerarios habituales podría caminar sin ningún problema, por ello forcé una actitud de seguridad impostada. Pero sí había algunos cambios y en el último tramo opté por sacar el bastón. En la parada de taxi –y ya iban dos veces en un día– tuve la gran fortuna de ser tratada con paciencia.

Decían los medios que las calles de Madrid estaban irreconocibles. Me apenaba descubrirlas así y esperé a mirarlas con calma desde las ventanas de casa. En el taxi Newton aflojó su presión sobre mi cabeza, y yo relajé mi vista mirando el interior sin traspasar los cristales de las ventanillas del coche empapados de lluvia. Aunque era mediodía, imaginé que era de noche y que difuminadas y oscuras las calles perdían protagonismo para recuperarlo las vidas de interior que apagan y encienden las bombillas de las habitaciones de las casas. Madrid no estaba vacío, estaba más lleno y vivo, más replegado hacia dentro que nunca. *Replegarme*, eso mismo pensaba hacer yo y casi me temblaban las piernas.

¿Ha sentido alguna vez que al llegar a casa y cerrar la puerta el cuerpo se desmorona? Yo sentí la inercia de meses y años en los raíles del tren que intentaba parar sin éxito y me preparaba para chocar contra una pila de sacos de tierra al otro lado. Cerré y ¡BOOM! Algo explotó, pero mi cuerpo siguió en apariencia intacto y de pie, bloqueado unos segundos antes de que una capa interior, la que pareciendo más dura era más frágil, se desmoronara mientras me quitaba la ropa allí mismo, con las cenizas y restos del choque derramados junto a la puerta, Newton y yo nos metimos en la ducha, buscando limpiar el cuerpo de materia invisible y de tiempos pasados. Pero me temo que con las bacterias y virus no se fueron las dudas, que hicieron lazadas entre los poros y aquí siguen. Porque, incluso con la sensación de estar resguardados en nuestra madriguera, todo seguía vestido de pregunta y desasosiego.

Sentados junto a la ventana, con la luz interior apagada, miramos Madrid

desde dentro y desde arriba. La ansiedad estaba cambiando, resituándose en un nivel material e íntimo. Los desplazamientos y el trabajo se nos hacían secundarios y banales frente a los riesgos concretos que amenazaban seriamente al cuerpo. La amenaza era una criatura de forma esférica y moños como protuberancias o trompetas que ilustraba las noticias y que tenía debilidad por los viejos y los enfermos, un ejecutor biológico y nihilista que ayudaba a caer a los frágiles. De pronto, nuestra ansiedad de trabajadores bajo quinientas sábanas se hacía comparativamente delgada, eclipsada por la envergadura global que nos devolvía a esos miedos primarios que vienen de «la supremacía de la naturaleza y la vulnerabilidad de nuestro propio cuerpo».

Pero la acción clave que aquí se nos pedía a usted y a mí en nuestras respectivas casas era la inacción y la distancia social. «No se muevan, quédense en casa.» Nos pedían hacer justamente lo que desde hace años nosotras habríamos querido para gran parte de nuestra vida, estar el máximo tiempo posible trabajando en casa. Mi obediencia no tenía ningún mérito, sino más bien la gratitud de estar imponiéndome algo que necesitaba para no morir en un paso de peatones.

En casa no solo me siento protegida de lo que no veo y no escucho, de la frecuencia acelerada a la que está configurado el mundo. En casa me concentro y amplifico con una piel que me iguala. Aquí soy exactamente como usted y así puede advertirlo cuando contacta conmigo. Quedando el cuerpo aplazado y usted distanciada con el suyo nada notará sobre mis carencias. Aunque no crea que le hablo de una casa en el sentido en que un niño imagina un habitáculo, con un tejadito de dos aguas, puertas, ventanas, patio y balcón con flores. Las casas urbanas pensadas para parejas o personas solas no se parecen al estándar de casa con la que muchos sueñan, y darían una vida desigual y difícil a niños o ancianos que necesiten aire fresco y espacio para caminar. No tienen que ver con esas casas familiares de quienes viven a las afueras y habitualmente tienen árboles y pequeñas plantas, garaje con coche y bicicleta. Estas son casas que nacen de compartimentar cuadriculadamente edificios en espacios iguales y comprimidos. ¿No se ha fijado en cómo los mundos rectangulares de las videoconferencias parecen un reflejo de lo que ya veníamos haciendo en estos habitáculos?, es decir, un corte en la fachada que nos transparenta como en la *Rue 13 del Percebe*. Habitáculos separados del pasillo colectivo

por una puerta con llave de seguridad y que en su versión material cuentan para resistir la claustrofobia con un par de ventanas exteriores.

Las paredes de mi casa permiten cierto aislamiento de los pisos de al lado que, sin haberlos visto, intuyo como hermanos gemelos del mío. Solo sé que existen por las rutinas sonoras de sus habitantes, los estornudos de un amable y discreto vecino al que sin apenas conocer tengo gran aprecio y me gusta sentir cerca, o el murmullo de la pareja que desde hace unos meses viven al otro lado. Los oigo cuando ríen, cuando se enfadan y cuando gimen extasiados algunas mañanas. También me llegan las pequeñas vibraciones del suelo cuando alguno hace deporte, pero las interferencias de cada una de estas escenas son mínimas para mí. En el intercambio sonoro ellos son mucho más pacientes que yo, pues cuando hablo por teléfono con mis padres mi volumen es como el de quien intenta hablar sin micrófono a los congregados en una plaza. Una se convierte en otra en función de quién tenga delante o al otro lado del teléfono, y sin poder evitarlo con mi familia la voz emerge como si habláramos entre montañas. Y claro que quisiera tener algo más de espacio para resguardar mi intimidad y la de mi pareja en lo sonoro, también para poner macetas y tomar algo de sol sin asomar el cuerpo por partes en la ventana, pero como contrapartida es un espacio manejable e interiorizado, lo suficientemente pequeño para calentarse bien en invierno y para limpiarlo con facilidad. Por ahora mi única ampliación posible acontece cuando en esta habitación me conecto a la red y el espacio se desdobla en habitaciones asombrosas como un *aleph* infinito, capaz de hacerme viajar y profundizar como un martillo que rompe la capa de hielo de una limitada vida material y de algunas zonas del alma si se me descuidan.

Cuídese, R.

EL INTERVALO NEWTON

Pensé ¿por qué tiene que caer la manzana siempre perpendicularmente al suelo? ¿Por qué no cae hacia arriba o hacia un lado?[33]

ISAAC NEWTON

Querida amiga:

Es contradictorio, lo sé, pero tan habitual como la flor sobre los restos de un animal descompuesto. Si usted se abstrae de la presión polarizadora, del entendimiento dualista, de la lógica maniquea, de la oscilación de un lado a otro, o, sin más, de la asignación a lo que vivimos de una palabra clara que posicione y sentencie como bueno o malo, la vida se nos mostrará más matizada y compleja, capaz de acoger la diferencia en lo que parece homogéneo.

Así como en los pasos atrás, una vez que se acomoda la sensación de retroceso, se deja espacio para ver y actuar de otras maneras, o como en las cosas que llegan impuestas la vida reconfigura el escenario cambiando las presiones y abriendo huecos donde no los había. Estará usted conmigo en que lo ocurrido ha servido para algo. Observe si no a los científicos o a otros escritores, a las personas que encerradas han dado la vuelta a los confinamientos, convirtiéndolos en investigación y obra. Cada compromiso anulado, cada entrega pospuesta ha traído la incertidumbre junto al regalo de las horas en casa frente a sus libros y pantallas, la posibilidad de escribir su relato más pausado, de inventar un artefacto mejorado, de adelantarnos al futuro, de avanzar en las próximas vacunas o de, simplemente, descansar y pensar más lentamente.

¿Tanto sufrimiento ha costado entender que la concentración necesita un contexto, un freno, un tiempo, una casa sin ruedas? Como sea que antes muchos lo hicieron y lo sabíamos, no se trata solo de dar la vuelta a una situación, ni de ver los múltiples filos de lo que nos angustia y nos salva, se trata de recuperar la capacidad de atención tan fríamente neutralizada. Cuando el joven Isaac Newton, huyendo de la epidemia de peste que asolaba varias ciudades inglesas en 1665, se recluyó en la granja familiar, no sospechaba estar protagonizando una revolución científica en la que culminaría la teoría de la gravitación universal, el desarrollo de las bases de la mecánica clásica, la formalización del método de fluxiones, que avanzaría en el teorema del binomio y que contribuiría a poner de manifiesto la naturaleza física de los colores.

Cosa distinta sería comprobar quiénes en circunstancias hostiles pueden disponer de tiempo y concentración. Desconozco si Newton, antes o después de sus investigaciones, preparaba la sopa, si tenía alguna persona mayor a su cargo, si lavaba sus sábanas y limpiaba la casa. Pero agradezco a

quien lo hacía que le permitieran liberarse de ese tiempo para investigar. Por justicia retroactiva, muchos descubrimientos también debieran llevar sus firmas.

Cuántas personas talentosas cuyo ingenio las excede llegando a definir a la especie habrían podido avanzar desde los primeros borradores de su estudio o leer todos los libros seleccionados, enlazar las operaciones del problema matemático que se esconde en la estructura de ese avance imprescindible para la física, o manejarse en la tentativa de mezclar un compuesto con la sustancia F en lugar de la sustancia G para ese nuevo medicamento. Pero justo cuando tenían que hacerlo, el niño enfermó, no le renovaron el contrato o una achacosa y anciana madre reclamó que le cambiara el pañal y se quedó ya cogida a su brazo.

¡Que levanten la mano los liberados de cuidados o no agarrados al alambre de la pobreza, la enfermedad, la incertidumbre laboral o noqueados por la angustia y el contagio de atender físicamente a los otros! Lo sé, seguro que para muchos estos intervalos son una oportunidad desigual si no se cuenta con una garantía social, pero raramente algunas personas, de pronto, han convertido la inquietud en investigación o lectura, y ese, sea cual sea el futuro, es ya un tiempo ganado. Tantos factores tienen que confluir en circunstancias normales para que Newton pueda investigar qué había pasado por alto que en un contexto como este no podría hacer otra cosa. Es como si todo lo externo estuviera en el aire y encerrados solo quedaran la locura o la lectura.

Y no sé si habrá observado que tanto en la enfermedad como en la reclusión cuando es impuesta socialmente las personas se igualan perdiendo algunas de las ventajas que da tener dinero, tener coche o ser un príncipe, porque todos pierden su derecho a salir a la calle. Y se igualan también en la desnudez de los cuerpos enfermos, desprovistos de atributos y cargos, de linaje, ropa y adornos, tendidos en una camilla de hospital o encerrados en un piso uniformados con pijama nos parecemos llamativamente. Ser un preso como ser un enfermo son formas radicales de igualamiento.

Cambiando la perspectiva y mirándonos como humanos, alejando la lente y recordando otros momentos de reclusión social y pandémica le propongo pensar en el tiempo de encierro como en un intervalo. Si usted estuviera delante, cogería un lápiz y un papel y dibujaría tres números: 1, 2 y 3. Es probable que lo adornara con caminos y horizontes y que entretanto

habláramos de relatos de otras culturas y de palabras como *liminalidad*.[34] Le contaría que es una forma de ambigüedad y apertura, «un intervalo», un tiempo-espacio que forma parte de un proceso de tres fases: la previa, la intermedia –o liminal– y la posterior, en orden lineal. ¿Qué ocurre o qué puede ocurrir en la fase dos antes de salir siendo distinto?

Hay ejemplos biológicos y sociales. Pienso en las transiciones de gusano a mariposa, en las crisálidas que son claramente un dos liminal, cuando ya no son lo que eran y comienzan a desplegar sus alas, pero pienso también en los ritos de paso, es decir, en los intervalos que socialmente se han ritualizado. Sobre este asunto, recuerdo las reflexiones de Victor Turner cuando relata cómo en la fase liminal e intermedia de los ritos de paso los protagonistas pierden sus privilegios y son tratados como iguales, de manera que al pasar por ella se desprenden de sus ventajas, rangos y prerrogativas y se igualan. Entendiendo que lo que ocurre en la liminalidad es una fase intermedia *anti-estructura*, cabe pensar que pueda ser transformadora para las personas.

Pero pensando en lo que ocurre ahora el asunto se nos emborrona, porque así como los cuerpos son diversos también lo son los espacios donde nos recluimos. Algunos contarán con varias habitaciones que se amplían hasta un huerto o un patio, casas con sótano, habitaciones con puertas, biblioteca diferenciada y mascota con casa propia. Pero la mayoría de las casas de quienes vivimos en las ciudades son casas comprimidas, sin jardín ni terraza, más parecidas a esas celdas de cárcel o de convento, reducidas y complicadas para la convivencia material, desiguales para los niños que corren en ellas como enjaulados o para quienes comparten vida con alguien que les asusta. Habitaciones donde es probable que solo «esa avecilla que nos canta al albor» sea lo poco que en estos días nos sostiene en el mundo sensible de las cosas que se escuchan, tocan o huelen sin intermediarios. Estas habitaciones no emanan la paz de la campiña inglesa, pero, para envidia de Newton, están conectadas. La soledad hace tiempo que ha dejado de ser algo individual, tampoco la ansiedad lo es, están diseminadas en las conexiones, viajan como esos virus que toman trenes y aviones y se besan promiscuamente usando nuestras manos. También la esperanza es compartida y es contagiosa.

Habría sido hermosamente mágico que, llegada esta ansiada concentración, todos hubiéramos avanzado en los proyectos adolescentes

cargados de optimismo, placer y poesía, ese tratado sobre el orgasmo o esa novela sobre la amistad. O, mucho mejor, que hubiéramos implementado respiradores, ideado nuevos medicamentos, averiguado claves para que la gente no muera, fórmulas para desmontar la opresión. Pero abofeteados por la urgencia de la enfermedad y los cuerpos frágiles, corremos el riesgo de que la filósofa, el artista o la escritora de novelas se hagan pequeños y se pregunten: ¿para qué sirve lo que hago?, ¿a quién cura este libro?, ¿qué aporta mi trabajo al bien común?

Lo pienso.

Lo pienso mientras le escribo, le escribo mientras miro la ventana. Imagino que la pequeña sombra del extremo superior es mi caracol, Newton, pegado al cristal, un cristal punteado de gotas. Si fuera un niño, estaría echando su vaho al vidrio y dibujando iniciales, ensimismado, apoyando su cabeza de ojos-tentáculo y preguntándose si las gotas sufren al golpearse o si sufren las nubes al derramarse como regueros de tinta incolora sobre Madrid. Siempre hay gotas de lluvia en los poemas. Afirmaría que no hay poeta que no haya suspirado frente a la lluvia a este lado del cristal. Y, ¿sabe?, deseo con intensidad que quienes pasan las horas en sus casas iluminadas estén descubriendo a los poetas que llevan escondidos y que sus palabras fermenten.

No imagino la poesía como motivo de discordia en las riñas que estarán teniendo los que conviven. «¡Amor mío!, ¿cómo puedes no temblar al leer este verso?» Pero si le dan la oportunidad, aparecerá para que lo que punza sea un agarre y no un tormento. Sabemos que la poesía sobrevive a todo, es muy probable que crezca en el sufrimiento, sin embargo no pasa así con los poetas, al menos no con los que tienen la costumbre de comer. Por eso deseo que quienes habitan las casas encendidas en algún momento lean o escriban poesía.

Yo pensaba en usted, pero también en mis estudiantes y amigos que escriben y hacen teatro, en los que dibujan y componen, vagando perturbadoramente entre becas y residencias que lindan en la cuerda floja ante cada crisis que comienza sin haberse curado de la anterior.

Con seguridad, muchos científicos más listos y útiles que usted y que yo están investigando y seguirán haciéndolo dentro de unos meses y años. Deberían hacerlo con más recursos y apoyo, si no sería una enorme pérdida colectiva, pero ¿no lo será también la escritura derramada en el aire, la

experiencia y reflexión dejada caer sin ajustarla a la comunicación o a la obra que nos ayuda a pensarnos en la frontera de lo narrable? Los humanos llevan preguntándose por su fragilidad desde que son humanos y usted, como yo, siente que en las respuestas nacieron la filosofía y el arte. Cierto que una vacuna puede salvarme, pero ¿cuántos libros no me han salvado?

Lo que le digo no está apoyado en ningún experimento científico, no he tomado las necesarias muestras para hacer los ensayos y reafirmar mi hipótesis. Le hablo desde la legitimidad de alguien que lo ha experimentado en primera persona. Es verdad. Lo dicho es resultado de lo vivido. Le habla una humana que superaba cada dolor con una pastilla y un libro. No sabría decirle qué me curaba, porque siempre con cada enfermedad y su respectivo medicamento un nuevo libro acompañaba la convalecencia. No imagino cómo habría vivido sin ambos. No alcanzaría a expresarle hasta qué punto las historias escritas, ilustradas o escuchadas han afectado a mi propia historia, pero ponga muy arriba el listón y se quedará corta. Es más, cambie enfermedad por duelo y sin libros para convivir con ello tampoco habría sobrevivido.

Sin embargo, debo afirmar que la salvación de la cultura puede ser doble en los casos de efectividad testada. Quiero decir que tiene varias hojas, entre ellas, una para quien lee y otra para quien escribe. Y aunque digo escribe, podría igualmente afirmar actúa, dibuja, compone o crea. Porque seguramente a ellos también les salva. Es la paradoja de todo esto, que no les alimenta porque muchos trabajadores creativos pierden sus trabajos en cada crisis, pero de una manera que solo ellos conocen, *crear* les salva. Y algunos se escudarán en esto para que regalen su trabajo por voluntad propia o recibiendo un donativo de aplauso o de cariño, porque dan por hecho que lo harán de todas maneras. Hay cosas que si se callan terminan por ser asumidas, más en las crisis, como que hay trabajos que sirven para vivir y otros que valen preferiblemente como regalos. A esa pulsión que íntimamente les salva es a lo que se agarran los creadores cuando la cancelación protagoniza sus días. Cada vez que el mundo tiembla se reordenan las prioridades. Pero, ojo, hay quien aprovecha para volver atrás. Y nadie sabe a qué parte del sujeto apuntará el próximo conflicto, si serán los pulmones o será el espíritu. También es frágil el cuerpo político.

En nuestras conversaciones sobre este tema, usted lanza y reitera la pregunta por la utilidad de la cultura buscando quizá arropamiento y

renovación de razones. Me la lanza como una pelota que busca ser devuelta: ¿para qué vale un libro? Me dormí dándole vueltas, saturada del grito de las cosas obscenamente útiles e, inevitablemente, soñé con ello. Soñé que los libros de la biblioteca me escuchaban al leer o hablar en voz alta de este asunto y que andaban revueltos. Contenedores de conciencia, por el día también ellos oían cómo se les cuestiona y por la noche se arrojaban al vacío. Arrastrándose en la madrugada como reptiles sin patas, se fueron desplazando de una pared a otra y salieron por la ventana. Cayeron en los contenedores que hay en la puerta del edificio. La mayoría en el de basura y algunos en los de papel y plástico. No era ese su destino sino un obstáculo. Lo vencieron y lograron salir, se mojaron en los charcos, atravesaron las calles y se refugiaron en el parque donde interactuaban con animales. Tentados a hacerse salvajes también ellos, rompieron sus viejas afinidades que los unían en saberes acotados y probaron a crear nuevas tribus. Soñé que unas especies se mezclaron con otras y simbiontes probaron a procrear entre ellos. Pero los hijos que nacieron parecían invisibles como los virus y andaban flotando por el aire buscando cazar alguna mucosa de ojos por la que penetrar. Infectaron a varios paseantes de perros.

Los jardines y las calles abandonadas empezaron a ser transitadas por libros sin miedo. Algunos se resignaban a su futuro material como nido de pájaros, columnas de casas de vagabundos o a decorar las paredes de los restaurantes. Los valientes contaminados los fueron recogiendo y limpiando. Revisaron sus páginas una a una comprobando daños en las letras. «Está todo en su sitio menos la página 45, que tiene una mordedura de perro. Al final había una página embarrada.» No eran pérdidas importantes. Se puede vivir sin ser un completo estándar, lo sabemos.

Mientras los curaban, los leían y amansaban. Habituados a las sensaciones que proporcionan las historias visualizadas en las exitosas plataformas de televisión en línea, los lectores quedaban enganchados a lo que contaban los libros, con más preguntas y espacios vacíos, sin la denotación pormenorizada que da la imagen más cerrada a la imaginación. Porque las historias visualizadas en su fascinante despliegue sensorial eran también más intrusivas en su invasión silenciosa, donde sin intervalo entre el entretenimiento y el trabajo muchos quedaban como hipnotizados. Como todo se lo daba la pantalla el esfuerzo intelectual y la imaginación quedaban delegados en ella, que lo hacía todo.

Los que leían, sin embargo, era como si pudieran hacerse ciegos temporalmente activando su mundo interior, como si toda su concentración no estuviera focalizada en la imagen. Haga la prueba, «lea un relato» e imagínelo mientras lee. Con seguridad será más libre y propio. «Vea la película» y probablemente la recordará como el imaginario de todos. Cuando los humanos leen, pueden sentir claramente que no son el objeto, que algo dentro les late como sujeto autónomo, que también pueden construir hacia dentro sin limitarse al bombardeo que fuera le proyectan los otros.

Cuídese, R.

Un parque de atracciones (la vida era esto)

Querida amiga:

Usted me escribe contándome que aplazaron la publicación de su reportaje, que anularon la inauguración de su obra de teatro, que está en un ERTE. Usted me dice que en este desastre, y dado que está encerrada, aprovecha, como yo, para escribir. Y yo me digo que la escritura debería reconocer a la reclusión como madre. Pienso en nuestra situación y en la de muchos investigadores y creadores a la intemperie de la incertidumbre laboral, pero liberados del pluriempleo, agarrados quizá a la mezcla de concentración y miedo que les da este tiempo de clausura. Pienso también en los que solo escriben como única ocupación porque son ricos o porque raramente en ella logran hacer confluir pasión y sueldo. Y veo a estos últimos como figuras santificadas a las que rezar y pedir lucidez para alcanzar ese estado que presupongo un mito o una suerte de cielo que solo funciona como motivación y horizonte, pero que difícilmente se logra.

Si en estos tiempos existen esos seres que le digo y que logran hacer que converjan vocación y sustento, deben ser dos, pues la mayoría están aplastados por colaboraciones y demandas que les entretienen haciéndoles opinar sobre todo. De existir, deben estar escondidos para que nadie sepa lo afortunados que son. Sería sumamente difícil vivir a su lado porque andaríamos babeando ante el caramelo todo el rato. Desconocen que para muchos de nosotros es nuestra «primera vez». La primera vez que hemos podido concentrarnos sin interrupciones en días consecutivos. Y me resulta

algo fatigoso que este tiempo venga presentado como un castigo o una pérdida de derechos que exige obediencia, cuando lo que más he encontrado ha sido concentración y gratitud callada. ¡Qué nadie sepa que lo vivo como un regalo!

Sin embargo, temo que nos arrebaten esta oportunidad de estar escribiendo, callados o aburridos, porque el mundo se está inquietando, pidiendo pronunciamientos y conexiones constantes, reiteración de la misma respuesta a la misma pregunta, volver a lo de siempre, estar hablando o comunicándonos todo el rato, produciendo monstruos que duran poco tiempo. ¿Por qué temen permanecer en silencio?

Un tiempo de reclusión y silencio habría sido el regalo empaquetado que habría querido recibir yo en todos mis cumpleaños como adulta. Es como esa oportunidad que le dan al niño de ir al parque de atracciones. Sabe que durará solo un día y que la visita terminará y tendrá que volver a las anodinas cosas diarias de la mochila y el recreo. Pero ese día solo y exclusivamente jugará sin descanso, todo el tiempo. Y después, cada día el niño soñará con volver y en lo más profundo soñará con vivir allí indefinidamente, a ser posible como maquinista de la montaña rusa.

¿Imagina si al terminar la reclusión obligada todo volviera a ser como antes, cegados por la socialidad perdida, y no pudiéramos quedarnos con la atención recuperada? Sería muy duro habiendo subido en esta noria durante tantos días. Quizá algún aprendizaje quede, un mínimo mohín de desaprobación y resistencia capaz de contagiar a otros. Si no, el mundo volverá a apabullarnos con mil tareas minúsculas, como quinientas sábanas o ansiosos leves, saltando sobre carreteras y calles recalentadas. Y lo están por miles de desplazamientos innecesarios para fichar por lo que, con sentido, muchas personas hacemos mejor en nuestra casa.

Pero temo que no seamos capaces de equilibrar y que oscilemos de un lado a otro, o que al vivirlo como imposición rebotemos de un lado a otro. Temo que cuando quienes contratan entiendan que el trabajo no siempre precisa oficina, caigan rendidos al extremo opuesto de la productividad insaciable del trabajar en casa, donde la invisibilidad busca contrastarse con hacer y el capital saca provecho. Temo que la invadan pidiendo desactivar el párpado de la cámara por defecto, controlando a distancia, inundando la vida de requerimientos que ocupen días, noches y madrugadas, perdiendo los tiempos de tránsito que nos permitían cambiar de actividad. Si

oscilamos de la movilidad acelerada de antes a la disponibilidad sin párpado del cuarto propio conectado, solo el cuerpo parará, pero nosotras (más que un cuerpo) seguiremos aceleradas. Es el trabajo el que debe subordinarse a nuestra vida y no a la inversa.

Cuídese, R.

LA EXPLOSIÓN DEL MUNDO MATERIAL

Querida amiga:

Por dentro somos muy blandos, más babosa que insecto. Si las puertas están cerradas y las conexiones apagadas podemos incluso derramarnos en la habitación. Derramada, sueño con prolongar mi encierro lo suficiente como para curarme de la prisa, lo necesario para volver a leer sin interrupciones. ¿Se imagina si lo logro llegando incluso a lamentarme de estar adentro? Es muy probable que después de la reclusión el cuerpo rebote explosivo, lamiéndose y saltando al ritmo de interminables fiestas; que la contención del distanciarnos busque resarcirse en el contacto, que la vida aislada brinque a la masiva del roce de los cuerpos, pero la carne está ahora sola y acotada en habitaciones.

Aquí, toco mi cuerpo como si fuera el de otros y convierto la pared en suelo, el techo en suelo, me enfrento a la gravedad como se enfrenta Newton, me salen ventosas de las manos y camino por la pared y entre las lámparas. Soy un gusano que se arrastra por la verticalidad sin miedo, buscando llegar a donde se tuerce una curva o a donde se esquinan amanerados pared y techo. Cuando desciendo, lo primero que me pregunto es ¿dónde está Newton? ¡Cuidado! Ni por mis ojos ni por su tamaño es fácil verlo, pero «lo intuyo». En casa he aprendido a moverme despacio.

Newton tiene la lealtad de un perro y la poca exigencia de un insecto. No intervengo en sus trayectos cuando lo imagino yendo desde la ventana al baño, o subiendo por el sofá hasta mi cabeza. Si en esos casos lo ayudara subiéndolo directamente, sería como si alguien nos cogiera de la camiseta siendo niños y nos pusiera ya ancianos en la cama de la residencia, no tendría ni una pizca de gracia.

Esta tarde creo que merodeaba por la pantalla de televisión. Las imágenes cambiaban demasiado rápido como para jugar a seguir una línea,

pero me he detenido al imaginarlo montado en la curva logarítmica de afectados por el virus dejando un rastro de mucosa sobre la pantalla.

Pienso en esa mucosa y me digo que hasta hace poco nadie diría que una baba es peligrosa. Ahora, sin embargo, un estornudo es una bomba y la saliva un arma de destrucción masiva. Ese transparente y acuoso, viscoso líquido, blanquecino en su espuma que se espolvorea cuando enfatizo las palabras o se hila como un cordoncillo de croché desde las comisuras de mi boca cuando duermo, es un transbordador espacial para el virus. Me alegro de librarla a usted de este peligro.

La saliva no lo sabe y piensa que está ahí como otras veces para humedecer la membrana mucosa y facilitar la digestión. Pero es solo una tapadera. En realidad, los microorganismos usan su tecnología biológica a modo de minúsculas navecillas que les trasladan desde mi boca a su nariz. Más les vale no matar, pues si muere el que hospeda se les terminará la fiesta y menos probabilidad tendrán de seguir viajando.

Aventuro que cuando Michel Foucault en su prefacio sobre *Las palabras y las cosas* advertía de los insólitos encuentros de innumerables seres de «podredumbre y viscosidad hormigueante» en la saliva, no imaginaba que años más tarde ese asunto estaría tan presente en nuestra vida cotidiana, trayendo a un primer plano la inquietante monstruosidad invisible que es capaz de congregarse en la boca y moverse desde ella. Si por lo menos imagináramos a las personas que han llevado a determinados virus y bacterias, podríamos afirmar que nos ha llegado una gota de saliva o un microbio que fue contenido por Mary Wollstonecraft, y cual *groupies* fetichizar no ya lo que han dicho o tocado, sino lo que han contenido sus cuerpos. Puestos a valorar, igual mérito debieran tener unas palabras de espíritu que unas moléculas de cuerpo.

Hace unas semanas nadie podía sospechar que la saliva estaría en la misma mesa de debate que política, alarma y confinamiento. Habiendo dibujado tantos peligros espantosos y bélicos capaces de ser geolocalizados, todos pasamos por alto que la enormidad que nos acechaba era tan pequeña. De poco les valdrá a quienes compran armas disparar a la cabeza del virus. Debieran en su lugar contratar a un investigador. De poco les valdrá usar un enervante lenguaje bélico para vencer al enemigo, cuando saldrían ganando asumiendo las palabras de quienes cuidan y hacen ciencia. Esas mujeres que le ayudan saben que la victoria es siempre un invento, una ficción

convenida, que en todos los casos se convive la mayor parte del tiempo con lo que nos enferma y nos mata.

Y no sé qué opinará usted, pero a mí me parece que cuando palabras imprevistas como *saliva* y *política* se nos presentan con cercanía repentina, puede que algo de los estantes que sostienen nuestras culturas y saberes esté cambiando de sitio. Así como en nuestra época las palabras de un gobernante pueden abarcar en el mismo párrafo «ayudas económicas para las grandes y pequeñas empresas» y la petición de «lavar la ropa a más de sesenta grados» o de «evitar salpicar de saliva a los otros». Nunca los gestos domésticos tuvieron tanta importancia, conscientes como somos de que mientras los gobiernos y economías hacían cuentas con sus grandes números proyectados en multitudes, alguien anónimo, un sujeto desapercibido, un ser que como tal era «uno» se frotó los ojos cansado, o se rascó inconscientemente la nariz en un lugar de Wuhan llevando una minúscula gotita con virus a un rostro humano. Y fíjese, hasta lo enorme comienza pequeño, así como un humano afecta a toda la especie. Tantas cosas que comienzan en uno y pueden contagiarse para cambiarlo todo.

Se contagia también lo hecho con voluntad y sentido. Deme unas manos y el día menos pensado tocaré el piano, teclearé a ciegas, acariciaré el vello invisible pareciendo acariciar la piel. Yo soy de escombros, pero mi voluntad es perpetua. O lo era hasta que el cuerpo comenzó a boicotearla a cada rato. Es por ello por lo que me seduce la tecnología hecha artefacto o pastilla para activar y gestionar mi productividad cuando el cuerpo se me rebela. Pero también es por ello por lo que temo sucumbir a esta artificialidad adictiva y he decidido aprovechar el confinamiento para librarme de los ansiolíticos que necesitan receta. Me vendrá bien reducir dependencias, aunque de solo pensarlo ya me duele el estómago. Cada una de las pastillas tomadas precedía a un contacto humano, una clase o una reunión con personas borrosas cuyas palabras sonaban pastosas. La pastilla me ayudaba a no ponerme nerviosa. Quiero decir que les ayudaba a ellos, porque evitaban la incomodidad de que yo me pusiera nerviosa y les perturbara con mis gestos incómodos de «no te veo», «no te entiendo». Esas pastillas me llevaban a un estado pleno de ataraxia, esa imperturbabilidad del alma que me permitía socializarme mientras me convertían en una yonqui. Ya las echo de menos. Busco activarme para olvidarlas, busco activarme para limpiar y limpiar. Mientras limpio, fantaseo con el rostro de

mis padres abriendo la puerta y conmigo sepultada de basura, reforzando el temor de que un frágil es siempre y en los aspectos logísticos alguien rotundamente «dependiente».

Ante el riesgo de que las cosas ocupen el limitado espacio donde vivo, debo limpiar y cortar ramas. En mi obsesión por evitar la acumulación, busco dejar espacio para moverme, para tocar los objetos y para oler. Las ventanas son para mí una nariz ampliada. Esos orificios permiten que sea erróneo afirmar que estamos dentro cuando el afuera entra. Más ahora que el afuera de Madrid está hecho de aire menos contaminado.

Pensará usted quizá que me conformo con poca cosa poniendo el umbral en respirar aire que parece aire, pero el cuerpo es más consciente de que es cuerpo cuando puede comparar los umbrales que normaliza con otros mejorados.

Así al menos lo vivo yo cuando advierto que el desasosiego con que abro el grifo y apenas lo oigo no estaba antes, cuando abría y simplemente me lavaba la cara. Entonces lo normal no era andar escuchando lo sobrentendido. Yo andaba pensando en mis cosas, dando por hecho que el agua nunca ha sonado excesivamente o que venía tímida. Seguramente usted no se ha detenido a escuchar el festival de agudos azules y metálicos modelando el volumen del agua al caer. Tampoco yo hasta que estrené mis audífonos. Es desde su nuevo umbral que puedo comparar. Es desde ellos que me quedo embobada sentada en el baño escuchando este sonido claramente duplicado, como un eco, en el lavabo y en mi cabeza, en el oído-máquina.

No percibir el agua que cae por un grifo abierto conlleva el riesgo de accidente por el chorro saliendo como por el caño de la fuente, sin ser una fuente, pero también está la pérdida estética y, si me apura, la pérdida ontológica. Tantas cosas que existen por su sonido y que desaparecen si no las oyes.

¿Sabe que el respirar también suena? ¿Y qué me dice de los pasos al caminar? Hasta hace poco me suponía sigilosa como un gato y resulta que he caminado rotunda con mis plataformas y suelas de goma. Se me hace raro. Pisar fuerte es un posicionamiento en el mundo que me obligaba a estar al tanto.

Con los audífonos sigo sin identificar bien algunas palabras y determinadas voces, pero escucho mis manos al rascarme el hombro sobre

la ropa, o cómo suena el pelo al mesarse. Sin embargo, la epifanía mayor, la que casi me hace llorar el mismo día que integré estos aparatos en mi cabeza, fue comprobar poco antes de llegar a casa en Madrid que la plaza de abajo estaba repleta de pájaros. Alguna vez había pensado en ellos, pero di por hecho que la contaminación y las molestias urbanas los habían empujado a migrar y que eran incompatibles con la ciudad moderna. Qué tristeza haberme conformado con semejante razón, porque resulta que estaban, que en ese lugar viven familias y ciudades de pájaros que hablan su idioma de agudísimos píos, y lo hacen con la algarabía propia de una festividad de nacimientos masivos o de primeros vuelos. ¿Puede imaginar lo que sentí al escucharlos de nuevo como si fuera la primera vez? Todavía ahora, pasados unos meses desde que llevo los audífonos, al ponérmelos solo a ratos vivo con intensidad esa recuperación de fondos en mi mundo. Es como si me recordaran a cada rato que las cosas están en su mayor parte escondidas y que la percepción no depende solo de tu especie o de tu cuerpo, sino muy especialmente de qué lente o tecnología estás usando, como esas pruebas para identificar si vamos con virus a cuestas.

No sabría contagiarle aquellas percepciones de estreno, pero ojalá pudiera, porque me hicieron sentir como una niña con la conciencia de una adulta. Tanto era así que el sonido cambiaba el escenario vital y todo me parecía reconocible pero renovado. Ojalá hubiera podido abrazar y agradecer al grupo de ingenieros e investigadores responsable de idear estas miniaturas amplificadoras para recuperar sonidos y, con seguridad, para escuchar incluso alguno más de los que oyen los tristes humanos sin máquinas en sus orejas. No sabe lo que se pierde teniendo un cuerpo estándar sin amplificación tecnológica.

Tantas cosas que habían estado a mi alrededor y que yo había pasado por alto por no tener la máquina adecuada. Descubrirlo y sentir que hemos podido vivir sintonizando un umbral más indefinido del mundo en algo mitiga esta rareza. Aunque la conciencia no tiene por qué ser suave. Al contrario, es altamente probable que te llegue como una bofetada, cuando por ejemplo se intenta compensar lo que no ves con lo que no escuchas, y mueves la cabeza hacia tu interlocutor para orientar uno u otro sentido hacia su boca sin lograr cazar lo que se pronuncia, porque ahora estos sentidos no siempre se complementan. Los dos filos de este perecer llevan a un lado la risa y al otro la angustia, y cada día quedarán escorados hacia uno u otro

lado sin poder evitarlo. Por eso, benditos sean esos ingenieros, científicos e investigadores, los creadores que las imaginan, pero también quienes cuidan de sus ropas y comida para que puedan afinar relatos, fórmulas, cables y circuitos. Lo hicieron para que yo escuche ahora estas teclas que toco, y que suenan como latidos ajenos a si la tecla corresponde a una «s» o a una «a» sin estar sonando *ese* ni *a*. Hasta una coma silenciosa suena, tic, como suena un punto antes de dejar de escribirnos.

Cuídese, R.

CUIDARNOS (EL TRABAJO ESENCIAL PARA EL TRABAJO)

Porque debe ser más fácil para nosotras, (...) ver o escuchar nuestros trabajos con el fin de compartir nuestras estrategias y aplaudirnos y criticarnos unas a otras. Porque es importante ver conectado nuestro trabajo con la vida cotidiana de nuestras amigas si deseamos descubrir cómo queremos enfocar las cosas, reflejarlas, reforzarlas o cambiar el *statu quo*.

ANNIE SPRINKLE, «Manifiesto Riot Grrrl»

Querida amiga:

Newton es como un gato y como un humano, se deja querer. No estoy familiarizada con otros caracoles y desconozco si Newton es un caracol estándar o carece de algún miembro o apéndice básico para su especie. Solo lo intuyo y procuro no abusar de la lupa con luz para no cegarlo. Tampoco me atrevo a toquetear su caparazón, tan frágil para mis pies, pero tan fuerte para mi dedo índice.

Los cuerpos humanos no tenemos propiamente un caparazón, lo más similar serían los chalecos antibalas o las armaduras bélicas o quijotescas, pero no solemos usarlas, entre otras cosas porque no está claro de qué manera habrá que batallar con los gigantes. El cuerpo en sí mismo es blando, salvo cráneo y extremidades, duros cuando somos adultos, pero cuando nacemos somos tan frágiles que necesitamos ser cuidados por largo tiempo. En las teorías evolutivas se dice que con la bipedestación de

nuestros ancestros las hembras fueron estrechando el conducto del parto y los neonatos nacían más frágiles, precisando mayor tiempo de atención hasta tener cierta autonomía. La bipedestación como avance evolutivo hizo a los humanos más interdependientes. Los recién nacidos humanos, tiernos y enroscados en sí mismos, llorones y sonrojados, carentes de recursos propios, necesitan más cuidado que una jirafa o un elefante que al poco de nacer ya caminan.

Tumbada en el suelo con Newton en mi cabeza, estirada mi espina dorsal, subo y observo mis piernas de especie humana, admirada de que puedan sujetarme y erguirme cuando camino, pero me nace un pesar profundo pensando en la diversidad de cuerpos dependientes cuando nacen, cuando envejecen, cuando enferman o cuando sus diferencias les hacen precisar ayuda, o cuando sus diferencias simplemente les sentencian a cuidar a los demás. ¿Por qué quienes cuidan se parecen tan llamativamente? ¿No tienen los humanos varones brazos para acunar o manos para alimentar a un anciano? ¿Por qué algunos tienen los pies con alas y otros los pies tan atados a la tierra?

Tener dos brazos y dos piernas, dos ojos y dos orejas, una nariz y una boca, un tronco completo y relleno de órganos, unos genitales, dos pies, dos rodillas, una cabeza con cuello y un cerebro operativo, un alma de cultura y vísceras y líquidos entrando y saliendo por sus agujeros más o menos supurantes... ¿Se ha preguntado si usted tiene todo esto y funciona de acuerdo con unos umbrales de normalidad? O a falta de algo, ¿tiene algún dispositivo tecnológico que le ayuda, magníficas prótesis de titanio, precisos audífonos, piernas mecánicas, órganos artificiales, sofisticados caracoles hermafroditas, o en su defecto vive con alguna persona que done o venda su tiempo para ayudarle?

Así como hay diversidad de niños y diversidad de viejos, hay cuerpos y cuerpos. Cuerpos amputados, sin pie o sin pierna, sin dedos o sin manos, sin orejas, sin brazos, sin riñones y atados a una máquina de diálisis, con un corazón artificial, sin pulmón, sin trozos interiores, sin visión, sin olfato, sin oído, sin la posibilidad de hablar. Como en todo, la escasez y la ausencia marcan la pobreza en los cuerpos. También lo son los muy niños y los muy viejos, los que dependen de otros. ¿Hay entonces un límite? Pongamos, hasta aquí llega la renta de un cuerpo pobre y desde aquí comienza la de un cuerpo con recursos. A simple vista, parece que los hay que la superan con

creces, una suerte de poshumanos amplificados, deportistas, de órganos fuertes y belleza canónica. Se parecen a los superhéroes norteamericanos y a simple vista nada puede con ellos. Aunque, de pronto, también pasan días en el hospital, también mueren y sufren y no les salva que todos se queden con la boca abierta cuando los ven tan guapos y completos. En general, todos los cuerpos por serlo son frágiles.

La forma de cuidarlos es diversa, y mientras unos dedican tiempos a entrenar y a mirar cómo lucen sus cuerpos, otros los llevan al médico para que los miren a través de diversas lentes y lupas. Así, los que podríamos llamar cuerpos pobres utilizan todo el cuerpo para trasladar su parte enferma del cuerpo a ser vista por una doctora especialista en estómago, por un doctor especialista en ojos, otro en oídos, una en tiroides, otro en riñón y uno en huesos. Como si fueran piezas separadas, al unirlas con los tratamientos respectivos cabe la posibilidad de que las piezas no encajen bien, porque un humano no es una suma de partes de cuerpo, sino que es «un cuerpo». Esto puede generar un desajuste normalmente psíquico que provoca alguna otra enfermedad ambigua y difícil de diagnosticar, e incrementa la ansiedad por no poder gestionar el propio cuerpo como si fuera «un cuerpo».

Por cada cuerpo pobre suele haber una persona preocupada o cuidando. A nadie extraña que la mayoría de esas personas han sido y son mujeres. No me refiero solamente a las enfermeras y a las madres, sino a las cuidadoras de cuerpos pobres que son en su mayoría mujeres pobres, tan mal pagadas como diluidas en el sistema. Cada anciano, cada niño y cada enfermo llevan la sombra de un sujeto feminizado escondido y que no suele salir en las fotos, o si sale está difuminada o cortada. Piense en cómo continúa esa mano que lleva la silla de ruedas, esa pierna junto al carrito, esa silueta que prepara la comida. También suelen estar encorvadas, puede que por aquello que le conté de la puesta de sol, sí, es altamente probable.

El mundo que viene necesitará un ejército de cuidadores para los cuerpos pobres. Muchas cuidadoras tienen cuerpos pobres que pronto necesitarán cuidadores, pero la mayoría no pueden permitírselo porque también su economía es pobre. Por alguna razón, pocas personas sueñan o quieren ser cuidadores. Con lo mucho que cobran y lo valoradas que están resulta extraño.

A poco que usted rasque detrás de la publicidad con fotos de jardines

arbolados y habitaciones individuales en algunas residencias de ancianos que parecen hoteles, se le caerá más de un decorado y encontrará la ambición lucrativa y no social de quienes buscan los máximos beneficios al menor coste. Y ese menos coste tiene que ver con los sueldos de estas cuidadoras, con el contrato temporal y la precariedad cronificada de quienes cuidan, privadas de la esencialidad del valor de su trabajo. Y si mira en las casas particulares de aquí y de más allá las encontrará en muchos casos sin contrato y sin garantías, como si la pobreza de muchos garantizara que son fácilmente sustituibles.

¿Podría pasar que en nuestro tiempo de concentración pensáramos en ello? La sociedad que viene no puede seguir sosteniendo la vida y los cuidados abusando de las mujeres pobres que escalan hacia el norte, endeudándose o desollando sus cuerpos para ser antecedidas y sentenciadas como «del sur». Es muy probable que si sus condiciones mejoran estos trabajos dejen de estar feminizados como lo está la culpa. A mí me parece que cuidarnos es el suelo sobre el que se asienta todo lo demás y que tanta cualificación y sueldo deben tener una cuidadora como un profesor o como un ingeniero. Ahora que el negocio de los grandes beneficios para unos pocos ha desvelado el fraude de algunas privatizaciones de la salud y los cuidados, las mujeres no pueden asumir como siempre que, entretanto nos recomponemos, se ocuparán ellas de lo no visible, de lo no pagado, de lo esencial desposeído de valor.

Cuidémonos, R.

Cuerpos y resentimiento

Hay cuerpos que llevan un sello en la frente. El sello dice de dónde son y les asigna un acento y expectativa determinada. La educación sirve para borrar esos sellos y que una persona pueda elegir si mantener o no los acentos, poses y destinos transformables en sus cuerpos. Casi siempre esos sellos son presentados por la cultura de origen desde el honor de pertenecer

a un grupo, pero usados por otros para someter y caricaturizar hasta que brota necesariamente el dolor y el resentimiento.

Notas. Cartas a Sibila

Querida amiga:

¿Se ha preguntado alguna vez en qué conflictos inútiles habían estado perdiendo el tiempo nuestros torpísimos y manirrotos padres para no ganar dinero ni gestionar lo común como esos ilustrados padres de países ricos a los que no tambalea ninguna crisis? ¿En qué cosas inútiles hemos estado perdiendo el tiempo la gente del sur para que las crisis siempre golpeen más en este abajo? Pero ¡qué desastre!, ¡qué poco talento!, ¡qué holgazanes!, ¡siempre al sol y de fiesta! Y le diré que no tenemos conciencia de ello. Juraría que las personas que conozco y yo misma somos trabajadores y, diría incluso, responsables. Pero es como Newton sobre mi cabeza, que no lo ven, ¿será que vamos tan rápido que ya solo presuponemos que una cultura es su caricatura? ¿En qué momento los hermanos ricos, a los que imaginamos tan limpios e inteligentes, prefirieron cultivar sus flores y poner una pantalla de plástico opaco para pasar por alto las asimetrías de mundos mientras chorrea desconfianza por sus bocas y por las nuestras como si nos diéramos besos de sapo y nos escupiéramos en la sopa? ¿En qué momento nosotros nos convertimos en los ricos para otros?

No debe hacerme mucho caso en este asunto porque escribo con el estómago y con seguridad le digo cosas que después negaré y sepultaré de matices y contexto, «había bebido, me había excedido con la medicación...». Pero necesito que me acompañe en la náusea. Tengo, como habrá visto, una resentida conciencia de clase que me convierte en una auténtica bocazas. Me pasa desde niña, cuando llegaban al pueblo los señoritos que vivían en el chalé de la sierra. Realmente vivían en la ciudad, pero en vacaciones ocupaban una enorme casa de campo que coronaba la cima más alta del parque natural que dejaba el pueblo en sus faldas. Tal como lo recuerdo, ellos no podían evitar ser tan ricos como para dar simbólicas becas a algunos niños de la escuela del pueblo, ricos como para tener apellidos compuestos y un árbol genealógico enmarcado, ricos como para tener un ciervo en su jardín, ricos como para no mezclarse con nosotros en las fiestas, ricos como para tener un cuerpo distinto y en todo lo

que pueda imaginar opuesto al de mi padre, ricos como para mirar a los demás entornando los ojos con un elegante movimiento de párpados y no girando el cuello ni inclinando su estilizadísima espalda, ricos como para que sus padres y abuelos tuvieran estudios y redes de contactos, ricos como para vivir «arriba», que es como vivir al norte, ricos como para ver en los de abajo potenciales criados porque habitualmente lo eran. Desde pequeña he sido una acomplejada por este vínculo que en muchas cosas encajaba el patrón norte y sur con el arriba y abajo. Siento estar recolocando este asunto ahora que algunos de mis amigos son o podrían ser estos que vivían en la sierra, o cuando de manera más rotunda veo a quienes vienen de un sur «más sur», convirtiéndonos en norte, frente a quienes repetimos patrones mirando de lado y sintiéndonos resentidos ridículamente.

Estudiamos para borrar ese patrón y para que nacer arriba o abajo no te condicione a repetir una estirpe de desigualdades y seamos más libres. Lo vamos logrando y de adultos nuestros amigos empiezan a ser indistintamente de arriba y de abajo. Pero no es lo mismo ganar igualdad que perder privilegios y quien los tiene se resiste y los usa para hacer las normas. Normas hechas para todos, pero hechas desde arriba, pero para todos, pero desde arriba.

De acuerdo, he sido una acomplejada con heridas abiertas por recuerdos y risas tomando a broma mi acento, pidiéndome cantar y bailar sin yo saber y sin que me gustara. Una acomplejada por no haber podido estudiar en los liceos donde te enseñan a hablar en tres idiomas y te abren puertas para salir de abajo. Una acomplejada porque cuando disimulaba mi acento y borraba todo atributo relacionado con una identidad cultural geográfica escuchaba despotricar a los de al lado de esos vagos de abajo que viven de subvenciones y a los que solo les gusta la fiesta. Una acomplejada consciente de todos los privilegios que posee quien vive en el sur que es el norte de la mayoría.

Y me dirá que los prejuicios de unos y otros los retroalimentamos como si fuéramos respectivamente una masa homogénea que se comporta como uno siempre frente al otro y no al lado del otro. Y sufro por ello, porque somos colectivo y singularidad, y acepto que los énfasis de esto que digo nacen de una simplificación estereotipada. Pero en ambos casos son clichés que no perjudican por igual porque vienen de la asimetría y tienden a beneficiar a quienes se sitúan cerca del poder y el capital, dado que el

mundo está más diseñado por ellos. En la afirmación reiterada es más difícil liberarse del sambenito de *vago* que del de *déspota*. Ante la duda, el poder y el dinero hacen las normas y buscan a sus iguales o a los más estilizados para la foto, *a priori* no se entrará en consideraciones éticas sobre por qué en los sures van encadenando crisis y sumando cada vez más deudas. La única dificultad que en este asunto encuentran los del norte por habitarlo es que probablemente sean el sur de otros que están más arriba, aunque los hay que parecen tocar el cielo con la punta de sus dedos. Si el mundo fuera justo no habría nortes y la vida esférica del planeta nos ubicaría a todos en lugares relativos.

Cuídese, R.

GESTIONAR LA CULPA (LOS MALOS HIJOS)

Querida amiga:

Solo puede morir discretamente quien no está conectado, quien no se ha atado al cordón umbilical que nos monitoriza con un teléfono o un botón de teleasistencia. Pero incluso estando conectado, puedes morir solo en una habitación de hospital o en el dormitorio de un piso del centro con el móvil sin batería. Tantos que mueren sin tener claro si se han despedido, si las últimas palabras a su hijo o a la vecina han sido «a cuidarse», «recoge mi correo» o un gemido de dolor como un gruñido que podía ser «ay», «ven» o «vete». Sin palabras comprensibles y acotadas, sin gestos afectivos, en la prosaica obediencia de un cuerpo penetrado por cables o enrollado en sí mismo, uno no piensa en despedirse sino en sobrevivir y que no duela. Mediados por máquinas sin altavoz que registran los latidos de un corazón hasta que se aplana, todo les confunde entreviendo humanos vestidos como extraterrestres, enfundados con plásticos antiébola. Imagino que es difícil hacer balance o echar de menos cuando todo tu cuerpo lucha por respirar, por coger y expulsar aire como único propósito y condición necesaria para todo lo demás. Qué mecánica tan sencilla y qué atroz su parálisis, y su soledad, para quien resiste entre tubos o encerrado en un viejo piso del centro. Qué atroz para quien ama de lejos sincronizando en cuerpo ajeno esta impotencia, siendo testigo que telepatiza la despedida como si viviera dentro del cuerpo de su padre, pero estando a cientos de kilómetros de ese

cuerpo que se apaga. Usted me cuenta que su madre vive sola en otra ciudad y que finge poder con todo. En un tiempo transversal y mudo que trasciende al diferenciado «cada día», a usted y a mí nos angustia la culpa de no estar cerca de nuestros padres viejos.

Tantos años dan para ser un viejo si eres un perro, un tiburón, una vaca o una tortuga. Pero, si eres humano, ¿qué supone ser un viejo? Viejo es ¿el jubilado?, ¿el que ya no es productivo?, ¿el achacoso?, ¿el cuerpo frágil?, ¿el que ha vivido? ¿Cuántos años son suficientes para sentir que uno ha vivido?, ¿cuántos son suficientes para sentir que algún otro ha vivido? Decidir qué es un viejo parece importante en estos tiempos en los que serlo puede situarte en el lado de lo descartable, especialmente cuando la vida nos coloca ante el dilema, tan reiterado en las ficciones, de «hay dos sujetos y solo salvavidas para uno». Pero ¿cómo?, pero sí...

A poco que usted observe, verá que hay tantos tipos de viejos como de humanos. Algunos de setenta años dicen de sí mismos que ellos no son viejos, que los viejos son sus padres de noventa a los que están cuidando. Otros actúan como jóvenes sin esfuerzo. Los hay que se venían quejando desde que tenían cuarenta, y los que se escapan de las residencias antes de que les cierren las puertas. Muchos nos vemos en un futuro, cuando no unos pocos sino una gran mayoría seamos viejos, ante el conflicto de si entonces se cribará por años, por enfermedades o por cuenta bancaria como criterio. Habrá quienes ni siquiera tengan que tomar estas decisiones y esquiven todo atisbo de conflicto ético con un buen plan de pensiones y una economía saneada. Vuelvo a las andadas, pero me cuesta obviar que es tranquilizador ser rico y vivir arriba, tan impecablemente limpio tu cubo de basura, con tu sistema de previsión testado, tu fondo de garantías y tu deuda por la que recibes dinero frente a los que se pelean como niños tontos en algún sur, decidiendo sobre los que son viejos o pobres, o están enfermos porque son pobres o son pobres porque están enfermos y además son viejos.

Sé que últimamente todos pensamos en lo que supone ser viejo. ¿Cree usted que ochenta años dan para ser un viejo? Pienso por ejemplo en mi padre. A mí me parece que, dado que no fue un niño «niño», tampoco sería ahora un viejo «viejo». Por lo que sé y lo que él cuenta fue alguien que nació y vivió de milagro. Nacer pobre te despoja de edades y de atributos, te convierte en todo caso en un superviviente. Crecer sin padres también. Todavía, siendo lo que podríamos decir un viejo, sigue siendo un

superviviente. Indudablemente su cuerpo está ahora más gastado que cuando era niño, pero cuando lo fue era tan pobre que para el mundo de entonces casi no era sujeto.

Ahora debiera verlo. Es fuerte, de carne prensada y de pequeña estatura. Sus manos y brazos son gruesos y musculados a pesar de su edad. Capaz de levantar una caja de libros sin aparentar esfuerzo. Con sus dos operaciones de cáncer y sus nuevas rodillas de titanio, que agradece como su mayor tesoro al hospital público, puede subir esa caja por unas escaleras de veinte peldaños sin decir un «ay». Con lo que ama es un entusiasta. Sigue ocupándose de sus olivos, a los que echa abono, quita las malas hierbas y los supervisa como si ese trabajo fuera un regalo. Cada día suele dedicar varias horas a caminar por la sierra y si la temporada lo permite trae espárragos, setas, cardillos, higos o almendras. Cultiva habas y hortalizas y sería capaz de proporcionar alimento a una casa si no llegaran al pueblo los transportistas con productos envasados para las tiendas. Hasta hace poco si había que ayudar a algún vecino porque se le rompía un grifo o una puerta, era capaz de repararlos. Hace un tiempo se metió en la casa en llamas de la vecina para sacar la bombona de butano y evitar su explosión. Si había que ir a por un herido a la sierra iba, y a poner la lápida a algún muerto en el cementerio también iba.

Con todo lo que le digo verá que, para una sociedad de carencias y preocupada por cuestiones materiales de primera necesidad, mi padre es mucho más útil que yo. Verá que es un viejo porque en su documento de identidad reza su año de nacimiento. Que tiene muchos años, o que está viejo porque su cuerpo está estropeado por el uso, pero le insisto en que no es un viejo «viejo» y que vive y habla como si siempre hubiera tenido los mismos años. Y aunque le hayan antecedido sus virtudes, debe saber que no es un ángel bondadoso ni tiene un carácter afable. Con poca paciencia hacia los que trabajan con él, es exigente en sus tareas y muy impertinente con los que le desagradan. Por el contrario, es amable con las personas que aprecia e incondicionalmente sumiso con aquellos a los que ha servido, los ricos, los ilustrados, los extranjeros, los que visten traje y le sacan uno o dos palmos de altura, los que le fotografían como un aborigen de la sierra. A esos de espina dorsal perfecta y erguida casi les hace reverencias y no muestra, como yo, ningún resentimiento porque le haya tocado nacer a este lado y con estos cuerpos, lugar e historia. Es como un acto reflejo

interiorizado con el que sobrevivió sin ir a la escuela y parece tenerlo cincelado en una parte del espíritu que es ya más de piedra que de carne.

Un superviviente, un viejo y un niño. Y no hay mesura en este último que le vive dentro. Si usted habla con él, una y otra vez volverá al mismo momento, a cuando tenía pocos años y caminaba a la sierra con otros niños y con un grupo de mujeres, antes del amanecer y aun de madrugada. Se reunían en una de las salidas del pueblo y subían para recoger leña. Sin madre y con un padre que transitaba por los cortijos, la mayor parte del año era como un animalillo del campo, libre casi todo el tiempo, salvo cuando su hermana adolescente le amenazaba si la leña no estaba lista para preparar el fuego y hacer la comida. Recuerda el esfuerzo y las dificultades, pero también las risas, y recurrentemente a las jóvenes tan pobres que iban sin bragas y que en la empinada cuesta y sorteando los riscos despertaban la imaginación y el interés de los niños por seguirlas y pillarlas desprevenidas sobre las piedras y ellos como una sombra de risas.

Ahora que la crisis se dibuja y se compara con las ya vividas, todos los viejos en el pueblo estarán recordando y volviendo a esos años de posguerra. El hambre de entonces es un recuerdo duro, pero contradictoriamente hermoso cuando lo narran ellos, porque eran más jóvenes y tenían más vida por delante. Mi padre, de alguna manera, sigue siendo el niño que rapiñaba los higos, como eco aún presente del hambre de entonces; el que cuando las autoridades prohíben salir de casa se escapa por el patio hasta la sierra, atándose en la cabeza un pañuelo verde que le dieron en el hospital y cuya procedencia intuye que le ayudará a alejar a los virus de su boca. Lo hace como si fuera un bandolero amoldándose a su espíritu. He aquí su vocación de brincar por las peñas y los riscos con la cara tapada y sintiéndose libre. Con el pañuelo entra y sale de la casa sin mantener lógica clara. Cuando hago una videollamada, mi madre me lo enmarca sentado con el pañuelo atado mientras ve la tele. Yo no diría que mi padre es un viejo viejo.

Mi madre es distinta y su cuerpo es otro. Deslizado al fango del dolor cervical, abdominal, dorsal, óseo, articular y rebasado en medicación, habita en las salas de espera de los hospitales. Con cada visita a esos no lugares, me he ido acostumbrando a una rara culpa que me nació hace años. La de no estar a la altura de los cuidados que las mujeres sacrificadas reclaman sin hablar. Ni usted ni yo sabemos qué significa tener hijos y

sentirse «mala madre», a lo sumo lo hemos visto en nuestras amigas y hermanas. Es probable que ellas sumen a ese sentir el que tenemos muchas personas de nuestra generación cuando nos sentimos «malos hijos». Es algo que no te deja manchitas de color rojo en la piel, vómito en el hombro, cicatriz visible o alopecia. Es una sensación que se activa cuando vas por las calles del pueblo y quienes viven allí te miran y sonríen haciendo un mínimo gesto de reprobación, proyectando sobre tu nuca el egoísmo de anteponer tu vida como sujeto autónomo a la clausura de dedicarte o apagarte con ellos.

Es mentira que podamos elegir, no somos libres para la culpa. Porque decidas lo que decidas te quedará la presión de lo que tú deseas y de lo que la tribu y la cultura te reclama. Sé que hay muchos hombres que también lo sienten, pero afirmaría que muy especialmente todas las mujeres con las que fui al instituto tienen esa culpa cogida con doble nudo en su alma. He aquí el suelo de toda desigualdad que legitima y alienta silenciosamente el sacrificio asimétrico pagado con asentimiento social, ¡qué buena hija! Así tendrías que ser tú.

¿A quién le importa preguntarse cómo gestionarán la culpa quienes se rebelan contra estas presiones?, ¿cómo ayudará la sociedad a asumir los cuidados desde la responsabilidad social que convierte el trabajo en empleo y no lo da por supuesto en la familia? Si no hay resistencia es fácil convertirse en una frustrada, permanentemente triste, sacrificada por miedo a la mala conciencia. Si usted y yo callamos, será el silencio el que siga repitiendo esa culpa, hasta que hagan ceder las piezas y crudamente devuelvan a las mujeres al pasado o escleroticen sus enfermedades, pero ¡qué buenas hijas!

Cuídese, R.

LA PANTALLA AHOGA, LA PANTALLA SALVA

«Estoy fatal. Me he caído en la lava y me he quemado yo y todas mis cosas de diamante.»

Querida amiga:

Recibí este mensaje a las nueve y treinta y dos de esta mañana, seguido de una fila de emoticonos cuya cara no alcancé a distinguir. Con la lupa las

identifiqué como expresiones tristes cruzadas por un reguero de lágrimas, como el que imaginé en mi sobrina, remitente del mensaje. Casi todos los días de confinamiento emite señales por el teléfono o el ordenador. A veces solo me envía una palabra, la misma palabra varias veces, *tita*. Utiliza el email como se usa el WhatsApp, o quizá más como el golpe de los nudillos llamando impaciente a una puerta, *tita, tita, tita*.

Tiene diez años y anda ansiosa y siempre alerta por los tiempos y la tecnología compartida con sus hermanos mayores. También me llama por eso, para que les presione cuando no hay adultos cerca y su lloro no consigue ablandarlos. No es fácil ser niña confinada con dos adolescentes como interlocutores. Tampoco lleva bien la gestión que hacen sus hermanos de los mundos virtuales una vez que cierran la sesión. Los mayores argumentan la aniquilación final de lo que construyen afirmando que así ella aprende mejor, que solo se trata de un juego y que no pasa nada si todo se pierde. Habituados a los juegos bélicos donde su avatar en primera o tercera persona puede morir, como mínimo, nueve veces en media hora y volver a iniciar partida como si nada hubiera pasado, no me extraña.

Desconozco los detalles del *Fortnite* y del *Minecraft*, pero sé que en este último dan forma a habitáculos con animales y objetos y que dedican mucho más tiempo del que me dicen a esas hazañas, pasando con turbadora facilidad de aludir a la mesa física a aludir a la virtual. Tanto es así que se han acostumbrado a no anteceder sus frases del marco o lugar donde lo que afirman está ocurriendo, y yo sigo sin saber si el gato muerto de ayer era un gato virtual o uno de carne y hueso. O si aquel «me ha destrozado la habitación» que mascullaba uno de mis sobrinos, se refería a una rabieta en el dormitorio o a una aniquilación digital.

Deduzco que lo de la lava ha acontecido en el juego virtual, a no ser que estén jugando con el volcán de bicarbonato. Mi sobrina no suele dar mayor detalle por escrito, solo el desahogo con el resumen de lo ocurrido buscando que llame por teléfono y ampliar su fuerza con la autoridad presupuesta a un adulto. Sí, lo sé, quiere que recomponga las reglas para garantizar que existe un reparto de tiempo más equitativo, para que los más fuertes no se apropien de su turno y para ver si algo se puede hacer con esa destrucción normalizada que la hace estallar en llanto.

Desde pequeña aprendió que a cada juego con sus hermanos debía sumar un presupuesto de defensa. Cuando una pelota era algo pesado para su

pequeño tamaño, ya era habitual verla con dos balones antes de intentar hacer un tiro a canasta. No porque quisiera probar dos veces sino porque una pelota era para jugar y otra para defenderse de sus hermanos si intentaban quitársela.

Sé que mi sobrina espera un gesto de autoridad, pero me ha llamado la atención esa hipotética lección sobre la contingencia que con cierto argumento ha defendido uno de sus hermanos. Sé que lo esgrimen como mera excusa, pero me hubiera gustado que fuera verdad y les he preguntado por esas razones deseando que me convencieran.

No ha sido el caso y sigo sin entender la ligereza con que destruyen lo que han ido creando. No puede ser que no hayan aprendido, indagado o reclamado al videojuego un botón para guardar lo ya construido, para dejar una copia, una foto, un miserable registro que evite esa caducidad extrema exenta de responsabilidad ni aprendizaje. No puede ser que seamos tan dóciles ante la máquina. Esa opción debe quedarnos. No se entiende que lo que llena sus horas se resuma en la contingencia de que todo puede ser sepultado y destruido de un manotazo sin resistencia y sin rebelarse, sin llorar o negociar otras opciones. A mí me parece una lección que no vale la pena. Incluso valorando que lo efímero es parte esencial de la vida o que en gran medida es la vida, hay distintas formas de clausurar una etapa, de dar por terminada una partida e, incluso, de enfrentarse a un enemigo. Si contagiados por el *Fortnite*, entienden que todo se resuelve contando el número de muertos, mala cosa. Se les puede enterrar, se puede despedir al que va a morir y llorar su pérdida, se les puede poner nombre en sus tumbas, se pueden dejar las casas en pie para que los heridos mejoren... No es posible que todo quede en la ensoñación y que no podamos contar con una prueba o un símbolo para volver a lo hecho sin partir de cero, sin repetir tantos errores. Estoy absolutamente con mi sobrina en esto. Deben dejarla decidir sobre su mundo sin el manotazo de destruirlo todo. Tiene derecho a llorar la pérdida de sus gatos, de sus objetos brillantes y de su familia de cerdos.

Me gustaría, pero me cuesta, explicarle a usted hasta qué punto esta forma de amor hacia mis sobrinos me importa mucho y me hace sufrir, porque creo que no se me da muy bien y que en los juegos se ensayan otras decisiones de la vida. Sé que para evitar que les sermonee han fingido aceptar mi propuesta de que cuando jueguen juntos respeten lo que piensa

cada uno y busquen la opción de guardar una copia, que confiaba en ellos. Entretanto, cada cual, yo incluido, ha seguido con su respectiva pantalla de escritura o de juegos. Aunque parezcan distintos, como ya comentamos en otra carta, creo que tienen muchas cosas en común. De hecho, da la sensación de que las pantallas nos absorben a todos y, paradójicamente, nos salvan y nos dañan sin que todavía sepamos gestionarnos humanamente con ellas.

Si mis sobrinos me observaran, advertirían en mí muchas de las pasiones y dependencias que su padre les critica cuando dedican sus horas a jugar sin medida. También a mí me gusta hacerlo con la escritura, más ahora que la percepción del tiempo nos ha cambiado. La escritura es para mí un juego muy serio. Un juego que, por mi visión, implica la construcción sobre un fondo negro con personajes como hormigas blancas que, con un poco de suerte, crean frases y sentido. La escritura no sería nada si todo lo escrito cada día desapareciera y clausurara mi partida enviando este archivo a la papelera pulsando después «vaciar». Yo no puedo empezar de cero, necesito lo escrito por mí y por otros como estrato para pensarme sobre ello. Con seguridad lloraría más que mi sobrina y mis emoticonos crearían un mar de lágrimas. A algunos les basta solo con las pantallas, con verse y mirar, pero sin la escritura usted y yo nos quedaríamos mudas, ciegas y sordas, por no poder afrontar lo enmarañado de un mundo que finge comenzar cada día.

Cuídese. Con afecto, R.

V. Cartas sobre el futuro y la esperanza (quien sueña espera más)

La filosofía tendrá que tener conciencia moral del mañana, tomar partido por el futuro, saber de la esperanza, o no tendrá ya saber ninguno.

ERNST BLOCH, *El principio esperanza*

Se escribe siempre para dar vida, para liberar la vida allí donde esté presa, para trazar líneas de fuga.

GILLES DELEUZE, *Conversaciones*

EL VAIVÉN CON LA ESPERANZA O UN FUTURO MEJOR

Querida amiga:

Si nos viéramos afuera, con piel y sin píxeles ni letras, compartiendo un café o un saludo, apenas notaríamos las fragilidades de nuestros cuerpos. Hablaríamos de la temperatura y de las mascarillas, de cómo ha cambiado la plaza o el café. Nos contendríamos para no tocar a cada rato el brazo de la otra y sonreiríamos con los ojos y con la boca mientras tomamos un té. Querríamos causarnos buena impresión y llevaríamos una ropa que nos gusta y que nos hace sentir cómodas. Por lo que la conozco y cuánto me conozco, en la actitud que va con la presencia del cuerpo, ofreceríamos la impresión de ser personas vitalistas.

En mi caso y a favor de este argumento diría que tengo tendencia a sonreír y a empatizar, a levantar el ánimo ajeno incluso con el ridículo o la burla propios. Mantengo desde que recuerdo un rostro aniñado y redondo que chirría con mis arrugas y años, una voz aguda y adolescente y un cuerpo demasiado pequeño para abrazar cómodamente a los altos. En una reunión académica me dejarían fuera por tener aspecto y actitud de candidata y no del tribunal que juzga. No parezco saberlo todo ni siquiera sobre saber poco, aunque algo sé. Apenas nadie advierte que tengo ojos abatidos porque mi maquillaje les entretiene. Mi timidez es de tipo nervioso que igual me hace enmudecer como no dejar de hablar hasta que apaguen las luces. Pero todo esto es lo que va con la presión del cuerpo y el contacto rápido, porque si me viera a solas sin saberme observada o si me conociera despacio y adentro, sería como cuando me lee, las cosas cambian. Entonces usted me reprocharía (así lo hizo) mi tono triste, yo diría más bien crítico (pero usted diría triste). No había reparado, o no con detenimiento, en que usted comenzó por conocerme inversamente, desde dentro hacia fuera, porque tal vez solo en la escritura dejamos rastros comprensibles de la oscuridad de las capas más profundas e íntimas, allí donde transitó con sinceridad la esperanza y ahora, interesadamente, volvemos a ver si está.

Como tantos otros ejemplos en la vida, todas las capas de una

subjetividad van ordenándose para proteger a las más vulnerables, las más dañadas por la esperanza truncada. No se extrañe si comienzo hablando de mi oscilación con ella y no de la misma como categoría de abordaje teórico. Difícilmente puedo teorizar sobre este asunto poniendo una pátina pulcramente hermética y evitando compartir mis coherencias y contradicciones cuando el párpado propio también sucumbe. Enfrentar la complejidad que esto supone desde el reconocimiento no solo reflexivo y filosófico, sino también vivencial y biográfico es algo que no me asusta. No se desmorona este discurso por hablarle de mi dolor y de una esperanza cogida al vuelo mientas se escapaba. Al contrario, a riesgo de incomodar a algunos, pienso que si en algo queremos conocer y conocernos no se puede privar lo que decimos de razones enmarañadas de experiencia propia.

Así, le diré que si bien en mis sueños, cuando duermo, el pasado se mezcla inquietante con lo que vivo ahora, en mis otros sueños, en los que proyecto como esperanza y futuro, la vida no se me hace pequeña, escribo gran parte del tiempo y me teletransporto, la ansiedad es un pellizco vivible, logro vivir con quien quiero y trabajar en la ciudad que quiero, no me culpo por todo, mis padres no se sienten solos por defecto, contribuyo –no me pregunte cómo– a que otros cumplan sus sueños y a que el mundo no sea un desierto para el alma. Cada día los cambio en sus aristas, pero mantienen una sintonía común y vivo con ellos. No siempre fue así, en una ocasión oscura probé a vivir sin esperanza y fracasé.

Durante ese tiempo, que para mí fue largo, el futuro no me ofrecía confianza alguna. Llegué a temer que todo lo que podía acontecer y dañarme (dañando también a las personas cercanas) acontecería. Vivir con los pronósticos médicos y con los callejones sin salida de la presión social no ayudaba. Con seguridad usted también ha experimentado épocas donde las noticias vienen con rostros serios y pensamientos graves, y se quedan. A mí me llegaron consecutivamente en la muerte física y social de personas que amaba, antes y después en su enfermedad, y en todos los casos sin apenas poder intervenir, como cuando una fuerte racha de viento te abofetea hasta tirarte al suelo o una ola te engulle.

Al principio en ese carro también había esperanza, pero ya le sugerí que era como una polilla. Estaba a la intemperie, la descuidé y se me voló. Endulzadas con metáforas, para al tragarlas envolver los picos y espinas, narré algunas de esas historias en mi libro *Los que miran*, pero la realidad

siempre es más sucia y malhablada, lleva más miedos a cuestas y, como los sueños de la noche, en cuanto te descuidas vuelven a las raíces de la tribu, donde se han quitado las bombillas de las habitaciones, no está claro si para no gastar o para no ver. Tribu que nos revela con determinación que «un párpado ajeno no puede mover un párpado que sucumbe».

En el dolor, los que sufren se vuelven protagonistas de la historia y no son necesariamente los que claudican, mueren o dan centralidad a una épica. El dolor de quienes viven con miedo es un dolor también periférico, desdibujado en su carácter, a no ser que sean niños. Nadie imagina que un niño sea un *sufriente*. Tampoco yo lo imaginaba cuando compartí con mis sobrinos, entonces muy niños, aquella época. Especialmente con uno de ellos que, al morir mi hermana, no dudaba en reconocer su mala suerte como algo profundo que impregnaba sus juegos e historias. Recuerdo que en una ocasión, buscando indagar en sus rutinas, le pregunté por qué pensaba que habían elegido su relato para ser leído en la clase. Me contestó con rotundidad que era el único que «terminaba mal», como casi todo lo que entonces él escribía. Era como si la esperanza se chocara con su menudo cuerpo blindado como cristal frente al insecto. Con el paso de los años, lentamente, fueron apareciendo ventanas en esos cristales que aprendió a manejar. No sé si hoy ese niño podría enseñar algo a quienes se empeñan en disfrazar y esconder lo que perturba sin afrontarlo de veras, como mínimo sabe que la mayor parte del tiempo la vida cuesta o duele.

Tal vez le extrañe que anteceda esta conversación de vivencias que en apariencia no tienen que ver con el trabajo y la búsqueda desde la fragilidad de la *vida mejorada* que hila nuestra charla. Pero lo he decidido así para ejemplificar cómo estas vivencias nos sirven de *medida* para esos otros callejones «aparentemente» sin salida a los que nos enfrentamos y en los que en mayor medida, individual y socialmente, «sí podemos intervenir». Sería hipócrita ocultarlo. Después del trauma de quien puso el umbral vital muy abajo, una se emociona e implica, diría incluso apasionadamente, con los pequeños logros, especialmente cuando tienen que ver con asuntos en los que sí podemos actuar para transformarlos; tanto los trabajos que amamos y llevan la generosidad de dejarnos acariciar lo sensible, el conocimiento y la emancipación, como los que nos sepultan y alienan cargando un peso añadido a nuestras vidas.

Por ello, ante la pregunta ¿cómo enfrentar con esperanza las vidas

cuando parecen ser sentenciadas por la ansiedad y la precariedad?, se me hace que la primera respuesta lleva a valorar todo aquello sobre lo que verdaderamente podemos actuar reavivando nuestra conciencia activa y, diría más, política. De hecho, ante un veredicto que impone un deterioro o declive de los cuerpos que enferman o de injusticias derivadas de conflictos que nos paralizan y cercan, cualquier asunto relacionado con el trabajo parecería menos grave y más pedestre, por cuanto sobre él no se yerguen este tipo de sentencias y poseemos mayor capacidad de intervención. Claro que no es fácil escindir una cosa de la otra, pues los trabajos están cosidos a las vidas y ocupando gran parte de nuestros tiempos tememos que puedan empujarnos al pozo. La esperanza nos ayuda a creer que, muy al contrario, el trabajo nos ayudará dándonos alas para la emancipación, mejorando lo que nos pesa a otros niveles.

Moverse en el trance de provisionalidad, migración y precariedad, pero también en la actividad y la búsqueda, es lo que caracteriza a muchas personas en el mundo contemporáneo. ¿No cree que es una obligación ética y colectiva favorecer el acceso a trabajos justos sobre los que como sociedad sí podemos actuar, más si cabe siendo una condición que facilitaría a las personas enfrentar esas otras limitaciones vitales sobre las que no pueden intervenir? ¿Cómo no vamos a agarrarnos a la esperanza de esos trabajos que tienen la llave de un suelo más estable, de una vida más autónoma, y quizá de una puerta a mundos más sustentados en el bien común y en la ciencia que nos permita transformar lo que nos daña más profundamente?

En la última década he conocido a muchos estudiantes que compaginan sus posgrados con búsqueda de trabajo y cuya vida está enérgicamente afectada por estas motivaciones. Pienso a menudo en dos de ellos que han agitado mis reflexiones sobre este tema. Me pasa que hablando con usted también me parece seguir hablando con ellos. M. C. fue diagnosticado de un cáncer agresivo con el que sigue viviendo, disfrutando de pasiones artísticas por las que abandonó su antiguo, estresante y competitivo trabajo y dando una renovada intensidad a cada cosa que hace. Como si las sentencias que nos enferman o dañan irreversiblemente vinieran como contraste con un plus de esperanza que se infla y nos transforma. No he conocido a personas que vivan con más esperanza su futuro cercano que las

personas enfermas. Él mismo compartía en su historia narrada la gran diferencia entre lo que podemos y no podemos elegir:

¡Hay tantas cosas que no elegimos! De hecho, las más importantes. No elegimos nuestra salud de partida, el lugar donde nacemos, nuestra clase social de origen, el idioma en el que aprendemos a pensar, la religión en la que nos educan, el sistema político del país que nos concedió el pasaporte o las industrias que sustentan su economía. ¿Qué podemos elegir?

M. C., *Notas. Cartas a Sibila*

En teoría podemos elegir (no está claro si ejercer) el trabajo al que queremos dedicarnos. Una elección que conlleva una contrapartida, formarnos hasta poder optar a dicho trabajo, y después seguir formándonos, mientras se visualiza el destino laboral como un futuro que se mueve con nosotros, como si al caminar un paso se alejara otro. Aquí es donde engañosamente ponemos el acento, y a veces la frustración, solo en la elección personal, cuando los trabajos requieren el logro ciudadano de una estructura y contexto social que los favorezcan. Pienso en I. L., otra estudiante, doctora y desempleada, despedida de un trabajo precario coincidiendo con su baja maternal. A lo que suma el temor de que los lugares de apoyo familiar, en los que se sostiene temporalmente, puedan tirar de ella para repetir la historia de la mayoría de las madres que ha conocido. En su caso, la esperanza se infla y se desinfla por pura supervivencia psíquica. El contexto no ayuda, el futuro angustia por la inclusión de una vida dependiente en su vida.

He concursado en bolsas de trabajo y hemos buscado fuera, pero todo parece haberse quedado como callado. A veces sí me entristece pensar que corro el riesgo de desaparecer y ser solo una madre, en un pueblo, o una teta, o un brazo que sostiene a un bebé, sin trabajo, con todos sus libros llenos de leche. Pero luego se me pasa y todo cobra un sentido potente.

Ahora soy capaz de muchas cosas, he podido denunciar mi situación laboral, he puesto límites a personas cuando me he sentido agobiada y a veces clarifico esos momentos de creatividad para inventar nuevos proyectos.

I. L., *Notas. Cartas a Sibila*

Para quien nace, enferma o muere, la pulsión de la vida es grande, pero para quien cuida, la pulsión suele menguar para subordinarse a los otros, en muchos casos multiplicando tiempos y energías para seguir trabajando. La sociedad está obligada a actuar. Sin embargo, pasa a quienes viven estas situaciones que su voz se agota en el adentro y necesitarían una sociedad con voz, con *estructura-voz*. Aunque mal asunto cuando todo «está como callado». Callar hace que muchas como ella «desaparezcan» y ese sería un estrepitoso fracaso colectivo. Su esperanza solo será transformadora si «no está sola». Es ahí donde yo sitúo la esperanza, en esa estructura-voz social que no calle la historia de quien se siente oprimido.

Con afecto, R.

NAVEGAR POR LA ANGUSTIA O LAS BONDADES DEL MALESTAR

Mi miedo es mi sustancia, y probablemente lo mejor de mí mismo.

FRANZ KAFKA

Querida amiga:

No he dudado de que usted vería el caracol que vive en mi cabeza como yo he advertido el grillo que le salta en el pecho con su chirrido interior. ¿A qué negarlo? Son nuestros temores reconocidos, suavizados para la convivencia, enfrentados como señal y brida.

Prefiero poner flores en la conciencia sucia y dolorida de miedo que hacerlo en la ansiedad disfrazada de pose. Sé que la molestia que nace de la incomodidad es esencial para todo lo que puede liberarnos, sea la autoconciencia o el impulso creativo. Es lo que me inquieta lo que hace que

escriba, y esto no tiene por qué azuzar la autoexplotación. Debe ser posible limpiar de abusos, sobreproducción, burocracias y duplicidades los trabajos, alimentar la confianza y la responsabilidad en los trabajadores y reivindicar como tribu mayoritaria la de quienes aspiran a la vida como centro desde el trabajo justo y pagado, no fragmentado en quinientas tareas de autogestión neutralizadora, quienes se escandalizan con la desigualdad y son exigentes con los derechos sociales de asistencia y cuidados a quienes lo precisan. No más angustia en lo que se puede transformar y es tan claramente identificable.

En su obra *El optimismo cruel*,[35] Berlant trata sobre cómo las personas organizan la incoherencia de las vidas que avanzan frente a las amenazas contra la *buena vida* que sueñan. El optimismo cruel de Berlant apunta al desgaste de esta ficción y a «cómo navegar por lo abrumador» cuando se nos hace «callejón sin salida». Del cómo habitamos en ellos se deriva un primer rasgo significativo de las vidas-trabajo de ahora. Me refiero a la normalización de lo descartable, por cuanto contingente y temporal, como sostén de trabajos y también de viviendas.

Como pareja, *temporalidad* y *contingencia* no favorecen comprometerse con las cosas, pero su ritmo mantiene la ilusión de que estamos activos en dicho trance, ampliando la ilusión de un presente dilatado, un presente como única garantía ante un futuro que inquieta. Ambas categorías incentivan el hacer precario que nos permite movernos esperando (activamente) que los vientos soplen a nuestro favor, que podamos lograr algo que nos movilice de veras. Como estrategia de intervención, pienso que subvertir este vínculo se hace imposible si, como mínimo, no se desacelera.

Pero cuesta enfrentar las tensiones de la vida, la violencia cotidiana del apresurado mundo ordinario, cuando se llega a un estado donde, bloqueadas, las personas se encogen de hombros y se quedan paralizadas. Intento comprender, y la situación se me asemeja a la de esa madre real «por lo que no solo supone ser madre», cuando a los setenta, recordando como rutina sus muchos años de trabajo subordinada, primero a su padre y después al marido y a los hijos, de pronto explota y dice o piensa: «¿Para qué hablar?, ¿en qué va a cambiar mi vida si digo lo que realmente pienso a aquel con quien convivo, si pudiera votar por una vez a quien realmente quiero, si pudiera expresarme y tomar mis decisiones sin anteponer las

familiares? ¿De qué me sirve si no tengo un cuerpo sano para escapar, carné para conducir, valor para enfrentarme al que grita, seguridad para comenzar, apoyo exterior, alternativas mejores a seguir apagada pero *viva* cuidando de otros y viendo la televisión? ¿Qué supone *hablar* cuando siento que no puedo hacer nada, que diga lo que diga no puedo cambiar nada?» Esa vieja madre sabe lo que es un callejón sin salida.

Cuando esta situación se vislumbra con claridad muchas personas buscan mecanismos de autoengaño para mantener algún hilo de esperanza. Es fácil empatizar con esa madre cuando ante los conflictos cotidianos que no puede solucionar acude a sus mundos religiosos o afectivos en la televisión. La escuché decir al médico: «No me diga más.» Esa inclinación a la ignorancia es inteligencia del superviviente que para vivir necesita una esperanza en un contexto sin aparente alternativa. Buenas oportunidades para quienes quieran seducirla política y fraudulentamente, entretanto resiste con las misas y las telenovelas.

Si por lo común la tierra se nos hace pequeña y el cielo demasiado grande, con los callejones sin salida el cielo se empequeñece. Mecanismos como el autoengaño juegan con las luces para crear ilusión de amplitud valiéndose de una esperanza liviana y perversa. Esa que tranquiliza y consuela si se mira a grandes rasgos, evitando generar preguntas, empujando a envolverse y dejarse llevar. Pactando con una misma una vida superficial sin los interrogantes que nos hagan tambalear, se idean y apoyan ficciones con nombres diversos que van sirviendo y van creando opacidad ante la conciencia que perturba, mientras todo malestar es alejado con evasivas, sintiendo que una «ya tiene bastante».

En el fracaso humano que supone no ser capaces de dar alternativas a esta mujer y a las personas que viven en callejones sin salida, pareciera frívolo hablar del sufrimiento derivado del trabajo, y de quienes sí han tenido alternativas de formación y autonomía. Algunos considerarían improcedente y de mal gusto de privilegiado compararlas. Pero fíjese que están unidas como la carne pegada a los huesos. Porque es más que probable que huyendo de repetir la historia de nuestras madres que parcial o totalmente son esta, usted haya caído en la inestabilidad laboral y vital que la neutraliza y desactiva críticamente; y que el sistema que favorece que usted ande noqueada en su ansiosa vida-trabajo sea también el que recuerda a esa mujer que no tiene alternativa social, grupo humano de apoyo, ayuda

o escuela de mayores, mientras a usted la va alejando de su necesaria *implicación política,* privándose de voz y privando a su madre (insisto, también por lo que no supone ser madre) de la voz *solidaria* que de usted y de nosotras se espera. Usted tiene unas alas que a ella le cortaron.

Y no olvido que otras formas de autoengaño se construyen a la medida de los tiempos y callejones por los que ahora transitamos. La diferencia sustancial radica en algo tan callado como la *expectativa* de quienes, como usted, han cumplido con lo que la sociedad les pedía, pensando que el estudio, el sacrificio y la movilidad ascendente les ayudarían a lograr una mejor vida pero topándose con la *frustración*. Las generaciones que hoy derivan entre la precariedad y la ansiedad acumulan ambas.

Sin embargo, la dureza de la vida no llega solamente cuando algo material o abstracto que usted busca y en lo que invierte sus más nobles ilusiones le es negado, sino cuando, hastiados en el intento, empieza a habituarse a que ni siquiera puede *soñarlo*. ¡Líbrese de que la pasión desaparezca, de que el sujeto desapasionado, como una máquina, le nazca y endurezca ese desapego, no como un estado sino como una identidad desengañada!

Con afecto, R.

Escenificar el fracaso

Querida amiga:

Como a usted, me hiere ese camino. Y como ante una ráfaga de viento llego a imaginar cómo, ante los intentos fallidos, la ansiedad nos hace caer, cuesta respirar y nos nacen impulsos infantiles. «¿Y si muero?», para, tras los segundos de malograda asfixia, bebernos todo el aire de la sala abierta, del mundo, buscando recuperar la sensación de *renacer*. Porque fingir morir tiene algo de *sentir nacer*, de liberar lo que de ficción tiene una identidad para devolverla al juego y la experimentación.

Tal vez necesitemos escenificar ese fracaso, ese sucumbir, hacerlo en un gesto forzado y dramático de tirar la toalla y caer rendidos como forma de recrear el levantarnos con una expectativa diferente, despertar, sentir que algo hemos cambiado. La diferencia aquí radicaría en quienes se levantan para hacer lo mismo una y otra vez, y quienes prueban a hacerlo de otras

maneras porque algo han aprendido. Claro que ayudaría valerse de imaginación e inteligencia, pero sin lazo solidario el sujeto termina perdido.

El asunto no es menor, como vencer el amago de limitar el cambio a lo epidérmico desde la contingencia que sostiene al sistema. La época no lo pone fácil y suministra todo tipo de recursos de desconexión ficticia que van rellenando los huecos disponibles de vida con historias y pantallas manteniéndonos en la rueda. Nunca antes habíamos podido disponer de un universo inabarcable de ficciones, videojuegos y series a golpe de dedo. Así, mientras escribo, recibo una publicidad de Netflix que dice que si estoy cansada del trabajo puedo minimizar la pantalla y seguir viendo mis series favoritas, como si hoy solo una pantalla curara de una pantalla.

Las de ahora vienen con píxeles, pero cada tiempo favorece determinadas ficciones que ayudan a las personas a gestionar su resignación y su esperanza frente a lo que tienen, a lo que pueden y a lo que quieren ser. Hay ficciones que complacen a quienes se asientan y se acostumbran, pero usted y yo sabemos que también las hay que inquietan y generan incomodidad y angustia. Es más, pueden estar mezcladas, como la vida, y contener elementos que tanto complacen y refuerzan mundos conservadores de vida, como nos generan desasosiego y preguntas. Y disculpe el paréntesis, pero se me hace que en esa posibilidad de infiltración de cambio y de transformación de imaginarios hay un vínculo directo con nuestras vidas-trabajo. ¿No es acaso en la ideación de nuevos imaginarios donde operamos la mayoría de los trabajadores creativos de ahora? ¿No podría ser ese trabajo una oportunidad para soñar posibilidades de intervención crítica frente a los riesgos de opresión simbólica alentados por la cultura de la ansiedad y la prisa?

Me pregunto hasta qué punto la capacidad inmersiva y acaparadora de las ficciones por venir nos permitirían una vida progresivamente escorada o incluso identificada con la ficción, ¿de qué manera esa posibilidad puede ser un recurso de docilidad goloso para los capitalismos por llegar? ¿Con qué arropamiento los mundos virtuales pueden acoger a quienes se sienten privados de mejorar sus alternativas en el mundo material y mínimamente resguardados por una cantidad periódica de dinero y una habitación propia? Sobre su futuro imaginado, esas personas conectadas ¿podrían dejarse vivir en sus maratones de series, en sus videojuegos o en sus redes sociales? ¿Hasta qué punto este abandono que apaga al sujeto no se produce también

cuando se cede a una vida falseada dominada por la impostura? Hay además en este asunto un factor esencial que señala al *tiempo,* porque si un papel es interpretado «todo el tiempo» como le ocurría a la señora Grey, ¿dónde termina lo representado si incluso el sueño navega por esa vida enmascarada?

Como trabajadores del pensamiento o como artistas no podemos esquivar fantasear con el abandono digital en los mundos tecnológicos, ya funcionen como nuevo cuerpo o como droga permanente. Es necesario pensar, desde el malestar que provocan, en las formas de *adormecimiento* que se traman y por venir, ¿a quiénes beneficia ese mundo?, ¿a quiénes neutraliza?, ¿cuáles son sus consecuencias? Y me parece que esa raíz descansa en la pérdida de confianza en lo colectivo, en cómo estando juntos en la pantalla muchas personas se sienten más solas y perdidas que nunca. De forma que diluir la confianza en lo común, desconectar de ello, puede implicar regalar la vida comunitaria a la mediación tecnológica que nos gestiona, sucumbir a una desconexión de lo social, viéndonos acompañados pero sintiéndonos solos en nuestras habitaciones conectadas.

Con afecto, R.

El paso atrás (vacilar, tambalearse, mentirse, no mentirse...)

Querida amiga:

Todas las formas de la duda son formas que me interesan. Quien busca aprender algo del mundo debe ponerlo entre signos de interrogación. Más si cabe en estos tiempos en que los números privados de narrativa se ciernen como incuestionable respuesta. Las aplicaciones lo responden todo e incluso se adelantan a lo que usted va a preguntar, terminan su frase, le sugieren búsquedas, queda poco margen para pensar si acaso cabe otra posibilidad para esa predicción o esa estadística. Cuando las máquinas tienen respuesta (y pregunta) para todo, suavemente el sujeto corre el riesgo de apagarse. ¿Para qué malgastar energía haciendo esfuerzos por recordar u opinar si ella tiene la contestación más avalada, la que todos tendrán, si responde y produce al mismo tiempo? La parálisis que genera es equiparable a la dependencia que propicia.

Habituados a un mar de opciones propuestas por los buscadores-oráculo,

se echa en falta entrenamiento para abordar las decisiones difíciles y los callejones sin salida de la vida cuando nos topamos con el muro. Parece que entonces solo fuera posible mantener la sensación de mejoría volviendo atrás y adelante constantemente,[36] atrás y adelante como recurso que nos deja una y otra vez en el mismo lugar, pero «de manera activa». Verá que hay en este gesto una ilusión de experimentar la mejoría en tanto «no dejamos de movernos», pasando por alto nuestro bucle. Y me pregunto si la autoexplotación no es una forma de vivenciar esta escena en el callejón sin salida, un sentirse bloqueados entre paredes, pero no resignados, un estar moviéndonos para sentirnos realizados, implicados en lo que depende de nosotros.

Intento valerme de otros ejemplos vitales que puedan ayudarnos a abordar este proceso y sus contradicciones. Viene a mi mente una escena íntima. Se deriva de la vivencia desde ese otro callejón sin salida que es vivir con un cuerpo enfermo y sobre la que tanto le he contado en mis anteriores cartas. Probaré a deshilarla: cuando el deterioro macular comenzó a mermar mi visión, fijó un umbral de corrección que ya las lentes con más graduación no podían mejorar. De manera casual llegué a una práctica que, si bien no suponía ninguna mejora objetiva en mi visión, sí me ayudaba a suavizar la sensación de pérdida. Solía entonces aprovechar algún mes del verano para usar lentillas con un par de dioptrías menos que las prescritas. Algo que para un número elevado no era demasiado perceptible, pero sí mínimamente. No lo hacía por un afán masoquista y de castigo hacia mi cuerpo. Muy al contrario, lo hacía por recuperar la sensación de *avance* cuando los médicos y ópticos me decían que no podían hacer nada más por mí. Pasado un mes, volví a ponerme la lentilla correcta, entonces la mejoría era y no era un engaño. El resultado durante los días en que retomaba la lente actualizada era bellamente placentero al recuperar un poco más de detalle y foco respecto al mes anterior. Sin embargo, más allá de la percepción objetiva, lo que comparto con usted es algo sutil que tiene que ver con un optimismo artificial pero auténtico, que no anulaba ni aplazaba mi juicio racional respecto a este juego premeditado. Una experiencia que me proporcionaba una sensación breve pero real de mejoría. Si estas lentes que no existían hace décadas me ayudan a mejorar la visión, ¿por qué no habría de esperar yo otros artefactos o intervenciones científicas y tecnológicas que ahora no existen, pero mañana sí, para volver

a experimentar un avance como un logro real y concreto, mantenido en el tiempo? No, no es absurdo recrear la sensación que mantiene activa la esperanza en lo que, no dependiendo de una, sí depende de la mejora colectiva, de la investigación y de los logros comunes.

Nadie dudará del efecto que supone, de la alegría de vivenciar una mejoría, del disfrute que provoca algo que puede ser recreado cuando la ciencia y la tecnología (aquí y ahora) no proporcionan de momento mejoría real. Ante las sentencias, sea una enfermedad sin tratamiento, sea una ansiedad vital enquistada como callejón sin salida, es común que las vidas busquen maneras de sentirse mejor y de mantener activa la esperanza en lo que no solo depende de uno, sino que requiere de una necesaria acción social, de una respuesta comunitaria y solidaria. Recrear este avance es un recurso que ayuda a quienes viven la falta de alternativa, conscientes de que la vida está atascada o el cuerpo está impedido «ahora», pero no está claro que lo esté «mañana». Mi gesto solo vale íntimamente, pero me recuerda que si yo no puedo más que recrear el alivio como un juego, la comunidad científica puede convertir el juego en avance, y al vivenciarlo lo afirmo, lo cuento, se lo escribo a usted, mientras convierto el juego en rito recuerdo que los científicos y médicos trabajan para ellos y para nosotros.

Lo que en mi caso ha ocurrido en estos últimos meses ha sido hermoso y quiero contárselo. Me pasó que en el juego de la sustitución de lentillas por otras de menor graduación después de una reciente operación de retina, justamente las del paso atrás fueron las que de manera azarosa y sorpresiva supusieron un avance. Los doctores con sus mejoras médicas y tecnológicas tenían como objetivo evitar el crecimiento de un agujero macular, sin embargo la operación no solo logró cerrarlo, sino que mejoró mi visión sin necesidad de las lentes de graduación máxima. Fue emocionante descubrirlo casualmente en este juego íntimo donde esperaba una satisfacción en la fase dos y llegó inesperadamente en la fase uno de este paso atrás, cuando usaba la lentilla antes insuficiente. Nunca está claro en qué punto del gradiente podremos enfocar lo que nos pasa, pero no tiene necesariamente que ser una carrera ascendente o exponencial, hay retrocesos que de pronto nos permiten sintonizar una capa del mundo que dábamos por perdida. Pero esto suele pasar con la ayuda de otros.

Así, dar un paso atrás para volver al mismo sitio tiene distintas lecturas cuando hay *premeditación* en ello, porque conciencia y autoengaño (como

proceso de negación a racionalizar una evidencia) son palabras opuestas. Y me parece que en esta conciencia donde se revela un autoconocimiento del engaño el sujeto tiende a experimentar maneras de avivar la ilusión, de integrar el «no sentido» como juego, de experimentar el logro sabiendo que es artificio, de penalizarnos con la oscuridad para valorar la luz, de ensayar el dolor para recrear la recuperación, de tener en mente que algo está mal y debe ser mejorado.

Porque es cierto que en todo paso atrás hay un juego de reversibilidad donde se puede volver una y otra vez a lo mismo como un ratón en su noria, activo pero bloqueado. Sin embargo, cabe la posibilidad de que dicha reversibilidad tenga efectos y en algo volvamos siendo distintos, un cambio interno, una actitud, una estrategia que difiere, un pozo que bordea el muro, un agujero donde encontrarnos con otros, la autoconciencia como germen de una respuesta capaz de contagiar a otros, una esperanza (activa) que alza la mano y reivindica que la sociedad actúe para romper esos muros.

Con afecto, R.

TRABAJOS PARA SER FELICES Y DESLEALTAD DE *OUTSIDERS*

Debemos apagar el burdo resplandor del anuncio y de la publicidad (...). La próxima vez que usted vaya en automóvil por un camino en el campo, piense en la actitud del conejo encandilado por la luz de sus faros, con sus ojos vidriados, rígidas las patas. ¿Acaso no hay buenas razones para creer (...) que las «actitudes», las falsas e irreales posiciones adoptadas por el ser humano (...) se deben a los faros que paralizan la libre actuación de las facultades humanas e inhiben la humana capacidad de cambiar y de crear nuevas entidades completas, de la misma manera que los potentes faros del automóvil paralizan a los menudos seres que caen de la oscuridad a su luz?

VIRGINIA WOOLF, *Tres guineas*

Querida amiga:

Ciertamente, cuando un foco de luz nos encandila la respuesta es inmediata. Una se ciega por la divina emanación luminosa, a lo sumo entorna los ojos y se queda paralizada como ese conejo de ojos vidriosos ante el coche. El foco enciende una posición estereotipada y cualquier vida mínimamente compleja respondería de manera similar ante el dios brillante. Es lo que cabe esperar frente a quienes manejan luces capaces de cegar u obnubilar, así como pasa con las herramientas de poder e influencia, limitando los tiempos de reacción y la capacidad de cambio. De aquello escrito por Virginia Woolf, recuerde que, frente a la posición de poder y riqueza, dominio bélico y patriarcal, presentada como «natural» cabría posicionar a las *outsiders*, las que están fuera de esa sociedad de poder. Su sugerencia nos sigue valiendo también para advertir que, si los primeros se sirven de medios enfáticos como campañas, grandes nombres, congresos, así como de las medidas públicas que sus riquezas promueven, las *outsiders* hacen «experimentos», habitualmente en el espacio privado. Pero no olvide que ese espacio antes solo privado ha sido transgredido con internet. Las personas *outsider* están solas y conectadas en casa, hablamos, estamos juntas. Esa potencia *outsider* nos insta a experimentar en la esfera que antes era solo privada, buscando desmontar la centelleante felicidad mercantilizada alrededor de las vidas-trabajo. Ya sabe, recuperar (recuperarnos) a los «amargados» o críticos de la cultura, aquellos que se sienten desvinculados de «las lealtades irreales». Para este cometido le propongo comenzar pensando en eso que entenderíamos como «trabajos felices». La imagino irónica sentenciando que no existen trabajos felices, mientras piensa que tiene una clave que rebate dicha afirmación.

Porque reconozcamos, por ejemplo, la felicidad que el trabajo de la escritura nos ha proporcionado a nosotras, o la que la interpretación dramática, el poema punki, el concierto, el cómic sobre aquello de lo que no se habla, el experimento sin testigos, el guión para la nueva serie, el estudio científico, una vacuna en sus últimas fases, la tesis en su cierre, el cartel multiplicado o lo que esa práctica imaginativa y desdibujada proporcionan a los trabajadores creativos. Si entendemos la felicidad como un gradiente y no como un absoluto, claramente nos sentiríamos sencillamente más felices pasando más tiempo en esos trabajos que sabemos hacer y nos gustan. Sería hermoso cumplir ese deseo porque nace de la expectativa, pero no olvide

nuestra esperanza, que es otra cosa y aquí implicaría creer que la sociedad trabaja por mejorar nuestras vidas.

Si el trabajo implica en su concepto ser una práctica *pagada,* pienso si acaso un «trabajo feliz» no sería solamente un trabajo placentero sino también un «buen trabajo» en cuanto que trabajo justo. Justo para quien trabaja y para la comunidad, sean quienes contratan, quienes se benefician de ese trabajo o quienes forman parte de la sociedad donde nacen y se transforman los trabajos. Hablando de esa justicia deseada (como esperanza), el buen trabajo sería bueno no solo para quien lo ejerce. Ese buen trabajo debiera contribuir a ayudarnos en la vida. Pero ¿ayudarnos a qué?, ¿a acumular cosas?, ¿a ser más productivos?, ¿a vivir sin queja?, ¿a lograr dinero para consumir más? Incluso contemplando que los trabajos debieran ayudarnos a vivir mejor, no encuentro felicidad llevada por la conciencia que no venga adelantada por un grado necesario de crítica e inconformismo, de pregunta: «¿Por qué ese sí y yo no?» Pero también: «¿Por qué yo sí y ese no?» Y me parece que en esta cuestión solidaria no hay forma de poder más clara que la que hoy se empeña en orientar determinado tipo de trabajo bajo determinado modelo de felicidad.

Le traigo algunos de los ejemplos que Sara Ahmed,[37] apoyándose en los estudios feministas, *queer* y negros, identifica cuando hablamos de relatos de felicidad y formas opresivas. Por ejemplo, los relatos del «ama de casa feliz», la crítica negra del mito del «esclavo feliz» o la crítica *queer* de la sentimentalización de la heterosexualidad en términos de «dicha doméstica». En ellos no pasa desapercibido cómo determinados modelos conservadores de poder se afanan por describir a las personas críticas con estos relatos como personas «infelices» o incluso «amargadas».

Fácilmente encontraríamos en ese grupo a feministas, inmigrantes, activistas y a toda una familia inconforme de investigadores y creadores *outsiders* que aquí nos interesan. Su identificación conservadora no pretendería sino acotar un lugar disuasorio y poco deseable para quienes merodeen dichas identidades. Recuerde que «estas identidades» están muy presentes y diría que *protagonizan* el trabajo creativo e intelectual más comprometido, el posicionado políticamente.

Pero volviendo a la *felicidad*, ¿no cree que al igual que pasa con la *creatividad*, la felicidad es hoy una de esas palabras fetichizadas como reclamo, recurrentes y manoseadas como atractor publicitario de los estilos

de vida? Ambas adornan eslóganes, proyectos, presentaciones y objetivos de la cultura neoliberal. La creatividad se pide y se adelanta como descriptor de un contexto de trabajo, como cualidad presupuesta en el trabajador, mientras la felicidad se anuncia como destino, como propósito que moviliza.

Escuchamos cada día: «sé creativo» o «busca tu felicidad». A fuerza de reiterarlas pareciera que su invocación fuera suficiente allí donde compramos y vendemos producto con envoltorio y entre novedosas aplicaciones, confiando en que el título corresponda con el contenido. «Pollo», dice en letras grandes un envase refrigerado en el supermercado, como ese otro dice «Trabajo creativo». Y ni siempre hay «pollo» ni el trabajo es creativo, a veces el trabajo ni siquiera es *empleo*.

Incluso aceptando que la *felicidad* es un invento cultural fruto de «un consenso», también es efecto de las intersecciones del poder y sus escaparates. Un consenso sostenido, sugiere Ahmed, por disciplinas científicas como la historia y la psicología, la política social, la economía o la arquitectura, que incluyen la felicidad como «indicador de progreso».[38] Y bajo esta lógica, como consenso, la felicidad es acordada como lo deseable para una mayoría, lo que escolta a determinados modelos de vida y no a otros, uniéndose a opciones vitales y laborales relacionadas con ideas o cosas que parecen investidas de «felicidad»: matrimonio, familia, casa, dinero, trabajo, amor... De forma que lograr (o acercarnos a) estas cosas o establecer relaciones con ellas pareciera ponernos en su camino.

La instrumentalización de la felicidad permite rediseñar pautas sociales, favoreciendo determinadas políticas de la ilusión que empujan a las personas a vivir conforme modos concretos, a sentir como deseable algo predefinido y propuesto. Es decir, algo que se disfraza de *elección* después de haberlo alentado como *deseable*. Ya sabe, presentar como ambicionado lo que un determinado poder quiere normalizar.

Como era de esperar y en sintonía con las vidas cuantificadas de ahora, los estudios contemporáneos sobre la felicidad vienen además apoyados por investigaciones que afirman «medir» la felicidad. Toda medición implicaría un desglose en categorías para operacionalizarla y establecer umbrales que favorezcan de algún modo «empaquetarla» y, cada vez más, comercializarla como motor de vida y futuro. Se contribuye así a organizar las industrias que en torno a la *felicidad* hoy se prodigan buscando enfrentar la ansiedad y

el malestar. En esta línea, no extraña que empresas, países y organizaciones compitan para ofrecer valores más altos de felicidad buscando atraer a consumidores de sus formas de vida a través del turismo, como si fueran productos vendibles (aun cuando esos bienes son y serán cada vez más volátiles por las pandemias y el cambio climático), productos en los que aspiran a sostenerse cuando no tienen otros modos productivos estables en los que apoyarse, como por ejemplo la ciencia y las industrias innovadoras. «Venga aquí, tenemos buen clima y somos un lugar feliz.» La lógica que moviliza estas industrias está claramente atravesada por intereses sociopolíticos y económicos que se apoyan también en un imaginario construido por la *clase creativa* (hay dependencia en este círculo).

Usted lo sabe bien, pues los medios en los que como periodista trabaja son los principales valedores de los resultados de las investigaciones y campañas que racionalizan y promocionan la felicidad como algo planetario y global, pero no se esfuerzan en recordar que lo hacen con criterios culturales que nacen en el mundo occidental y bajo fuerzas neoliberales. Los criterios, ciertamente, son modificables, y bajo el cartel de felicidad pueden ajustarse a vender tanto modernos mundos urbanos, viajes infinitos, o tranquilos contextos rurales al borde de la despoblación. Solo cabe enfatizar lo que en cada momento interese ser promocionado y rentabilizado.

En su dinamismo hay un poder de intervención social que nos implica a todos como parte del juego. De manera que, por ejemplo, en épocas de conflictos latentes se puede recordar a los pobres o a los precarios que los ricos también lloran y enferman, que hay cosas que como pobres les pertenecen y compensan su resignación, como si sentirse felices fuera la ganancia que a los marginados del sistema se les otorga por mantener la paz social y seguir siendo productivos. No tiene dinero y tiene un mal trabajo, pero es feliz con lo que tiene. ¿Ha observado cómo las personas más sumisas suelen aparecer con frecuencia como personas premiadas con el veredicto de la felicidad? ¿Ha advertido además que en el tiempo de invocación de la creatividad predomina la *copia,* y en el que publicita la felicidad como producto predomina el *malestar?* Ambos se entrelazan como motor de la impostura sobre la que reflexionábamos anteriormente. Toca entonces preguntarse: ¿qué dificultades para la resistencia a cambiar un imaginario y modelo de vida vivible nos encontramos cuando la factoría

capitalista del éxito se apropia del trabajo creativo y de una felicidad acotada al modelo más beneficioso para dicha factoría? Creo que para comenzar esa resistencia, tendríamos que vencer el encandilamiento de los focos del poder, entre proclamas y estilos de vida construidos como mundos deseables. Descubrir lo que hay detrás del decorado genera que para los trabajadores *outsiders* esa felicidad siempre sea convenida y contradictoria, porque se desvela en función de lo que «venda» para no chocar con los motores capitalistas. Motores que tanto gritan: «triunfa, produce, acumula cosas, compra, gana dinero, adelgaza, come, produce más...», como animan a calmar al inconforme, aplacando su posible levantamiento con entretenimiento, dependencias y tranquilizantes. Diría más, para los *outsiders* la felicidad sería un producto que busca venderse pero que (ellos saben) en su esencia no puede comprarse. Por estas razones, no debiera generarles ninguna lealtad con las fuerzas que la promueven ni, tampoco, hacerles confundir con algo negativo el imprescindible *malestar* que implica la conciencia cuando no esquiva lo que perturba y relativiza la felicidad. Porque esto no supone desesperanza, contrariamente esto no nos resigna.

Con afecto, R.

La solidaridad y el ejemplo feminista

> (...) nunca pares de tocar mis agujeros supurantes, am
> pliando mis fronteras; (...) no hay fronteras PERO EN
> ESPIRAL-ESPACIO NO HAY ELLOS solo hay «nosotrxs».[39]

Querida amiga:

Yo diría que la fuente de la escritura que nos enreda en esta misiva amplificada es la intimidad como vía para el autoconocimiento también en lo relativo a nuestra esperanza. Nace de la tarea de frotar y desincrustar las máscaras sabiéndonos protegidas, aliadas en una solidaria vulnerabilidad compartida. De la intimidad germina la conciencia no cuando nos resignamos con el vómito, sino cuando es *autonarración.* Pero de ella nacen también otras muchas formas, así como la lava, el humo, las piedras y la ceniza salen de un mismo volcán. Abro las ventanas voluntariamente para

usted y usted responde de manera recíproca. Algo aquí nos iguala, diría incluso fraternalmente.

Bien mirado, es una pauta que nace en la sororidad, y juraría que es fácil descubrirla en el uso que el feminismo hace de internet. Observe, si no, cómo ha sido capaz de dar la vuelta a la falla crítica de la exhibición de lo privado, convirtiéndola en oportunidad política y empleándola para denunciar lo opresivo, lo que duele y es injusto, lo que funciona como motor de desigualdad.

Frente a la crítica hacia internet como motor de exposición y mercantilización del sujeto, el feminismo ha logrado usarla para visibilizar y compartir lo privado desde una intencionalidad política, mostrando que lo emancipador de la intimidad no es habitarla permanentemente, sino poder habitarla, desmontarla y significarla *libremente*, manejar la compuerta como un párpado propio. Con sagacidad visionaria, Virginia Woolf[40] sugería que aunque sea desagradable que las puertas se cierren y la dejen a una afuera, quizá sea peor aún «estar encerrada dentro».

Y si los lenguajes del poder y de la historia son parte de lo que el feminismo critica en la subordinación histórica de las mujeres y en la colonización de su intimidad, no debe sorprender que nos ayudemos de prácticas creativas que nos permitan desmontar discurso y escrituras, sin limitarnos exclusivamente a los métodos y formas de la palabra, sin docilizarnos a sus tradiciones ni a su costumbre de acallar la subjetividad cuando la escritura se dice *pensativa*.

En esta introspección se ha apoyado la creatividad feminista al considerar como núcleo de representación la vida privada e íntima de las mujeres. Los escenarios son recurrentes: la casa y el cuerpo, las jaulas, la vida doméstica, un mundo infinito de puertas y habitaciones en las que entrar, pero de las que no siempre se ha podido salir.

Ahora bien, esos cuerpos que con frecuencia fluyen en nuestros textos llevan a cuestas el peso de la contención, de haber estado reprimidos por mucho tiempo e incluso estigmatizados parcialmente. No extraña que, como símbolo de las intimidades voluntariamente liberadas, artistas y poetas feministas desplieguen el cuerpo desde la intimidad de sus agujeros supurantes. No solo vulvas, también bocas que hablan.

Las posibilidades feministas de la autonarración de mundos íntimos y privados parecen haber explotado en los últimos años. Hay en ellas un

ejercicio de pronunciamiento del yo, de verbalización y difusión de lo no-normalizado y escondido culturalmente, pero también de lo que siendo íntimo ha sido abusivo. Pienso en las campañas «MeToo» o «NiUnaMenos» y en otras que han movilizado a las mujeres desde la publicación online y la denuncia de experiencias cotidianas que naturalizaban la violencia sobre ellas. Publicar aquello que culturalmente nos enseñan a sentir íntimo e indecible mientras nos daña y empequeñece es una cuestión política. Porque la intimidad también se alimenta de cultura de dominación que crea estructura, y se entrena para que las violencias e intimidaciones avergüencen a quienes las sufren y no a quienes las ejercen. Es decir, para que la violencia sea pilar estructural de muchas intimidades. Y esto también acontece en las vigentes formas de precariedad laboral y de autoexplotación ansiosa.

Ha costado verbalizarla y hacerla colectiva porque en Occidente callar ha sido una cualidad valorada e incentivada en las mujeres. Las convenciones y los prejuicios han conformado gran parte de los silencios y subordinaciones entre lo que el sujeto desea y lo que consiente. Y recuerdo nuevamente a Victoria Camps cuando señala que el tipo de ética que rige los ámbitos público y privado viene dado por las necesidades que las personas deben satisfacer. Necesidades que difieren en cada momento histórico y que nos permiten observar dobles o incluso «múltiples morales». Las que rigen afuera, al otro lado de la puerta, y las que se permiten dentro. Cada época autoriza un tipo de «mentiras consensuadas» que consiente implícitamente, aunque no las reconozca en sus escritos y leyes. Cada comunidad ha ido arbitrando distintos mecanismos para garantizar el mantenimiento de sus límites desde sus formas de poder. Por ejemplo, en nuestra cultura cruzar la frontera de lo privado se ha penalizado al vincularlo con la habladuría o el «chisme», minusvalorando y feminizando esta práctica a la que, por ello, se ha restado credibilidad. Ahí han habitado numerosas prácticas feminizadas sobre las que el poder ha actuado no ya excluyendo, negando u ocultando, sino denostando lo que las mujeres decían. Esa perversa forma de ejercer poder *desestimando*.

Y claro que visibilizar lo íntimo nos expone al escrutinio público, pero también nos libera de la coacción, adelantándonos a la posible instrumentalización de los otros. No olvido entonces que las lecturas sobre un especulado fin de la intimidad en un mundo conectado de vidas-trabajo

son plurales y señalarían tanto a las posibilidades de emancipación y alianza derivadas de la visibilidad de la intimidad política, como a nuevos dominios globales disfrazados de tecnología amable que dibujan, a la altura de su complejidad, otros riesgos para la autogestión de la intimidad exhibida que en estas cartas he compartido con usted.

Mostrar lo que se oculta y duele pero también descubrirlo en los otros es un potente gesto político que se amplifica cuando las intimidades se comparten y van encontrándose con iguales. Así ha ocurrido con el feminismo en internet. Esa alianza es, creo yo, una de las grandes revoluciones de este tiempo en la que no dejo de pensar como modelo para especular sobre caminos posibles en los contextos de autoexplotación y esperanza sobre los que usted me pregunta. Lo hago buscando dejar semillas para la esperanza en la que sostenernos cuando después del entusiasmo nos descubrimos ansiosos y atrapados en una jaula de tecnología y trabajo.

Hay cosas que nacen de la intimidad y nos pertenecen, pero también las hay que no pueden quedarse dentro, porque si lo hacen nos dañan como individuos y como sujetos políticos. Es decir, pueden perjudicar a otras personas, cuando por sus circunstancias ellas ni siquiera han tenido la oportunidad de verbalizarlo. Pasa cada día cuando los trabajadores autoexplotados pero económica y laboralmente no-precarios colaboramos con nuestro silencio e inmovilismo en la precarización y ansiedad de los otros, ay.

Con afecto, R.

ANSIEDAD Y NUEVA CULTURA

(...) nuestro habitual apego a la idea misma de buena vida es también un espacio ambivalente, en el que resulta confusa la separación entre sentirse bien y sentirse mal. Con ello, la lectura de la felicidad pasaría a depender de una correcta lectura de la gramática de esta ambivalencia.

SARA AHMED, *La promesa de la felicidad*

Querida amiga:

Mi malestar es parte de mi conciencia y lo necesito para la esperanza por la que me pregunta. Aprendo a gestionarlo. No es fácil porque las tecnologías contemporáneas de la paciencia no te dicen «espera» sino «entretente». Es seña de la cultura actual, la aniquilación o torpedeo de los tiempos vacíos, el endurecimiento del párpado. A menudo cuando hablo o escribo, cuando pienso, recurro a la metáfora de una casilla vacía como elemento imprescindible para el posicionamiento subjetivo. Como ya me conoce, le resultará familiar.

Esa casilla que permite un paréntesis de distancia ante lo que satura tendría formulaciones cotidianas distintas, desde «tomarse un tiempo» hasta «escuchar» o «cambiar da perspectiva», pero también facilitar un «paso atrás», incluso un tiempo sin finalidad en sí mismo, un «tiempo divergente y ocioso», abierto a la duda y a la imaginación. ¿No le parece que estos tiempos son respondidos hoy por una pantalla con botones capaz de neutralizarlos anulándolos, como si fueran respiraderos que rellena de cemento?

Especulaba Freud[41] en *El malestar en la cultura* sobre la contradicción implícita en culpar a la cultura de la ansiedad y «la miseria que sufrimos», cuando justamente es la cultura la que nos proporciona avances que nos permiten sobreponernos a sufrimientos y limitaciones que antes nos habrían matado o mermado. En su reflexión, Freud señalaba tres fuentes de sufrimiento para el ser humano: «la supremacía de la naturaleza, la caducidad de nuestro propio cuerpo y la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones humanas en la familia, el estado y la sociedad». Sobre las dos primeras sentimos la obligación de reconocerlas como algo casi siempre inevitable, aunque intervenimos buscando una mayor durabilidad del cuerpo y un mayor control de las fuerzas de la naturaleza, asuntos extremadamente presentes en los tiempos de pandemia. Sin embargo, respecto a la tercera fuente de sufrimiento, Freud apuntaba que existe una resistencia a ese malestar de origen social, tal que «no atinamos a comprender por qué las instituciones que nosotros mismos hemos creado no habrían de representar más bien protección y bienestar para todos», es decir, por aquí las instituciones que debieran limitar nuestro sufrimiento «nos generan tanta inquietud y hostilidad». Es ahí donde Freud identifica las dificultades derivadas de nuestra «constitución psíquica».

Sin duda la tecnología y los progresos científicos contemporáneos le permiten a usted una mejor vida si la comparamos con vidas y problemas del pasado, ya superados. En estos progresos ponemos nuestra esperanza afectados por los más graves problemas que como sujetos y como humanos se ciernen sobre nosotros. No olvidamos la fortuna que como mujeres sentimos por haber nacido ahora y no en el pasado, o en este aquí y no allí donde no se garantizan nuestros derechos. En el feminismo creciente muchas personas tenemos esperanza en la cultura que viene.

Usted, sin embargo, me llama la atención sobre cómo algunos de estos logros y progresos que resaltamos le provocan «al mismo tiempo» nuevas dependencias y enfermedades. Por ejemplo, puede trabajar desde casa evitando exponerse a la inseguridad y el riesgo (contagio, miedos, accidentes...) derivados de congregarse con otros cuerpos que comparten un mismo espacio, pero cae en la ansiedad de estar siempre sobre el alambre, sobrepasada, de sentirse más vulnerable y sola a pesar de esos logros que celebra. Freud identifica esta paradoja al inferir «que los progresos técnicos son inútiles para la economía de nuestra felicidad», como si los beneficios derivados de los progresos vinieran acompañados siempre de una lista de malestares fruto de una crítica pesimista.

La doble cara de la cultura como fuente de optimismo y pesimismo conllevaría en este sentido una potencia a tener en cuenta en «la expectativa» de los trabajadores creativos y en cómo cada cultura la enciende o apaga en distinto grado. Claramente sobrevivir y lograr alimento o no morir esclavizado es distinto a desarrollar una vocación, alcanzar un reto profesional o prosperar desde la pobreza para lograr un trabajo que no se apropie de la totalidad de los días. Los sujetos ajustan los retos alcanzables que pueden o no proponerse, atendiendo a su contexto y a esa posición desde la que afrontan sus vidas. La expectativa vital está orientada culturalmente, va siempre por delante. Soñamos con mejorar, y quienes sueñan siempre esperan más de la vida.

A poco que observemos a los que están al lado, advertiremos lo mucho que nos igualamos en lo que nos asusta. De hecho, puede que haya mayor sintonía en lo que tememos respecto a lo que aspiramos y quizá este pueda ser un punto de partida para mejoras compartidas pensando en el futuro. Con una similitud etérea, caí en la cuenta de una experiencia que recientemente me contó una estudiante cuando realizaba una práctica con

niños de unos cinco años. A la sencilla petición de expresar y dibujar cosas que les daban miedo y cosas que les hacían felices, los niños, por separado, coincidieron en que la oscuridad y los ruidos fuertes les atemorizaban a todos, sin embargo la mayoría difirieron en lo que les hacía felices, apuntando a escenas concretas y diferenciadas de sus vidas. Para cada uno la felicidad tenía una forma distinta, mientras que lo que les asustaba era descrito o expresado de manera muy parecida. Puede que esta coincidencia del abismo que nos asusta desde que somos niños sea el mayor acicate para movilizarnos. Huimos de algo indefinido que culturalmente proyectamos en la tiniebla y que en el estrépito de la caída no sabemos muy bien qué es, pero sí que nos asusta.

Conforme crecemos, en el juego que esas distintas fuerzas de las que huimos y que buscamos provocan, nace el *malestar* como algo que, sintiéndose negativo, es necesario, pues nos permite estar alerta y mejorar. Desde esa mirada el malestar entendido como la conciencia incómoda ante las dificultades y riesgos es valioso. Cosa distinta es cuando el malestar se asienta como *estado* y no como *respuesta*. Es decir, cuando la inquietud e inseguridad se acomodan en las vidas normalizando la *ansiedad*. Porque no sé cómo lo verá usted, pero a mí me llama la atención que la ansiedad de ahora esté motivada no solo por lo que asusta sino, muy especialmente, por el exceso de focos y luces con que se proponen en nuestra cultura los deseos y aspiraciones. Ansiedad entonces para mantener los ritmos de producción, ansiedad para responder a las demandas que sobre nosotros se proyectan.

Cierto que la cultura contemporánea, desde la ciencia y la medicina, no ha tardado en dar respuesta a este sufrimiento con discretas dosis químicas que tapan la ansiedad durante un rato, o durante el resto de la vida si se normaliza su consumo porque se normaliza la ansiedad como problema irresoluble bajo los actuales ritmos productivos. Así, los ansiolíticos comienzan como un bálsamo puntual y terminan convertidos en la ropa con la que muchos se visten para salir a la calle, para trabajar con otros, o para despertarse y seguir, o para acostarse y dormir. En el vaivén de sentirse arriba y abajo, los demás la verán *arriba* porque ha contado las horas necesarias para que las pastillas hagan efecto cuando se requiere contacto visual con otros, pero la mayor parte del tiempo, en su intimidad conectada sabe que estará *abajo*. La diversidad de pastillas para las vidas-trabajo

puede hoy subir el grado de concentración, bajar la inquietud y regular la inseguridad como el panel de control psíquico de una estabilidad consensuada. No se extrañe si esos trabajos y vidas que resplandecen en anuncios llamándola a ser feliz solo son reproducibles desde la construcción de decorados y la preparación química del cuerpo productivo, tal como esconde la cultura del ansiolítico y de la felicidad empaquetada, proyectada con especial fuerza en las mujeres.

Con afecto, R.

AUTONARRARSE, AUTONARRARNOS (CONTIGO TU PALABRA VIENE LENTA)

(...) es curioso el escaso sentimiento de vivir que tengo cuando mi diario no recoge el sedimento.[42]

VIRGINIA WOOLF, *Diario*

Querida amiga:

No es poca cosa que usted me interpele y que yo la escuche, que yo le escriba y usted me conteste, que merodeemos los espacios íntimos de la confidencia y que busquemos lo auténtico no solo cuando es placentero, sino también cuando araña, nos contradice o nos deja en mal lugar. No es menudencia que este proceso se repita y que este libro recoja lo dicho y lo pensado cuando usted y yo colgamos el teléfono y le pasaron cosas que rememoraron nuestra charla o, en mi caso, vinieron otras lecturas y conversaciones donde usted se proyectaba. Este dos que formamos se amplifica cuando compartimos y narramos nuestras reflexiones ayudándonos de los otros para ponerles palabra. Cuando algo nos hiere reiteradamente también buscamos crear contagio, ¿acaso no es así como nace una comunidad de individuos que en sus diferencias se reconocen en lo que les pasa y que pueden llamarse «nosotros»? La escritura política nos permite comprender aquello que siendo íntimo no solemos compartir y, por tanto, no hacemos el esfuerzo cotidiano de verbalizar ni de exponer al juicio crítico de la mirada distanciada, sea la propia cuando vemos lo pensado materializado en palabras, sea la de otros que nos leen.

Ni en todos los tiempos y culturas, ni en todas las personas, ha estado garantizada la posibilidad de autonarrarse. Conociendo el código de la escritura, las exigencias parecen mínimas, bastaría una superficie y un instrumento para escribir, ese mínimo papel doblado y ese lápiz o esta máquina pueden valer. Lo que sin embargo no ha sido fácil lograr es la oportunidad de disponer de *tiempo propio*, y con él poder valorar las profundas ganancias del malestar y goce de pensarnos. Hoy, sin embargo, los instrumentos vienen con nosotros y tratar sobre «nosotros» es lo que demanda la autoexhibición digital. Aunque lo habitual implica no escarbar demasiado dentro. Con la imagen y un eslogan la máquina se da ya por satisfecha.

La escritura íntima es otra cosa. Con ella se libera el encuentro con uno mismo a través de prácticas como fantasear, proyectar, amar, suponer, idear, pensar, odiar, sentir... Esto no implica, claro está, compartirlo o compartirlo en cierto grado. Esa decisión nos pertenece y en ella también sostenemos parte de nuestra tarea quienes escribimos y creamos. Asunto distinto es sentir la necesidad de hacerlo no solo por el placer de quien busca lector o reconocimiento, sino porque se intuye que en lo compartido viaja algo que nos ayudará a *comprendernos* mejor y, si me apura, un engarce inesperado que desinfla la vanidad del que se siente exclusivo en su rutina mágica, cuando nos descubrimos tan inmensamente comunes y parecidos a los de al lado.

Mi preferencia siempre va con la palabra escrita, pero reconozco que siendo uno de los instrumentos más valiosos para la autonarración que busca *comunicar*, no es el único, especialmente si hablamos de expresar lo confuso del interior. Ni siquiera sería el más fiel para representar la intimidad revuelta de «basura, baba, amor, pastilla, mentiroso» que busca ser compartida. Solo hay que mirar los rituales que los humanos han practicado en torno a la espiritualidad, o la propia actividad artística en sus formas simbólicas y expresivas desplegadas en sentidos y experiencias no acotadas a la palabra. Conscientes de ello y de sus limitaciones, la usamos precisamente porque buscamos sumar a la expresión un intento de comunicación comprensiva. Y al hacerlo me pregunto: ¿qué es lo que aquí está en juego y por qué necesitamos contarlo desde la autonarración pausada?

Necesitamos compartir lo que siendo importante no solemos comunicar

con el contexto cercano o nos resulta ridículo hacer comprensible para una misma. Coincidir en un espacio vital no conlleva necesariamente expresar a los otros que allí habitan lo que realmente se piensa o se siente. Nunca existe un vínculo necesario entre lo que hacemos y lo que decimos hacer, ni entre lo que decimos respecto a lo que pensamos cuando lo compartimos con las personas con las que convivimos. Por mucho tiempo, mi contexto laboral pero también familiar han sido los lugares más herméticos para mis sentimientos más profundos. Lo que comparto con un jefe o con mi madre está condicionado por quienes son. Soy *otra* cuando hablo con ellos. Sin embargo, tenga en cuenta que usted y yo no tenemos un pasado común ni nos conocemos personalmente, que estamos solas en casa, escribiéndonos o hablándonos, con la libertad que ello supone y con la concentración de haber elegido hablarnos sobre lo que nos pasa. Es decir, de poder focalizar en un interlocutor parecido que *no* nos exige ser otro, que no nos convierte en alguien distinto. Liberadas de esa presión, hablamos.

También las condiciones de acceso al otro influyen en lo que compartimos. No es lo mismo hablar en la madrugada con una persona que amamos que hacerlo con varias personas en una reunión, hablar con la familia como testigo que hacerlo frente a un público, en un grupo de WhatsApp o en una carta. Los contextos son también la palabra. Y todo indica que la autonarración gusta de luz baja y de tiempo. Es como cuando al anochecer y bajo determinadas condiciones de temperatura y humedad, algunos animales salen de sus escondites. Así, la intimidad se asoma. La veo salir entre carne y uña, entre omóplatos relajados y piernas abiertas, dando otro uso al cuerpo, durante el día domesticado de ropa, maquillajes, expresiones y conductas. Liberada, despojada de las sábanas de la cultura, desprovista de normas, la intimidad muestra su cabeza como patas que sostienen un cuerpo capaz de descolgarse por la ventana y reptar por el edificio o trepar a un árbol, de derramarse como una pompa de saliva. Es comprensible que con nosotros a cuestas las palabras vayan, necesariamente, más lentas.

Con dedos de caracol, R.

IMAGINACIÓN EN LA ESPERANZA

La liberación se basa en la construcción de la conciencia, de la comprensión imaginativa de la opresión y, también, de lo posible.

DONNA HARAWAY, *Manifiesto para cyborgs*

Querida amiga:

¿Cómo se construye lo posible? ¿Por dónde empiezo? Tal vez reconociendo que escribimos para proyectar y para comprendernos, que al escribir imaginamos un lector exigente y empático que nos cuestiona y ayuda a pensarnos, que en la escritura íntima damos tiempo a lo que nos asusta y a lo que esperamos. Vaya, lo que esperamos, ¿y si viene exclusivamente presionado por la expectativa educada?, ¿cómo liberarlo de lo que otros quieren para nosotros?

Necesitamos imaginación. Porque lo posible coincide con lo que esperamos si uno tiene poca exigencia, pero cuando lo esperado es «algo más» de lo que tenemos, hay que aplicar imaginación e inteligencia para dar forma a lo posible. No apague nunca su imaginación. La necesitamos alerta para no repetirnos.

Y creo que podría ayudarnos observar a quienes basan su reclamación en la crítica a la desigualdad y en «lo posible» que mejora las cosas, no solo para uno mismo. Bien mirado, de tanto transitar entre la casa laboral y la feminista hemos creado un camino. Nos vendrá bien para, en las similitudes, tantear opciones y «experimentos» *(outsiders)* sin necesidad de burocratizarnos ni aceptar los protocolos heredados.

No solo nosotras, también la justicia social precisa de la imaginación solidaria para no reiterar lo opresivo por cuanto no aspiramos a construir nuestra esperanza en un mundo piramidal donde solo unos triunfan sobre el fracaso de los demás. No está en el feminismo el actual deseo capitalista de enriquecimiento o éxito que pasa por pisotear a los otros. Aquí la horizontalidad como poder desjerarquizado de quienes como humanos se igualan y se importan es algo que probablemente no hemos sabido poner suficientemente en valor y que precisamos.

Percibo que tendríamos que mirar hacia formas de movilización – aventuro que todas aquellas capaces de congregar una búsqueda de

emancipación individual y colectiva– no incentivadas por el triunfo económico construido sobre la explotación precaria y la ansiedad neutralizadora, ni por la más vacía acumulación de ganancias desprovistas de mundo interior, sino por un deseo de justicia social, de autonomía y saber, de investigación y cultura. Si lo que moviliza es «lograr más que el de al lado», «llevarse una parte del pastel», «quedarse la ganancia sin cambiar el juego», todo se repite, las formas de desigualdad se perpetúan. Si se agota al trabajador solitario convirtiéndole en un competidor toda su vida, lo que buscará será «lo suyo», nunca «lo nuestro».

Cierto que todo comienza como algo íntimo y que para cada uno de nosotros siempre hay en *lo que viene* una ruptura posible que causa miedo y esperanza. Ese lugar donde late la anticipación de lo mismo mediante su búsqueda conservadora o el tránsito hacia lo indefinido, donde con seguridad usted y yo nos hemos equivocado alguna vez y seguiremos haciéndolo. Pero cabe el error, claro está, solo así podemos experimentar alternativas. Porque ante escenarios complejos no es indispensable beber de los modelos de emancipación pasada. Es más, sería recomendable imaginar otros. No conformarse con el motor patriarcal y capitalista que sigue predominando como modelo sesgado. Que el trabajo ayude en la emancipación no significa convertirse en un héroe, ni lograr mucho dinero, sexo sin límites y una vida plenamente hedonista. No creo que esté aquí el deseo de las mujeres ni el de muchos hombres. Ese poder de acumulación y riqueza o ese otro de visibilización y fama laten en la cultura-red, pero no habría que darlos por hecho como lo que por defecto queremos las personas.

Y no puede ser que solo nos quede la *pose* de convertirnos en engranajes vestidos de imagen, o la *tristeza* de quien sucumbe ante un radical escepticismo por mucho que sea el dolor más elegante, incluso el más fotogénico. Nada transformador nace de resignarse en ella. Nadie nos fotografía, nadie nos espera. Y si están, desaparecerán muy pronto. En la sala de espera nos aguarda ese dolor tan vulgar que viene del trabajo, enfrentando el ansia de querer y no querer, como efecto de *no parar,* de agotarnos a pesar de seguir en el mismo lugar con la sensación de habernos llenado la boca de plástico. Para empezar sabemos que el trabajo creativo (la investigación, el pensamiento, la ciencia, el arte, la ideación de

imaginarios...) puede ayudarnos si no está docilizado y nace de un ejercicio extremo de libertad, liberado de hojarasca, burocracias y precariedad.

Si se mira en la pantalla y en sus ficciones, y no se encuentra, tal vez recuerde la importancia del imaginario enmarcado que ocupa hoy la mayor parte de nuestro tiempo (como usuarios, pero también como trabajadores que lo producen). Evitar la colonización hegemónica de dicho imaginario implica no sustituir uno por otro en función de quien mande, sino ayudar a *liberarlo*, no reforzando un único modelo de triunfo/éxito/consecución/futuro posible.

Pero si en lugar de mirarse en la pantalla gira la cabeza hacia el espejo de enfrente, en su piso sin puertas interiores verá a una mujer trabajando con azote y pasión, formando parte de una clase en auge llamémosla *creativa*. Una comunidad donde la imaginación y la autonomía dicen aplaudirse y se trabaja con y a pesar de las máquinas que parecen salirle del cuello y la barbilla, integradas en su carne. Usted se ve ansiosa y cansada y sabe que hay un lazo invisible que la mantiene dócil y atada a la temporalidad y a las aceptaciones encadenadas, un lazo que habitualmente los demás no vemos. La creemos porque a la mayoría también nos pasa, ¿no cabría entonces un juego de espejos que devolviera a la multitud de trabajadores solos su imagen como grupo?

La esperanza por la que me pregunta debiera estar ahí, en el proceso de imaginación colectiva. Pero, cuidado, corremos el riesgo de satisfacernos y reducir nuestra esperanza a la imaginación desprendida de la práctica, esperando que otros lo hagan. No basta la resignación amable de quien visualiza alternativas y bosteza y apaga, o quien se dice: «El mundo me supera, pero tengo esperanza e ideas.» La esperanza de la que hablamos solo puede ser *activa*, incluso cuando supone rechazar la actividad constante y frenar. Y lo hace porque viene del «ser insatisfecho». Afirmaba Bloch que la acumulación y la codicia llevan a «la apariencia pura», que el miedo inmoviliza, pero los afectos de la esperanza son activos, y fíjese que cuando nacen de un malestar común pueden ser «contagiosos», entonces pueden poner en juego una transformación.

Con (ese) afecto, R.

Contra el (...) esclavo ideal[43]

Contra el (explotador que crea al) esclavo ideal

(...)

Cuando me explota hace lo mismo que cuando me dice que «de buena soy tonta», intenta mandar sobre mí y sobre las palabras.

Notas. Cartas a Sibila

(...) ¿es posible todavía envenenar un proceso de subjetivación colectiva y de solidaridad social? ¿Es posible aún imaginar un movimiento en el sentido de un proceso colectivo de transformación intelectual y política de la realidad?

HITO STEYERL,
Politics of Art: Contemporary Art and the Transition to Post-Democracy

Querida amiga:

Quien presupone que la solidaridad y la amabilidad son condiciones para el abuso cierra de antemano la puerta a que sean elementos reivindicados en nuestras relaciones. Excluirlas de la negociación aventurando que el poder solo puede ser representado como juego bélico o lucha de fieras, dice poco de una humanidad que ha cambiado más que ese agresivo poder antiguo que se enquista y agarra, y que solo concibe triunfo frente a derrota, nunca la horizontalidad y el consenso.

Aceptarlo supondría rechazar la voluntad de los unos y otros de cambiar y de sentirse interpelados, de buscar comprendernos. Descartar emociones positivas como la amabilidad, la autocrítica, la generosidad o la bondad de nuestros proyectos de vida, trabajo y futuro por presuponerlas debilidad ante el previsible abuso del otro da como alternativa el triunfo de *lo mismo,* un mundo insolidario de desconfianza, injusticia y agresión. Brilla esa «paz lejana» narrada por Ernst Bloch, como «oportunidad desaprovechada de sentirse solidario» y ser amable con todas las personas.

Nadie dijo que fuera fácil, pues ante el abuso tendemos a sentirnos a veces rabiosos, a veces frustrados e inseguros. Superar esta penalización resta argumento a quien se beneficia de dicho abuso. Trabajar contra el miedo y la angustia no es solo trabajar contra quienes los causan, habitualmente identificables, sino por los lazos que solidariamente nos vinculan y pueden transformar las reglas del juego.

Aprender nunca es domesticarse, es descubrir que hay juegos que están trucados y por mucho que se elija una opción u otra terminan sometiendo a los mismos para repetir la desigualdad en bucle. Se aprende también cuando se cambia el juego. Aunque haya miedo derramado en lo que no vemos o porque no vemos. ¡Cuántas guerras para docilizar lo que nos asusta! Termina siendo frustrante proyectar el futuro en una victoria sobre el miedo porque es forzada y es mentira. La vida no es una guerra ni una competición, y tantos siglos hablando de héroes, batallas, perdedores y culpables... resulta agotador y estúpido, ¡si ya somos frágiles! Valdría más comenzar a cuidarnos entre todos. Porque hablar de victoria siempre ha sido un engaño que beneficia a las voces más altas. Pero nadie gana realmente poniendo su zapato sobre la boca del otro o pisoteando los restos de cristales rotos que ha dejado su accidente. Victoria es ese invento que sirve para los hombres que cuentan las historias pensando en su trascendencia como nombres. Pero diría que pocas veces hay una derrota de lo que nos daña, solo el aprendizaje de quien busca mayor autonomía, organizando vida, espacios y tiempos para convivir con ello, el aprendizaje sobre cómo salvar o mejorar como seres vulnerables, apretados de decisiones, arrepentimientos, agua que nos inunda y lecciones que supuran. Encharcada estoy. Demasiadas guerras y poco impulso para probar otras tentativas, más investigaciones, menos fotos y más ciencia. En los conflictos humanos la palabra *victoria* debiera cambiarse por *cuidado mutuo*. Una victoria implica derrotar y vencer, pero solo cuando entendemos la vida como cuidado de distintas vidas evitamos repetir la historia de siempre, esa que cuenta cómo tal o cual general ganó una guerra y otros la perdieron. ¡Qué ilusos!, ¿cómo ganar sobre el sufrimiento de otros? Si todo cuerpo es frágil agarrado a la vida, a tener cierto control sobre su propia vida. ¿Le he dicho alguna vez cuánto me gusta vivir?

Porque mienten y refuerzan mitos los que alimentan el desapego como norma. Quienes por tanto tiempo incentivaron, por ejemplo, el artificio

patriarcal de la enemistad entre las mujeres como eficaz ardid para su desarticulación colectiva frente al que lleva tiempo posicionándose la *sororidad*. También entre trabajadores, y de manera análoga, cabría construir con nueva energía un vínculo de alianza parecido.

Es la socialidad la que hace humana la vida, humano el trabajo. Es en el aislamiento material atados al trabajo inmaterial y bajo espejismo de hiperconexión que no podemos olvidar que nos duele aquí y aquí, que nos preocupa esta ansiedad. En la necesidad de vínculo solidario es la fragilidad la que cose nuestras manos, como cose su boca a mi oreja, mis piernas a su cuerpo, para ayudarnos. Solo juntos nos sostenemos. Pero ojo, en esa solidaridad está también la comprensión y la complicidad ante las lógicas hiperproductivas, la pausa ante la cadena de celeridad que precisamos parar.

Mi manera de hacerlo con usted ha sido escribir esta lentísima y extensa carta de cartas. Entendiendo que de distintas formas nos intervenimos, asumiendo que lo que decimos tiene efectos en los otros. Por esa afectación recíproca le agradezco su interpelación primera y le pido que afronte esta lectura como algo que busca hacernos de espejo no para embellecernos, sino para pensarnos en «lo que no nos hace únicas», también en nuestras contradicciones y coincidencias, cuerpos frágiles, afectos y babas de saliva de quienes se han quedado dormidas en la madrugada mientras charlaban. No es tiempo de idealizar al yo forzado de originalidad, sino de fortalecernos en lo que nos iguala.

Por todo ello, no cabe temer la insatisfacción del inconforme, ni ser identificados como esos críticos o alborotadoras a quienes muchos llaman tristes, *outsiders*, infelices o amargadas, para quienes la batalla es siempre la misma, que las personas con (o a pesar de) sus cuerpos y herencias tengan autonomía como sujetos, vida que no solo es trabajo y querencia a cuidar las vidas. Esto que comparto con usted no es meramente una esperanza movida por el deseo de cambio social y estructural, sino que al igual que aconteció frente al patriarcado se requiere de la suma de voluntades, conciencia colectiva y contagio hacia la práctica. Y a mí me parece que también precisa de una necesaria *nobleza* de espíritu frente a la rivalidad individualista que exudan los modelos de triunfo capitalista. Esa nobleza vendría de una confianza renovada que nace de la conciencia solidaria y de la negativa a repetirnos sumisamente.

No sé exactamente en qué momento movimos las piernas y usted y yo

nos quedamos expuestas sobre la cama y la cama, sobre la copa del árbol, con casi todas las sábanas por el suelo, muchas de ellas mojadas de «noes». Comenzamos a hablar, a cuidarnos las heridas en la espalda, usted en la mía y yo en la suya, por fin volvimos a acariciarnos y a compartir lo escrito, como si la mordaza del peso se vengara en querer pronunciarnos, entendernos y contar. Usted me dice *usted,* incontables veces le he dicho *usted*, siendo realmente una pluralidad de interlocutores a los que se suma la voz anónima que sonaba al otro lado del teléfono una tarde de noviembre. «Usted se *quedaron* en mi mesa», porque esperaba(n) contestación y yo soy muy lenta pensando. Aquí se la dejo entre tapas de cartón y hojas o en un archivo de palabras. Y me despido ya. Permítame que después de lo compartido y terminando esta carta amplificada merodeemos la amistad como complicidad y no como mera cortesía. No se lo digo para crearnos la obligación añadida de recordar nuestros cumpleaños, no nos atosigaremos con melindrosos mensajes, ni esto le supondrá tarea digital añadida, se trata de liberarnos de sábanas. Hay una acepción más sutil que entiende la amistad como la cercanía de quien es capaz de alegrarse con lo bueno que al otro le pasa y de sufrir cuando el otro sufre. Nos vendría bien practicar esta bondad no exenta de negatividad y de búsqueda de bien más allá de uno mismo, pensándonos desde el afecto *activo* e *insatisfecho* de quienes viven con esperanza.

R. Z.

Este libro está inspirado en las conversaciones telefónicas, mensajes y charlas con artistas, investigadores, trabajadores de la cultura, científicos, becarios, poetas, doctorandas, profesores, periodistas, dramaturgos, actores, opositores, creativos y escritoras, que en algún momento llegaron a mi buzón de correo para compartir conmigo experiencias personales a partir de *El entusiasmo*. Les animé a sentarse y a que se taparan con las enaguas de la mesa camilla mientras hablábamos, fuera hacía frío. Seguimos los protocolos de la intimidad y, buscando profundizar en lo conversado, nos acomodamos para hablar y para escucharnos. En ocasiones salíamos por la ventana a mirar un árbol o compartíamos confidencias entre sábanas de papel. De pronto nos encerraron y tuvimos tiempo para pensar más lento, angustiarnos y soñar... Ellos no se vieron en conjunto porque en la intimidad solemos hablar siendo dos, pero era una responsabilidad por mi parte unirles en la escritura y hacerlo público, porque, desplegados junto a quienes se referían, merecían reconocerse solidariamente en los otros.

Edición en formato digital: abril de 2021

© imagen de cubierta, Bruno Pontiroli

© Remedios Zafra, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4268-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1. Este mensaje iluminado viene de Marta Azparren, que me pone sobre la pista de una de las lecciones de cine sobre Bergson de Deleuze que apunta a la idea expuesta. Véase Gilles Deleuze, *«Europa '51», Cine I. Bergson y las imágenes*, Cactus, Buenos Aires, 2014.

2. En el reciente cambio de siglo todo lo tecnológico era nombrado como *nuevo*. Usamos tanto esta palabra que durante un tiempo se nos quedó vacía. Los cambios eran tan rápidos que se normalizaban como si siempre hubiéramos habitado en internet, como si siempre hubiéramos tenido aquellos y estos fascinantes dispositivos para comunicarnos y *hacer*. Sin embargo, esta «nueva cultura» a la que me refiero aquí no es solo la tecnológica, sino la antropológica, la que gradúa nuevos umbrales psíquicos y materiales para la intimidad y la ciudadanía derivados de la vida en red, modificando a distintos niveles nuestra forma de vivir como humanos y de fundir vida y trabajo, ahora que los dedos se han enraizado en las teclas y los cuerpos sentados amenazan con hacerlo en las casas que funcionan como centro de operaciones. Esta «nueva cultura» es además deudora de Juan Martín Prada, quien desde hace meses viene usando esta expresión para acotar las transformaciones derivadas de un *sistemared* y de un mundo conectado. Juan tiene un ojo fino entre el exceso para adelantar los cambios, y yo un ojo atento que valora reflexionar lo que él mira.

3. Sibila es el nombre de la protagonista de mi libro *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital* (Anagrama, 2017). Como usted verá, en varios momentos de las cartas que siguen se alude a un documento llamado *Notas. Cartas a Sibila*. Se trata del diario de trabajo construido con las anotaciones, reflexiones y mensajes intercambiados con lectores de *El entusiasmo* identificados con Sibila en los últimos años.

4. Rachel Dale, Sylvain Palma-Jacinto, Sarah Marshall-Pescini y Friederike Range, *Wolves, but not dogs, are prosocial in a touch screen task,* PLOS One, 2019, https://doi.org/10.1371/journal.pone.0215444.

5. Pienso en Hegel en su *Fenomenología del espíritu*, cuando al referirse a la dialéctica entre amo y esclavo (antes de serlos) se busca el reconocimiento del otro, de manera que la primacía entre dos iguales pone el acento en cómo quien tiene miedo a la muerte se convierte en esclavo y quien desprecia su propia muerte se convierte en el amo. G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, FCE, México, 2017.

6. *Ibidem*.

7. *Ongka's Big Moka: The Kawelka of Papua New Guinea* es una película documental de los años setenta, que forma parte de la serie *Disappearing World* de Granada Television, que se desarrolló entre 1969 y 1993, y que contó con la asesoría del antropólo Andrew Strathern. Se emitió por primera vez en el Reino Unido el 11 de diciembre de 1974, y posteriormente se emitió en los Estados Unidos en 1976. Véase https:// www.youtube.com/watch?v=6D8o0mHSKMk (consultado: 28 de septiembre de 2019).

8. El término fue acuñado por las psicólogas clínicas Pauline Clance y Suzanne Imes en su artículo «The Impostor Phenomenon among High Achieving Women: Dynamics and Therapeutic Intervention», 1978, y en Suzanne A. Imes, «The Imposter Phenomenon in High Achieving Women: Dynamics and Therapeutic Intervention», 1978.

9. Ernst Bloch, *El principio esperanza*, Aguilar, Madrid, 1977, pp. 26-27.

10. E. Bloch, *El principio esperanza, op. cit*., p. 92.

11. Susan Sontag en Mason Currey, *Rituales cotidianos. Las artistas en acción*, Turner, Madrid, 2019.

12. Martha Rosler, *Clase cultural. Arte y gentrificación*, Caja Negra, Buenos Aires, 2017.

13. A comienzos de este siglo, Richard Florida publicó un libro titulado *La clase creativa. La transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo XXI*, Paidós, Barcelona, 2010. En él

identificaba un grupo cada vez más numeroso de trabajadores que permitía definir algunas de las más importantes transformaciones de la economía en las sociedades contemporáneas partiendo de su estudio en Estados Unidos. Florida anunciaba que la clase creativa sería la mayor fuerza económica en el futuro cercano y en dicha comunidad incluía no ya a los artistas y clásicos trabajadores creativos, sino a un amplio núcleo de trabajadores de ciencias, ingenierías, investigación, educación, artes, diseño y medios de comunicación comprometidos con la innovación y el proceso creativo, capaces de identificar y resolver proble-

14. «(...) he ahí otro punto de vista que también se encuentra a menudo; ¿no son más dichosas las mujeres del harén que las electoras? ¿El ama de casa no es más feliz que la obrera? No se sabe demasiado bien lo que significa la palabra dicha, y aún menos qué valores auténticos recubre; no hay ninguna posibilidad de medir la dicha del otro, y siempre resulta fácil declarar dichosa la situación que se le quiere imponer: aquellos a quienes se condena al estancamiento, en particular, son declarados felices, so pretexto de que la dicha es inmovilidad», Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, II, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1985, p. 34.

15. M. Rosler, *Clase cultural, op. cit*., p. 22.

16. Cf. Fredric Jameson y George Yudice, idea desarrollada por Martha Rosler en *Clase cultural, op. cit*.

17. *Ibidem*. Señala Rosler (pp. 201-205) que la sintonía cívica de los jóvenes formados pero económicamente marginales fue popularizada por Richard Florida, que advirtió cómo zonas degradadas y decadentes de la ciudad se transformaban con los jóvenes creativos, que las convertían en espacios atractivos para la cultura, la vida sana y el activismo, al tiempo que para la especulación. Un claro ejemplo del «marketing de los estilos de vida». Véase también R. Florida, *La clase creativa, op. cit*., p. 21.

18. En 1980 Michel Foucault concedió una entrevista a *Le Monde* con la condición de mantener el anonimato. Buscando esquivar el yo como marca, en ella afirmaba: «El nombre es una facilidad (...). Sueño con una nueva era de la curiosidad». Véase Paula Sibilia, *La intimidad como espectáculo*, FCE, Buenos Aires, 2008.

19. Byung-Chul Han, *En el enjambre,* Herder, Barcelona, 2014.

20. B.-C. Han, *En el enjambre, op. cit*., p. 58.

21. *Ibidem*, p. 70.

22. Las ideas sobre intimidad y cultura-red desarrolladas en esta carta fueron esbozadas en el artículo «La (im)posibilidad de un mundo sin párpados», texto derivado de las Conferencias Aranguren 2018 (Javier Echeverría y Remedios Zafra), y publicado en *Isegoría,* CSIC, 2019.

23. Victoria Camps, «La reconstrucción de lo público y lo íntimo», en Carlos Castilla del Pino, *De la intimidad*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 59-76.

24. Véase la historia del «hombre fotocopiado» en *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*, Anagrama, Barcelona, 2017, pp. 83-85.

25. Es lo que Han identifica como cambio de paradigma en la normatividad que dicta un nuevo ser regido por la «adición» privando del poder de esta negatividad. B.-C. Han, *En el enjambre, op. cit.,* p. 38.

26. «La historia del siglo XXI será en parte aquella de la redefinición de las líneas, será la historia del *Homo sapiens* intentando reivindicar su especificidad en un terreno movedizo, atrapado entre el animal y la máquina, entre la carne y las matemáticas», Brian Christian, «Un match inégal», *Books Magazine*, n.° 26, octubre de 2011, citado en Éric Sadin, *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*, Caja Negra, Buenos Aires, 2017.

27. «Progresivamente, se instaura una administración robotizada de las existencias garantizada por

“agentes clarividentes y empáticos” que actúan de manera soft y “sin ruido”.» Véase É. Sadin, *La humanidad aumentada, op. cit*., p. 27.

28. E. Illouz, *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Katz, Madrid, 2007, p. 170.

29. «Ese bio-poder fue (...) un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; este no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos. Pero exigió más; necesitó el crecimiento de unos y otros, su reforzamiento al mismo tiempo que su utilizabilidad y docilidad; requirió métodos de poder capaces de aumentar las fuerzas, las aptitudes y la vida en general.» M. Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. 1: *La voluntad de saber*, Siglo XXI, Madrid, 2007, p. 170.

30. E. Illouz, *Intimidades congeladas, op. cit*., p. 231.

31. *Ibidem*, p. 229.

32. *#Despacio,* Caballo de Troya, Barcelona, 2012.

33. Estas palabras de Newton fueron recogidas por William Stukeley en una biografía del científico publicada en 1752, *Memorias de la vida de Sir Isaac Newton*, actualmente en la Royal Society de Londres.

34. La *liminalidad* es un concepto trabajado por Arnold van Gennep, que posteriormente desarrolló el antropólogo Victor Turner en el estudio de los rituales para referirse al estado intermedio o fase intermedia (liminal) dentro de un proceso ritual tripartito como los ritos de paso. En su argumentación Turner vincula la liminalidad a la *communitas* como manifestación antijerárquica que subvierte la estratificación previa y libera de privilegios y rangos a quienes protagonizan esa situación o fase. Véase Victor Turner, *La selva de los símbolos,* Siglo XXI, Madrid, 1980, pp. 102-103.

35. Lauren Berlant, *El optimismo cruel*, Caja Negra, Buenos Aires, 2020.

36. Para Berlant el optimismo tiende a hacernos volver al punto de partida para intentarlo de distintas formas. Todas las escapadas posibles están por experimentar. La crueldad llega cuando se activa una posibilidad cuyo proceso es una imposibilidad en sí misma para el sujeto o para el grupo. Véase L. Berlant, *El optimismo cruel, op. cit*.

37. Sara Ahmed, *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría,* Caja Negra, Buenos Aires, 2019, p. 22.

38. Su base disciplinar se funde en el *utilitarismo inglés* y su consigna de buscar «la mayor felicidad para el mayor número de personas», del que Jeremy Bentham, figura clave para el trabajo de Michel Foucault, es uno de los máximos referentes. Para el *utilitarismo inglés* la búsqueda del mayor número y grado de felicidad se vincula al *progreso*. Cuestión que ya Durkheim criticó a principios del siglo XX.

39. «Manifiesto de la zorra mutante», VNS Matrix, 1996.

40. Virginia Woolf, *Una habitación propia,* Alianza, Madrid, 2018.

41. Freud establece una analogía entre la búsqueda psíquica del individuo y la búsqueda colectiva, por la que muchas culturas se habrían vuelto neuróticas. Sigmund Freud*, El malestar en la cultura*, Amorrortu, Madrid, 2016.

42. Virginia Woolf, *The Diary of Virginia Woolf*, citado en Maurice Blanchot, «El diario íntimo y el relato», en *Revista de Occidente*, n.º 182183, julio-agosto de 1996, pp. 47-55.

43. En *La voluntad de poder* afirma Nietzsche: «¿Queréis que el hombre bueno, sea modesto, diligente, bienintencionado y moderado? A mí se me antoja el esclavo ideal.»